

**EL OTRO DE NUESTRA AMÉRICA:  
IMAGINARIOS NACIONALES FRENTE A ESTADOS UNIDOS EN LA  
REPÚBLICA DOMINICANA Y CUBA**

by

**Magdalena López**

B. A. in Letras, Universidad Central de Venezuela, 1999

M. A. in Romance Languages, University of Notre Dame, 2002

Submitted to the Graduate Faculty of Arts and Sciences  
in partial fulfillment of the requirements for the degree of  
PhD in Hispanic Languages and Literatures

University of Pittsburgh

2008

UNIVERSITY OF PITTSBURGH

ARTS AND SCIENCES

This dissertation was presented

by

Magdalena López

It was defended on

December 5, 2008

and approved by

Juan Duchesne, PhD, Professor

John Beverley, PhD, Professor

Jerome Branche, PhD, Associate Professor

Hermann Herlinghaus, PhD, Professor

Alejandro de la Fuente, PhD, Professor

Dissertation Director: Juan Duchesne, PhD, Professor

Copyright © by Magdalena López

2008

**EL OTRO DE NUESTRA AMÉRICA: IMAGINARIOS NACIONALES FRENTE A  
ESTADOS UNIDOS EN LA REPÚBLICA DOMINICANA Y CUBA**

Magdalena López PhD

University of Pittsburgh, 2008

This dissertation explores the generative mechanisms of representation by which the Dominican and Cuban “lettered cities” situated themselves the 20<sup>th</sup> century vis a vis an imagined, yet dynamic US alterity. The argument is that the trope of the United States works as a “productive prejudice”—a powerful master signifier that both grounds and modifies the established national narratives.

The dissertation is divided into two parts, on the Dominican Republic and Cuba, respectively. The first explores the influence of Rodó’s *Arielism* (*arielismo*) on official Dominican nationalist discourse. During the early part of the 20<sup>th</sup> century, the US is seen in as a Caliban figure by Dominican intellectuals. But in the period of Trujillo’s dictatorship, this negative view of the US is displaced to some extent by a focus on Haiti as the main “constitutive outside” of Dominican national identity. The section explores how writers such as Ramón Marrero Arísty, Juan Bosch, Pedro Mir, Marcio Veloz Maggiolo, Aída Cartagena Portalatín, and most recently Junot Díaz reacted to or challenged these totalizing discourses.

In Cuba, the discourse of the “lettered city” on the United States also evolves in the course of the 20<sup>th</sup> century. In the immediate aftermath of independence, intellectuals like José Antonio Ramos oscillated between two ideas of the US: as a

model for a desired modernity and as a symbol of imperialism. Later, during the years prior to the 1933 revolution, Jorge Mañach, Antonio Mella, Fernando Ortíz, and Ramiro Guerra, offer varied, and at times opposing views of the US. A similar disparity occurs in the post-revolutionary “lettered city.” Writers such as Luis Rogelio Nogueras and Roberto Fernández Retamar echo the earlier image of the US as an imperial power, whereas recent novels from the so-called “Special period” by Leonardo Padura and Edmundo Desnoes offer a more nuanced, self-reflective vision of Cuba’s relation with the United States.

The dissertation shows that the different narratives of acceptance and/or resistance to the idea of the US are also ways of negotiating tensions and ambiguities internal to the national projects of both Cuba and the Dominican Republic during the 20<sup>th</sup> century.

## **TABLA DE CONTENIDO**

<b>TABLA DE CONTENIDO .....</b>	<b>VI</b>
<b>LISTA DE IMÁGENES .....</b>	<b>IX</b>
<b>AGRADECIMIENTOS .....</b>	<b>X</b>
<b>1.0 INTRODUCCIÓN .....</b>	<b>1</b>
<b>2.0 ENTRE EL ANTIIMPERIALISMO Y EL HALLAZGO DE UNA IDENTIDAD NACIONAL A PRINCIPIOS DE SIGLO XX .....</b>	<b>28</b>
<b>2.1 ESTADOS UNIDOS COMO ROMA AVARICIOSA .....</b>	<b>36</b>
<b>2.2 LA DEMOCRACIA CALIBÁNICA .....</b>	<b>39</b>
<b>2.3 ESTADOS UNIDOS COMO IMPERIO DELINCUENTE .....</b>	<b>44</b>
<b>2.4 NI NACIÓN, NI COMUNIDAD .....</b>	<b>50</b>
<b>2.5 EL RACISMO ESTADOUNIDENSE .....</b>	<b>56</b>
<b>3.0 DISCURSO NACIONALISTA DE LA ERA DE TRUJILLO.....</b>	<b>62</b>
<b>3.1 AMBIGÜEDAD VITAL Y DISCURSIVA DE MARRERO ARISTY.....</b>	<b>67</b>
<b>3.2 OVER: UNA NARRATIVA PROTOPOPULISTA.....</b>	<b>71</b>
<b>3.3 OMNIPRESENCIA NORTEAMERICANA .....</b>	<b>78</b>
<b>4.0 LA LUCHA ANTIPENTAGONISTA: PENSAMIENTO POPULISTA DE JUAN BOSCH.....</b>	<b>93</b>
<b>4.1 HISTORIOGRAFÍA POPULISTA.....</b>	<b>96</b>

4.2	<b>POPULISMO SIN ANTIIMPERIALISMO .....</b>	<b>99</b>
4.3	<b>HISTORIOGRAFÍA ANTIIMPERIALISTA .....</b>	<b>105</b>
4.4	<b>EL PENTAGONISMO COMO NUEVO PODER HEGEMÓNICO ...</b>	<b>110</b>
4.5	<b>LA DICTADURA CON APOYO POPULAR DE CARA AL PENTAGONISMO .....</b>	<b>122</b>
5.0	<b>NARRATIVAS DE LA RESISTENCIA .....</b>	<b>126</b>
5.1	<b>EL CANTO CORAL DE LA RESISTENCIA .....</b>	<b>136</b>
5.2	<b>EL LLAMADO URGENTE .....</b>	<b>145</b>
5.3	<b>LA BÚSQUEDA DEL CORO .....</b>	<b>159</b>
5.4	<b>EL REGRESO DE LA UTOPIA.....</b>	<b>180</b>
6.0	<b>PERMANENCIA Y DESAFÍO A LA CIUDAD LETRADA TRUJILLISTA.</b>	<b>193</b>
7.0	<b>ENTRE EL ARIELISMO Y EL PROAMERICANISMO: FRÁGIL BALANCE DEL DISCURSO NACIONAL DE LA REPÚBLICA PLATTISTA .....</b>	<b>210</b>
7.1	<b>LA POLÍTICA DE LA ANTIPOLÍTICA.....</b>	<b>220</b>
7.2	<b>LA ASIMILACIÓN SELECTIVA .....</b>	<b>232</b>
8.0	<b>ANTIIMPERIALISMO Y CONSOLIDACIÓN NACIONAL: ESTRATEGIAS IDENTITARIAS EN EL NUEVO ESTADO MODERNO CUBANO</b>	<b>245</b>
8.1	<b>IRRUMPIENDO EN EL ESPACIO PÚBLICO .....</b>	<b>248</b>
8.2	<b>NUEVAS NARRATIVAS FUNDACIONALES .....</b>	<b>252</b>
8.3	<b>LA ALTERIDAD RACISTA .....</b>	<b>257</b>
8.4	<b>DOMESTICACIÓN DEL ANTIMPERIALISMO .....</b>	<b>263</b>
8.5	<b>ANTIIMPERIALISMO Y ALBORES REVOLUCIONARIOS.....</b>	<b>265</b>
8.6	<b>POR UNA CUBANIDAD INASIBLE PARA TURISTAS.....</b>	<b>276</b>

<b>9.0</b>	<b>CALIBÁN Y SUS OTROS: MARCANDO Y DIFUMINANDO LOS LÍMITES</b>	
	<b>DE LA ISLA .....</b>	<b>288</b>
9.1	EL PROBLEMA COLONIAL .....	293
9.2	DETECTIVES ANTROPOFÁGICOS.....	300
9.3	LA PROMESA CALIBÁNICA EN <i>Y SI MUERO MAÑANA</i> .....	309
9.4	CALIBÁN FRENTE AL ESPEJO .....	323
9.5	REVISITANDO LOS IMAGINARIOS DE LA GUERRA FRÍA EN <i>ADIÓS HEMINGWAY</i> .....	330
<b>10.0</b>	<b>TRAS LAS HUELLAS DEL NAUFRAGIO: MEMORIA Y REVOLUCIÓN EN</b>	
	<b>LA OBRA DE EDMUNDO DESNOES .....</b>	<b>345</b>
10.1	LAS ARMAS Y LAS LETRAS .....	346
10.2	LAS DUDAS Y LAS LETRAS.....	367
10.3	EL CUERPO Y LAS LETRAS .....	393
<b>11.0</b>	<b>(IN)CONCLUSIONES.....</b>	<b>417</b>
	<b>BIBLIOGRAFÍA .....</b>	<b>425</b>



## LISTA DE IMÁGENES

Figura 1. Pentagonismo .....	111
Figura 2. Fragmentos de Sartre (51) .....	164
Figura 3. Barricada (149) .....	165
Figura 4. Adán-Agamenón-Orestes-Plácido-Ernesto (35) .....	173
Figura 5. La violencia en la isla de Swain (81) .....	173
Figura 6. Eva-Clitemnestra-Electra-Rosaura-Swain (87) .....	174

## **AGRADECIMIENTOS**

Deseo expresar mi gratitud hacia aquellas personas e instituciones que hicieron posible esta tesis doctoral. A los profesores Hermann Herlinghaus por su orientación inicial respecto al proyecto y a Jerome Branche por sus constantes referencias literarias del Caribe hispanomericano. Al profesor John Beverley, sus estimulantes y polémicas clases sembraron ciertas preocupaciones sobre poder y subalternidad en América Latina que intenté reflejar en este ensayo. Deseo agradecer igualmente al profesor Alejandro de la Fuente, por su apoyo constante a lo largo de este proceso. Sus aportaciones; particularmente en el caso cubano, me permitieron desenredar la madeja que amenazaba desde la página en blanco. Finalmente, a mi tutor, el profesor Juan Duchesne, lector respetuoso cuya agudeza estuvo siempre investida de una excepcional paciencia caribeña.

Agradezco también al Center for Latin American Studies de la Universidad de Pittsburgh que me concedió un grant en el verano del 2006 para hacer investigación en Cuba y en la República Dominicana. Este viaje fue vital para entrevistar a algunos académicos y escritores, así como también para recopilar bibliografía de difícil acceso. En Cuba agradezco particularmente a Jorge Fornet y Luisa Campuzano en Casa de las Américas, María del Carmen Suárez Hidalgo en el Ministerio de Cultura, Yaffa Valdés en el ICAIC, Helmo Hernández en la Fundación Ludwig y el escritor

Leonardo Padura. Mención aparte para el cobijo solidario de Noel González, Yolanda Maicas González y su hija Yoli. Igualmente agradezco en la República Dominicana a Raymundo González del Archivo General de la Nación, a Carlos Francisco Elías de la Cinemateca Dominicana, a Odalís Pérez y Manuel Mejía Gómez de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, al escritor Andrés Mateo, al director René Fortunato, a Mu-Kien Adriana Sang de la Universidad Católica Madre y Maestra, al escritor Manuel Matos Moquete, a Carlos Andujar del Instituto Dominicano de Investigaciones Antropológicas de la Universidad Autónoma de Santo Domingo y a Darío Tejera del Instituto de Estudios Caribeños. Dejo constancia además durante mi estadía quisqueyana, de la calurosa amistad de Manuel Moreta, Rafael Taveras, María Stella Dabacens y su hija Estrella.

En el 2006 una Provost Development Fund Fellowship de la Universidad de Pittsburgh me permitió dedicarme un año entero a la redacción de esta tesis. Debo igualmente, la escritura de los últimos capítulos a una beca de investigación de la Fundación Carolina en el 2008, período en el que Flavia Freidenberg, Miguel Carrera Troyano y Manuel Alcántara pusieron a mi entera disposición los recursos del Instituto Interuniversitario de Iberoamérica de la Universidad de Salamanca. Deseo agradecer a las profesoras Carmen Ruiz Barrionuevo, Diony Durán y, muy particularmente a la profesora Francisca (Paqui) Noguero por su generosidad durante esos últimos meses. Su apoyo me reveló aquel vínculo lorquiano entre el Caribe y Andalucía.

Cómplices de dichas y desdichas intelectuales, políticas y afectivas a lo largo de mi travesía en Pitt fueron mis amigos Lucía Herrera, Cecilia Carrizo, Teresa Peña,

Jaime Donoso, Juan Antonio Hernández, Aurelia Gómez y Eduardo Lozano. Las últimas líneas las dedico a la presencia oblicua de mi mamá y de mi hermana Andrea y, a Aníbal, quien, a diferencia de Penélope con Odiseo, me acompañó en todos los naufragios.

## 1.0 INTRODUCCIÓN

En 1907 el venezolano Rufino Blanco Bombona escribía indignado a Rubén Darío, por su poema Elegíaco de Estados Unidos “Salutación al águila”. En su carta expresaba su decepción ante el texto del poeta nicaragüense:

leo el divino e infame poema de usted al Águila, que yo no conocía. ¿Cómo no lo han lapidado a usted, querido Rubén? Lo juro que lo merece. ¿Cómo? ¿Usted nuestra gloria, la más alta voz de la raza hispana de América, clamando por la conquista? (...) ¡Oh, poeta de buena fe descarriada! ¿Por qué canta usted a los yanquis, ¿por qué echa margaritas a los puercos? (en Arellano).

El altercado entre estos dos escritores latinoamericanos expresa ciertas constantes en el panorama intelectual a lo largo del siglo. Estados Unidos resulta un tema controversial, implica la construcción y manipulación de imaginarios comúnmente plagados de prejuicios<sup>1</sup>, pero también de divergencias e incongruencias. El mismo Darío, paradójicamente, había escrito su célebre “Oda a Roosevelt” dos años antes en la que denunciaba la futura ofensiva estadounidense sobre “la América ingenua”.

Esta disertación explora los mecanismos generativos de representación mediante los cuales las ciudades letradas dominicanas y cubanas se reposicionaron a lo largo del siglo veinte frente a una alteridad estadounidense imaginada. Como

---

<sup>1</sup> Otro de los nada amables epítetos de Blanco Bombona para referirse a Estados Unidos fue el del “árido cerdo del norte” (en Fogelquist 229)

sugiere el reclamo de Blanco Bombona, el tema de Estados Unidos convoca una autoafirmación de identidad y de diferencia que gravita sobre la disparidad de poder entre ambas Américas. Para Blanco Bombona, “la raza hispana de América” sufría una nueva “conquista” y en esta denuncia implicaba a los interlocutores. La carta iba dirigida a otro intelectual que pertenecía a una misma territorialidad subalternizada<sup>2</sup> frente a Estados Unidos. El espacio del debate *sobre* aquel país pocas veces supuso un diálogo *con* aquel país. La mirada periférica sobre “el vecino del Norte” ha implicado mucho más la necesidad de articular un discurso sobre la propia diferencialidad o similitud respecto a aquél, que un intento por profundizar en una caracterización de la nación norteamericana, la cual es percibida a menudo como un otro.

El término ‘otro’ de raíces en el discurso psicoanalítico surge del deseo de identificar quiénes somos a partir de la diferencia y la separación respecto a ‘otros’. Su naturaleza por tanto es relacional. Lacan establece una diferencia entre el ‘Otro’ (*Grande-Autre*) y el ‘otro’ (Ashcroft 169-170), el primero representaría el gran marco de conocimiento o ideología a través del cual cobramos sentido de nosotros mismos y por eso somos reconocibles para los otros. En el discurso colonial este razonamiento binario funciona para establecer la diferencia entre colonizador (‘Otro’) y colonizado (‘otro’). Gayatri Spivak identifica al Otro como el foco de deseo y poder colonial cuyo discurso imperial —“otrifica”— crea sus otros. (Ashcroft 171). Aunque frecuentemente el término “otro” se refiere a la construcción identitaria que

---

<sup>2</sup> Entiendo el término “subalterno” como una categoría relacional y relativa que: “hace referencias a actores (...) heterogéneos que comparten una condición común de subordinación” (Coronil 17).

el poder colonial establece para excluir del discurso de poder a los sujetos colonizados, entenderé la alteridad aquí como la hegemónica. Invirtiendo el locus de enunciación ahondo en cómo sujetos periféricos imaginan una alteridad estadounidense a partir de la diferencia de sí mismos. Sigo el proceso dialéctico establecido por Spivak ya que al otrificar al Imperio los sujetos colonizados se construyen a sí mismos (en Ashcroft 171).

Al referir una alteridad estadounidense gran parte de los intelectuales de las ciudades letradas latinoamericanas parecen dirigirse a interlocutores *al interior* de sus espacios nacionales, o bien *al interior* de una territorialidad subalternizada más amplia, llámese Caribe, América Latina o Tercer Mundo. El ejemplo de José Martí, quien ya hacia 1881 dirigía sus *Escenas norteamericanas* hacia un lector mexicano, venezolano o argentino, expresa la voluntad por crear un espacio común, un “territorio de identidad desde el que se habla” (Ramos 198), ajeno al público norteamericano.

Tanto los discursos celebratorios de la modernidad americana como los antiimperialistas suponen una convocatoria de unidad frente a un enemigo interno y/o externo disolvente que se cierne amenazante: la resistencia a la modernización de las masas campesinas dominicanas, la politiquería y el caudillismo militarista de la temprana política cubana o bien; las diferentes invasiones estadounidenses a lo largo del siglo XX en ambas islas. Así por ejemplo, cuando en los años cincuenta, los poetas Pedro Mir y Nicolás Guillén denuncian la dinámica devoradora del capitalismo azucarero norteamericano, lo hacen de cara a un espacio en el que se ven incluidos: las “West Indies, Ltd.” o el “nosotros” del “Contracanto a Walt

Whitman". De una manera similar, Fidel Castro, en la Segunda declaración de La Habana advierte a sus pares latinoamericanos sobre la estrategia divisoria estadounidense. Varias décadas antes, durante la primera república, el cubano José Antonio Ramos en su *Panorama de la literatura norteamericana*, se había dirigido a un hipotético lector cubano para demostrar que las excelencias literarias de aquella nación suponían pruebas fehacientes de una superioridad económica, política y cultural que debía ser imitada.

Estados Unidos entonces, llega a constituirse como un "operador catalítico" (Guattari), un enunciado que, "independientemente de su función o sentido inmediato, desencadena realineamientos o cambios en las formaciones psíquicas y discursivas establecidas" (Duchesne, "Ciudadano" 253). Estos cambios y realineamientos refieren sobre todo a la enunciación. Nos dicen más de las peculiaridades del posicionamiento de escritores dominicanos y cubanos, que de Estados Unidos. Éste último funciona como una herramienta discursiva movilizadora para abordar cuestiones de nación, raza, género, soberanía, autoridad cultural, sistemas políticos, etc. La nación norteamericana funciona así como un prejuicio productivo que tiene una dimensión dramáticamente real derivada de la experiencia colonial.

Sin duda alguna, el Caribe ha sido históricamente el escenario por excelencia de esta experiencia. Resulta válido afirmar que a partir de 1898 se inició la expansión colonialista de Estados Unidos con la pérdida de Cuba y Puerto Rico (conjuntamente con las Filipinas) sufrida por España. Dependencia,



intervencionismo, imperialismo<sup>3</sup>, conforman topos revisitados constantemente a lo largo del siglo XX en la literatura elaborada desde los dos únicos estados nacionales de las antillas hispanoamericanas: República Dominicana y Cuba. La construcción y consolidación del estado nacional en ambos casos estuvo vinculado en un mismo proceso, a la formulación de imaginarios acerca de Estados Unidos. El repetido y a veces prolongado intervencionismo militar estadounidense a lo largo del siglo, así como sus consiguientes resistencias —no sólo discursivas sino también armadas— fueron factores determinantes en la formulación tanto de la soberanía republicana como de la socialista.

La experiencia neocolonial<sup>4</sup> en ambos países, hace parte de lo que Hans-George Gadamer entiende como “la realidad histórica del ser”; esto es, una propia historicidad constitutiva que se expresa en los prejuicios, pre-concepciones implícitas en la mirada hacia la alteridad hegemónica. A contracorriente de la ingenua ambición iluminista por un grado de comprensión ausente totalmente de prejuicios —“fantasía del grado cero”—, Gadamer apela a la posibilidad productiva

---

<sup>3</sup> Uso el término imperialismo en un sentido amplio para designar la tendencia expansionista de dominación directa o indirecta —económica, militar o política— de un país —en este caso, Estados Unidos— sobre otros estados o pueblos. Tengo en cuenta el polémico libro *Imperio* en el que Antonio Negri y Michael Hardt establecen el pase del ‘Imperialismo’ al ‘Imperio’. Con el primero se refieren a “una extensión de la soberanía de los Estados-Nación europeos más allá de sus fronteras” mientras que su sucesor, el Imperio “en contraste con el imperialismo, (...) no establece centro territorial de poder, y no se basa en fronteras fijas o barreras. Es un aparato de mando descentrado y desterritorializado que incorpora progresivamente a todo el reino global dentro de sus fronteras abiertas y expansivas. El imperio maneja identidades híbridas, jerarquías flexibles e intercambios plurales por medio de redes moduladoras de comando” (en Kohan 59). Sin embargo, dada la relativización de este argumento tras el 11 de septiembre y el nuevo escenario mundial; seguiré en lo posible utilizando el término imperialismo. Imperio funcionará más bien como una *tendencia* del poder hegemónico propia de las dinámicas de la globalización que indudablemente afectaron la manera en que la República Dominicana y en menor medida Cuba representó a Estados Unidos a finales del XX y durante los primeros años del XXI.

<sup>4</sup> Entiendo el término en el sentido que le da Robert Stam al observar que las independencias formales no entrañaron el fin de la hegemonía para países del denominado Tercer Mundo: “La independencia ‘criolla’ formal de Latinoamérica, (...) no ha evitado la hegemonía del ‘libre comercio’ angloamericano ni las intervenciones militares al estilo de la doctrina Monroe (el término ‘revolución’ implicaba una post-independencia cuyo contenido era una hegemonía sofocante)” (61).

de los prejuicios cuando son sometidos, confrontados a la experiencia. Entender el prejuicio entonces como un elemento *potencialmente* dialógico permite ver que el proceso de las propuestas articuladoras de una alteridad estadounidense es inconcluso, mutante. El “operador catalítico” es en esencia movilizador, nunca concluyente. El carácter no definitivo de la experiencia colonial está sujeto a su propia historicidad. De allí que, o bien los prejuicios se mantienen, se reconfiguran imposibilitando una apertura de comprensión; como veremos por ejemplo en el discurso nacionalista de la ciudad letrada dominicana neotrujillista o bien, la apertura se produce como un cambio en la mirada, toda vez que para Gadamer la verdadera experiencia siempre parte de otra a la que niega, es decir, de la vivencia de una experiencia contraria a nuestras preconcepciones. Tal es el caso del cambio en los prejuicios en un mismo autor como Juan Bosch quien de admirador del sistema democrático liberal norteamericano pasó a ser su decidido crítico; o bien, el caso dentro de un mismo sistema literario como el policial cubano, en el que la beligerancia antiimperialista devino en un acercamiento metafórico con aquel país a través del tópico de la decadencia a finales de siglo XX. Ambos movimientos; el de la apertura y el de la continuidad del prejuicio sin embargo, han sido productivos en términos políticos. La visión se repite, se reformula o se troca cada vez que Estados Unidos es percibido como amenaza o como modelo a emular.

Los enunciados sobre la alteridad estadounidense poseen un poder de convocatoria particularmente efectivo en los discursos populistas al momento de fijar lo que Laclau entiende como una “frontera antagónica”. De allí posiblemente derive la permanencia de uno de los pre-conceptos más importantes en América

latina: *Nuestra América* (1891) de José Martí. Sin embargo, hay que entender que en la misma asunción oficial de un antiimperialismo en el pensamiento martiano hay una construcción que evade el carácter contingente del discurso del poeta cubano. Una revisión de sus diversas crónicas a lo largo de su prolongado exilio en Nueva York (1880-1895) permite entrever cierta ambivalencia en la mirada sobre aquella ciudad y por extensión sobre el país. Tal como sostiene Julio Ramos, durante el siglo XIX, Estados Unidos “figuraba como el espacio moderno por excelencia, una sociedad nueva, donde el progreso había logrado desencadenarse del peso de la tradición” (147). De allí que el discurso martiano edificase un campo de identidad “mediante su oposición a los signos de una modernidad amenazante si bien a veces deseada” (Ramos 145). Ciertamente, dicha amenaza no carecía de atractivos. “Martí’s admiration for democracy in the United States, for the richness of the country’s resources, for its boundless energy, for its writers, orators and reformers, is evident in many of his writings” (Montero 17). La existencia de tal percepción positiva no niega la visión de Estados Unidos como el desdeñoso y amenazante “gigante de siete leguas” (Martí, 124). Tampoco el supuesto antagónico sobre el que Martí construye *Nuestra América* a partir del odio racial sajón ausente en una América sin razas o mestiza; —del mismo modo en que posiblemente los poemas referidos de Darío no se excluyan entre sí—, simplemente sugiere el carácter dinámico de toda experiencia que busca confrontar sus propias preconcepciones. Un dinamismo que a su vez refiere a la movilidad misma de toda apropiación a lo largo del tiempo aunque esté concebida como mitema. Ello explicaría por ejemplo, las más diversas apropiaciones ideológicas del pensamiento martiano durante el

siglo XX<sup>5</sup>. La otra preconcepción igualmente importante que, sin ser populista, repite el gesto divisorio de *Nuestra América*, es el *Ariel* (1900) de José Enrique Rodó.

La emergencia del imperialismo estadounidense fue el marco referencial de estas dos propuestas o prejuicios fundacionales para concebir la identidad latinoamericana a lo largo del siglo XX. Ambos textos supusieron construcciones letradas tanto de una alteridad imperialista —Calibán o el “tigre de afuera”— como de una identidad propia diferenciadora con respecto a éste, de modo que los imaginarios sobre aquel país estuvieron determinados por una premisa relacional. En esta dinámica de interdependencia —tal como lo sugiere el discurso psicoanalítico—, la construcción de la propia identidad implicó la necesidad de establecer una alteridad. ¿Desde qué comunidad imaginada se colocaron Rodó o Martí, así como sus respectivos seguidores para establecer una diferencia? Concepciones como ‘trasculturación’, *negritude*, hispanismo, mestizaje cultural partieron del reconocimiento de que las entidades culturales caribeñas y/o latinoamericanas respondieron en menor o mayor medida a la “instigación imperial de occidente” (Torres-Saillant 23). Como sostiene Roberto Fernández Retamar en el caso de Martí, la noción de peligro determina la existencia misma del famoso texto (3410). La formulación de identidades homogeneizadoras tanto del otro como del sí mismo, resultó con frecuencia, arma efectiva para contrarrestar cultural y políticamente la penetración estadounidense. Se trató de esgrimir ciertos

---

<sup>5</sup> En su libro *The Myth of José Martí*, Lilian Guerra revisa el modo en que las ideas del “Apóstol” fueron instrumentalizadas a principios de siglo XX por un nacionalismo proestadounidense como el de Estrada Palma; uno revolucionario esgrimido por algunos veteranos de las guerras del XIX y; otro popular, propio de los trabajadores inmigrantes de la Florida y Nueva York. En la actualidad el discurso revolucionario se ha apoyado en Martí para articular su antiimperialismo; al tiempo que el exilio cubano ha echado mano del republicanismo (liberal) de Martí para rechazar el modelo socialista de la isla.

‘esencialismos’ que supusieran la construcción de una identidad esencial —homogénea, atemporal— suficientemente unitaria y sólida discursivamente para hacer frente a Estados Unidos. Para Martí era “la hora del recuento y de la marcha unida” (188) en el que los árboles habrían de ponerse en fila para que no pasase el “gigante de las siete leguas” (188). El bosque defensivo estribaba en el “mestizo autóctono” (119) que habría de “desestancar el indio” (123) e “ir haciendo lado al negro suficiente” en una causa común con “los oprimidos” (122). Para Rodó, el llamado a “los Pueblos que aún forman y modelan su identidad nacional” (34) era el de seguir una “aristarquía” superior espiritualmente dada su herencia “del Mediterráneo, civilizador y glorioso” (45) frente a la democracia estadounidense que presentaba una “radical ineptitud de selección, que [mantenía] [...] un profundo desorden en todo lo que pertenece al dominio de las facultades ideales” (41). Una democracia sostenida sobre una igualdad indiscriminada sólo podía llevar a la mediocridad sostenida en la “primacía del número” sobre la calidad para Rodó (43).

Lo que varía entre las propuestas de Rodó y Martí, no es tanto la posición defensiva de una elite que a finales de siglo debía responder al desafío de sostener su autoridad letrada ante los cambios modernizadores que estaban teniendo lugar en América Latina, sino más bien la identificación de cuáles serían los componentes identitarios culturales capaces de oponerse a la nueva fuerza imperial. La fortaleza que Martí encuentra en el mestizaje, como proceso sintético de armonía racial, Rodó la encuentra en una “latinidad” que se asienta sobre una comunidad imaginada de Occidente:

Del espíritu del cristianismo nace, efectivamente, el sentimiento de igualdad, viciado por cierto ascético menosprecio de la selección espiritual y la cultura. De la herencia de las civilizaciones clásicas, nacen el sentido del orden, de la jerarquía y el respeto religioso del genio, viciados por cierto aristocrático desdén de los humildes y los débiles. El porvenir sintetizará ambas sugerencias del pasado, en una fórmula inmortal (33)

La herencia cristiana y la clásica grecorromana aseguraban la superioridad moral —ética y estética— de “Hispano-América” y ofrecían una resistencia a la “deslatinización” de aquellos que admiraban e imitaban “el arquetipo del Norte” (34).

En el *Ariel*, la fórmula identitaria de las dos Américas es esgrimida por Rodó al retomar los personajes simbólicos de la obra de *La tempestad* de Shakespeare para establecer las identificaciones positivas de Ariel con América Latina y las negativas de Calibán con Estados Unidos. Se trataba de una propuesta binaria en la cual los personajes eran antitéticos. Por ello, Rodó se vale de oposiciones como ocio creativo/trabajo compulsivo, espiritualidad/utilitarismo, inteligencia/voluntad, solidaridad/egoísmo; que le permiten caracterizar positivamente su proyecto y refutar una línea de pensamiento precedente como la de Sarmiento, en la cual Estados Unidos era glorificado en relación a una América española barbarizada<sup>6</sup>. Con el rescate valorativo de un origen común hispánico que le permita conectarse con una latinidad cultural diferenciadora, Rodó legitima el derecho de ubicarse —ya no en condiciones de inferioridad sino de igualdad o superioridad— frente a los avances imperialistas de Estados Unidos a principios de siglo XX. El carácter de

---

<sup>6</sup> Repite sin embargo, el gesto de aquél de suprimir una voz propia para insertarse en el discurso europeizante.

resistencia de su discurso estribó en la calibanización de Estados Unidos como una alteridad condenada al fracaso por su pobreza espiritual y estética.

Es posible afirmar que mientras Rodó representa una tradición intelectual decimonónica, Martí por el contrario funda las bases de lo que será el pensamiento cultural y político de cierto discurso populista del siglo XX. La trayectoria intelectual de la región caribeña hispanoamericana ha seguido alternativa y paralelamente estas dos vertientes identitarias frente a Estados Unidos: el insularismo de Antonio Pedreira y René Marqués en Puerto Rico y el pensamiento hispanista de un Joaquín Balaguer en la República Dominicana emulan a Rodó en la búsqueda de fuentes originarias europeas para verse a sí mismos; mientras la ideología del mestizaje de un Rómulo Gallegos en Venezuela y de un Roberto Fernández Retamar en Cuba continúa la senda abierta por Martí<sup>7</sup>.

En esta misma tradición martiana, la transculturación, lo real maravilloso y neobarroco han sido categorías formuladas desde la intelectualidad criolla cubana para proponer identidades diferenciadoras —bien sea desde el plano histórico, metafísico, cultural o étnico— que al formularse en términos de síntesis, pierden de vista las especificidades locales/regionales de sectores subalternos al interior (Beverley, “Hacia” 24). Al hacerlo, evaden los conflictos que problematizarían una supuesta unidad —nacional o latinoamericana— reproduciendo paradójicamente la misma episteme colonial que se pretende combatir. No obstante, esta supuesta homogeneidad ha sido cuestionada por Hermann Herlinghaus quien la propone

---

<sup>7</sup> En un espectro regional y cultural más amplio habría que mencionar *La raza cósmica* (1925) del mexicano José Vasconcelos.

como un recurso estratégico propio de lo que llama una ‘razón retórica colonial’ que esconde o disimula las diferencias existentes:

En cada orden simbólico permanece, junto con su propio componente performativo, un elemento retórico de la diferencia, esto es, un factor de negociación con lo diferente. Sin este elemento, la relación entre el 'orden' y las identidades que éste pretende regular perdería su base práctica —se petrificaría. Es esta la astucia inherente a un orden hegemónico que él mismo suele ocultar en el nivel de la representación, desde que, en su afán por representar, todo orden tiende siempre a la homogeneidad (15).

Si se sigue la trayectoria intelectual de Fernando Ortiz, se verá cómo el arribo a su término transculturación implicó la necesidad de incorporar condicionadamente al discurso de la cubanía aquellos elementos étnico-culturales que en un principio habían sido negados<sup>8</sup> y con los que había que contar si se quería lograr una nación unificada frente al neocolonialismo estadounidense. Ortiz necesitó apropiarse del lenguaje “dominante” —el vocablo angloamericano ‘aculturación’— para elaborar su neologismo. Su categoría supone la expresión cultural del mestizaje biológico como fenómeno conciliador y sintético. El neobarroco, por su parte, vendría siendo “una expresión formal del concepto de transculturación concebido por Fernando Ortiz” (Duno 162). Las preocupaciones anticolonialistas de Carpentier y menos evidentes de un Lezama Lima los llevan a plantearse su búsqueda de una autenticidad latinoamericana reconstruyendo el barroco peninsular: “América, continente de simbiosis, de mutaciones, de vibraciones, de mestizajes, fue barroca desde siempre” (Carpentier en Duno 187). En *El reino de este mundo* (1949) Carpentier consagra ‘lo real maravilloso’ casi en

---

<sup>8</sup> Me refiero básicamente al elemento afrocubano que en un primer escrito como el de *Los negros brujos* había sido estigmatizado.



términos ontológicos para dar cuenta de un arma genuina de liberación que él expone a través de su novelización de la revolución haitiana. Al hacerlo, repite el gesto dialógico y contestario de Ortiz al sustentar su discurso en contraposición al movimiento surrealista<sup>9</sup> francés con una mirada que paradójicamente repite la extrañeza colonial: “todo resulta maravilloso en una historia imposible de situar en Europa, y que es tan real, sin embargo, como cualquier suceso ejemplar de los consignados, para pedagógica edificación, en los manuales escolares. ¿Pero qué es la historia de América toda sino una crónica de lo real-maravilloso” (Carpentier 13) . Los ojos maravillados de Carpentier, como los de su protagonista en *Los pasos perdidos*, sitúan lo americano en un universo mágico de acuerdo a una concepción eurocentrista que sitúa América Latina por fuera de una realidad “racional” (Martin en Duno, 185). La conjunción de mito e historia en Carpentier —una historia en la que el mestizaje juega un papel fundamental en las luchas emancipatorias—, articula una entidad propia que confronta el pragmatismo y la falta de espiritualidad de la peligrosa alteridad que Rodó veía en Estados Unidos. Por su parte, José Lezama Lima matiza el antagonismo cubano frente a los estadounidenses a través de la contraposición religiosa. En 1940 declaraba “preferir ‘la actitud ética que se deriva de lo bello alcanzado’, al ‘simple puritanismo, murciélago de los sentidos y decapitador de su halagos’” (en Rojas, *Motivos* 299). En su novela *Paradiso* (1966) la diferencialidad religiosa será más explícita. Se trata de un episodio en el que, durante la estancia en Jacksonville, la abuela Augusta parodia el utilitarismo del protestantismo de Florita Squabs, esposa de un organista de iglesia originario de

---

<sup>9</sup> Recordemos que Ortiz desdice del término ‘aculturación’.

North Carolina: “Si por voluntad aplicada al bien nos diesen monedas correspondientes, la gloria —añadió sonriéndose— tendrá esa alegría ‘cantabile’ de la casa de la moneda” (46)<sup>10</sup>. Y más adelante la abuela agrega:

Usted se fía demasiado de su voluntad y la voluntad es también misteriosa, cuando ya no vemos sus fines es cuando se hace para nosotros creadora y poética [...] Qué sombrío debe ser en ustedes, los protestantes [...] que esperan que al lado de su voluntad suceda algo [...] El católico sabe que su acto tiene que atravesar un largo camino, y que resurgirá en forma que será para él mismo un deslumbramiento y un misterio. (47).

La naturaleza del barroco lezamiano —católico— es antagónica a un sistema marcado por la funcionalidad mercantilista y de allí su conexión con el carácter irreverente que Severo Sarduy apreciaba en el derroche del barroco que “amenaza, juzga y parodia la economía burguesa” (“Barroco” 1250). Este derroche está íntimamente relacionado en Lezama Lima a la idea de ausencias y pérdidas de la originalidad americana: “lo que hemos llamado la era americana de la imagen tiene como sus mejores signos de expresión los nuevos sentidos del cronista de Indias, el señorío barroco, la rebelión de romanticismo (...) El *destierro* y el *cautiverio* están en la misma raíz de sus imágenes” (‘Imagen’ 16). El espacio americano responde a la experiencia colonial y a matrices culturales europeas —el romanticismo, el barroco— al mismo tiempo que incorpora las fallas creadoras de todas las ausencias posibles —Bolívar, Martí, Miranda— en una historia llena de destierros, cárceles, pobreza y fracasos. Lezama Lima sintetiza en el ‘señor barroco’ una originalidad

---

<sup>10</sup> La asociación de Max Weber capitalismo/protestantismo es aquí evidente.

diferenciadora capaz de asimilar todos sus elementos dispares a una estructura hispánica<sup>11</sup>.

Desde el punto de vista epistemológico, tal como ha denunciado la crítica latinoamericanista de los últimos años, todas estas narrativas fallaron en su incapacidad de cuestionarse su propio discurso homogeneizador en relación a una modernidad anhelada; paralelamente desde el punto de vista estratégico-político, éstas fueron capaces de construir propuestas simbólicas sobre la concepción de una alteridad hegemónica, que son reactivadas constantemente en los imaginarios cubanos y dominicanos a lo largo del siglo XX con cada resurgimiento de proyectos descolonizadores. Me interesa rescatar una homogeneidad representacional —que identifico con las propuestas esencialistas de identidad sobre Estados Unidos— siguiendo la lógica de Gayatri Spivak: “I think it’s absolutely on target.... to stand against the discourses of essentialism, ... [but] *strategically* we cannot” (en Aschcroft 79). Con ello, la académica sugiere que el empleo de ideas esencialistas puede funcionar como parte de los procesos de descolonización. Aunque en particular ella se refiere a los esencialismos identitarios que se elaboran sobre las culturas precoloniales<sup>12</sup>, es posible extender esta idea a las representaciones sobre Estados Unidos. Pienso que es útil para este estudio tomar en cuenta el llamado

---

<sup>11</sup> Expandiendo los límites de la intelectualidad criolla cubana, habría que mencionar la propuesta de Ángel Rama. Este proceso de asimilación ya no en aras de una matriz hispanizante sino de una modernidad occidental es similar al que requiere el crítico uruguayo en su transculturación narrativa hacia 1971. Rama establece los procesos de intercambio que América Latina recibe de culturas metropolitanas a fin de incorporarse plenamente a los procesos hegemónicos modernizadores. Nuevamente se trata de una dinámica sintetizadora que como la de Lezama Lima o Carpentier parte de los paradigmas de la ciudad letrada. La visión unificada de los centros hegemónicos es tal, que Rama no percibe que éstos sufran algún cambio cultural en este intercambio. La alteridad hegemónica resulta imaginada de manera cerrada e inmutable.

<sup>12</sup> Sobre la trampa de los discursos de autenticidad nacional escribe Roberto Schwarz en su conocido ensayo “Nacional por subtração”

‘esencialismo estratégico’ sin perder de vista la violencia simbólica que entraña, sin olvidar que éste ha servido más a las élites que a los subalternos latinoamericanos. De este modo la revisión de ciertas narrativas contracolonias me permite por un lado la recuperación de toda una tradición intelectual propiamente latinoamericana; y por el otro lado, el concebir una perspectiva poscolonial que no opera en contraposición a aquella contracolonial sino como una continuidad actualizada en una etapa de globalización imperialista. La posibilidad de conjugar el discurso nacionalista dominicano de los años sesenta con un movimiento emancipador, me permite en el capítulo cinco, articular una visión valorativa del nacionalismo que trascendería su interpretación como simple construcción unificadora y homogeneizante.

Esta tesis está dividida en dos partes correspondientes a la literatura originada en la República Dominicana y Cuba respectivamente. Siendo dos países que experimentaron el dominio estadounidense de manera similar: monopolios azucareros, industria turística, intervenciones armadas, guerrillas antiimperialistas, golpes de estado y dictaduras apoyadas por los gobiernos norteamericanos; revoluciones nacionalistas (fracasadas o exitosas); sus respuestas discursivas no siempre coincidieron. A grandes rasgos es posible afirmar que mientras gran parte de la literatura cubana recreó el éxito frente a la dominación neocolonial, la dominicana se abocó a representar su fracaso. Sin embargo, como veremos en los capítulos cinco y nueve, la derrota de los sectores progresistas quisqueyanos posibilitó la emergencia de una escritura que alcanzó una mayor complejidad identitaria respecto a la épica teleológica cubana. Por otro lado, el asunto de la

construcción de alteridades se complica en el caso dominicano por la presencia constante de Haití en el imaginario nacional (capítulos 3 y 6). Curiosamente, a pesar de constituir una alteridad ya no hegemónica sino subalterna; la idea de la “inminente invasión” haitiana cuyos orígenes se remontan al siglo XIX, despierta mayor ansiedad en la ciudad letrada dominicana que la dominación económica o el intervencionismo estadounidense.

El segundo capítulo explora cómo la invasión norteamericana de 1916 posibilitó la articulación de un discurso nacionalista inexistente a partir del antagonismo con Estados Unidos. Intelectuales liberales de principios de siglo como Américo Lugo, Arturo Peña Batlle, Max Henríquez Ureña y Federico García Godoy apropiaron el discurso dicotómico arielista para sustentar una superioridad espiritual hispanófila dominicana contra una nación marcada por su rapacidad imperialista, su democracia calibánica disolvente dada la heterogeneidad de aquel país y su enfermizo racismo. Tales características incidían negativamente en la isla, bien fuese en la expoliación de sus recursos naturales, bien en su mediación constante que prolongaba la inestabilidad política, bien en la “transmisión” de una heterogeneidad racial y cultural corruptora mediante la contratación de braceros antillanos, entre otros. La agresión “yanqui” determinará el hallazgo de una unidad nacional que reconsiderará condescendentemente la mirada enteramente negativa tanto del gavillerismo —suerte de guerrilla rural que combatió la ocupación del 1916 a 1924— como de la autogestión tabacalera campesina y en menor medida, de los sistemas colectivos de propiedad campesina —las tierras comuneras— que durante siglos habían permanecido al margen del Estado.

La retórica confrontacional se verá matizada durante la consolidación nacional del régimen de Trujillo (1930-1961). La filiación del dictador con las fuerzas interventoras estadounidenses en contra de la resistencia armada dominicana y el subsiguiente apoyo político que obtuvo de aquel país, domesticó el fervor antiimperialista desviándolo exitosamente a través de intelectuales como Joaquín Balaguer y Arturo Peña Batlle hacia una alteridad haitiana. Sin embargo, la novela *Over* de Marrero Aristy expresa las fisuras del discurso trujillista al momento de formular un nacionalismo que intenta evadir el impacto estadounidense en las subjetividades dominicanas. Lo hace a través de la recreación del espacio que más crudamente dramatizaba la hegemonía norteamericana: las condiciones de explotación de una central azucarera.

Los capítulos 4 y 5 refieren el giro del nacionalismo hegemónico dominicano a partir de la ocupación de los marines en 1965 para impedir la vuelta del gobierno democrático constitucional. “La lucha antipentagonista” relata la trayectoria de este cambio al interior del pensamiento de Juan Bosch. Al revisarse su obra conformada por más de un centenar de textos —cuentos, novelas, biografías, artículos periodísticos, entrevistas, testimonios, estudios socio-históricos y teóricos—, saltan a la vista notables variaciones en su línea de pensamiento aun cuando la apelación al elemento popular siempre estuviera presente. Estos cambios respondieron a la necesidad de vincular la realidad dominicana y latinoamericana con fines políticos pragmáticos en momentos de fuerte activismo social. El gran punto de quiebre ideológico de Bosch tuvo lugar a partir del golpe de Estado que sufriera en 1963 y, la intervención militar estadounidense dos años después. Su fracaso político como

dirigente de un partido multclasista nacionalista en un sistema de democracia representativa se tradujo en una crisis ideológica en la que Estados Unidos pasaría a ocupar un puesto preponderante en su pensamiento. La publicación en 1967 de su libro *El pentagonismo, sustituto del Imperialismo* marca la consolidación de su nueva orientación ideológica: el antiimperialismo. El ‘pentagonismo’, vendría a sustituir el concepto del imperialismo para dar cuenta de las nuevas dinámicas de poder ahora ejercidas por el sector militar de Estados Unidos y su política de la guerra “defensiva” a partir de la segunda guerra mundial. Frente a este nuevo panorama Bosch hace un llamado de des-pentagonización apelando a la “dictadura con respaldo popular”, como una alternativa propiamente latinoamericana a la dictadura del proletariado.

El reverso de la ocupación de 1965 fue la “revolución de abril”, la rebelión armada en Santo Domingo contra el gobierno de facto haciendo un llamado a la vuelta del presidente Bosch. En permanente contacto con él, soldados disidentes, guerrilleros y civiles identificados como ‘constitucionalistas’ enfrentaron por cuatro meses al ejército regular y a las tropas norteamericanas que habían llegado al país para evitar que se produjese ‘una segunda Cuba’. La resistencia del pueblo dominicano produjo una efervescencia cultural y nacionalista que habría de valorizar nuevamente el gavillerismo y las tierras comuneras. La recuperación de la resistencia armada del 16 —invisibilizada durante el trujillato— se acoplaba a la del 65 en un mismo movimiento histórico insertado ahora en el contexto internacional de las luchas de liberación nacional. Desde la perspectiva de la reactualización del poema de Pedro Mir *Contracanto a Walt Whitman* que se hace en los años sesenta, el

capítulo “Narrativas de la resistencia” estudia la emergencia de las narrativas colectivistas en las novelas *La vida no tiene nombre* de Marcio Veloz Maggiolo, *Escalera para Electra* de Aída Cartagena Portalatín y *Cuando amaban las tierras comuneras* de Mir. En ellas, la retórica nacionalista trasciende los márgenes de la ciudad letrada trujillista para proponer una identidad fortalecida por su pluralidad —haitianos, mujeres, ancianos, pobres, latinoamericanos, africanos, etc.— frente a un enemigo común. La alteridad estadounidense resulta por el contrario, una entidad individualista, caracterizada en Mir por la tiranía del “yo” devorador del capitalismo. El heroísmo popular durante la revolución de abril y su posterior derrota dotó a estas narraciones de un imaginario nacional ambivalente sin puntos finales. Precisamente esta ambivalencia contribuyó a la densidad de estas novelas que se resisten a ser encasilladas en términos absolutos y se proponen como espacio de intersección entre la épica y la tragedia, la Historia nacional y la historia individual, el mito y la historia, el poder y la resistencia. De aquí que la retórica nacionalista distó en mucho de los patrones esencializantes y homogeneizadores con los que generalmente la teoría postcolonial tiende a identificar este tipo de discursos<sup>13</sup>. En los imaginarios de estas novelas es posible vislumbrar una escritura que desde los márgenes de la historia posibilita la emancipación sobre una historicidad teleológica que, sin oponerse a una lógica nacionalista, logra por contigüidad, trascender sus límites hacia una territorialidad subalternizada más

---

<sup>13</sup> Homi Bhabha entre otros, ha criticado la pretensión de una narrativa nacional estática, sin contradicciones que permanecería bajo un control estricto de las élites políticas e intelectuales del estado-nación. En este sentido, la mayoría de los discursos nacionalistas de la periferia vendrían a proyectar al interior de sus espacios nacionales el mismo movimiento de los imaginarios colonialistas.



amplia. Se cumpliría así la premisa sugerida por Shalini Puri sobre la necesidad de vincular la lucha por la construcción de comunidades e identidades nacionales igualitarias a similares luchas en otros niveles locales y globales (10).

“Permanencia y desafío a la ciudad letrada trujillista” vincula la derrota de los sectores constitucionalistas en 1965 y la eficiente represión posterior del régimen de Balaguer (1966-1978) a la permanencia petrificada de la ciudad letrada trujillista a principios de siglo XXI. Una revisión del premiado libro *El Ocaso de la nación dominicana* de Manuel Núñez, me permite señalar la persistencia hegemónica del discurso identitario conservador de una identidad hispanófila esencialista caracterizada por su elitismo y racismo. Curiosamente, la reactualización de este discurso elabora una satanización de los Estados Unidos mucho más cercana a los liberales nacionalistas de principios de siglo que al período trujillista. Reaparece la sospecha de un supuesto plan secreto estadounidense anexionista con Haití para acabar con la nación. Por otro lado, respondiendo a los asedios de una sociedad globalizada, Núñez cifra en Estados Unidos una alteridad corruptora de la dominicanidad<sup>14</sup> que difunde massmediáticamente valores de la cultura popular americana susceptibles de ser imitados. El fantasma de la “democracia calibánica” reaparece además vinculado al tema de una diáspora que habiéndose “desnacionalizado” en aquel país, pretende hacer lo propio al regresar o al influir negativamente sobre la isla. Sobre estos “agentes corruptores” ciertamente traigo a colación las novelas *Papi* de Rita Indiana Hernández y *The Brief Wondrous Life of*

---

<sup>14</sup> La otra alteridad obviamente sigue siendo haitiana. En ello Núñez no se diferencia en lo más mínimo del pensamiento balaguerista.

Oscar Wao de Junot Díaz como posibles contrapropuestas ante la ciudad letrada neotrujillista. La adopción del inglés, del spanglish o de referentes de la cultura popular norteamericana resulta en un complejo proceso crítico que problematiza tanto la sociedad dominicana como la norteamericana. En la apertura de estas novelas encuentro una continuidad con las narrativas de la resistencia. Si Mir cifraba una dominicanidad en la forma de vida de las tierras comuneras anteriores a la llegada del capitalismo azucarero, Díaz lo hace sobre el “fukú”, una especie de desgracia secular sobre la isla, el Caribe y el Tercer Mundo que tuvo su origen en la empresa colonialista. Ambos escritores entonces, cifran una territorialidad a partir de la experiencia colonial. Razonamiento que sin duda se emparentaría con *El Caribe, frontera Imperial* de Juan Bosch.

Si la invasión dominicana en 1916 fue el motor para la emergencia de un discurso antiimperialista que pusiese fin al pesimismo nacional, el apéndice de la constitución cubana de la Enmienda Platt en 1901, condicionando la soberanía de la isla tras la Guerra cubana-hispana-estadounidense suscitó una corriente predominante de frustración republicana que no cuestionó el nuevo estatus político de la isla. Provistos todavía de herramientas positivistas, buena parte de la producción discursiva del período estuvo abocada a explorar las razones internas de la “decadencia cubana”. La obra de José Antonio Ramos expresa en el capítulo 7 la debilidad de una crítica nacional que intentó conciliar fallidamente, cierto elitismo arielista con un proamericanismo admirador de la modernidad estadounidense en el contexto de una sociedad en la que se sentían tanto excluidos como avergonzados. Habría que esperar hasta la década del 30 para la irrupción de

un fuerte discurso antiimperialista que desencadenaría la disolución de la Enmienda Platt gracias a la revolución del 33. El capítulo 8 expone la construcción de identidades cubanas a partir de una diferenciación radical con Estados Unidos en intelectuales tan diversos ideológicamente como Jorge Mañach, Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena, Juan Marinello, José Zacarías Tallet, Fernando Ortiz y Ramiro Guerra. La corriente marxista fue especialmente productiva en la satanización de una alteridad estadounidense que puso sobre el tapete la cuestión de la discriminación racial y la sobreexplotación de las centrales azucareras norteamericanas. Aunque de manera similar a la consolidación nacional lograda por Trujillo, la de Fulgencio Batista lograría una domesticación del antiimperialismo tras el golpe de estado al gobierno de Grau; se mantuvo cierta persistencia del discurso beligerante alrededor de una vanguardia literaria. La poesía de Nicolás Guillén y su llamado a la descolonización en poemas como “Caña”, “West Indies, Ltd” y “Elegía a Jesús Menéndez” gravitan sobre las imágenes de explotación azucarera para referir una alteridad hegemónica de la que se hace imperativo emanciparse.

Hacia finales de la década del 30 y a lo largo de la siguiente hubo otra corriente intelectual nacionalista que si bien coincidió con una percepción crítica de la realidad republicana tras la frustración de la revolución del 33, articuló una propuesta alternativa a la vanguardista, que tendría lugar en el espacio “secreto” de la poesía. El grupo Orígenes con José Lezama Lima a la cabeza propuso la restitución de una cubanidad poética incontaminada de la corrupción nacional. Una corrupción que en parte derivaba del influjo del *american way of life* sobre la isla. La selección de autores norteamericanos en la revista *Orígenes* parece confirmar esta

visión toda vez que se trató de autores críticos sobre su propia sociedad. El ejemplo particular de las traducciones y ensayos sobre George Santayana muestra el especial interés del grupo en presentar el antagonismo con Estados Unidos a través de la contraposición religiosa en la que el catolicismo obtenía una caracterización mucho más positiva. Sin duda, Lezama Lima será quien mejor ahonde este antagonismo articulando lo religioso a lo ético y a lo poético.

La revolución cubana entrañó un posicionamiento radical frente a Estados Unidos y su papel histórico en la isla, análogo a la izquierda de los años treinta. Sin embargo, la construcción y sostenimiento de los imaginarios del régimen revolucionario no han implicado en lo absoluto procesos incommovibles y homogéneos. Los capítulos 9 y 10 exploran diferentes momentos de articulación del sujeto revolucionario y de su contrapartida estadounidense. La dicotomía propuesta de Roberto Fernández Retamar en su *Calibán* de 1971 acerca de la antitesis norteamericana frente a una América mestiza y rebelde es recogida por las novelas policiales y de contraespionaje cubanas que surgieron durante los años setenta y gran parte de la década siguiente. Al igual que el famoso ensayo de Retamar, estas novelas dramatizaron la problemática de elaborar una autolegitimación a partir de aquellas premisas hegemónicas que se pretendían rebatir. Los detectives y espías norteamericanos y cubanos en *Y si muero mañana* de Luis Rogelio Noguera resultaron irónicamente, más conservadores que su contramodelo estadounidense escarnecido en el discurso calibanesco. A la vuelta del fin de siglo, y ante el desgaste de este imaginario, la novela *Adiós Hemingway* de Leonardo Padura efectúa una apropiación mucho más productiva, en la que el referente al *hardboiled*

norteamericano permite una complejidad en los personajes que relativiza las dicotomías de Fernández Retamar. Al relativizarlas es posible encontrar cierto acercamiento existencial entre cubanos y norteamericanos, impensable en décadas anteriores. Interesa resaltar que tal cambio supone ciertamente una mirada “desengañada” de la revolución que no necesariamente implica su negación. Tanto la perspectiva de Padura como la del último Edmundo Desnoes encuentran en el pasado revolucionario una memoria productiva enriquecedora. Se trata entonces de narrativas más ‘postrevolucionarias’ que ‘antirrevolucionarias’ aunque ciertamente hayan dejado de ser antiimperialistas, en el sentido estricto del término<sup>15</sup>.

La obra de Desnoes revisada en el último capítulo, permite vislumbrar el recorrido de una subjetividad cubana permanentemente escindida entre ambos países. Desde una autorreferencialidad intelectual, sus novelas están interesadas en explorar las fallas y quiebres de los discursos oficiales totalizadores. Al igual que en Padura, la figura de Hemingway<sup>16</sup> resulta paradigmática dada su resistencia a amoldarse a un imaginario sin fisuras. Son precisamente esas hendiduras las que permiten un discurso complejo en ambos escritores cubanos para referir una alteridad admirada y rechazada simultáneamente. Padura opta por una cierta humildad reconocedora de una dimensión incognoscible del otro. Desnoes en su

---

<sup>15</sup> En “El giro neoconservador en la crítica literaria y cultural latinoamericana”, John Beverley establece el giro reciente de una tendencia neoconservadora en el ámbito intelectual latinoamericano en contraposición a la emergencia de gobiernos de izquierda. Tal giro se revelaría en la negación que intelectuales como Beatriz Sarlo, hacen de la lucha armada en los años sesenta como “equivocación” o “error”. Resulta interesante contrastar esta posición a la de autores como Desnoes o Padura, quienes pese a deconstruir la retórica épica revolucionaria cubana, admiten su importancia y la consideran como experiencia existencial definitoria. La retórica del fracaso en ambos autores no necesariamente se equipara a la del “error”.

<sup>16</sup> Es posible que Hemingway representara un tipo de sujeto político norteamericano que reunía un imaginario masculinista, conservador, vinculado a ciertos ideales progresistas. Un tipo que podría ser entrevisto en la alianza demócrata norte-sur con Franklin Delano Roosevelt y que se rompería a partir de los movimientos civiles. Este sujeto político estaría mucho más cercano a la tradicional militancia de izquierda latinoamericana que la New Left.

novela del exilio *Memorias del desarrollo* parece reformular un discurso hispanófilo de diferenciación distinto, sin embargo, a la hispanofilia tradicional. La suya es una identidad anclada en el sentido del fracaso —la Armada Invencible, Don Quijote, Don Juan— en el cual hay una dignidad y espiritualidad ausente en el discurso triunfalista estadounidense. Este último carece además del recurso infinito de la escritura como forma de trascendencia humana. Ni siquiera la decadencia norteamericana metaforizada en la caída de las Torres Gemelas parece equiparable en grandeza al derrumbe revolucionario para Desnoes.

Diáspora y exilio son pues, los dos posicionamientos con los que cierro una genealogía de imaginarios acerca de Estados Unidos. La última novela de Desnoes, y sobre todo, *The Brief Wondrous Life of Oscar Wao* suponen la apertura de los prejuicios a la experiencia de la que hablaba Gadamer. Como operador catalítico, este cambio de mirada sobre Estados Unidos implica, la producción de nuevos presupuestos con los cuales reconocerse o distanciarse. Este ensayo por tanto no pretende limitarse a la elaboración de un inventario del antiimperialismo o de su reverso en ambas naciones caribeñas. Su intención es un esfuerzo crítico por entender los procesos de subalternidad cultural que se han dado en los dos países y de cómo éstos han sido capaces de articular los productos y respuestas a dicha subalternidad. Pensar el proceso por el cual el significante metropolitano funciona en ambas islas como un movilizador o detonante para desplegar múltiples discursos, emparentaría este trabajo con una tradición de trabajo crítico sobre la producción cultural originada desde la periferia para indagar la propia condición

colonial<sup>17</sup> (*Transculturación narrativa* Ángel Rama y *El país de cuatro pisos* de José Luis González, entre otros). Sin embargo, la intención aquí es concentrarnos en el mecanismo discursivamente productivo, por el cual la República Dominicana y Cuba echan mano del referente estadounidense para permitir posicionamientos y desplazamientos más allá de una referencialidad literal.

---

<sup>17</sup> El posicionamiento de esta mirada es, si se quiere, inverso al desarrollado en *Orientalism* de Edward Said y *Ojos imperiales* de Mary Louise Pratt

## **2.0 ENTRE EL ANTIIMPERIALISMO Y EL HALLAZGO DE UNA IDENTIDAD NACIONAL A PRINCIPIOS DE SIGLO XX**

Aprended en nosotros, ¡oh pueblos de la América!  
Los peligros que encubre la amistad del sajón;  
sus tratados más nobles son pérfida acechanza,  
y hay hambre de rapiña en su entraña feroz.  
Fabio Fiallo, "En tierra de Quisqueya", 1920

El desembarco en Santo Domingo de los marines norteamericanos en 1916, marcó a una generación de intelectuales liberales que había heredado en su mayoría el legado positivista de Eugenio María de Hostos. Conocida como la generación del pesimismo, dichos intelectuales afirmaban la inviabilidad del proyecto nacional. La experiencia histórica les había demostrado una y otra vez la imposibilidad de aplicar los paradigmas liberales necesarios para la consolidación de la nación (González, "Introducción" 19).

Atrás quedaba un turbulento siglo XIX protagonizado por las luchas de independencia contra el dominio haitiano (1801, 1822-1844) y sus subsecuentes intentos de invasión y, contra la anexión española (1861-1865). A ello se sumaron diversas guerras caudillistas locales y regionales por el control político y económico que hicieron posible la cantidad de 59 gobiernos entre los años de 1844 y 1899 (Sang 142). Para los letrados de principios de siglo, las invasiones y ocupaciones haitianas se habían sucedido bajo la supuesta anuencia o indiferencia de las masas



dominicanas, quienes posiblemente simpatizaron con algunas de las medidas populares del gobierno de Jean Pierre Boyer. El anexionismo español confirmaba a su vez, que había un importante sector dirigente ajeno al proyecto independentista. Ello produjo, a diferencia de otras naciones suramericanas que habían logrado consolidar los estados nacionales a finales de siglo, que el "momento fundacional de la nacionalidad [llegara] después, o [que durara] más que en otros países del sur" (Sommer "Ficción" 111).

Los inicios de siglo XX no fueron más alentadores. Tras el asesinato del dictador Ulises Heureaux, el país quedó arruinado, con una inmensa deuda externa y la administración del único ferrocarril estatal del país así como la industria azucarera en manos de empresarios estadounidenses mayoritariamente (Moya *Manual* 427, Baud 'Manuel' 159, Langley 40). Así, las primeras décadas del siglo estuvieron marcadas por la fuerte presencia norteamericana en la isla. Los diversos levantamientos armados internos pasaron a ser una preocupación de primer orden para Estados Unidos, país que veía en la inestabilidad de la región de Centroamérica y el Caribe una amenaza a la seguridad de sus propios intereses. La política norteamericana hacia la República Dominicana había pasado a seguir los lineamientos de la doctrina Monroe que establecía que "los Estados Unidos no consentirían que ninguna potencia europea ocupase ningún territorio de América Latina" (Moya, *Manual* 437). Esta visión se tradujo en la práctica, en la compra de la deuda externa dominicana por parte de Estados Unidos para, posteriormente en 1907, tomar el control y la administración de las aduanas dominicanas. Hacia 1912 Theodore Roosevelt entendía que "era la obligación moral de los Estados Unidos

ejercer una tutoría política sobre los países del Caribe para enseñarlos a gobernarse hasta tanto alcanzaran su madurez” (Moya, *Manual* 460). Bajo este mismo razonamiento el gobierno estadounidense procedió a la ocupación militar en 1916.

En lo que corresponde al escenario interno, para las primeras décadas del siglo XX, la República Dominicana había alcanzado poco desarrollo urbano. La ausencia de un sistema vial que conectara adecuadamente todo el territorio nacional y una población rural estimada hacia 1920 en un 84%, hacía de la isla un país mayoritariamente rural y regionalmente fragmentario. Una gran parte de su población vivía de la explotación de las ‘tierras comuneras’ bien dedicada a la crianza libre, o bien a una agricultura de autosubsistencia al margen del Estado. El término ‘comunero’

came to mean common, or ‘nobody’s lands’. Los montes belonged to former slaves, their descendants, and the rest of the rural population that had forged Santo Domingo’s peasantry and had lived in and exploited these untamed areas for centuries. Even to the extent that peasant recognized ownership in these areas by peso title holders, those property rights were not imagined as including the right to bar others from lands (Turits 43).

Para la elite letrada, el modo de vida que entrañaba la explotación de las tierras comuneras había conllevado al carácter autárquico y rebelde de las clases populares rurales (Turits 15). El cultivo desordenado y la crianza libre eran vistos como fenómenos anacrónicos que impedían la modernización del país. De allí que algunos liberales inicialmente apoyaran políticas de incentivo a inversiones estadounidenses para los enclaves de centrales azucareras. El establecimiento de las modernas compañías americanas prometía acabar con el estilo de vida

premoderno, propio de las tierras comuneras, el cual se concebía que había sido el caldo de cultivo de los caudillismos regionales y las montoneras. En 1906 José Ramón López, autor positivista del difundido libro *La alimentación y las razas* de 1896, veía en el campo dos grandes problemas para alcanzar el progreso: “El revolucionario y el cerdo son los dos enemigos principales del país” (en González, “Introducción” 17). Equiparando la crianza libre con la presencia de los rebeldes, Tejera animaliza la población rural para explicar su renuencia a adaptarse a los parámetros liberales. De eso modo explicaba el hecho de que las luchas caudillistas habían hecho fracasar no sólo los intentos políticos de los gobiernos azules posteriores a 1879, abriendo campo a la dictadura de Heaureaux durante catorce años, sino también, la estabilidad de los gobiernos constitucionales de principios de siglo.

En 1899 Américo Lugo<sup>18</sup>, quizá el intelectual más emblemático de esta corriente pesimista, retrata la situación de la siguiente manera:

una inmensa mayoría de ciudadanos que no saben leer ni escribir, para quienes no existen verdaderas necesidades, sino caprichos y pasiones; bárbaros en fin, que no conocen más ley que el instinto, más derecho que la fuerza, más hogar que el rancho, más familia que la hembra del fandango, más escuelas que galleras; una minoría, verdadera golondrina de las minorías, que sabe leer y escribir y de deberes hechos, entre la cual sobresalen, es cierto, personalidades que valen un mundo, tal es el pueblo dominicano, semi salvaje por un lado, ilustrado por otro, en general apático, belicoso, cruel,

---

<sup>18</sup> Américo Lugo (1870-1952) fue uno de los intelectuales dominicanos más importantes a principios de siglo XX en la República Dominicana. Discípulo de Hostos y fuertemente influenciado por el arielismo, Lugo se dedicó mayormente a la crítica histórica y literaria. Dirigió en 1992 el periódico *Patria* y fue colaborador asiduo del *Listín Diario*, *El Progreso*, *La Cuna de América*, *El Tiempo*, *El Eco de la Opinión*, *El Mensajero* y *El Porvenir*. Además fungió como mecenas y colaborador del movimiento La proesía sorprendida iniciado en 1943. El pensamiento de Lugo gravitó sobre la cuestión nacional y el problema de su consolidación. Su obra más conocida es “El estado dominicano ante el derecho público” (1916) en la que despliega su formación como jurista para deslegitimar la intervención estadounidense. Su actividad intelectual y política se caracterizó por su rotundo rechazo a esta intervención. Fundador del partido Nacionalista en 1924, Lugo posteriormente, se negaría a integrarse al aparato trujillista.

desinteresado, organismo creado por el azar de la conquista, con fragmentos de razas inferiores agastadas.... (en Balcárcel 248).

Nótese cómo se insinúa la escritura como instrumento para disciplinar un medio popular racializado y *barbarizado*. Apoyado en las ideas científicistas del positivismo, Lugo acompaña la tesis del pensamiento liberal decimonónico latinoamericano —ejemplificada en la dicotomía sarmientina de Civilización y Barbarie—, según la cual el campo y las masas eran factores antinómicos del progreso. Para Lugo además, “el desprecio por el pueblo tenía sustentación en la idea de que el anexionismo tenía su raíz en el consenso de las masas” lo cual hacía inviable la conformación del Estado (Cassá 16). De modo que, “el pueblo no sólo no participaba en la gestación de la nación (...) sino que con exactitud se erigía en el factor más contraproducente para la culminación del fenómeno” (Cassá 16). Así pues, según la retórica de la elite dominicana, ese pueblo suponía un importantísimo impedimento a la formación nacional; era por tanto la antinomia de la nación.

La negación a incorporar a las masas dominicanas al proyecto nacional mediante argumentos deterministas como la alimentación, la raza y el medio ambiente, fue el factor común de toda esta corriente de pensamiento ‘pesimista’ que incluyó figuras como las de Américo Lugo (1870-1952), Francisco J. Peynado (1867-1933), Emiliano Tejera (1841-1923), José Ramón López (1866-1922), Francisco Henríquez y Carvajal (1859-1937), Luis C. Del Castillo (1898-1927), Francisco

Moscoso Puello (1885-1959) y Federico García Godoy (1857-1924)<sup>19</sup>. Lo específicamente dominicano de este fenómeno no fue tanto la popularidad que estas ideas alcanzaron entre la intelectualidad en aquella época, sino su capacidad de sobrevivencia durante casi todo el siglo XX. En fecha tan reciente como 1983 Joaquín Balaguer todavía expone que la influencia racial ‘etiopía’ tiende a corromper la cohesión de la nación (en Baud, “Manuel” 169).

La expansión económica y territorial de Estados Unidos operó, sin embargo algunos cambios en este imaginario de las elites, siendo uno de los más notables, el del hallazgo de una nacionalidad que hasta entonces parecía imposible. El intervencionismo estadounidense produjo un giro paradójico en el discurso pesimista de Lugo y sus congéneres. De pronto, las diversas rebeliones armadas fueron vistas con cierta condescendencia ya que defendían la soberanía. La distancia del letrado frente a las masas populares impidió un apoyo abierto a la resistencia guerrillera rural, sin embargo, hubo cierta empatía tal como lo expresó Max Henríquez Ureña:

se les ha tachado de bandidos, pues a estas partidas sin cohesión y sin cultura no se les puede exigir procedimientos civilizados en lucha tan desproporcionada: hacen la guerra a muerte; saben que ya no tienen derecho a la vida y que el invasor es implacable con cualquiera de ellos que caiga en sus manos. Esos “bandidos” no existieron cuando el doctor Henríquez y Carvajal era Presidente de la república: **son los férreos procedimientos del invasor los que han impulsado al crimen y a la locura a muchos hombres que mientras se sintieron libres no causaron ningún mal a su vecino**” (negritas mías, “yanquis” 18)

---

<sup>19</sup> Por el contrario, Pedro (1884-1946) y Max Henríquez Ureña (1885-1968) no compartieron los argumentos deterministas de estos intelectuales. Ello probablemente se debió al manifiesto rechazo que el Ateneo de México expresara contra el pensamiento positivista. Recordemos que Pedro fue uno de sus principales exponentes. Ello sin embargo, no desdijo de cierta posición elitista, especialmente en el caso de Max.

Al momento de la imposición de un gobierno militar norteamericano en la isla, Francisco Henríquez y Carvajal —padre de los Henríquez Ureña— era el presidente constitucional de la República. Esta situación viene a ilustrar en qué medida una clase media culta dominicana se sintió conminada a rechazar la intervención que los hacía a un lado. Si en la ciudad letrada hubo escaso o dudoso apoyo a la resistencia armada, en lo popular por el contrario, surgió la figura heroica del “gavillero”, nombre que se le daba a los guerrilleros en el interior del país que se dedicaron a combatir la ocupación norteamericana a partir de 1916 (Moya-Pons *Manual* 476-77)<sup>20</sup>. En efecto, la intervención militar, precedida por otras en América Latina, despertó el rechazo de un país con una tradición de resistencia frente a las ocupaciones extranjeras. Mientras en San Pedro de Macorís y en la región del Este, especialmente en la provincia del Ceibo, gavilleros organizaron una guerra de guerrillas contra las fuerzas de ocupación (Moya *Manual* 476), muchos intelectuales ‘pesimistas’ conformaron grupos nacionalistas y asociaciones culturales como Paladión, el Partido Nacionalista —dirigido por el mismo Américo Lugo— y La Unión Nacional Dominicana que exigía bajo el lema de la ‘Pura y Simple’, la desocupación inmediata e incondicional de los marines<sup>21</sup>. Andrés Mateo señala que alrededor de este lema se conformó un movimiento de carácter urbano de “juristas, políticos e historiadores, opuestos a la intervención norteamericana de 1916. La tesis de 'la pura y simple' planteaba la desocupación del país, Pura y

---

<sup>20</sup> Mateo señala que la carga positiva alrededor de la palabra “gavillero” en la lucha nacionalista dominicana se equipara a la del “mambí” cubano de la causa independentista (*Mito* 125).

<sup>21</sup> Soledad Álvarez señala el surgimiento de un grupo significativo de obras teatrales antiintervencionistas durante esta época. Hasta ahora es poco lo que se conoce sobre este tema (“Siglo” 368-369).

Simple, sin el reconocimiento jurídico de los actos del Interventor y sin pacto alguno” (*Mito* 38). La militancia nacionalista de estos intelectuales llegó a tal grado que algunos de ellos como Américo Lugo, Fabio Fiallo y Federico García Godoy sufrieron cárcel, procesos penales y/o censura de sus escritos. Paradójicamente Mateo afirma que: “La tremenda tragedia de estos intelectuales positivistas fue que casi todos quedaron atrapados en las luchas nacionalistas, aun cuando no creyeran en la viabilidad de la nación dominicana” (*Mito* 41). Esta paradoja se expresa claramente en una de las afirmaciones de Lugo en la que expresa su convencimiento de que “no constituimos una nación verdadera. Pero no puedo consentir sin romper un silencio que creo culpable, en que los americanos nos arranquen la soberanía y con ella la honra y dignidad, aunque nos dejen la bandera como un trapo para enjuagar nuestras lágrimas y tapar nuestra vergüenza” (*Antología* 22).

Lugo se empeña en afirmar la inexistencia de la nación. Sin embargo, la ocupación estadounidense produce algo que hasta entonces creía imposible: una conciencia de comunidad, entendida ésta como un conglomerado vinculado entre sí por valores e intereses comunes. Valores que negaban la sujeción a un país extranjero. Paradójicamente, la operación discursiva de establecer la inexistencia de la nación a través de sus publicaciones en diversos pasquines y periódicos como *Patria*, *El Diario*, *La Información*, *La Bandera*, *Las Noticias*, *La Semana Patriótica*, *Listín Diario*, entre otros; condujo a crear un círculo de lectores hermanados en su común rechazo a la ocupación extranjera, posibilitando así la formación de una comunidad de lectores necesaria según Benedict Anderson para la idea de nación. Los intelectuales de este período se dirigían a la opinión pública fundamentando las

bases de un discurso nacionalista a través de una doble negación: la de la propia existencia nacional y la de su compatibilidad económica, cultural y política con Estados Unidos.

La naturaleza de este nacionalismo ‘negativo’ revela ciertas tipicidades en el discurso de la generación pesimista al momento de elaborar una autoetnografía y de tipificar al otro imperialista. Este discurso nacionalista define y caracteriza al imperio norteamericano bajo cuatro aspectos interrelacionados entre sí: el económico, el jurídico, el político y el cultural.

## **2.1 ESTADOS UNIDOS COMO ROMA AVARICIOSA**

Durante las últimas décadas del siglo XIX, Estados Unidos fue el paradigma del progreso para algunos intelectuales latinoamericanos como Domingo Faustino Sarmiento. Su creciente desarrollo capitalista era connatural a la idea de modernidad y como tal, muchos intelectuales dominicanos se apegaron al modelo difusionista según el cual “el desarrollo —o de manera intercambiable, la modernización— se producía como resultado de la penetración de la tecnología, el capital, el comercio, las instituciones políticas democráticas y las actitudes de los países desarrollados en los países de desarrollo” (Joseph 100). Legislaciones favorecedoras a las grandes compañías extranjeras azucareras —como los decretos de Cáceres en 1906 para exonerar de impuestos a la fabricación y exportación (Moya, *Motores* 45)—, formaron parte de la puesta en práctica de la política



difusionista, aplaudida por varios intelectuales ya que promovían la producción, creaban nuevas formas de impuesto y disciplinaban el campo poniendo cortapisas a los terrenos comuneros. En poco tiempo sin embargo, estas políticas mostraron su reverso: las compañías azucareras monopolizaron gran parte de las mejores tierras del sur y del oeste del país, convirtiéndose en enclaves extranjeros ajenos al control estatal y que en nada parecían mejorar las condiciones de vida de los dominicanos. Al problema de las centrales azucareras se le unió el de la inmensa deuda que la isla contrajo con Estados Unidos precisamente como consecuencia de la demanda de recursos fiscales para ‘modernizar al país’. De modo que, para el momento del desembarco de los marines, la soberanía dominicana estaba ya bastante comprometida. Esta situación llevó a Américo Lugo a describir al imperialismo norteamericano de la siguiente manera en su “Manifiesto del Nacionalismo Dominicano contra la Intervención”, de 1923:

tiene por objeto el sometimiento de Estados cuya independencia y soberanía ha reconocido... es una avaricia ciega de mercados, por minas, por la explotación y monopolio de todos los recursos naturales de todos los países débiles, por todo lo que produzca el oro, metal de que son insaciables; su forma es la penetración pacífica, prestando dinero, comprando tierras, fomentando empresas y revoluciones... en una palabra, la expansión comercial, abriendo el camino a la ingerencia en los asuntos interiores, a la oferta o imposición de sus buenos servicios, a los abusos de toda clase, a la intervención y finalmente a la ocupación militar, a la mediatización en toda forma, al protectorado, la conquista y la anexión, con una brutalidad primitiva... (*Antología* 106).

La expoliación de los recursos naturales por medio de una tecnología de avanzada, los préstamos financieros, en fin, todas las operaciones de tipo económicas; fueron vistas como la principal estrategia de expansión territorial de Estados Unidos, cuyo único móvil estribaba en el deseo de un enriquecimiento

material desmedido. Por ello los requerimientos acumulativos de las empresas norteamericanas conllevaban a un peligro tremendo para la subsistencia del conglomerado dominicano (Cassá 124). Es claro que esta visión reafirmaba el rasgo utilitario de la cultura norteamericana señalado por Rodó en su *Ariel* de 1900. El amplio impacto que este texto tuvo en la República Dominicana se refleja en el hecho de haber sido el primer país de su publicación fuera del Uruguay en 1901 y en que ya hacia 1904, Pedro Henríquez Ureña había divulgado un artículo sintético-crítico sobre las principales ideas de Rodó (Céspedes 160)<sup>22</sup>. El *Ariel* fue ampliamente leído por esta generación de pensadores dominicanos y algunos inclusive como García Godoy, mantenían una amistad epistolar con el uruguayo. Sin duda, Lugo tuvo muy en cuenta aquel texto al momento de denunciar la rapacidad imperial. La crítica constante del utilitarismo norteamericano en intelectuales como Lugo, Fabio Fiallo y García Godoy estuvo ligada a las denuncias sobre la Doctrina Monroe. A través de diversas publicaciones periódicas alertaban sobre el peligro de dicha doctrina para todos los países hispanoamericanos:

México y Colombia mutiladas; Centro América y Cuba intervenidas, Puerto Rico, Haití, Santo Domingo y Nicaragua aherrojadas, están diciendo al mundo quién es esa Roma sin grandezas cuyas armas son el dinero, cuya diplomacia es el dolo, cuyos escipiones son Taft, cuyas legiones no han visto nunca el sol de Austerlitz, ni el Bailen, ni el de Salamina y Alesia, y solo han servido hasta ahora para realizar expediciones punitivas en México o para apoyar revoluciones panameñas (Lugo, *Antología* 110).

---

<sup>22</sup> Resulta interesante la intención de Pedro Henríquez Ureña en su artículo, de matizar la crítica antiestadounidense de Rodó. Aunque reconoce algunos aspectos negativos de aquella nación —el orgullo anglosajón, la moralidad puritana, el sectarismo y racismo— también resalta una corriente “de ideales de perfeccionamiento humano, centrado en el *bien* moral y con meta en la dignificación de la vida colectiva” (Carilla 89)

La rapacidad económica de esta nueva Roma sin grandezas deviene en la construcción de una identidad compartida con los demás países latinoamericanos en tanto víctimas del utilitarismo imperial. La polarización discursiva entre un país explotador y un ‘nosotros’ explotado conduce a ciertas variantes en el discurso liberal decimonónico. En el caso de Lugo por ejemplo, el “avance capitalista representado por las compañías azucareras de propiedad extranjera” le hizo abdicar ‘del sentido civilizador del industrialismo” (Cassá 125). La puesta en duda de la panacea de la industrialización como vía hacia la modernización, mediante la satanización de un Estados Unidos como país expoliador de sus vecinos, devendrá en la reconsideración valorativa de la autogestión campesina de las tabacaleras del Cibao y; posteriormente en la segunda mitad del siglo XX, de la explotación de las tierras comuneras.

## **2.2 LA DEMOCRACIA CALIBÁNICA**

Así como la experiencia económica que culminaría en 1916 con la ocupación norteamericana llevó a la elite letrada a reconsiderar las virtudes de la industrialización, la experiencia política les hizo reevaluar la implantación de un sistema democrático-liberal en el país. La ingobernabilidad del país al momento de la llegada de los marines, desdecía de las virtudes y responsabilidades ciudadanas que harían posible la consolidación de un Estado soberano que hiciese frente a Estados Unidos. Esto llevó a que la elite letrada viera en la figura del Estado el único

“medio de compactación social y de realización de expectativas individuales o colectivas” (Cassá 106). Apartándose de las premisas ortodoxas liberales, el discurso “tenía que acudir al aparato (al Estado) cuya primacía —en su versión patrimonialista— quería debilitar en beneficio de la institucionalización de la sociedad por medio de autonomías y descentralización” (Cassá 106) Así, “entre la intelectualidad liberal dominicana pasó a prevalecer la propuesta de un ordenamiento nacional (...) asumido plenamente por el estado, que hiciese frente al vacío hegemónico dejado por una clase alta económica juzgada mezquina y una masa trabajadora considerada ignorante” (Cassá 106). Este razonamiento terminó arrastrando a gran parte de los intelectuales demócratas hacia un ordenamiento de tipo autoritario<sup>23</sup>, implementado finalmente por Trujillo a partir de 1930. La visión letrada era que la constante mediación política estadounidense entre las facciones dominicanas para lograr supuestos entendimientos, tenía efectos nocivos para el país, perpetuando el caos político<sup>24</sup>. Su intervención había sido decisiva en cada uno de los resultados de la cadena interminable de “revoluciones”: la “revolución” de Horacio Vásquez de 1912, la “revolución del ferrocarril” de 1913, la revolución contra José Bordas Valdez de 1914, la revuelta de Quirico Feliú en 1915 y finalmente la rebelión de Desiderio Arias en 1916 (Moya, *Manual* 458-469). Mediaciones norteamericanas como las del plan Wilson de 1914, en aras de un supuesto entendimiento democrático, a la larga tenían efectos desastrosos para el país.

---

<sup>23</sup> Un movimiento similar hará Juan Bosch al abandonar el modelo de democracia representativa por el de ‘dictadura con respaldo popular’ tras haber sido derrocado en 1963. Este nuevo modelo fue expuesto por él en su libro *El próximo paso: Dictadura con respaldo popular* de 1970.

<sup>24</sup> Fernández Olmos hace una lectura similar en algunos de los primeros cuentos de Bosch como “Dos pesos de agua” y “La mujer”: “la intervención de terceros con intenciones aparentemente benévolas acarrea consecuencias desastrosas” (102)

García Godoy denuncia que estas mediaciones no hicieron otra cosa que mantener la incertidumbre política. Para él, cada vez que el gobierno norteamericano intervenía para llegar a un acuerdo y llamar a elecciones, posponía y prolongaba las luchas internas, volviéndose éstas cada vez peores para colocar a la isla en una situación de mayor vulnerabilidad frente a Estados Unidos. Según Godoy

Si sus propósitos (los de Estados Unidos) se hubieran fecundado en ideales de racional y oportuno mejoramiento político y económico, nobles y ejemplarmente desinteresados, otros hubieran sido los medios empleados para llegar a la consecución de los fines que ostensiblemente preconizan y que ya sólo engañan a ciertos espíritus superficiales (145-146).

Nótese nuevamente la imputación utilitarista que Godoy le adjudica a Estados Unidos, ya que los supuestos ideales —democráticos en este caso— no son sino un engaño para ocultar inconfesables intereses. En una variante de esta interpretación Max Henríquez Ureña denunciaba la ignorancia norteamericana frente a “las verdaderas causas de los conflictos políticos norteamericanos” que les hacía suponer que debían “favorecer a un jefe político contra otro u otros y sostenerlos con las armas” aunque careciese “del apoyo natural de la opinión pública” (*Yanquis* 134):

Ese método conducirá al Gobierno americano a un fin opuesto al que busca: le hará aparecer ante el pueblo, en cuyo provecho desea actuar, como un opresor intolerable, responsable de todos los excesos cometidos y cómplice de todas las violencias que mediante su apoyo realice el caudillo erigido en presidente (...) En resumen, la intervención americana en Santo Domingo no resolverá ningún problema político; más bien lo agravará, en tanto que se le siga el método actual de asociar la acción del Gobierno americano a la de los caudillos, ayudando a uno de ellos, en contra de los demás, a constituir un Gobierno al cual exigirán luego tratados que amenguan la soberanía del pequeño estado y que lastiman y suscitan la mala voluntad del pueblo que se siente deprimido ( *Yanquis* 134-135)

Hay una tensión que cruza todo el discurso de Max Henríquez Ureña entre su supuesta creencia en la buena voluntad estadounidense —su deseo de actuar en “provecho” del pueblo dominicano— y la denuncia de sus métodos impositivos. Es claro sin embargo, en la cita anterior, el reclamo solapado contra un país cuya *ayuda* buscaba sacar provecho en detrimento del “pequeño estado” y de su pueblo. Lugo, por su parte dirá que “será difícil decir hasta qué punto el gobierno de Washington pone la mano en las numerosas revoluciones de esas repúblicas; pero es lo cierto que ha retirado siempre de aquéllas, ventajas considerables” (*Antología* 153) Es decir, la supuesta motivación democrática que lleva a Estados Unidos a intervenir, en realidad perpetúa el caos institucional propicio para obtener dividendos de la isla. Para Godoy, la abstención estadounidense de los diferendos internos hubiera desembocado satisfactoriamente en la victoria definitiva de alguna de las facciones trayendo la paz necesaria para la consolidación nacional. La salida política de Godoy entonces, no es necesariamente la democrática liberal, ya que ésta parecía conllevar a la desestabilización constante.

Por otra parte, los tintes autoritarios elitistas del discurso nacionalista encontraron su justificación en la caracterización negativa de la democracia liberal estadounidense elaborada por Rodó. Intelectuales como Lugo se ocuparon de citar extensamente el *Ariel* en sus discursos y proclamas. En ese importante ensayo, Rodó alegorizaba la América española en la figura del Ariel, al cual le correspondía la herencia de los valores espirituales y estéticos de la antigua Grecia y de la tradición cristiana que impondrían una democracia entendida como “la igualdad en el punto de partida que producirá la desigualdad que aventajará a los más aptos y mejores”

(30). La ‘aristarquía’ de uruguayo estaba legitimada por un discurso cientificista de selección natural. La superioridad biológica paralelizaba la superioridad estética, moral, racional en la que “la democracia es un instrumento eficaz de selección espiritual” (30). Por el contrario a Calibán le correspondía la herencia barbárica de los pueblos sajones. La democracia estadounidense entendida como la eliminación de las jerarquías resultaba contra-natural, era la patología implícita en la ‘nordomanía’: “la igualdad de condiciones en el orden de las sociedades como toda homogeneidad en el de la naturaleza [conlleva] a un equilibrio inestable” (23). Así, el ideal democrático de Rodó estaba lejos del estadounidense ya que éste presentaba una “radical ineptitud de selección, que mantiene [...] un profundo desorden en todo lo que pertenece al dominio de las facultades ideales” (41). Una democracia sostenida sobre una igualdad indiscriminada sólo podía llevar a la mediocridad de la “primacía del número” sobre la calidad para Rodó (43).

El elitismo arielista de la intelectualidad dominicana, al que como vimos, se le sumaba el desprecio positivista por las masas campesinas, sirvió para desvalorizar la democracia estadounidense y oponerle una aristarquía: la de ellos mismos. Escritores como Lugo estaban convencidos de que “las obras del progreso se debían siempre a una minoría culta que, en la historia republicana encontraba en sus propósitos un valladar en la masa ignorante” (Cassá 16). Del mismo modo Godoy pensaba que: “El progreso jamás ha sido la obra de las multitudes, sino la de uno o más individuos inconformes con el Estado de ignorancia o atraso del medio en

que se dilata su existencia” (78)<sup>25</sup>. Así, “la realización nacional se presentaba inversamente a la composición del colectivo” (Cassá 113). Estados Unidos y su modelo democrático de la mediocridad sobre la calidad representaban una amenaza patológica al ordenamiento político dominicano y en consecuencia, era la principal traba a la consolidación nacional en su oposición a un régimen elitista ordenador.

### 2.3 ESTADOS UNIDOS COMO IMPERIO DELINCUENTE

Paralelamente al coqueteo de una elite letrada con formas autoritarias de gobierno para evitar la democracia calibánica del número, la preocupación legalista fue una de las máximas herramientas para deslegitimar a Estados Unidos. Dentro del amplio espectro letrado nacionalista, se destacan las labores en Washington con funcionarios estadounidenses que sostuvieran Francisco Henríquez y Carvajal, su hijo Max; quien se había desempeñado como Secretario de la Presidencia de agosto a noviembre de 1916, y su otro hijo Pedro; brevemente integrado al grupo en 1919; para lograr una salida *condicionada* del gobierno interventor. A pedido inicial del escritor venezolano Rufino Blanco Bombona, Max Henríquez Ureña publicó en 1919 el libro *Los Estados Unidos y la República Dominicana*. Concebido como un texto de

---

<sup>25</sup> Sin embargo, como dictaminaba el maestro Próspero, la ineptitud de las masas podía ser resuelta a través de la labor educativa de una minoría selecta. Muchos de estos intelectuales habían sido influidos por la impronta pedagógica de Hostos. Durante un primer período de la labor intelectual de Lugo, “la resolución de esta difícil relación entre masa y minoría culta no [lo] llevó a problematizar la factibilidad del régimen democrático, confiado en los efectos del instrumental pedagógico elaborado por Hostos” (Cassá 113)



divulgación acerca de la irregular situación política dominicana<sup>26</sup>, Max Henríquez Ureña expone algunos de los documentos oficiales recopilados durante su gestión como secretario presidencial, al tiempo que denuncia bajo un supuesto halo de imparcialidad, la ilegalidad de la intervención norteamericana. Su estrategia expositiva es la de apegarse al derecho y reclamar para sí, su buena voluntad de resolver satisfactoriamente la violación estadounidense. De allí que en tono persuasivo, anuncie desde las primeras páginas: “he sido siempre un amigo sincero de los Estados Unidos. En el seno de aquel país viví durante los mejores años de mi primera juventud. Supe admirar desde entonces las honradas virtudes de aquel pueblo y apreciar en él frecuentes manifestaciones del más puro idealismo” (7) y agrega tomando distancia de Rodó, “El gran sentido práctico del pueblo americano ha opacado, a extraños ojos, su posición idealista frente a los problemas de la naturaleza y el destino. El pueblo de los Estados Unidos, según frase feliz de Henri Bergson, alienta: ‘un idealismo que orilla muchas veces el misticismo y que siempre se encuentra fuertemente impregnado de sentimiento’” (7). Max Henríquez Ureña refuerza el tono persuasivo de su enunciación sugiriendo el posible desconocimiento del pueblo estadounidense sobre la situación dominicana. Por el contrario: “El pueblo americano ha dado muestras, en más de una ocasión, de que desapueba toda tendencia de imperialismo, de absorción y de violencia, y de que aspira a mantener su predominio en el continente americano por medio de la amistad y de la simpatía” (18). Poniendo de ejemplo el rechazo del senado

---

<sup>26</sup> Fernández Pequeño refiere la escasa tirada de ejemplares destinados a las cancillerías y a personalidades de varios países como parte de la campaña internacional contra la intervención (Espíritu 138)

estadounidense en el siglo XIX sobre una posible anexión de la isla, y en pro de un “panamericanismo pulcro” (19); Henríquez Ureña, busca concitar la simpatía hacia su causa *desprejuiciada* y amistosa. De allí que, más adelante, siempre apegado a los legalismos, rechace el gavillerismo aunque, como vimos, lo vea como una reacción de las masas ignorantes ante la intervención:

El pueblo dominicano espera la hora de su reivindicación merecida, porque tiene la seguridad de que el pueblo americano hará que su Gobierno rectifique el error político cometido con una nación pequeña e inerme, que siempre esperó amparo y amistad de los Estados Unidos. Mientras esa esperanza aliente el espíritu del pueblo dominicano, éste no se lanzará a una lucha tan desigual que equivale a un suicidio. Empero esta resignación patriótica que, gracias a la moderación y serenidad de los distintos jefes de partido, se ha impuesto la mayoría consciente del pueblo dominicano, el cual confía en que ha de triunfar **con las únicas armas del derecho y de la justicia** (...), no puede ser exigida a todos sus componentes, y menos aún a sus elementos menos cultos y menos reflexivos (negritas mías, 17)

El discurso de los Henríquez y sus gestiones iniciales diplomáticas, son la expresión de una tendencia nacionalista inicial, conservadora, que huyó de un accionar radical, intentado legitimar su causa desde la letra: la burocracia diplomática, la ley internacional. En este sentido, representaron una corriente de nacionalismo dominicano negociadora, que buscó detentar su propia autonomía frente a Estados Unidos sin confrontarlo directamente, jugando dentro de las mismas reglas de aquel país. Hacia la década del 20 sin embargo, Henríquez y Carvajal se sumará a la causa de ‘la Pura y Simple’ en un movimiento de radicalización de las demandas.

Otros intelectuales liberales dominicanos, muchos de ellos jurisconsultos, se plegaron a discursos antiimperialistas más radicales. Los suyos, estuvieron plagados de las denuncias de violaciones estadounidenses contra las normas de derecho,

particularmente la forma en que la Doctrina Monroe se prestaba para los desmanes jurídicos. Las intervenciones o/y ocupaciones militares norteamericanas en Colombia/ Panamá (1903), Cuba (1906), Nicaragua (1912), el puerto mexicano de Veracruz (1914) y Haití (1915), demostraban hasta qué punto los legalismos estaban supeditados al poder militar estadounidense. La obsesión constitucionalista durante el siglo XIX por instituir una ortopedia nacional ordenadora se extendió más allá de las fronteras para denunciar el imperialismo. La nación no sólo contaba entre sus enemigos con los ilícitos personalismos caudillistas, sino también con un país foráneo que insistía, al igual que los anteriores, en actuar al borde de la legalidad. Abogados como Lugo, vieron en Estados Unidos un país al margen de la ley cuyo comportamiento en la esfera internacional rayaba en la criminalidad: “Los Estados Unidos de América ha cometido tal cantidad de crímenes internacionales en su corta vida, que merecían ser puestos fuera de la ley de las naciones por la opinión pública universal” (*Antología* 110). Lugo insistía en este carácter poco civilista:

Este alarde de crueldad [de Estados Unidos] enterrado bajo este silencio y sigilo ignominiosos, tuvo por objeto la explotación de los negocios, la expoliación de las tierras, el despojo de los derechos adquiridos por nativos y europeos, el rápido enriquecimiento por medio de multas y del cohecho en el manejo de los fondos públicos; **una sistemática derogación del derecho civil así en la sustitución de la propiedad por la mera posesión como en la forma de los actos del estado civil; la comprensión, reducción y deformación de la vida municipal y la sustitución del espíritu cívico por el espíritu militar y del caudillaje regnícola por el caudillaje extranjero (...) siendo los norteamericanos quienes verdaderamente han maleado y corrompido las costumbres administrativas** (negritas mías, *Antología* 106).

Para liberales como Lugo la ocupación estadounidense era parte de la causa y no la consecuencia de la corrupción administrativa local, colocando así inicialmente, a la República Dominicana en una esfera de superioridad cívica. A la

rapacidad económica se le suma un comportamiento de dudosa legalidad que Lugo equipara con la naturaleza barbárica de los sectores rurales internos opuestos al progreso. Lejos del supuesto modelo democrático que debían encarnar —aunque fuese un modelo “calibánico”—, la intervención demostraba los visos tremendamente autoritarios de aquel país. Los Estados Unidos había dejado de ser un ejemplo de modernidad para terminar afiliado con las incontables fuerzas retardatarias del país —caudillismos regionales— que sólo buscaban su provecho personal. Esto se veía confirmado por la negativa estadounidense durante la ocupación por instituir un estado de derecho en la isla. Durante esos años se impuso “la censura, el uso obligatorio de pasaportes, las cortes militares de justicia y los arrestos militares de sospechosos, además de las torturas a los presos acusados de oponerse a la ocupación” (Moya, *Manual* 484). La libertad de prensa, derecho defendido a capa y espada por intelectuales que paradójicamente tenían visos autoritarios, fue una reivindicación esencial que funcionó para desacreditar al enemigo. No podía serlo menos. Américo Lugo tuvo que hacer frente a un proceso penal por el contenido antintervencionista de algunos de sus artículos. Fabio Fiallo, ‘el poeta patriota’ sufrió cárcel y fue condenado a realizar trabajos forzados por la misma razón. El libro *El derrumbe* de García Godoy a su vez, fue confiscado y quemado por las autoridades norteamericanas. En fin, la sistemática violación de las libertades individuales durante la ocupación estadounidense ha llevado incluso en la actualidad, a la opinión de estudiosos como Frank Moya Pons y Fernández Pequeño de que la administración estadounidense sentó las bases represivas de los regímenes posteriores de Trujillo y Balaguer (*Manual* 491, *Espíritu* 193-194, 272). El

dictador habría aprendido las ventajas políticas de prácticas como el encarcelamiento, la tortura y los ajusticiamientos durante su permanencia en la Guardia Nacional fundada por los marines (1917) (*Manual* 513). Balaguer a su vez, habría heredado esas prácticas de su antecesor. Fernández Pequeño no duda en afirmar que:

Las bases de toda la historia posterior en el siglo XX dominicano quedaron sentadas entre 1916 y 1924, con los cambios operados en el país y la derrota del proyecto nacionalista. La intervención norteamericana preparó las condiciones objetivas y subjetivas para la aparición en el país de un caudillismo de nuevo tipo, espléndidamente aprovechadas por Rafael Leonidas Trujillo, a cuya sombra terminó la inmensa mayoría de aquel nacionalismo [...]. Aun hoy, rasgos muy notables del estilo de mando y liderazgo que impusieron los norteamericanos por aquellos años perviven con toda claridad y poder de determinación en la política doméstica de la isla antillana (*Espíritu* 193-1944).

La afirmación de Fernández Pequeño no deja de entrañar una paradoja respecto a Estados Unidos como locus de la modernización. Mientras los años de ocupación supusieron la modernización del aparato gubernamental —organización de la administración pública, creación de un sistema de recaudación de rentas internas, establecimiento de un sistema de contabilidad pública más eficiente, creación de la guardia nacional centralizada, construcción de redes viales, reforma del sistema de enseñanza primaria y de las políticas sanitarias (Moya, *Manual* 475)—; éstos parecen haber cimentado las bases políticas de los posteriores gobiernos autoritarios y patrimonialistas. En particular, el tópico de la tortura se presta a reflexión acerca de su relación con esta modernización. En su artículo “La cuestión de la tortura, la decadencia española y el futuro de los Estados Unidos”, Beverley expone la retórica diferenciadora sobre la cual Estados Unidos se constituyó a sí misma como nación moderna frente a una España cuya

premodernidad se delataba en la práctica de la tortura<sup>27</sup>. El uso visible o invisible de estas prácticas coercitivas estadounidenses en República Dominicana apunta no sólo al problema de dominación neocolonial sino también, a las contradicciones de una modernidad capitalista que precisa de lo que Beverley ve como un Estado fuerte o efectivo. Se trata aquí de un estado dominicano no democrático, dirigido por militares estadounidenses. La fisura entre la aparente incongruencia estadounidense entre el discurso liberal y las prácticas autoritarias<sup>28</sup> —premodernas— es lo que permite a los intelectuales dominicanos una inversión de posicionamientos, un quiasmo, en el cual Estados Unidos —paradigma de la democracia liberal— resulta estigmatizado por su dominio autoritario mientras; los letrados arielistas, se definen como democráticos por su oposición a ese poder autoritario. De lo que no cabe duda es que a principios de siglo, las opciones democráticas en la República Dominicana eran bastante reducidas dado el elitismo “rodosiano” de una intelectualidad criolla liberal y el autoritarismo imperial estadounidense.

## 2.4 NI NACIÓN, NI COMUNIDAD

El discurso de gran parte de la generación pesimista entraña una dificultad inicial en su naturaleza nacionalista. ¿Cómo conciliar la imagen positivista de una República

---

<sup>27</sup> En el citado artículo Beverley está interesado en demostrar cómo las prácticas *abiertas* de la tortura en la actual administración de Bush son un síntoma de la decadencia imperial de Estados Unidos. Un proceso similar a la España del siglo de oro.

<sup>28</sup> La misma que hoy podríamos ver hoy en la paradójica intención de establecer una democracia liberal a fuerza de bayonetas en Irak.

Dominicana incapaz, atrasada, deficiente, con el reclamo antintervencionista? O en los términos más dramáticos de Lugo, ¿cómo reclamar por la soberanía nacional dominicana y al mismo tiempo negarle la posibilidad de existencia como nación? Lugo vence este escollo a partir de dos estrategias discursivas dialógicas. La primera es negarle también a Estados Unidos la categoría de nación y la segunda es definir a la República Dominicana como comunidad espiritual. Respecto a la primera Lugo argumenta en su Conferencia intitulada “El Imperialismo norteamericano”:

Pero ante todo, ¿qué son los Estados Unidos del Norte América? Los Estados Unidos del Norte América son un pueblo que no constituye una nación. 'Los italianos fuimos nación cuando Dante unificó nuestra lengua' —dice el profesor Toniosolo en su Tratado de Economía Social, publicado en 1911—; 'los Estados Unidos los serán cuando los inmigrantes de cada raza hablen todos el anglosajón'. (*Antología* 148)

Y agrega un poco más adelante: “ni siquiera el exclusivismo y el orgullo de la raza, pueden tener vislumbres de ideal hermosura en un pueblo donde la confusión cosmopolita y el atomismo de una mal entendida democracia impiden la formación de una verdadera conciencia nacional” (*Antología* 148-149). Queda así definida por Lugo una caracterización de Estados Unidos como una no-nación según una visión conservadora. La heterogeneidad lingüística estadounidense, “la confusión cosmopolita” y el “atomismo” se traducen a su vez en la ausencia de una comunidad cultural unificada. Este razonamiento delata las ansiedades finiseculares propias de las elites criollas frente a los efectos culturales y políticos del modelo ‘democrático’ imperial que, según ellos, se estaba infiltrando en América Latina. Hacia finales del siglo XIX la intelectualidad criolla latinoamericana miraban con desconfianza la explosión demográfica “indiscriminada” que se producía tras los procesos de

modernización en sus respectivos países. El ejemplo más dramático de esta ansiedad en la República Dominicana estaba representada por los inmigrantes haitianos —y en menor medida los de las islas anglófonas del Caribe calificados como “cocolos”—, que venían a trabajar en las centrales azucareras norteamericanas. Durante los años de la ocupación hubo una importación masiva de braceros haitianos<sup>29</sup> que, aunado al asentamiento de muchos de ellos en la zona fronteriza produjo la tesis de la “invasión pacífica” (San Miguel, *Isla* 98). En el imaginario hegemónico dominicano, esta tesis vino a configurar una suerte de continuidad histórica de las invasiones armadas haitianas que habían tenido lugar en el siglo XIX (San Miguel, *Isla* 98), atentando así contra la soberanía de la nación. Por otro lado, la presencia de los inmigrantes del país vecino entrañaba una amenaza desnacionalizante ya que “al identificar la [propia] nación con lo hispánico, término que adquiere un contenido cultural y racial, por extensión, todo “lo negro”, identificado con Haití, se convierte en antinacional” (San Miguel, *Isla* 98). La inmigración de braceros constituía una amenaza a la supuesta homogeneidad cultural dominicana esgrimida por una elite intelectual. No resulta sorprendente pues, que en el razonamiento de Lugo los inmigrantes dentro de Estados Unidos también produzcan la desintegración nacional de ese país, desintegración que, inferimos, dada su penetración en la zona del Caribe, es una amenaza para la dominicanidad también.

La desvalorización de Estados Unidos como un ente desnacionalizado y fragmentado por las inmigraciones le permite a Lugo colocar a ese país en

---

<sup>29</sup> Un censo de 1920 registra 28.258 haitianos en la República Dominicana (Wooding 28).



condiciones de igualdad frente a una República Dominicana que, como ya vimos, tampoco alcanza a conformar una nación. Sin embargo, es aquí donde estriba la segunda vuelta de tuerca en el razonamiento de Lugo para colocar a su país en condiciones de superioridad moral y cultural. A diferencia del Imperio, República Dominicana sí constituye una comunidad unificada: “De la lección atenta de la historia se deduce que el pueblo dominicano no constituye una nación. Es ciertamente una comunidad unida por la lengua, las costumbres y otros lazos; pero su falta de cultura no le permite el desenvolvimiento político necesario a todo pueblo para convertirse en nación” (en Balcárcel 250).

Como vemos, la estrategia discursiva de Lugo consiste primero en equiparar al Imperio y a la isla como entes que no constituyen todavía naciones para luego sustentar la superioridad dominicana en una comunidad espiritual ausente en un Estados Unidos disgregado demográfica, lingüística y culturalmente. El problema de la República Dominicana no estriba pues en su falta de unidad espiritual —a diferencia de Estados Unidos que no está unido por una sola lengua— sino en su falta de cultura política, aspecto si se quiere menos relevante en la comparación. La ‘superioridad del pueblo dominicano’ se concretizará en el ‘hispanismo liberal’, construcción cultural conservadora suficientemente sólida para demandar la autodeterminación pero hasta cierto punto, contradictoria con los anhelos de modernidad: “El liberalismo modernizante asociaba el pasado con el retroceso y oscurantismo, pero, al mismo tiempo, invocaba al pasado para crear una imagen de estabilidad y coherencia en un mundo amenazado por el crecimiento económico, la migración laboral y la confusión étnica” (Baud, “Manuel” 154).

La hispanofilia dominicana tiene sus filiaciones en una tradición intelectual que siguiendo el pensamiento de Rodó planteó nociones identitarias totalizadoras europeizantes para confrontar discursivamente al poder estadounidense. Aunque hubo figuras como las de Pedro Francisco Bonó (1828-1907), Hostos y Juan Pablo Duarte (1813-1876) que siguieron la tradición de Martí al formular una identidad diferenciadora de Estados Unidos más inclusiva, la construcción simbólica hegemónica en la isla siguió el planteamiento del intelectual uruguayo, estableciendo una identidad homogénea ‘criolla’ suficientemente sólida para confrontar al imperialismo.

A partir de una identidad hispanoamericana latinizada, el *Ariel* de Rodó formulaba la otredad estadounidense en términos de inferioridad espiritual y cultural. Estados Unidos suponía para Rodó el desequilibrio ante la ausencia del espacio espiritual sacrificado por el utilitarismo y la consecuente vulgaridad. Por el contrario, las naciones hispanoamericanas compartían una “latinidad” que se asentaba sobre una comunidad imaginada de Occidente culturalmente superior a la América anglosajona.

A raíz de la intervención estadounidense, los intelectuales dominicanos retoman la diferencialidad identitaria de Rodó proyectándola en una vertiente hispanófila. Es común en los diversos manifiestos de Lugo, la inclusión de extensas citas del escritor uruguayo para deslegitimar culturalmente la ocupación. Como también sucede en Puerto Rico, esta generación de principios de siglo se considera heredera de la latinidad gracias a su pasado colonial español, periodo por ellos idealizado, al que se regresa como forma de resistencia contra el imperialismo

norteamericano<sup>30</sup>. La hispanofilia de figuras como Américo Lugo, Manuel Arturo Peña Batlle (1902-1954) y Joaquín Balaguer (1907-2002) constituye una forma de ‘esencialismo estratégico’, respecto a la propia identidad frente a los Estados Unidos. Lo español pasa a ser el centro de la latinidad y la identidad se define europeizada y blanca evadiendo principalmente el componente negro. Esta operación discursiva demuestra entonces los graves límites del ‘esencialismo estratégico’, como delimitación elitista de lo nacional:

Mezcláronse las tres razas que en éste convivían bajo tal régimen, con el paso de los siglos, siendo naturalmente las excelencias de la raza blanca las que al fin preponderaron sobre las virtudes menos fuertes del negro y del indio. Un solo pueblo, pueblo español por la raza, el idioma, la historia, la religión, el carácter, las costumbres, se formó en todo el Nuevo Mundo hispano (Lugo, *Antología* 116).

La construcción de una identidad españolizada permite a escritores como Lugo situarse por encima de la América sajona:

Hemos conservado la civilización que nos transmitió la nación que era, al crearnos, la más adelantada de Europa, y podemos afirmar, nosotros los dominicanos, que somos fieles depositarios y guardianes de la civilización española y latina en América; que **somos por consiguiente, como nacionalidad, superiores en algunas cosas que los norteamericanos ingleses que ahora pretenden ejercer sobre nosotros una dictadura tutelar** (negritas mías, en Cassá 122).

---

<sup>30</sup> La situación del país sin embargo no era igual a la de otros países latinoamericanos cuyas elites también elaboraron discursos culturalistas elitistas. Según Turits “ Despite the expansion of large sugar production in the east a small-scale coffee, tobacco, and cacao farming in the Cibao, the Dominican economy overall remained rudimentary by almost any standard. The majority of the populations were peasants engaged primarily in subsistence exploitation. Besides foreign interests, there was no wealthy agricultural elite, in contrast to the majority of Latin America at that time. And manufacturing scarcely existed outside the U.S.-dominated sugar industry. In 1920 the country’s only university, though founded in the early sixteenth century, claimed a mere 169 students. There were approximately one hundred doctors in the country, roughly one for every eighty-five hundred persons, and most of them were concentrated in urban centers. The capital Santo Domingo, had a population of just thirty thousand, one fifth the size of Havana a century earlier. Most of the government’s main form of revenue, custom taxes, was appropriated by U.S. officials. And regional caudillos and bandits, although suppressed and weakened during the U.S. occupation, continue to threaten public order and the State into the early Trujillo years” (16).

La superioridad latina se reafirma por la antigüedad cultural: “Como centro de la expansión española en América, Santo Domingo, desempeñó servicios trascendentes a la humanidad, mientras la cultura se irradiaba mucho antes que en Nueva York” (en Cassá 122). Así, al concederle “al conglomerado nacional una dimensión hispanista ontológica como primera colonia española en América”, desechando una originalidad específica<sup>31</sup> (Cassá 126), los intelectuales nacionalistas sustentaban su supremacía cultural y espiritual frente a Estados Unidos.

## 2.5 EL RACISMO ESTADOUNIDENSE

La sustentación de una identidad homogénea apunta a una doble operación al momento de elaborar una autoetnografía y definir a Estados Unidos. Como vimos, la heterogeneidad disolvente es situada en el Imperio. Resulta interesante que algunos intelectuales no sólo llegaron a evadir o a esconder el asunto de la diversidad racial al interior del país sino que en ocasiones simplemente lo negaron: “Debo advertirle, señora, que los dominicanos somos constitucionalmente blancos, porque ha sido a título de tales que hemos establecido esta República, que usted no debe confundir con la de Haity [sic], donde los hombres comen gente, hablan francés *patois* y abundan los *papaluases*” (Moscoso Puello en Baud, *Manuel* 153). Tal como afirma Michiel Baud: “mientras la mayoría de las elites latinoamericanas fundaron su

---

<sup>31</sup> En este periodo de activismo antiimperialista el discurso de Lugo “asumía un tinte popular, de contestación de la ideología liberal del progreso, pasando a valorar el acerbo sociocultural nacional como fuente de su realización” (Cassá). Se trata de una suerte de paréntesis en el discurso elitista de Lugo, en la que rescata la noción de un colectivo dominicano, obviamente hispanizado.

jerarquía racial dentro de las fronteras nacionales, en el caso dominicano esto se expresó en relación a otra nación”: la haitiana (“Manuel” 170). Meinderet Fenema resalta a su vez que “Las políticas racistas del siglo XX nunca fueron directamente dirigidas a la población afrodominicana, como ocurrió en Cuba, sino que fueron dirigidas contra los inmigrantes haitianos” (237). Puesto que negros y mulatos eran prácticamente inexistentes en el discurso nacionalista —tal como sostenía Balaguer quien dio por sentada la homogeneidad racial dominicana—, no cabía posibilidad de racismo<sup>32</sup>. Paradójicamente, parte de esta elite letrada que pregonaba la supremacía cultural dominicana debido su heredad europea blanca, encontró que los prejuicios racistas eran propios de los norteamericanos ya que allá sí se sufrían los efectos disgregadores de la inmigración masiva. El racismo estadounidense reafirmaba así la superioridad moral de los dominicanos<sup>33</sup>. Para García Godoy, bajo la dominación extranjera

ya no seremos sino masa amorfa de despreciable inferioridad étnica que el conquistador, aun respetándole ciertos derechos, tratará con mal disimulado menosprecio (....) Los escasos núcleos de población nativa, como los pobres indios del lejano oeste, desaparecerán lentamente, por emigración u otras cosas, incapacitados de fundirse con una raza cuyo orgullo étnico repugna todo contacto con gentes en que circulan gotas de sangre africana (49).

La afirmación de García Godoy no logra escapar a la contradicción del pensamiento hispanófilo de verse obligado a reconocer elementos constitutivos no blancos para denunciar el racismo anglosajón. Dicha contradicción atraviesa gran

---

<sup>32</sup> De hecho el mismo Balaguer llegó a considerar que “el principal problema de la República Dominicana, (...) no es el del prejuicio racial, sino, por el contrario, la falta total de prejuicio racial de su gente. En contraste con Cuba y Venezuela el prejuicio racial no ha existido nunca en Santo Domingo” (Fennema 231). De allí que para Balaguer, “los gobiernos dominicanos (...) tienen la desagradable tarea de reforzar una disciplina eugenética en su propia población y detener la ilegal penetración haitiana” (Fennema 232)

<sup>33</sup> Igual operación discursiva hará por ejemplo Peña Batlle al referirse a las ventajas del colonialismo español en contraposición al colonialismo francés en Haití extremadamente racista.

parte del pensamiento liberal en la República Dominicana finisecular y del siglo XX. La resolución no siempre exitosa de esta tensión propia del discurso antiimperialista —y antihaitianista— será la proporcionada por la novela *Enriquillo* (1882) de Jesús de Galván, mediante la construcción de una ‘etnicidad ficticia’ (Balibar) indigenista. La categoría ‘indio’ que aun hoy en día reza en la mayoría de las cédulas de identidad dominicanas funciona para referirse a un mestizaje que echa mano de un “objeto ficticio” —el indígena ya desaparecido— para evadir los componentes afrocaribeños. En todo caso, la identidad española o ‘india’ define una diferencia con un Estados Unidos culturalmente heterogéneo y racista.

El tema racial en la construcción de una alteridad norteamericana se complica con la confluencia de otra alteridad: la haitiana. El miedo dominicano al ‘peligro negro’ proveniente del país vecino (Baud “Manuel” 155) tuvo sus orígenes en las ocupaciones haitianas del siglo XIX. Néstor Rodríguez apunta que si bien el proyecto político que originó al Estado Dominicano en 1844 había sido formulado por estrategias liberales con la participación de la población mulata y negra, la nascente república quedó finalmente en manos de sectores conservadores debido a alianzas de último momento (18). La agenda de este grupo minoritario conservador “incluía principalmente definir los contornos de una nación castiza, hispanófila y católica que se oponía a una supuesta barbarie representada por el Estado haitiano” (18). Esta agenda “no podía definir [lo dominicano] a través de lo negro, pues tal era el rasgo predominante de Haití” así pues se definió “en torno a su opuesto” (González 31).

Con la intervención estadounidense de 1916, el peligro militar que representaba Haití pareció trasmutarse en peligro cultural y económico. “Durante la ocupación norteamericana (...) la fuerza de trabajo de las plantaciones azucareras se hizo exclusivamente haitiana” (Moya, *Manual* 162). Raymundo González asegura que “como efecto de un desplazamiento retórico, la migración de braceros y la ocupación de tierras por los campesinos de la región fronteriza fueron equiparadas a las invasiones haitianas que habían tenido lugar en el siglo XIX” (27). Sobre este tema ahonda Baud

La memoria social dominicana asoció la inmigración a gran escala de los trabajadores haitianos con el dominio norteamericano. Sin duda, muchos dominicanos culparon específicamente a Estados Unidos (y en consecuencia a las empresas azucareras norteamericanas) de la incontrolable invasión de braceros haitianos. Así, los sentimientos anti-yankies confirmaron y reforzaron los sentimientos anti-haitianos. Esta negativa conexión todavía se mantiene en ciertos sectores nacionalistas en la actualidad. En estos círculos se acusa a Estados Unidos de subestimar las diferencias culturales entre los dos pueblos. Algunos incluso sospechan que Estados Unidos y otros gobiernos extranjeros secretamente desean unificar los dos países (*Manuel* 162)

El apego al sustrato hispánico que se venía gestando a finales de siglo como consecuencia de la amenaza militar del vecino país, se cristaliza gracias a las ideas antiimperialistas de Rodó. Haití y Estados Unidos llegarán incluso a confundirse en una misma alteridad en la que como vimos, se rechaza el elemento haitiano bajo argumentos racistas y culturalistas mientras al mismo tiempo se denuncia el racismo norteamericano. Si Haití tenía efectos corruptores y disolventes en la vida dominicana<sup>34</sup> para pensadores como Peña Batlle, Emiliano Tejera y Joaquín

---

<sup>34</sup> El caso más ilustrativo es el del pensamiento de Balaguer quien echando mano de “supuestos biológicos y raciales que pertenecen al pensamiento social darwinista eugenético de fines de siglo XIX” (Baud *Manuel* 169) estableció la inferioridad de la nación haitiana debido a sus orígenes africanos. Balaguer incluso

Balaguer, Estados Unidos era en realidad el responsable directo de tal corrupción al ignorar las ‘evidentes’ disparidades culturales y abrir las puertas a la inmigración negra.

La satanización de una otredad que fusionaba el sentimiento anti-yanki con el anti-haitiano sufriría transformaciones importantes después de la desocupación americana. La aceptación del plan Hughes-Peynado echó por tierra las demandas nacionalistas de ‘la pura y la simple’. El retiro condicionado de las tropas estadounidenses pareció sepultar las esperanzas de consolidar una nación soberana y con ello sepultó también al discurso nacionalista liberal. Poco a poco la retórica antiimperialista se fue disolviendo. La ambivalencia programática entre una salida autoritaria o una democracia liberal terminó definiéndose por la primera. Trujillo, personaje salido de la Policía Nacional —organismo fundado y entrenado originalmente por las fuerzas estadounidenses— y quien combatió activamente contra los gavilleros nacionalistas que se oponían a la ocupación, logró instaurar una larga dictadura a partir de 1929. La Era de Trujillo contó con el apoyo de algunos intelectuales como Peña Batlle, Emiliano Tejera y Joaquín Balaguer que exitosamente desviaron el hispanismo nacionalista hacia una retórica ya no antiimperialista sino exclusivamente antihaitiana. El ‘otro’ diferente se situaba únicamente en la otra mitad de la isla. Si hacia principios de los años 20 Peña Batlle consideraba a Estados Unidos como una “influencia imperialista, desintegradora y desconcertante” contra la “entidad moral de nuestro pueblo” (en Mateo, *Mito* 168),

---

llega a referirse al vecino país en términos del ‘imperialismo haitiano’ (Baud 170) para describir “la continua presión haitiana sobre los recursos de la República Dominicana” (Baud 170).



en 1942 llegará afirmar que “las peculiaridades étnicas” de Haití y de República Dominicana “no son armonizables” (en Mateo, *Mito* 149) y que la “limpieza de la frontera” era necesaria “para salvar de la influencia vecina el origen indiscutido de la nacionalidad dominicana” (Mateo, *Mito* 150). Así, “La épica del nacionalismo trujillista sustituyó el furor antinorteamericano, heredado de las campañas nacionalistas contra la intervención de 1916, por el antihaitianismo” (Mateo, *Mito* 169).

Ante un régimen dictatorial que contó con el visto bueno estadounidense durante mucho tiempo, la construcción de una otredad antagónica con ese país fue prácticamente imposible. Una gran excepción fue la de Américo Lugo, quien atrincherado en su afirmación original de la inexistencia nacional, y al margen del régimen, sostuvo su hispanismo contra Estados Unidos y no contra el paradigma cultural haitiano (Mateo, *Mito* 89). En ese sentido Lugo se mantuvo consecuente con “el espíritu nacionalista, que tenía una fundamentación concreta: la intervención norteamericana de 1916 que él combatió, y una influencia ideal: la lírica antiimperialista del arielismo” (Mateo, *Mito* 88-89). Tal como apunta Roberto Cassá, la actitud defensiva de Lugo lo llevó a la paradoja de “sostener un tradicionalismo cultural, arraigado por perspectivas nacionales de fondo conservador para elaborar un discurso de resistencia al imperialismo de sentido progresivo” (126).

### **3.0 DISCURSO NACIONALISTA DE LA ERA DE TRUJILLO**

La retórica nacionalista contra la ocupación estadounidense se verá transformada en los años de la Era de Trujillo (1929-1961). El régimen dictatorial logrará finalmente la anhelada consolidación nacional, valiéndose para ello de un “corpus de legitimación” (Mateo, *Mito* 33). Este corpus estuvo conformado por una prolija producción de libros de historia, de derecho, de sociología, biografías del dictador, discursos políticos, poemas panegíricos y artículos periodísticos. Por otro lado, la redacción de textos disciplinadores; como la obligatoria cartilla cívica, y los diferentes decretos y leyes, sirvieron para normatizar una ciudadanía dominicana. La nación se narrativizaba a través de una pedagogía nacionalista (Bhabha) formulada por una intelectualidad dominicana que finalmente tuvo la oportunidad de participar activamente dentro de un nuevo proyecto político.

Desde inicios de su Era, Trujillo tuvo especial cuidado en atraer a un nutrido grupo de intelectuales nacionalistas muchos de los cuales habían sido vehementes críticos de la ocupación estadounidense. El caso más evidente en estos primeros años fue el llamado de incorporación de los hermanos Henríquez Ureña a su gobierno. Max se desempeñó en varios cargos gubernamentales de 1931 hasta finales de los años cuarenta. Pedro por su parte, fue Superintendente de Educación

y Secretario de relaciones exteriores en el período de 1931 a 1933<sup>35</sup>. La apropiación trujillista del discurso nacionalista fue sin duda tan problemática como lo fue, en efecto, la relación personal de algunos de estos intelectuales con el régimen. Implicó procesos de negociación que no siempre lograron evadir las tensiones y contradicciones. Dicha complejidad se acentuó además dada la heterogeneidad ideológica de los intelectuales oficialistas. Lejos de lo que se esperaría, el *establishment* trujillista no fue un todo homogéneo; prueba de ello fueron los constantes conflictos y conspiraciones internas que Trujillo supo utilizar para mantener su propia dinámica de terror. Las diferencias ideológicas fueron en algún punto generacionales también. Por un lado hubo un sector de pensamiento arielista, heredero del positivismo decimonónico y por el otro, hubo un grupo de jóvenes intelectuales, como Héctor Incháustegui Cabral y Ramón Marrero Aristy, que habían estado marcados por el triunfo en Rusia de la Revolución Bolchevique de 1917 (Mateo, “Narrativa” 10). Al respecto de estos últimos Mateo señala:

en la 'Era de Trujillo' se dio el caso de que la crítica social más significativa y provocadora de nuestro país la produjeron estos intelectuales provenientes del viejo escozor socialista de los años veinte, que habían permutado todo el furor antiimperialista por el nacionalismo transfigurado de Trujillo (Mateo, “Narrativa” 11)

Esta división ideológica entre los intelectuales del régimen no fue, sin embargo, tajante por lo que era posible encontrar vestigios arielistas y/o positivistas en las nuevas generaciones. Esta última a diferencia de la primera, elaboró una literatura social que denunciaba las condiciones de explotación de las

---

<sup>35</sup> Andrés Mateo sostiene que con esta incorporación, Trujillo buscaba palear los efectos de la expulsión de Rafael Estrella Ureña; un intelectual reconocido, cuyo prestigio desafiaba la hegemonía política del dictador (*¿Por qué?* 22)

clases campesinas (Mateo, “Narrativa” 11). Como veremos en la novela *Over*, la tensión entre una visión ‘socialista’ y una arielista produce ciertas ambigüedades que escapan a la retórica homogeneizante del discurso nacionalista de la Era. Ambas tendencias sin embargo, coincidían en ver a la dictadura como la oportunidad histórica para consolidar la nación. Así, en 1931, Max Henríquez Ureña declaraba:

El derecho, la libertad, la civilización, son palabras vanas si no tienen fuerza en qué apoyarse. ‘Santo Domingo no está para reformas pensadas, dijo Hostos, sino para reformas impuestas’. Para realizar una obra civilizadora de gobierno no basta con la bondad de la obra misma: es necesario que la respalde una fuerza material, como la de los cañones, frente a los eternos enemigos del orden social (“síntesis” 23-24)

El régimen de Trujillo ofreció la posibilidad real de modernizar el país, estableciendo la paz y el orden necesario, al mismo tiempo que recuperaba un imaginario identitario diferenciador. De lo que se trataba en palabras de Marrero Aristy era de “lograr el triunfo del trabajo y el orden sobre la anarquía y la explotación del campo” (en Záiter 254), mientras que para un Balaguer se asentaban finalmente las bases de una República Dominicana hispanista, católica, blanca y; posteriormente a finales de la década de los 40s, anticomunista.

Para muchos intelectuales el apoyo al régimen supuso el sacrificio de la propia autonomía, el abandono del ideal del estado de derecho liberal democrático así como también el de la aspiración arielista de un sistema político cuya conducción estribase en una elite letrada. Todo ello produjo una disyuntiva que se expresaba, por ejemplo, en el hecho de que intelectuales como Manuel Peña Batlle, Incháustegui Cabral, Rodríguez Demorizi y Marrero Aristy trataron de mantener

distancia ante la parte represiva del trujillato al mismo tiempo que colaboraban activamente en la fundamentación ideológica del sistema político (Baud “Permanente” 184). Esta escisión resultaría prácticamente imposible para autores como Marrero Arísty que terminaron siendo víctimas del sistema represivo que ellos mismo contribuyeron a fundamentar.

La aceptación del autoritarismo no supuso mayor problema para algunos intelectuales rodosianos, pues como vimos, la justificación autoritaria era una posibilidad del arielismo (Céspedes 169). Sin embargo, para escritores como Américo Lugo fue imposible permutar el ideal de una aristarquía por el apoyo irrestricto a un régimen personalista dirigido por un oscuro líder salido de la Guardia Nacional. A su vez, es posible que para los jóvenes intelectuales —algunos de los cuales también llegaron a compartir las ideas de Rodó— como Rafael Estrella Ureña y Rafael Espaillat, la llegada de Trujillo al poder significase un aire de renovación en la dirigencia política, el llamado a la juventud del maestro Próspero. Para algunos académicos actuales como Baud puede haberse dado inclusive el caso de una posible identificación por ejemplo entre Marrero Arísty y el mismo Trujillo, dado que ambos venían de estratos bajos de la sociedad, no eran blancos y recién se habían incorporada a la vida pública (“Permanente” 207).

El trujillismo arielista y el ‘socialista’ —campos nos siempre fácilmente diferenciables—, tuvo que vérselas con el problema de qué hacer con el antiimperialismo del nacionalismo precedente. La creación de un imaginario sobre el otro estadounidense se complicaba por tres factores. El primero como hemos visto, era el de la heterogeneidad ideológica del trujillismo. El segundo estribaba

en la recuperación de un discurso nacionalista cuyas semillas habían aparecido como respuesta ante la ocupación. Una ocupación de la cual había surgido un personaje como Trujillo, salido de las filas de una policía organizada por los norteamericanos. El dictador de hecho, había combatido activamente a los gavilleros nacionalistas. El tercer factor fue la relación diplomática que el régimen estableció con Estados Unidos, la cual en términos generales, se basó en el mutuo apoyo. Sin embargo, dicha relación no estuvo exenta de conflictos y no se mantuvo inmutable a lo largo de lo más de 30 años que duró la dictadura. Si por un lado Trujillo se convertiría durante los años de la guerra fría en el más fiel aliado estadounidense en la lucha contra el comunismo, también es cierto que nunca dejó de ejercer una fuerte presión sobre las industrias azucareras norteamericanas, de las cuales finalmente se apropió hacia la década del 50. Difícilmente puede entonces estipularse una caracterología trujillista del otro estadounidense de manera determinante y cerrada. Se trató de un imaginario inestable, producto de complejas dinámicas de negociación culturales y políticas por parte de actores heterogéneos.

El gran desafío de los intelectuales oficialistas fue cómo renarrativizar a Estados Unidos sin perder el carácter nacionalista del discurso. La salida conservadora fue evadir el problema, invisibilizando a ese país en su retórica para desplazar la antítesis nacional en Haití. Así, el discurso hispanista como el de Balaguer y Peña Batlle situó al otro diferencial en el país vecino valiéndose de argumentos racistas y culturalistas para eludir el tema estadounidense: “La africanidad pasó a conformar “el mayor peligro que (había) enfrentado la aventura

espiritual de la dominicanidad, de ahí (provenían) las mayores amenazas de desintegración que la dominicanidad ha vivido” (Mateo, *Mito* 144).

Para algunos jóvenes intelectuales, este movimiento discursivo era menos factible, habida cuenta de sus preocupaciones sociales. Tampoco podían sin embargo, desembarazarse de la identidad hispanista conservadora fuertemente esgrimida por el mismo Trujillo. La novela *Over* publicada en 1939, es una repuesta a este problema discursivo y como tal veremos que la construcción narrativa que se hace sobre Estados Unidos adolece de ambigüedades y contradicciones.

### **3.1 AMBIGÜEDAD VITAL Y DISCURSIVA DE MARRERO ARISTY**

*Over* de Marrero Aristy salió a luz en pleno período de fuerte censura gubernamental. Su publicación ha dado lugar a una serie de conjeturas acerca de su contenido ideológico y de las relaciones del escritor con el régimen. Estas conjeturas se han visto alimentadas por la biografía de Marrero y el destino mismo de la novela. Mientras Berta Graciano afirma que las ediciones fueron inmediatamente recogidas de las librerías dominicanas (59) —dato que no hemos podido confirmar en ninguna otra fuente— lo que está claro es que el libro no volvió a reeditarse sino hasta 1963, durante la breve presidencia de Juan Bosch en el poder (Graciano 59). Hasta el momento de la publicación, Marrero se había desempeñado como periodista en *La Opinión*, *La Nación*, *El Caribe* y el *Listín Diario*, entre otros; así

como también había publicado sus libros de relatos *Perfiles agrestes* (1933) y *Balsié* (1938). En todos estos escritos mostraba ya una clara preocupación por el tema social. Se ha inferido que no fue hasta la publicación de *Over* que se produjo un acercamiento entre Marrero y el régimen dictatorial (Baud, “Permanente” 183). Baud señala la opinión general de que Marrero pudo haber incluso llegado a ser un moderado opositor al régimen dada sus ideas ‘socialistas’ y sus amistades intelectuales, muchas de ellas ‘disidentes’. Durante los años 30, Marrero formó parte de un grupo de intelectuales conocido como La Cueva, grupo conformado por “jóvenes poetas y escritores de tendencias disímiles, anarquistas socialistas, junto a estetas y nacionalistas de viejo cuño” entre los que se contaban Juan Bosch, Andrés Francisco Requena, Manuel Llanes, Franklin Mieses Burgos, Héctor Incháustegui Cabral, Manuel del Cabral, Juan José Llovet, Enrique Henríquez, Fabio Fiallo y Rafael Américo Henríquez, entre otros (Álvarez, “Siglo” 384). Sostiene Soledad Álvarez que la explosión del género novelístico en aquellos años, tuvo que ver con “la llegada de las ideas socialistas que los de La Cueva conocieron” (“Siglo” 384).

Para esta estudiosa,

La obra narrativa de los autores participantes en la Cueva revela puntos de contactos en la elaboración de la temática social, ya sea que los conflictos se desarrollen alrededor de las luchas montoneras o caudillistas en el Cibao rural, como *La mañosa*; o en los bateyes azucareros como *Over*. El centro de la narración es el hombre enfrentado, no ya la naturaleza, como en la novela de la tierra, sino a las relaciones de poder y explotación que establecían los nuevos modos de producción (386).

Esta postura de denuncia social resultó en cierta medida atractiva para un régimen que estaba en pleno proceso de consolidación. Andrés Mateo y Richard Lee Turits han señalado con precisión que la hegemonía del régimen trujillista no se



sostuvo únicamente debido a su aparato represivo sino también, a su aparato ideológico específico y la puesta en práctica de políticas agrarias que parecieron beneficiar al campesinado, en un país mayoritariamente rural. Trujillo se valió de un grupo de intelectuales entre los que se contaba el mismo Marrero, para impulsar políticas agrarias que se revirtiesen en la base social del régimen. A partir de la década del 40, Marrero se incorporó activamente al aparato gubernamental ejerciendo cargos oficiales como diputado, presidente de la asociación de periodistas, ministro consejero en Haití, subsecretario y secretario de la Secretaría del Trabajo y Economía. Paralelamente, su labor periodística como enviado especial a las zonas rurales, le permitió de modo simultáneo hacer propaganda oficialista resaltando los logros del gobierno, reportar los problemas y demandas rurales y en torno a ellos diseñar las políticas pertinentes y, finalmente, ‘mapear’ el espacio nacional —con especial hincapié en las zonas limítrofes con Haití— en un país hasta entonces fragmentario. Fijaba así, a través de sus escritos en los medios impresos, una cartografía nacional que hacía posible la constitución de ‘la comunidad imaginada’ dominicana.

La preocupación social de Marrero —compartida con otros intelectuales que como Bosch no eran simpatizantes del régimen—, lo situó sin embargo, en una situación delicada. Sus parámetros ideológicos marcaron ambivalentemente sus relaciones con el aparato estatal. Si bien, por un lado, éstos le sirvieron para incorporarse activamente al sector oficialista, llegando inclusive a servir de mediador en las negociaciones que Trujillo sostuvo con líderes izquierdistas en el exilio durante el llamado ‘interludio de tolerancia’ en 1946 (Baud “Permanente”

184); por el otro, sus ideas lo alienaron paulatinamente del régimen, produciéndole numerosos enemigos internos. Ello a la larga condujo su asesinato en 1959. La vida y obra de Marrero parecen estar atravesadas trágicamente por la ambigüedad de su posición que, como señala agudamente Mateo, le hizo habitar en un doble plano; “siendo parte el poder instituido, ejerce una implacable crítica social que obliga al lector a remitirse al autocuestionamiento”<sup>36</sup> (“Narrativa”10). Es por ello que la descarnada denuncia que *Over* esgrime contra el capitalismo norteamericano parece por momentos un subterfugio para la crítica del régimen. Ello explicaría el por qué esta obra nunca fue reimpressa durante la Era y explicaría la apropiación de esta narrativa antiimperialista por parte del proyecto político de Juan Bosch en los años 60. Apostando por la ambigüedad, vital, ideológica y del lenguaje, Marrero jugó un juego fatalmente peligroso. El 17 de julio de 1959 fue asesinado por manos trujillistas<sup>37</sup>. Aunque las versiones del crimen son múltiples y confusas, parece haber cierto consenso en que unas de las causas de su muerte habría sido un memorandum publicado en *La Nación* en el que Marrero denunciaba las condiciones de explotación vividas por los campesinos debido al monopolio exportador de la Empresa Café Dominicano. Desafortunadamente, esa vez, el monopolio no estaba en manos de alguna compañía norteamericana sino del mismo Trujillo<sup>38</sup>. Resulta insólito concebir que Marrero no estuviese al tanto de ese

---

<sup>36</sup> Mateo ejemplifica la ambigüedad de Marrero refiriendo una anécdota acontecida en un Congreso de periodistas en el exterior. Un periodista le habría preguntado a Marrero, quien estaba en representación del régimen de Trujillo, sobre la libertad de expresión en la República Dominicana. El escritor “sin inmutarse, de golpe dijo: ‘no nos podemos quejar’. Extrañado, el cuestionador arremetió de nuevo, y él repitió: ‘He dicho que no nos podemos quejar’”. (“Narrativa” 23)

<sup>37</sup> El crimen se reportó como accidente automovilístico.

<sup>38</sup> Para más detalles sobre las circunstancias alrededor de la muerte de Marrero ver artículo de Michiel Baud ‘Un permanente guerrillo’.

‘pequeño’ detalle. Al parecer, su ambivalencia entre mantener cierta autonomía y apoyar incondicionalmente al dictador lo llevó demasiado lejos.

### 3.2 OVER: UNA NARRATIVA PROTOPOPULISTA

La novela *Over* es una denuncia enérgica sobre los efectos perniciosos producidos en la sociedad dominicana por los monopolios azucareros estadounidenses. El control militar durante la ocupación se había permutado por el control económico en la isla, como consecuencia de los lineamientos de la política estadounidense del Buen Vecino durante los años treinta, cuarenta y cincuenta (Gaztambide 123). El fortalecimiento de la presencia estadounidense y su poder económico en la región, dio lugar a una narrativa latinoamericana de realismo social de corte nacionalista que satanizó a Estados Unidos como explotador inescrupuloso de los recursos naturales latinoamericanos. Algunos ejemplos de ello son las obras *Doña Bárbara* (1929) de Rómulo Gallegos, *La llamarada* (1935) de Enrique A. Laguerre y *Vendaval en los cañaverales* de Alberto Lamar Schweyer (1937). En esta línea encontramos la novela de Marrero Aristy.

*Over* describe las paupérrimas condiciones de vida de los trabajadores en un batey azucarero a través de la experiencia vivida por el protagonista Daniel Comprés como bodeguero de la Central. Su mirada crítica desde una posición de clase media venida a menos, supone un cuestionamiento continuo de la nueva

realidad impuesta por la Compañía. A través de la narración en primera persona, accedemos a un ambiente totalitario, asfixiante, donde el valor de la personas se mide por su capacidad de producir y obedecer, y donde tradicionales modos de relacionamiento social como la solidaridad y la compasión se han perdido inexorablemente. El narrador se pasea por una galería de personajes y situaciones arquetípicos para ratificar una y otra vez el estado de precariedad material y espiritual vivido por una mayoría, en un ordenamiento jerárquico maniqueo de explotados y explotadores. Marrero intenta así retratar el impacto de las centrales azucareras norteamericanas sobre la sociedad rural dominicana.

Hacia 1930, dichas centrales controlaban el 92% de la producción (Moya, “Motores” 51). Éstas funcionaban como enclaves autónomos del Estado, con su propia moneda, su propia policía, su propia mano de obra traída en gran parte de Haití y de otras islas caribeñas de habla inglesa, su propia jerarquía administrativa —basada siempre en la predominancia de funcionarios extranjeros en los altos cargos— y, finalmente, su propio sistema social (Moya, “Motores” 31). Habían llegado a controlar a veces “pueblos enteros cuyos habitantes dependían exclusivamente de los empleos generados por la plantación o el ingenio” (Moya, “Motores” 31). La expansión de estos enclaves había producido el desplazamiento de miles de campesinos de sus tierras, la bancarrota de los pequeños comerciantes independientes y artesanos, y el marginamiento de un minúsculo sector de profesionales y técnicos que se veían imposibilitados de incorporarse al nuevo mercado laboral.

Esta nueva realidad conllevó al cuestionamiento por parte de algunos intelectuales como Marrero sobre las ‘ventajas’ de la modernización. Estos enclaves pasaron a ser vistos como antinomias del desarrollo nacional y como símbolos del poder económico y la dominación extranjera (Baud, “Permanente” 190). La explotación descarnada de los trabajadores azucareros retratada en *Over* parecía otra modalidad de la violación a la soberanía nacional<sup>39</sup>. Cierta sector de intelectuales oficialistas —aquellos con preocupaciones sociales— se vieron impelidos a esgrimir una retórica antiimperialista orientada al fortalecimiento del Estado Nacional. Lo que diferencia el contenido de estas nuevas narrativas antiimperialistas de propuestas anteriores más propiamente arielistas, fue la operación discursiva de la inclusión de sectores subalternos al interior —aunque solo fuese en calidad de agentes pasivos de la historia—, en un proyecto nacional que fuese lo suficientemente sólido para confrontar la dominación económica norteamericana.

En la década de los 30, intelectuales como Marrero Aristy parecieron entender que después de 15 años de constantes guerras intestinas, 6 de ocupación militar norteamericana, y la incapacidad administrativa de gobiernos dirigidos por caudillos de vieja data como el de Horacio Vázquez, era necesario replantear una política y un imaginario nacional que tuviese en cuenta a las masas rurales si se quería consolidar la nación y expulsar al intruso extranjero. A diferencia del sector más arielista dentro del aparato estatal, un grupo de intelectuales oficialistas

---

<sup>39</sup> Esto además se veía corroborado por el dominio administrativo estadounidense de las aduanas dominicanas en aquella época.

incorporaron por primera vez a las masas campesinas –las cuales conformaban la mayoría de la población en el país— a un proyecto nacional económico y cultural. El campesino pasó a ser el paradigma de la dominicanidad (Turits 12). Durante sus primeros años de gobierno, Trujillo se dedicó a recorrer el interior del país escuchando las preocupaciones campesinas al mismo tiempo que reafirmaba su autoridad política haciendo acto de presencia en áreas hasta entonces desdeñadas por la administración estatal (Turits 85). En un discurso de 1932, el dictador afirmaba: “Mis mejores amigos son los hombres de trabajo, porque los pueblos salen de la pobreza trabajando. Por eso sembrar la tierra de arroz, tabaco, café, cacao y otros frutos, y dedicarse a la ganadería..., es deber de cada ciudadano y obligación moral de todos mis amigos” (en San Miguel, “Ciudadanía” 278). La inclusión de los sectores rurales en el discurso nacional tuvo tal impacto que todavía hacia 1992, un viejo campesino se refirió a los intercambios de Trujillo con la comunidades rurales en términos de pertenencia: “Para nosotros era algo interesante, porque aquí...nunca habíamos pertenecido... pero con Trujillo nosotros pertenecíamos” (en Turits 87)

Obviamente, para que este movimiento discursivo de inclusión fuese posible, se hizo imperativo el disciplinamiento de la vida rural, el cual fue particularmente severo dado el carácter autoritario del régimen. Sin embargo, como demuestra Turits en su libro *Foundations of Despotism*, la hegemonía del Trujillismo fue posible gracias a “una modernización alternativa basada en el acceso a la tierra y la producción independiente, y la formulación de políticas estatales en un discurso político de inclusión de las clases populares rurales” (traducción mía, 12-13).

Esta modernización alternativa implicó una coalición antiimperialista basada en la alianza de una pequeña burguesía dominicana y el campesinado contra el dominio económico de las centrales azucareras norteamericanas. De lo que se trató fue de enunciar un modelo de desarrollo diferencial del estadounidense. Estamos pues, ante los preámbulos de la formulación del proyecto populista en la Era de Trujillo.

La elaboración de este discurso precisó del doble movimiento característico del discurso populista de revalorizar las relaciones tradicionales contra la impersonalidad del capitalismo, al mismo tiempo que abrazaba una modernización e industrialización bajo el tutelaje del Estado (Sommer, *One* 3). A diferencia de otros discursos populistas en América Latina, la revalorización de una identidad originaria campesina no era una operación meramente nostálgica. Ésta estaba respaldada por la realidad inmediata de una población rural que conformaba más del 80% del país y que en su mayoría vivía aun de la explotación de autosubsistencia. En la percepción de muchos intelectuales no estaba claro en absoluto que el mundo rural estuviese condenado a la extinción, ni que las consecuencias de ello derivasen en el desarrollo nacional. El régimen trujillista de hecho, por el contrario, optó por una suerte de modernización basada en las formas de producción autónoma campesina. La política oficial consistió en “a new nationalistic and populist project for economic growth and political autonomy, wherein the nation's still largely pastoral peasants would be transformed into sedentary, surplus-producing farmers, rather than proletarians, unemployed workers, and urban migrants” (Turits 15). El éxito de este proyecto se evidencia en el imaginario de gran parte de los sectores populares

que aun recuerda a Trujillo de manera ambivalente como el coartador de sus libertades individuales pero también, como el garante de las necesidades básicas campesinas (Turits 13). Sus diversas políticas de repartición y colonización de tierras, apoyo tecnológico y de infraestructura, así como su entronización como figura protectora contra los abusos y desmanes de las compañías extranjeras aseguró la fijación del discurso populista de la dictadura.

Como funcionario público, Marrero Aristy fue uno de los forjadores y sostenedores de este discurso populista. Muestra de ello fue su activismo periodístico siempre enfocado en la vinculación del gobierno central con los problemas de las masas rurales. Su novela *Over* se inserta en el período temprano que corresponde a los años de la reforma agraria, cuando las políticas trujillistas de repartición de tierras buscaban paliar los efectos del monopolio de la industria azucarera, en manos casi exclusivamente de compañías norteamericanas. Es posible inferir que dado este contexto y el hecho de que Marrero aun no formaba parte del entorno trujillista, el escritor no haya sentido la necesidad de resolver su texto en una épica populista. De hecho, la situación de explotación extrema no se solventa al final de la novela sino que por el contrario, se acentúa. La tragedia del protagonista y de todos los demás trabajadores de la Central es precisamente su incapacidad de subvertir el sistema de dominación. Cocolos<sup>40</sup>, haitianos y trabajadores dominicanos están condenados a trabajar hasta sucumbir físicamente, mientras que el narrador no tiene otra salida que unirse a la masa lumpen.

---

<sup>40</sup> El término se refiere a los trabajadores de las Islas Vírgenes o de las Islas Turcas que migraban estacionalmente a San Pedro de Macorís, La Romana o Puerto Plata para emplearse en los ingenios azucareros (Moya, "Motores" 44)



La novela supone así, más un diagnóstico de los males nacionales que un proyecto programático populista al estilo de una *Doña Bárbara*. Lo que sí propone son las dos precondiciones establecidas por Ernesto Laclau para el surgimiento del discurso populista: por un lado construye una “articulación equivalencial” entre las demandas sociales del campesinado, el nuevo proletariado rural de las centrales azucareras y una pequeña burguesía y; paralelamente por el otro, establece una “frontera antagónica interna” que separa al ‘pueblo’ —conformado por los sectores antes mencionados— del poder, concretizado por las corporaciones azucareras estadounidenses (Laclau, *Razón* 99). Así, aunque la novela no constituye una épica, sí narrativiza las bases para una futura discursiva populista, entendida en los términos definidos por Laclau no ya como una ideología específica —la cual nunca resulta de todo clara a lo largo de la narración— sino como un *discurso* de: “interpelaciones popular-democráticas como conjunto sintético antagónico respecto a la ideología dominante” (en Vilas 201). Este conjunto sintético, base de una utópica coalición populista que nunca se concreta, es imaginado en la novela como un conglomerado de víctimas pasivas sin posibilidad de agencia contra un enemigo común: la Central estadounidense. Sin embargo, la amenaza de esta utópica coalición permanece latente en la novela: “[los norteamericanos] cegados por su fiebre de atesorar dinero, y empecinados en conceptos de superioridad racial, explotan, oprimen y siembran tal rencor en los hombres, que cuando el día del estallido inevitable llegue, la venganza de las masas lo arrasará todo como un huracán!..”. A diferencia de otras narrativas populistas, la ideología dominante en la novela no es identificada con los sectores oligárquicos. Para aquel momento, la República Dominicana no

tenía una clase terrateniente adinerada (Turits 16). De modo que *Over* prescinde del carácter antioligárquico propio de las narrativas populistas para concentrarse en una retórica antiimperialista. Los personajes estadounidenses precisan establecer muy pocas alianzas internas para desarrollar sus intereses. De allí que en la novela los contadísimos personajes dominicanos cercanos a posiciones de poder —como Mr. Lalo o el bodeguero espía— sean más sirvientes que aliados, con muy poca autonomía. Por otra parte, la responsabilidad gubernamental es invisibilizada. La alienación populista ignora la mediación “cómplice” del Gobierno en el establecimiento de las centrales azucareras extranjeras. Así, la satanización parece relegada a una alteridad externa.

### **3.3 OMNIPRESENCIA NORTEAMERICANA**

El rubio es hombre de pocas palabras, de pocas relaciones. Vive en uno de los confortables chalets que han sido fabricados por el central para los blancos; bebe su whisky, juega golf, lee revistas americanas, soluciona crucigramas, siente un desprecio olímpico por este país y sus gentes, y oye la radio (62)

Esta descripción se refiere a Mr. Robinson, el manager de la Central que en las primeras páginas de la novela, entrevista a Daniel Comprés para asignarle la administración de una de las bodegas de la Compañía. Su caracterización es similar a la del famoso Mr. Danger de Gallegos, no difiere del estereotipo del estadounidense de gran parte de las narrativas antiimperialistas de aquellos años, a saber: un tipo banal, probablemente ignorante dada su afición por divertimentos

propios de la cultura popular americana, con un estilo de vida por encima de la mayoría de los dominicanos, étnicamente blanco y racista. Estas características emulan algunas de las esgrimidas por Rodó en lo que se refiere a la vulgaridad anglosajona y su falta de espiritualidad. También recoge la denuncia de Américo Lugo sobre el racismo anglosajón. Es este último rasgo negativo sobre el que Marrero pondrá mayor énfasis a lo largo de la narración. El espacio administrado por Mr. Robinson, es un espacio de jerarquización racial en el que la convivencia entre estadounidenses por un lado y trabajadores dominicanos, cocolos y haitianos —en ese orden— por el otro, está signada por la segregación. Mr. Robinson no se digna siquiera a saludar ni a mirar “a quien no pertenezca a su raza” (21). Su relación con los empleados es equiparada con la esclavitud de siglos anteriores. A la llegada de contingentes de braceros en épocas de zafra “el blanco, cuya vida holgada jamás sufre cambios, al contemplar las recién llegadas manadas de negros, experimenta el placer que un día embriagó el alma de su abuelo, mientras flagelaba las espaldas del africano que compró en un mercado...” (83). Aunque la narración nos presenta un segundo personaje norteamericano, Mr. Norton, quien es más peligroso que Mr. Robinson dado su carácter afable, su preocupación por hablar correctamente varios idiomas y su fingida preocupación por los trabajadores; es claro que comparte en el fondo los mismos prejuicios de su compatriota. La actitud racista impuesta por los altos funcionarios norteamericanos se difunde de manera corruptora hacia los niveles medios y bajos. El desprecio y racismo de los dominicanos hacia sus pares haitianos se encuentra justificado en la novela como consecuencia de una lógica impuesta desde arriba. El autor repite la formulación de

Lugo de adjudicarle a Estados Unidos una caracterización racista, supuestamente ausente en la isla. Sin embargo, todos parecen compartir los prejuicios racistas anglosajones sin mayores problemas. Ni siquiera el narrador, tan dado a resaltar las injusticias del sistema, problematiza su propio racismo al describir por ejemplo peyorativamente a una empleada haitiana como “una negra y grajosa mujer” sin costumbres, “ni la más leve noción de lo que significa limpieza” (181).

La caracterización del otro norteamericano como un otro racista, pierde efectividad en la medida en que la novela supone una denuncia y al mismo tiempo perpetúa las prácticas de lo que pretende denunciar. Su crítica al racismo despierta suspicacia. Hacía apenas unos pocos años que Trujillo había llevado a cabo la masacre de haitianos so pretexto de “limpiar” la frontera<sup>41</sup>. Además, como ya vimos, el discurso nacionalista de la Era se jactaba de una identidad hispanófila blanca, antihaitiana. De modo que la satanización de los personajes estadounidenses como figuras impositoras de su propia jerarquía racial no resulta una denuncia convincente en la novela. Funciona sin embargo, para introducir al lector en el ambiente desquiciado por el imperialismo que pretende mostrar.

El inicio de la narración abre con la expulsión del hogar de Daniel Comprés. De la noche a la mañana, éste se encuentra sin techo, comida, ni amigos. La separación impuesta por su padre marca la tragedia de la historia y establece dos mundos antitéticos. El pasado idealizado, familiar de la infancia y amigos en el que Comprés se hallaba a salvo de las vicisitudes; y el mundo exterior en el que debe

---

<sup>41</sup> En 1937, con el fin de dejar al territorio nacional “libre de presencia haitiana”, Trujillo ordenó el exterminio de haitianos en todo el país. Moya Pons calcula el asesinato de unas 18.000 personas. La masacre produjo un escándalo internacional que conminó al gobierno trujillista a pagar una indemnización de 750.000 dólares al gobierno haitiano (Moya, *Manual* 519.)

valerse por sí mismo. Como ha sido señalado, la narración supone un *bildungsroman* en el que la trayectoria vital de Comprés alegoriza la trayectoria nacional (Sommer, *One* 140). De un pasado precapitalista marcado por las relaciones patriarcales, el protagonista se desplaza a un presente incierto, regido por las dinámicas de plantación extensiva. Este desplazamiento sin embargo, no conlleva a una narrativa teleológica. La indigencia inicial de Comprés se repite al final de la novela dada su incapacidad de adaptarse y asimilarse al nuevo ordenamiento impuesto por la central azucarera, la cual ha pasado a regir toda la sociedad. El hilo narrativo para Sommer, sigue entonces el movimiento de círculo cerrado o más específicamente, el de un espiral en el cual el desenlace es una versión empeorada del principio (*One* 139). El centro de este espiral, el nudo de la historia, se desenvuelve en el batey. Es este espacio —el espacio del afuera del hogar familiar pero también el espacio del afuera de la nación que ha venido a enclavarse en las tierras dominicanas— el que conforma la representación de Estados Unidos en la novela. De modo que, el otro es representado no sólo a partir de la caracterización de personajes específicos como Mr. Robinson o Mr. Norton sino también medularmente, a partir de la puesta en escena de un orden impersonal. La penetración estadounidense se vuelve omnipresente. De allí que la narrativa se sostenga poco sobre las peripecias del protagonista, para sostenerse más bien en sus reflexiones sobre su condición como empleado de la Central y en sus constantes descripciones del mundo que lo rodea.

El otro norteamericano es imaginado prácticamente como un ente abstracto, una presencia ominosa y despersonalizada que se cierne sobre el espacio de la

Compañía: “Llevo dos meses en un batey sin nombre, porque los fundadores de este central, en su afán de abreviar tiempo y despersonalizar tanto a las gentes, a los sitios como a las cosas, lo han enumerado todo”. (31)

La máxima encarnación de esta visión impersonal sobre la penetración económica estadounidense no estriba tanto en el manager o el superintendente, sino en la palabra ‘over’, que da el título a la novela. Se trata de un término ajeno e intraducible a la propia lengua que se cuela en la cotidianidad dominicana. El ‘over’ consistía en la operación de aumentar el precio y/o falsear el peso de las mercaderías para obtener mayores ganancias a costa de los trabajadores. En la novela este término supone una regla no escrita que todos deben seguir a fin de conservar el empleo. En un espacio estrictamente jerarquizado como el de la Central, el ‘over’ se instituye como una práctica en cadena en la cual los más perjudicados terminan siendo los cortadores de caña dominicanos, cocos y haitianos, quienes se ven obligados por el sistema de vales, a gastar su mísero salario en la bodega de la Central. La tragedia de Comprés radica en que debe estafar a sus clientes vendiéndoles menos comida que la pagada para cubrir los inventarios. Siendo él mismo víctima del ‘over’ por parte de su distribuidor, perpetúa esta práctica a través de sus ventas fraudulentas. Día tras día el lector asiste a la conciencia torturada de Comprés quien se debate entre la culpabilidad y la presión diaria de rendir las cuentas satisfactoriamente a su supervisor. Esta tensión termina desquiciando al personaje que acaba perdiendo su matrimonio, y finalmente su empleo. El deterioro psicológico y económico de Comprés se paraleliza al trastorno nacional. Hacia las últimas páginas un Comprés indigente

regresa a su pueblo después de la experiencia traumática de haber trabajado para la Central. Con el ánimo hecho pedazos contempla a su alrededor: “¡mi pueblo! Te veo dormitar y me atemoriza tu sueño al pie de aquellas chimeneas. Caerán sobre ti, con gran estrépito, y no te quedará nada sano. ¡Nada! Ni siquiera el instinto de vivir” (196).

Esta presencia corruptora —metaforizada en la imagen de las chimeneas— se dilata por todo el espacio nacional. La malignidad del ‘over’ es contagiosa y amenaza toda integridad moral (nacional). Comprés se pregunta “¿se podrá vivir sin robar? Y sé que no es posible, porque una fuerza maquiavélica nos compele a ello. En la finca el robo tiene una clasificación diferente a la ordinaria. No es una vergüenza para nadie, porque se practica como cualquiera otra función natural, y se acepta como una condición ajena al empleo”. (43). La práctica naturalizada del robo es particularmente perversa en la medida en que se sustenta en una doble moralidad, eso que Comprés define como ‘condición ajena al empleo’ pero que sin embargo es profundamente inherente a éste. El enmascaramiento de una lógica delictiva necesaria deriva en un orden desquiciante por la escisión entre el deber ser de la esfera burocrática normativa y las prácticas cotidianas. Comprés es subsumido por la presión constante de presentar inventarios impecables, —esto es, siempre con ‘over’—, a costa de falsear cantidades de mercancía diariamente y llenar los faltantes con préstamos de sus amigos y con su propio salario. Los inventarios sorpresivos son el principal instrumento punitivo de control y humillación para Comprés, pero ciertamente no son los únicos. Si Américo Lugo se quejaba del irrespeto jurídico de la ocupación norteamericana, aquí la intervención

económica se vale de un sinfín de mecanismos burocráticos de dominación: “El departamento tiene reglamentos impresos que son verdaderas leyes; fantásticas y drásticas leyes mediante las cuales queda uno condenado, extinguido, pulverizado, sin haber sido juzgado y sin tener opción a apelación de ninguna especie” (45). Comprés narra que con frecuencia Mr. Robinson escribe diciendo: “‘Debe usted ceñirse al reglamento’, o ‘De acuerdo con el artículo tal sírvase hacer esto o lo otro’, como si aquel reglamento hubiera salido del Poder Ejecutivo en forma de decreto, o hubiera sido elaborado en el Congreso Nacional y convertido en ley” (45). El poder omnímodo que la Central ejerce sobre sus trabajadores se instituye y legitima a través de la autoridad de una red de reglamentos escritos que ‘simulan’ ser leyes y decretos. Los textos normatizadores dotan a la Compañía de un carácter paraestatal, que sigue siendo sin embargo, mero simulacro. Y de allí su naturaleza alienadora en la que Comprés se pierde en una compleja red de signos escritos; normativas, inventarios, cuentas, formularios, etc. que disimulan la realidad última del ‘over’: “la compañía prohíbe terminantemente las pesas cargadas, como prohíbe todo lo que a la vista signifique engaño, pero no dice nada cuando aparece el over —¡como si fuera cosa bajada del cielo!—, porque sabe que éste irá a sus manos irremisiblemente” (43). Palabra inasible, escrita en pequeñísimas letras minúsculas al final de cada inventario, su lógica acumulativa es ilimitada y voraz como el vientre enorme y la boca de batracio del manager de la Compañía. Transita un espacio paraestatal, cuya ausencia real de límites definidos monopoliza todo a su paso. El over pues, no reside geográficamente en el espacio del batey, se expande a los pueblos y demás caseríos. Tampoco se satisface con la mera fuerza de trabajo de



sus empleados, precisa adueñarse de ellos por completo. De allí que Comprés exclame para sí: “¡el over se tragó tu vida! Le pertenecías. Debiste saber que de ti no podías dar nada, porque todo lo tuyo —conciencia, cuerpo, corazón— era del monstruo que ahoga a los hombres en la agonía del más” (210).

Este monstruo engullidor de la nación dominicana es finalmente, el engendro capitalista de las centrales azucareras norteamericanas. Lo que lleva a Marrero a afirmar que

Con la presencia de los norteamericanos perecieron muchas costumbres sanas y numerosos mitos. La gente joven y las mujeres adquirieron costumbres más independientes y la obsesión del dinero como elemento determinante del valor del individuo se apoderó no sólo de las clases encumbradas sino de gran parte de las otras radicadas en las zonas urbanas (Baud, “Permanente” 191)

El efecto corruptor de la acumulación desmedida es, como apunta Sommer, una alegoría de los efectos la explotación económica y de la injusticia sistemática en la industria (“Ficción” 124). Su rasgo más predominante es su carácter inmoral sintomatizado por lógica del robo y la expoliación indiscriminada que arrastra a los dominicanos a una suerte de abulia colectiva. En este sentido *Over* representa el clímax de la descripción de Estados Unidos como el Imperio avaricioso y delincencial esgrimido por los intelectuales finiseculares.

Hay sin embargo, matices en esta descripción. La novela parece preocupada por establecer una diferenciación entre un Estados Unidos como nación y uno como empresa capitalista en tierras dominicanas. Las características negativas del ordenamiento de las centrales así como las de sus personajes estadounidenses se limitan al contexto de la isla. A través de varios diálogos se hace hincapié en la idea de que los estadounidenses que han venido a explotar a dominicanos, haitianos y

cocolos son en realidad unos advenedizos sin oportunidades de medro en su propio país. Esta idea parece teñida por un matiz arielista en la medida en que el narrador simpatiza con un supuesto ordenamiento social restrictivo estadounidense que obligaría a personajes como Mr. Robinson a probar fortuna fuera de su país. Un ejemplo de ello es el siguiente comentario sobre el manager: “Nuestro dictador no era más que un carnicero en su país, cuando su mujer hizo amistad con uno de los magnates accionistas y dirigentes de esta compañía [...] Y el descuartizador de reses se convirtió en señor del departamento de tiendas de este central” (65). Comprés repite el tratamiento despectivo con el que se menciona el origen de Mr. Robinson al referirse a uno de los médicos de la Central:

y ese mediquillo, ¿quién es? Intruso, extranjero, ¡le está robando ese puesto a un hombre digno, que no sea capaz de vejar gentes! Vino a mi país siendo nadie, insignificante, incompetente, servil, ¡y ahora se engrandece hasta ultrajarme! Me ultraja a mí, ¡que desciendo de los que de este suelo hicieron patria para que de ella gozáramos como dueños! (179-180).

La voz del narrador se ubica desde una perspectiva de superioridad, propia de las novelas de realismo social latinoamericano —regionalismo, indigenismo o novelas de la tierra y proletaria—. Esto es, la denuncia de injusticia social está mediatizada por la voz letrada de un personaje como Comprés quien, a diferencia del resto de los trabajadores y de los extranjeros explotadores, tiene cierta hondura psicológica y formación intelectual. Su posición social intermedia como bodeguero le permite incorporar en su narrativa una alteridad marginal conformada por los braceros de la central, quienes como él, comparten una común situación de explotación. Este reconocimiento se da a través de las múltiples transcripciones de las voces rurales de personajes como Cleto o el viejo Dionisio. Al integrar una

oralidad, el narrador configura un espacio nacional —necesario para conformar una entidad diferenciadora— al tiempo que lo disciplina mediante su sujeción a la escritura. El reconocimiento del otro pasa pues por una transcripción jerarquizada, una subordinación que se delata en el contraste entre el buen “decir” de Comprés y el habla “inapropiada” de los trabajadores dominicanos y de la “media lengua” de los cocolos y haitianos.

La perspectiva de clase media letrada de Comprés le confiere entonces un claro distanciamiento no sólo frente al resto de los trabajadores, sino también, como en la cita anterior, frente a sus superiores extranjeros. De allí que en su intento por articular una alteridad extranjera, ésta se extiende de manera similar a los personajes subalternos. El “incorrecto castellano” de míster Robinson se paraleliza al habla de los dominicanos iletrados, cocolos y haitianos. Mientras por un lado, Comprés expresa compasión por los braceros explotados, por el otro, se siente tremendamente humillado por tener que doblegarse frente a un ex-carnicero o un medicucho norteamericano. Es claro en ambos casos que el narrador está por encima de los personajes que conforman estas polaridades, y que esta superioridad lo legitima como posible motor de cambio. Sin embargo, al igual que el Arturo Cova de *La vorágine* (1924), termina devorado por su contexto alienador. El cambio no se produce.

En las dos citas anteriores inferimos una autocrítica nacional consistente en denunciar la posición aventajada de la que gozan oscuros personajes extranjeros en tierras dominicanas, una posición que, —contradiciendo la visión de una ‘mediocracia’ estadounidense— les está justamente vedada en sus países de origen.

Esta afirmación parece apuntar a una visión específica en la que los norteamericanos son en realidad los usurpadores de una burguesía nacional representada tanto por el narrador como por el autor. El relato de Comprés es el testimonio de una nueva generación de clase media —el nuevo héroe liberal— que no encuentra su lugar en la sociedad. En definitivas cuentas, la administración de la Compañía —y por extensión de la nación— debería estar en manos de Comprés y no en manos de cualquier carnicero extranjero que ni siquiera es capaz de hablar “correctamente” el castellano<sup>42</sup>. La diferenciación que sugiere la novela entre un ordenamiento jerarquizador positivo en Estados Unidos y otro negativo en la Compañía no deja de ser contradictorio en la propia narrativa. Esta visión positiva es puesta en duda a través de la ironización de las virtudes de la democracia anglosajona. En una conversación sobre Mr. Robinson, un amigo de Comprés, Eduardo, le comenta: “Su vientre crece, su cuenta bancaria crece, y el futuro le sonríe allá en la Florida, en forma de alguna quinta, cuando una buena suma esté colocada en acciones y se pueda terminar tranquilamente como buen hijo de una gran democracia” (62). Aquí, la democracia estadounidense se acerca mucho más a la visión arielista de la democracia utilitaria y vulgar de la primacía del número. Sin embargo, es claro que esta percepción irónica resulta demasiado problemática tanto para el protagonista, como para el autor Marrero Aristy. Escritor y personaje comparten un origen social común. Provenientes de familias pobres del interior dominicano —el padre de Comprés había emergido como caudillo rural—, ambos

---

<sup>42</sup> Si en la novela esto es imposible, en la realidad el autor Marrero logrará insertarse activamente en una elite gubernamental gracias al régimen trujillista.

bodegueros, sus vidas sugieren un trayecto de ascenso social que los sitúa en el presente de una clase media<sup>43</sup>. No parece pertinente entonces, la condena cínica hecha por uno de los personajes sobre la movilidad social de la democracia estadounidense. Quizá por ello, hacia el final de la novela se esgrima una valoración contraria, celebratoria del sistema de vida norteamericano. En la siguiente conversación, un amigo de la infancia de Daniel se distancia totalmente del discurso arielista para exaltar las bondades del sistema anglosajón:

En New York, un obrero, como personalidad aristocrática, del mundo de las finanzas, o algo así, no es nadie, pero como ser humano es mucho. Allí si el hombre trabaja, tendrá donde vivir con algún confort, tendrá comida hasta hartarse, y como quiera, tendrá una amiga desinteresada. En cambio aquí... Esto no tiene comparación... (215)

Esta última visión es contradictoria con la arielista anterior en la que se condenaba el hecho de que un carnicero cualquiera pudiera comprarse una quinta para retirarse a vivir en la Florida. La supuesta calidad de vida en Nueva York contradice a su vez, el sistema de vida jerárquico-restrictivo estadounidense sugerido en la cita sobre el médico de la Central. Estas visiones encontradas dentro de la novela desestabilizan la visión del otro estadounidense, que aun en una narrativa claramente antiimperialista como ésta, delatan complejos procesos de negociación a la hora de articular una diagnosis de los males nacionales y un posible proyecto a futuro de consolidación nacional. A mi entender esto responde tanto a la ambigüedad ideológica del autor como al momento histórico en que se sitúa. Bajo un severo régimen dictatorial como lo fue el trujillista y después de los

---

<sup>43</sup> Como se señala en la nota anterior, a diferencia del caso de Marrero, el trayecto de Comprés queda truncado.

múltiples intentos fracasados de establecer regímenes democráticos, un intelectual como Marrero Aristy no podía celebrar cándidamente las ventajas del sistema democrático estadounidense. Mucho menos cuando la modernización que éste implicaba había traído la explotación desalmada y la consecuente pobreza de su país. Más aún, la industrialización estadounidense implicaba la exclusión total de una clase media que él mismo representaba. Por otro lado sin embargo, no podía hacerse eco de la alternativa arielista que bajo razones aristocratizantes cerraba cualquier posibilidad de movilidad social y de integración de sectores bajos y medios en un imaginario nacional. Marrero fue capaz de ver las ventajas democratizadoras del sistema americano y sin embargo, debía apelar a una jerarquía nacionalista —hasta cierto punto xenofóbica— que calibanizara al otro estadounidense y que pudiera articularse a un proyecto ya no democrático sino autoritario. Es aquí donde funciona el paradigma alegórico populista que describe Doris Sommer según el cual, *Over* esgrime una retórica familiar donde Trujillo eventualmente funcionaría en el imaginario de la Era como la figura masculina ausente en la novela —el Padre de la Patria Nueva, el Benefactor de la Patria, como rezaban los discursos oficiales, pero también como el padre autoritario— cuya misión estribó en el reestablecimiento de la armonía (soberanía) del orden familiar (nacional) roto por el usurpador o violador (las centrales azucareras norteamericanas) (*One* 11).

Esta retórica sin embargo, no es concluyente ni se ajusta perfectamente a la narrativa de *Over*. Las alegorías funcionan sólo parcialmente ya que, como hemos visto, las representaciones son inestables. De allí el mensaje ambiguo de la novela.

La misma narración sugiere una posible salida popular al sistema de explotación, al mismo tiempo que parece desecharla unas páginas más adelante debido a la inercia del protagonista y del pueblo dominicano:

Los gobiernos castigan a los desesperados que matan a explotadores y cometen actos de terrorismo, pero a quienes deberían castigar es a estos capitalistas sin entrañas. Cegados por su fiebre de atesorar dinero, y empecinados en conceptos de superioridad racial, explotan, oprimen y siembran tal rencor en los hombres, que cuando el día del estallido inevitable llegue, ¡la venganza de las masas lo arrasará todo como un huracán! (206)

Dado que la representación del otro implica una construcción relacional, el imaginario sobre Estados Unidos en esta novela se con-funde —al igual que el espacio narrativo de la Central—, con un imaginario sobre la propia identidad. ¿Contra qué capitalista sin entrañas se dirige este hipotético estallido social?<sup>44</sup> El espacio opresivo y cerrado de la Compañía se asemeja demasiado al de la dictadura dominicana, el monstruo omnipresente anglosajón nos recuerda al mismo Trujillo, y el racismo impuesto por la compañía nos remite a la memoria histórica del exterminio masivo de haitianos en 1937. Finalmente, ¿cómo esgrimir una narrativa dominicana antiimperialista bajo el tutelaje de un dictador nacionalista salido de la ocupación estadounidense de 1916?. Doris Sommer conjetura que la novela salió a luz pública gracias a la maniobra de Marrero de retratar los males nacionales dejando a Trujillo por fuera de la narrativa (*One* 125). En efecto, el dictador no aparece ni siquiera mencionado en toda la obra, quedando así el capitalismo norteamericano como único responsable del deterioro económico, moral y social de

---

<sup>44</sup> Hay que recordar que al final de su mandato Trujillo era prácticamente dueño de todo el país. La mayoría de las centrales azucareras pasaron a sus manos. La acumulación de riqueza del dictador fue tal que algunos afirman que Trujillo no sólo impidió el desarrollo cabal de una clase burguesa sino que hizo las veces de ésta en la economía dominicana (Sommer, *One* 126).

la nación. Queda al lector juzgar si ese otro demonizado realmente permanece ajeno a la identidad propia que se le pretende oponer, en conformidad con el antinorteamericanismo arielista.



#### 4.0 LA LUCHA ANTIPENTAGONISTA: PENSAMIENTO POPULISTA DE JUAN BOSCH

En 1963 el escritor dominicano Juan Bosch reedita y prologa una segunda edición de la novela *Over*. Habiendo permanecido en el exilio durante 23 años, decide a su regreso rescatar del olvido literario la novela de quien fuera uno de los más cercanos colaboradores del régimen trujillista, Marrero Aristý. Pertenecientes ambos escritores a una misma generación que participaba en las tertulias literarias de La Cueva<sup>45</sup>, fueron claros exponentes de una línea de pensamiento social iniciada en la primera mitad del siglo XX. Una línea que, como expusimos en el capítulo anterior, difería del elitismo rodosiano proponiendo un imaginario nacional más inclusivo. Los primeros cuentos de Bosch durante los años veinte y treinta, así como su novela *La Mañosa* (1936) se insertan en lo que estudiosos como Bruno Rosario Candelier denominan el socio-realismo hispanoamericano (x), movimiento en el que también se incluyen los trabajos de Marrero Aristý. Los libros de relatos *Camino Real* (1933) de Bosch y *Perfiles Agrestes* de Marrero Aristý (1933) se caracterizan por cierta intención testimonial, descriptiva y de denuncia de las

---

<sup>45</sup> Como se menciona el capítulo II, las tertulias de La Cueva tuvieron lugar en la década del treinta y estuvieron conformadas por poetas y escritores de diferentes generaciones y estilos: Rafael Américo Henríquez, Andrés Francisco Requena, Manuel Llanes, Franklin Mises Burgos, Héctor Inchaústegui Cabral, Manuel del Cabral, Juan José Llovet, Enrique Henríquez, Fabio Fiallo, Andrejulio Aybar, entre otros (Alvarez, "Siglo" 384-385). Soledad Alvarez señala que la preocupación social de algunos de sus integrantes conllevó al destino trágico de los narradores por causa de la dictadura (386).

condiciones de miseria que se vivían en el país, recurriendo a la recuperación de una tradición popular oral. Se trató pues, de la puesta en práctica de una ‘transculturación narrativa’ que incorporó el escenario campesino a un proyecto letrado no sólo de modernización —como ocurría en otros países latinoamericanos— sino también, de consolidación de la nación que parecía hasta entonces inviable. Para Candelier, este proyecto nacional respondía a una visión propia de “una pequeña burguesía liberal y nacionalista, cuyas aspiraciones máximas eran la culminación del Estado-nación moderno al estilo liberal burgués” (152). Estas aspiraciones sin embargo, “más que expresarse en una propuesta política y económico-social definida, se [expresaban] en las tensiones del encuentro de la modernidad con la premodernidad dominicana” (San Miguel, “Contar” 257). Esta última era percibida desde una posición crítica en la que se denunciaba el atraso político, cultural y económico del mundo rural de principios de siglo. Sin embargo, al momento de configurar una propuesta programática, las vidas y obras de Marrero Aristy y Bosch ejemplificaron la divergencia que sufrió esta generación en cuanto a la puesta en práctica de lo que parecía inicialmente un proyecto común ordenador. Ambos terminaron sus días abandonando la opción de la democracia liberal como la vía para el fortalecimiento de un Estado que hiciese frente al imperialismo. Sus caminos y conclusiones no fueron, sin embargo, los mismos. La apuesta política de Bosch durante una primera etapa, fue la del exilio, articulando un proyecto político democrático contrario a la dictadura trujillista a la que finalmente se sumó Marrero Aristy. A diferencia del autor de *Over*, Bosch, aguardó la muerte

del dictador para poner en práctica los lineamientos del Partido Revolucionario Dominicano (PRD) que había fundado desde La Habana en 1939.

A su vuelta en la República Dominicana en 1961, el peligro de los monopolios azucareros norteamericanos se había disipado gracias a las expropiaciones del dictador y la ocupación de 1916 parecía para Bosch una cosa del pasado. El golpe militar de 1963 que lo derrocó de la Presidencia y más específicamente la segunda ocupación militar norteamericana de abril de 1965, parecieron tomarlo por sorpresa: “Yo he sido hasta ahora un equivocado y no me pasó por la cabeza ni siquiera la idea de que los yanquies iban a invadir este país o cualquier otro de la América Latina, eso era algo que yo no concebía” (en García Cuevas 72). A partir de este momento, Bosch elaborará una nueva historiografía caribeña y latinoamericana en la cual las intervenciones externas en la región determinan su devenir histórico-político y marcan una narrativa de resistencia contra el imperialismo. No es claro, sin embargo, que Bosch tuviera esa conciencia histórica sino hasta después del año 63. Aunque Bosch menciona los efectos perversos de las diferentes invasiones históricas en textos como *Trujillo, causas de una tiranía sin ejemplo* (1959) (San Miguel Isla 173) y, a pesar de haber vivido una parte de su infancia durante la primera ocupación, Bosch no pareció preocuparse mayormente por ese tema<sup>46</sup>. A diferencia de la novela de Marrero Aristy, sus primeros escritos se concentran mayormente en la denuncia del gavillerismo, las luchas intestinas internas y los caudillismos locales. En 1955 por ejemplo, en su libro *Poker de espanto en el Caribe*

---

<sup>46</sup> Resulta revelador que no fuese sino hasta el año 64 que Bosch declarara sobre el impacto que había tenido para él, la primera intervención estadounidense: “En mi infancia había visto bajar de los edificios públicos la bandera dominicana para izar en su lugar la de América del Norte, y nadie podrá nunca imaginarse lo que eso significó para mi almita de siete años” (en García Cuevas 62).

sobre las terribles dictaduras latinoamericanas en aquellos años, resta responsabilidad a Estados Unidos en el fenómeno de entronización de los dictadores para detenerse en factores internos:

En los últimos tiempos se ha propagado mucho la tesis de que el imperialismo es el responsable de que el Caribe se encuentre apestado de tiranías. Más he aquí que las agresiones políticas y armadas de Estados Unidos en esa zona, no toman cuerpo sino a partir de 1898, y ya en esa época los pueblos caribes conocían despotismos tan prolongados y tan crueles como los regímenes del indio Carrera en Guatemala o de Ulises Heureaux en Santo Domingo, o como el de Henri Chistopher en Haití y el de Guzmán Blanco en Venezuela (350).

Quince años más tarde, en su monumental historiografía *El Caribe, frontera Imperial*, Bosch prácticamente resta cualquier agencia propia al devenir histórico caribeño, para concentrarse en la historización de las acciones imperiales; las europeas en el siglo XIX y las estadounidenses en el siglo XX, como las principales determinantes históricas. Estados Unidos pasará a ocupar así, un lugar de primer orden en su visión sobre la realidad política y social contemporánea de América Latina. Atrás quedaban los actores campesinos y el mundo rural de sus primeros relatos. Es claro que este cambio de enfoque respondió a las dinámicas de la guerra fría que a partir de los años sesenta Bosch sufriera en carne propia.

#### **4.1 HISTORIOGRAFÍA POPULISTA**

A lo largo del siglo XX dominicano, las figuras de Joaquín Balaguer y Bosch serán claves para vislumbrar hasta qué punto la autoridad que les confirió el ejercicio

intelectual estuvo intrínsecamente ligada a su praxis política ordenadora<sup>47</sup>. Productores de una extensa literatura, fueron a su vez los fundadores de los principales partidos políticos (PRSC, PRD y PLD) y llegaron a ocupar la primera magistratura del país. Fueron también, alternativamente, herederos en la República Dominicana de las dos propuestas totalizadoras identitarias de América Latina. Balaguer se insertó en la corriente rodosiana en la formulación de una identidad europeizante, hispanófila, cuya variable encontró una alteridad diferenciadora frente al elemento haitiano. Bosch por su parte, siguió los pasos de Martí al plantear una identidad mestiza cuya antítesis se iría perfilando poco a poco en Estados Unidos. Aunque la propuesta de Balaguer terminó siendo la hegemónica en la República Dominicana, para efectos de este ensayo nos interesa concentrarnos en los planteamientos de Bosch ya que, a diferencia del primero, éste sí desarrolló una visión agónica de Estados Unidos que determinó su proyecto político y cultural<sup>48</sup>.

La afirmación de una identidad dominicana inclusiva —la cual no siempre estuvo exenta de contradicciones— en oposición a la corriente hegemónica de Balaguer, fue una constante en su producción intelectual a lo largo de más de 50 años. Sin embargo, al revisarse su obra conformada por más de un centenar de textos —cuentos, novelas, biografías, artículos periodísticos, entrevistas, testimonios, estudios socio-históricos y teóricos—, saltan a la vista notables variaciones en su línea de pensamiento, aun cuando la apelación al elemento

---

<sup>47</sup> Este fenómeno es ampliamente desarrollado en los libros *La ciudad letrada* de Ángel Rama y *Desencuentros de la modernidad en América Latina: Literatura y política en el siglo XIX* de Julio Ramos.

<sup>48</sup> Para Balaguer el Caribe estaba determinado por su 'destino geopolítico', "lo cual significaba que por el gran tamaño de los Estados Unidos, la República Dominicana siempre sería su satélite en la región" (Moya Pons 547)

popular siempre estuviera presente. Para comprender estos cambios, Anthony P. Maingot propone entender su producción en los términos de una ‘historiografía populista’. Ciertamente desde muy temprano, la preocupación de Bosch por reescribir la historia latinoamericana es obsesiva en la mayoría de sus escritos. En su artículo “Politics and populist historiography”, Maingot sugiere que hay una tradición intelectual en el Caribe representada por escritores como C.L.R. James, Eric Williams y el mismo Bosch, en la que el uso de la interpretación histórica funciona con fines políticos pragmáticos en momentos de fuerte activismo social o racial. Insertada en la lógica de los movimientos sociales, la historiografía populista le permitiría a Bosch por un lado, la producción de poderosos mitos fundacionales y por el otro le proveería las analogías históricas necesarias para asistirlo en la toma de decisiones políticas (Maingot 148)<sup>49</sup>. Así, una de las principales tareas de Bosch fue la de articular en distintos momentos, una narrativa histórica que le permitiese validar positivamente sus proyectos populistas, tanto el liberal como el de la ‘Dictadura con respaldo popular’. Prueba de ello son sus interpretaciones sobre el papel histórico de personajes como Simón Bolívar, José Tomás Boves, Alexander Petión, José Martí, Toussaint L’ Overture y Fidel Castro. En particular, Bosch pareció interesado en explorar los resultados políticos de la acción directa de las masas dirigidas por un hombre en estrecho vínculo con ellas (Maingot 161). La correlación entre sus diferentes narrativas históricas y las circunstancias presentes al momento

---

<sup>49</sup>En su ensayo “Las biografías de Juan Bosch: La construcción de una genealogía”, Pedro San Miguel sostiene de hecho, que las publicaciones de las biografías de Hostos, Judas, David y Bolívar escritas por Bosch coinciden con momentos concretos de la vida intelectual y política del escritor dominicano en la que estos personajes históricos fueron sus claros referentes. Sus biografiados constituirían así una genealogía del propio Bosch en la que establece su ascendencia ideológica y política (184).

de la escritura, explicaría para Maingot el por qué del carácter variable de sus interpretaciones, ya que la historiografía populista estaría sujeta a la contingencia del presente (169). Ello explicaría los cambios de interpretación que Bosch elabora sobre los mismos casos históricos (Maingot 169) como, por ejemplo, la valoración positiva en 1966 acerca del rol político de Bolívar frente a un caudillo como Boves, para luego, en 1970, invertir esa valoración (Maingot 159-160).

Al igual que el surgimiento de los discursos interpeladores del populismo que se dieron en momentos coyunturales de crisis hegemónica en América Latina, los escritos de Bosch se insertan en un contexto inmediato en el que la participación popular se hacía impostergable: la lucha contra la dictadura personalista de Trujillo, la instauración de una democracia liberal populista, la lucha armada contra los gobiernos de Balaguer y contra las intervenciones estadounidenses y, el establecimiento de la 'Dictadura con respaldo popular'.

#### **4.2 POPULISMO SIN ANTIIMPERIALISMO**

La historiografía populista de Bosch también entrañó cambios de interpretación acerca del papel histórico de Estados Unidos. Estos cambios son paralelos a la metamorfosis que tuvo lugar en su interpretación sobre la realidad política dominicana y latinoamericana. Tal como afirma Maingot, "it is evident that Bosch was an author in ideological transition. If one examines his works, for instance, his *Cuba, la isla fascinante* (1955) to his *De Cristóbal Colón a Fidel Castro* (1970) one

finds an increasing ideological shift to the left" (161). El punto de quiebre definitivo hacia la izquierda estuvo marcado sin duda alguna por la ocupación estadounidense en 1965. Atrás quedaba el período de la escritura de sus cuentos y novelas sociorealistas, así como el período de sus interpretaciones históricas desde una posición progresista liberal. La pobreza, la falta de educación, la violencia, el caudillismo aparecían como diagnósticos de una sociedad caótica y atávica que en mucho acercaban sus textos en ese primer período, a otras narrativas expositivas de la dicotomía entre la civilización y la barbarie. A diferencia de Marrero Aristy, los males expuestos por Bosch provenían mayoritariamente del interior mismo de la sociedad dominicana o latinoamericana. Si bien, a partir de primer exilio en 1938, la actividad política va restando espacio a la escritura de ficción, y los actores urbanos van desplazando a sus personajes campesinos, todo indica que el pensamiento de Bosch seguía enmarcado en una visión modernizadora liberal. Su descubrimiento de la obra de Eugenio María de Hostos, así como su larga estadía en Cuba, y en otros países de América Latina como Puerto Rico, Venezuela, Haití, Costa Rica, Bolivia y Chile, no hicieron sino profundizar y darle una perspectiva totalizadora al proyecto político esbozado difusamente en sus primeros relatos. Es bastante probable que sus relaciones con figuras como Rómulo Betancourt, Miguel Otero Silva, Rómulo Gallegos, Luis Muñoz Marín y José (Pepe) Figueres, entre otros, haya contribuido en este período a la caracterización del PRD como un partido multclasista en el que los sectores populares serían incorporados activamente a un proyecto nacionalista de democracia representativa. Es interesante que, a pesar del apoyo estadounidense del que gozaron dictadores como Marcos Pérez Jiménez, Fulgencio Batista,



Anastasio Somoza y el mismo Trujillo; el Bosch de aquellos años no fuera particularmente crítico con aquel país. El tema para él no parecía revestir mayor importancia. Es posible especular que Bosch prefiriese seguir la vía de Muñoz Marín o del mismo Betancourt —de quienes era bastante cercano—, cuyos incendiarios discursos iniciales antiimperialistas habían sido domesticados en aras de un entendimiento con los gobiernos de aquel país. No hay que olvidar además, que Betancourt jugó un papel determinante en la esfera internacional contra la dictadura de Trujillo, estimulando una apertura democrática en la región. De allí que Bosch considerara inconveniente una retórica antiestadounidense para asegurar la instauración de una democracia representativa en la isla. El caso de Venezuela le demostró en efecto, que era posible la consecución de una social democracia en un estado nacional, en perfecta armonía con los intereses norteamericanos

A la muerte de Trujillo, el panorama pareció abrirse lo suficiente para permitir un cambio en el rumbo político del país. En 1961 Bosch regresó a ejercer la militancia interna del PRD. Estos años marcan el fin definitivo de su literatura de ficción y la dedicación absoluta a sus textos sociohistóricos y políticos. Años más tarde llega a confesar que:

Yo escribí literatura como una manera de sustituir una actividad política que no podía ejercer en el país y que ejercí en el exilio de una manera muy limitada porque el elemento fundamental con el cual tenía que trabajar políticamente era el pueblo dominicano, del cual estaba separado. Recuerdo que el último de mis cuentos fue escrito en Venezuela el 31 de diciembre de 1960 (...) menos de diez meses después de haber escrito ese cuento estaba yo en Santo Domingo dedicado a la política a tiempo completo y desde entonces no hago otra cosa (en Candelier xvii-xviii).

La escritura de sus cuentos y novelas fue en cierta manera, un espacio de transfiguración de la ausencia. Sobre sus relatos exiliados opera una memoria de cara a un devenir utópico. La escritura es la de la espera, no la de la nostalgia, en la que la memoria teje un espacio imaginado que habrá de ser transformado, destruido mediante la acción política. Sus relatos parecen reflejar la tensión señalada por Reinhart Koselleck entre dos categorías de conocimiento para aprehender el tiempo histórico: el *espacio de experiencia* y el *horizonte de expectativa*. Entendidas ambas en una relación dialéctica (336), la experiencia refiere un “pasado presente” (338) como *espacio*; es decir, como la totalidad de una reunión simultánea de estratos de tiempos anteriores (339) y, un futuro hecho presente como *horizonte*; es decir, como una línea apuntando “a lo no experimentado”; un “todavía-no” que señala la dirección de un nuevo espacio de la experiencia (338). El entrecruzamiento entre un pasado y un futuro —entre un más allá del recuerdo y un más allá de la esperanza (336-337)— produciría para Koselleck una tensión productiva para la praxis política (342).

El *espacio de la experiencia* en Bosch está constituido principalmente por el escenario campesino en el que él se había movido durante sus primeros años vendiendo productos agrícolas junto a su padre en diferentes pulperías rurales (San Miguel, “Para” 145). La memoria reconstruía un universo habitado por:

minifundistas dueños de parcelas, colonos y aparceros, peones sin tierra, braceros haitianos de los ingenios de azúcar; todo un universo de tejido de costumbres ancestrales, supersticiones, códigos de honor, siempre en lucha con los excesos de la naturaleza, sequías o ríos desbordados, y lucha también con el poder, los campesinos carne de cañón de las montoneras y de las guerras civiles, víctimas de la ley impuesta por los latifundistas (Ramírez 17).

No se trataba entonces de un espacio romantizado. Por el contrario, la fragilidad y la miseria de los personajes en cuentos como “Los amos”, “Luis Pie”, “En un bohío”, “El difunto estaba vivo”, “La nochebuena de Encarnación Mendoza” y “Maravilla”, sugerían la necesidad imperante del cambio en el orden de injusticia. Así, la evocación ficcional de lo rural —del *espacio de la experiencia*— no responde a una demanda nostálgica, sino a un imperativo presente. La explotación de peones como Cristino, la indefensión del haitiano Luis Pie, el abuso de autoridad de la guardia rural (“La nochebuena”, “Luis Pie”), la sujeción machista de la mujer (“La desgracia”), son algunas de aspectos a resolver en un espacio extra-textual, el de la militancia política. Sin embargo, los cuentos de Bosch tampoco suponen una simple denuncia social a través de una narrativa criollista. La naturaleza está íntimamente ligada al universo campesino y como tal, a veces alcanza una dimensión existencial que va más allá del mero descriptivismo. En este sentido, alguno de sus cuentos, como “La desgracia”, se aproximan a los del mexicano Juan Rulfo, en los que la individualidad de los personajes parece difuminarse en un paisaje impasible al sufrimiento humano. Por otro lado, los valores del mundo rural son mostrados de manera compleja y contradictoria en algunos de los cuentos. Si a veces, Bosch parece elaborar una crítica velada de algunos de sus aspectos —el patriarcalismo, la violencia, la superchería—, en otros cuentos se muestran rasgos valorados positivamente: la solidaridad, el amor, el trabajo, la rebeldía. Algunos relatos inclusive se proponen como contralecturas a la historia oficial (“La verdad”) (San Miguel, *Isla* 162) al contradecir las visiones hegemónicas sobre el gavillerismo o la idílica vida en el campo. Se trata de narraciones que intentan una perspectiva desde

lo popular, desde los sectores subalternos, configurando una suerte de “campesinismo populista” (San Miguel, “Para” 247). De allí que San Miguel interprete la obra de Bosch como un intento intermediador entre una premodernidad (el mundo rural y su oralidad) y una modernidad necesaria para la consecución de un proyecto nacional utópico (“Para” 240, 243). Esta última vendría a constituir el *horizonte de expectativa* de Bosch como sujeto político:

Sus cuentos de tema rural pueden ser entendidos como un lugar de encuentro entre el intelectual en busca de un proyecto político, marcado por las inquietudes modernizadoras de su generación, pero a la vez, identificado críticamente (...) con el mundo campesino (*Isla* 151)

Es posible interpretar esta “identificación crítica”, esta cierta ambigüedad valorativa en del mundo ficcionalizado, como el intento por establecer cierta continuidad no traumática entre la *experiencia* y la *expectativa*. Bosch amortiguaría o allanaría de esta manera el abismo, la enorme diferencia entre una y otra, propia de la modernidad para Koselleck toda vez que “las expectativas se han ido alejando cada vez más de las experiencias hechas” (343).

Una vez que cesa *la expectativa*, la espera del exilio, cesa también la escritura de este espacio imaginado y pasamos de la ficción al terreno pleno del activismo transformador.

En 1963 Bosch se juramenta como el primer presidente dominicano electo democráticamente. Al igual que el venezolano Rómulo Gallegos 13 años antes, sería derrocado en cuestión de meses por un golpe militar. Más tarde, en 1965, la ocupación militar estadounidense puso fin a la posibilidad de retomar el hilo constitucional. La participación decisiva en la guerra civil por parte de los 42.000

marines a favor de los sectores más conservadores de país selló la historia de la isla. Cerró las puertas tanto a las aspiraciones socialistas de los sectores de izquierda del país, como a las aspiraciones liberales del PRD por instituir una democracia populista. El fracaso político de Bosch se tradujo en una crisis ideológica en la que Estados Unidos pasaría a ocupar un puesto preponderante en su pensamiento. La publicación en 1967 de su libro *El pentagonismo, sustituto del Imperialismo* marca la consolidación de su nueva orientación ideológica, abriendo la segunda etapa de su historiografía populista.

#### **4.3 HISTORIOGRAFÍA ANTIIMPERIALISTA**

En abril de 1965 estalla una rebelión armada en Santo Domingo contra el gobierno de facto haciendo un llamado a la vuelta del presidente Bosch quien se hallaba en exilio. En permanente contacto con él, soldados disidentes, guerrilleros y civiles identificados como ‘constitucionalistas’ enfrentaron por cuatro meses al ejército regular y a las tropas norteamericanas que habían llegado al país para evitar que se produjese ‘una segunda Cuba’. Ciertamente, la guerra civil estuvo fuertemente afectada por el contexto latinoamericano de la época. La revolución cubana fue el referente inmediato de una cantidad de jóvenes de izquierda que se incorporó activamente a la lucha constitucionalista. La ‘revolución de abril’ produjo una oleada de efervescencia y de optimismo renovador en las nuevas generaciones que veían la posibilidad de un triunfo revolucionario frente a las fuerzas imperialistas y

la derecha dominicana. Tal como afirma Soledad Álvarez: “La revolución del 65 marcó con fuego a los escritores y a los artistas del 60. En la ciudad intramuros sitiada por tropas norteamericanas, poetas, escritores y artistas plásticos empuñaron en una mano el fusil y en otra la palabra” (“Siglo” 419). Al despliegue creativo y de optimismo revolucionario, siguió el desengaño tras la firma del Acta de Reconciliación:

La guerra unió a los escritores y artistas combatientes bajo la bandera del compromiso y la defensa de la soberanía. La paz impuesta, los fragmentó en esquilas, cuando afloraron las diferencias ideológicas y las distintas visiones de mundo y de la literatura (Álvarez “Siglo” 420).

El desenlace político provocado por la intervención estadounidense, puso en el tapete la diversidad ideológica de las fuerzas constitucionalistas. El ejemplo más patente de ello fue la divergencia entre las tendencias comunistas de algunos movimientos estudiantiles y, las directrices liberales del mismo Bosch. Acusado insistentemente por la derecha de simpatizar con el comunismo o de tener infiltrados comunistas en su gobierno, la verdad es que hasta el momento de su derrocamiento, Bosch seguía creyendo en las bondades de la democracia representativa liberal.

El espacio nacional que Bosch ficcionalizaba en sus relatos desde finales de los años veinte, era bastante diferente del país que encontró en 1961. Las ciudades habían crecido, atrás quedaba la fragmentación territorial gracias a la infraestructura vial, la vida campesina había sido disciplinada por la dictadura al tiempo que, desaparecieron los caudillismos regionales. Con todas sus irregularidades, Trujillo había logrado cierto grado de modernización en la isla y

una incipiente burguesía se estaba incorporando a la esfera pública. Después de la muerte del dictador, nuevos actores incursionaron en el escenario nacional: “exiliados políticos, partidos políticos, sindicatos, asociaciones de profesionales, organizaciones estudiantiles y una prensa libre” (Moya 527). Fueron momentos de proliferación de textos, consignas y utopías revolucionarias. Con todo, el cambio más dramático que quizá Bosch no advirtió a tiempo fue el endurecimiento de la polarización política por las dinámicas impuestas por la guerra fría. Hacía apenas dos años que había tenido lugar la revolución cubana y la paranoia anticomunista que ésta despertó en el Caribe y el resto de América Latina pasó a dominar la política estadounidense. Como señalamos anteriormente, Bosch no pareció prever antes de 1965 que la política exterior norteamericana pudiese ser un serio obstáculo para implantar el régimen democrático al que aspiraba. Al momento de apostar por la vía de una social democracia al estilo de un Betancourt o de un Muñoz Marín, Bosch se encontraba en un escenario internacional mucho menos tolerante a los cambios progresistas. Sin duda, las políticas reformistas que emprendió Bosch durante su breve gobierno alertaron tanto a sectores internos de derecha como al gobierno de Estados Unidos, quienes se veían amenazados por la tolerancia ‘excesiva’ que el presidente demostraba hacia los sectores de extrema izquierda. Sin embargo, no fue hasta la intervención directa de los marines norteamericanos en alianza con los sectores reaccionarios del país, que Bosch claudicó de sus principios liberales para sumarse a la izquierda latinoamericana. Al igual que sus pares de principio de siglo, Bosch terminó rechazando una salida democrática-liberal. La guerra fría lo empujó hacia el marxismo y fue en ese marco ideológico que se

propuso reinterpretar la realidad dominicana, latinoamericana y la estadounidense, no sólo para explicarse las razones de su fracaso, sino también para reformular un nuevo proyecto político de cara al nuevo escenario internacional.

Entre 1966 y 1970, Bosch entra entonces en un proceso de transformación ideológica: “Cuando me dije a mí mismo que debía estudiar a Marx porque los hechos me demostraron que los comunistas tenían razón al llamar imperialistas a los Estados Unidos, fue a raíz de la invasión militar de 1965. Este hecho, y nada más, fue lo que me llevó a estudiar a Marx” (en García Cuevas 72). A la par de los estudios clásicos de Marx y Engels, Bosch viajó por varios países como Yugoslavia, Rumania, Camboya, Vietnam, China y Corea, para ir perfilando su nuevo proyecto:

Ya había estado en Yugoslavia y en Rumania donde me convencí de que en los países socialistas no se comían los niños crudos, como afirmaban en Estados Unidos, además estaba lleno hasta la boca de los crímenes que se cometían en Vietnam (...) me di cuenta que el marxismo era la verdad histórica, la verdad filosófica, la verdad teórica, y en fin, la verdad universal (en García Cuevas 75).

Esta ‘verdad’ le permitió a Bosch la elaboración de un corpus teórico sociopolítico. Si bien, el libro que anuncia esta etapa fue *Crisis de la democracia en América Latina* (1964), creo que es posible afirmar que el nuevo corpus estuvo estructurado básicamente por tres libros: *El pentagonismo, sustituto del imperialismo* (1967), *El próximo paso, dictadura con respaldo popular* (1969) y *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial* (1970). Interrelacionados entre sí, forman parte de una misma agenda política para legitimar las nuevas estrategias de lucha frente a las oligarquías internas y frente a Estados Unidos. Bosch construye dos categorías teórico-críticas correlativas en sus dos primeros textos: El



‘pentagonismo’, que vendría a sustituir el concepto del imperialismo para dar cuenta de las nuevas dinámicas de poder ahora ejercidas por el sector militar de Estados Unidos a partir de la segunda guerra mundial y, la ‘dictadura con respaldo popular’, como respuesta política “subalterna” contra ese poder hegemónico. Esta respuesta no sólo supuso el abandono de su adhesión a la democracia representativa, sino que también se constituyó como una alternativa propiamente latinoamericana a la dictadura del proletariado. Los lineamientos de esta nueva propuesta llevarán a Bosch a su ruptura con el PRD y la creación de un nuevo partido, el Partido de Liberación Dominicana (PLD) en 1973. El tercer texto de esta trilogía, *De Cristóbal Colón a Fidel Castro* articula una narrativa histórica teleológica de la región del Caribe como escenario de las luchas de liberación frente al imperialismo europeo y estadounidense. Sustentado en la tesis de que la historia del Caribe ha estado determinada por las intervenciones imperiales, el éxito de la revolución cubana marca el fin de una historia llena de flagelos y se vuelve un llamado urgente a las luchas de liberación nacional. Luchas que ya para esa época, él mismo apoyaba contra la democracia autoritaria impuesta por Balaguer gracias al apoyo de Estados Unidos.

La ocupación norteamericana del 65 llevó a Bosch a un cambio en su historiografía populista en el que la región quedaba supeditada a las fuerzas externas. Para Maingot, a partir de este período Bosch parece considerar el Caribe únicamente como extensión de la historia imperial: “To Bosch in 1970 the main issue in the Caribbean was imperialism, first from Europe and then from United States” (156). De allí que Bosch dedique toda su atención a la comprensión de la política y la

sociedad estadounidense inclusive en sus estudios sobre la sociedad dominicana, poniendo especial énfasis en las intervenciones.

#### **4.4 EL PENTAGONISMO COMO NUEVO PODER HEGEMÓNICO**

Una de las ideas centrales de Bosch en su libro *De Cristóbal Colón a Fidel Castro*, es que a partir de la guerra hispanoamericana de 1898, Estados Unidos reactualiza las dinámicas imperiales decimonónicas en el Caribe. Sin embargo, es claro que en los años sesenta, estas dinámicas habían sufrido variaciones. Para Bosch la intervención del 16 era diferente de la del 65. Aunque los métodos habían sido similares, arguyó que la finalidad era distinta. Bosch concluyó que la nueva política imperial desplegada en la República Dominicana y en Vietnam era la pentagonista. Ésta se diferenciaba radicalmente de la primera ya que no buscaba la inversión de capital en esos territorios, sino la activación de la economía interna estadounidense a través de la puesta en marcha de una economía de guerra orquestada desde el Pentágono, núcleo que concentraba todo el poder militar norteamericano<sup>50</sup>:

Las fuerzas militares de un país pentagonista no se envían a conquistar territorios coloniales. La guerra tiene otro fin; la guerra se hace para conquistar posiciones de poder en el país pentagonista, no en un territorio lejano. Lo que se busca no es un lugar donde invertir capitales sobrantes con ventajas; lo que se busca es tener acceso a los cuantiosos recursos económicos que se

---

<sup>50</sup> En *El nuevo imperialismo*, David Harvey propone una interpretación similar para diferenciar el imperialismo estadounidense de regímenes imperiales decimonónicos como el inglés o el francés. Exceptuando el caso de Irak, Harvey afirma que Estados Unidos pocas veces precisa de una ocupación colonial directa. Su poder sería ejercido tanto a través de redes de poder económico como a través de instituciones internacionales como el Banco Mundial o el Fondo Monetario Internacional. Por su parte, en *Imperio*, Negri y Hardt ven en el pase del imperialismo a Imperio una hegemonía en la cual ya no se precisa de fronteras territoriales fijas (12).

movilizan para la producción industrial de guerra; lo que se busca son beneficios donde se fabrican las armas, no donde se emplean, y esos beneficios se obtienen en la metrópoli pentagonista, no en el país atacado por él (*Pentagonismo* 22).

El pase del imperialismo al pentagonismo implicó un cambio sustantivo en la visión sobre Estados Unidos. A continuación desglosamos las principales diferencias de esta nueva categoría teórica-política con respecto a la del imperialismo:

**Figura 1. Pentagonismo**

Imperialismo	Pentagonismo
Colonización exterior	Colonización interna
Metrópolis	Metropocolonia, impentagonal
Recursos externos	Recursos internos
Ganancias a mediano y largo plazo	Ganancias a corto plazo
Poder civil	Poder militar
Destino Manifiesto	Guerra defensiva, Doctrina Johnson

La primera premisa desde la que parte Bosch es la de que el pentagonismo es el producto del capitalismo ‘sobredesarrollado’ que se produjo a raíz de la extraordinaria expansión industrial tras la segunda guerra mundial<sup>51</sup>. La dinámica de esta nueva economía conllevó a que los principios individualistas de la sociedad

<sup>51</sup> Este cambio es definido por Ernest Mandel como neocapitalismo para referirse al crecimiento capitalista de la segunda postguerra y que tuvo su primera crisis a mediados de los años setenta (en Katz)

liberal fueran suplantados por lo que él denomina una “sociedad de masas”. Sin definirla claramente, afirma que esta sociedad consiste en la “actuación masiva dirigida por una voluntad externa a la conciencia del pueblo norteamericano” (*Pentagonismo* 34). Esta voluntad externa desplazó paulatinamente al poder civil constituyendo poderes hegemónicos ajenos a las figuras institucionales tradicionales<sup>52</sup>. Uno era el poder militar y el otro el de la CIA (*Pentagonismo* 34). El centro de operaciones del primero lo estableció el Pentágono, como centro de mando de todas las fuerzas armadas (*Pentagonismo* 34). Ya, para la década de los sesentas, el Pentágono había producido un quiebre definitivo en la tradición liberal estadounidense, relegando el poder civil a la esfera doméstica y dejando la política internacional en manos de los militares. Dicha política consistía en el sostenimiento de la guerra permanente en el exterior a fin de movilizar la economía interna creando poderes vinculados a la industria armamentista. De esta manera, el pentagonismo consolidó su poder al interior de Estados Unidos creando una vasta red expansiva:

El pentagonismo es un núcleo de poder que tiene por espina dorsal la organización militar, pero que no es exclusivamente eso. En el pentagonismo figuran financieros, industriales, comerciantes, escritores, periodistas, agentes de propaganda, políticos y religiosos; el pentagonismo es una suma de grupos privilegiados, la crema y nata de los Estados Unidos (*Pentagonismo* 38).

Apoyándose en cifras macroeconómicas, Bosch argumenta que esta red de poder se volvió más real y poderosa que el gobierno federal, es decir, que el gobierno civil (*Pentagonismo* 38). Su radio de ingerencia operaba pues, al interior

---

<sup>52</sup> En este poder que “supera” los límites institucionales estadounidense es posible releer hoy la semilla de un capitalismo trasnacional que finalmente trasciende para Negri y Hardt, los límites del Estado Nación. Si Bosch habla de una colonización interna —la metropocolonia—, Negri y Hardt refieren una lucha intestina, donde el Imperio ya no tiene un “afuera” (64)

de Estados Unidos y no en los territorios conquistados como lo hacía el imperialismo. Si la periferia simplemente pasó a ser el “depósito final de los bienes producidos y cobrados en la metrópoli” (*Pentagonismo* 28), ‘la crema y nata estadounidense’ ejercía una explotación real en el escenario mismo de la metrópolis:

El pueblo pentagonista es explotado como colonia puesto que es él quien paga a través de los impuestos los aviones de bombardeo que enriquecen a sus fabricantes; de donde resulta que la metrópoli pentagonista convierte a su propio pueblo en su mejor colonia; es a la vez metrópoli y colonia, en una simbiosis imprevista que requiere un nuevo vocablo para ser definida (...) No hay ya una metrópoli que explota y una colonia explotada; hay otra cosa; hay el ‘impentagonal’ o la ‘metropocolonia’” (*Pentagonismo* 22-23).

La metropocolonia no sólo proveía recursos económicos a través de la recaudación de los impuestos, sino que también suministraba los ciudadanos que debían conformar los ejércitos en territorios extranjeros. Para Bosch, el pentagonismo convertía a sus ciudadanos en meras víctimas de un poder hegemónico que operaba al interior del espacio nacional. Las ventajas que ofrecía esta nueva forma de colonización interna eran dos: La capitalización generada por la economía de guerra permanente era mayor y mucho más rápida que la inversión de capitales en los territorios coloniales periféricos y, la segunda ventaja, estribaba en la superioridad moral de su doctrina, ya que el argumento para intervenir en otros países era el de la guerra defensiva y la “defensa de la democracia”, evadiendo así cualquier motivación imperialista en sus ataques militares<sup>53</sup>.

---

<sup>53</sup> En cierta sintonía, Negri y Hardt exploran “el renovado interés en el concepto de bellum justum, o “guerra justa” como parte integral de uno de los dos brazos que sostendrían actualmente el derecho imperial como nueva forma de soberanía: el aparato de coacción, consituído por el ejército de la OTAN y su doctrina de guerra preventiva: “La guerra justa ya no es, en ningún sentido, una actividad de defensa o resistencia, como lo fue, por ejemplo, en la tradición cristiana desde San Agustín hasta los escolásticos de la Contrarreforma, como

La articulación de este discurso de guerra defensiva se encontraba en la doctrina Johnson, en la cual la lucha contra el comunismo sustituía los imperativos del Destino Manifiesto. La revolución cubana había ofrecido pues, la excusa perfecta para los ataques pentagonistas cuyas máximas expresiones habían sido las invasiones militares en Vietnam y en la República Dominicana.

Ahora bien, ¿qué hizo posible el surgimiento de la metropocolonia, la pentagonización del propio pueblo norteamericano? A pesar de que Bosch se define a sí mismo como marxista, echa mano de varios argumentos ajenos a las contradicciones sociales y la lucha de clases para configurar su teoría política. Para el dominicano, el fenómeno de la hegemonía del poder militar en Estados Unidos se debía a varias razones. La primera tenía que ver con el grado de inmadurez intelectual del pueblo norteamericano: “El pentagonismo fue un hijo no esperado que nació de la economía de guerra en una sociedad sorprendentemente desarrollada en el campo económico y sin embargo, sorprendentemente subdesarrollada en el terreno de las ciencias políticas” (*Pentagonismo* 54). Siguiendo la caracterización utilitarista que Rodó atribuyera a Estados Unidos, Bosch esgrime el desequilibrio de una nación extraordinariamente pragmática pero pobre en términos intelectuales y espirituales. La debilidad del poder civil se debía a la incapacidad política de sus dirigentes que sólo perseguían fines utilitarios. Según Bosch, en el campo de la política, “para un norteamericano, un idealista es un estúpido, puesto que arriesga la posición, que es lo que realmente tiene valor, a

---

una necesidad de la “ciudad mundial” para garantizar su propia supervivencia. Se ha vuelto, en verdad, una actividad que se justifica por sí misma. En este concepto de guerra justa se combinan dos elementos distintos: primero, la legitimación del aparato militar, en tanto está éticamente basado, y, segundo, la efectividad de la acción militar para alcanzar la paz y el orden deseados” (26)

cambio de defender su ideal, que es algo que no tiene rendimiento palpable” (*Pentagonismo* 85). De un modo determinista llega a afirmar que: “Los Estados Unidos son políticamente un país de burócratas y funcionarios, no de líderes” (*Pentagonismo* 79). Al hacer esta valoración negativa, Bosch implícitamente recupera por oposición, la figura iluminada del intelectual letrado latinoamericano: “A la hora de hacerse dueños y señores del campo político internacional del país, los pentagonistas no encontraron estadistas de talla ni políticos de categoría que se le opusieran, a la hora de colonizar a su pueblo pudieron hacerlo prácticamente sin oposición” (*Pentagonismo* 80). En el fondo, lo que Bosch hace es establecer una paridad diferencial con el otro estadounidense, teniendo muy en cuenta el referente histórico dominicano en el que la población civil había salido a las calles en el año 65 a combatir activamente las fuerzas pentagonistas, bajo la conducción de dirigentes militares e intelectuales de la talla del mismo Bosch. Para apoyar esta paridad diferencial, él contrarresta la palabra inglesa ‘politician’ con su equivalente en castellano ‘político’ asegurando que la primera estaría ceñida a una semántica meramente utilitaria. Para Bosch, el ‘politician’ es aquel que ejerce un cargo público y está determinado por éste, no por sus condiciones personales o políticas: “la palabra ‘politician’ se aplica a aquel que en la actividad pública persigue un cargo y sus ventajas, en vez de dedicarse a defender principios” (*Pentagonismo* 85). Esta sería “la causa de que los norteamericanos tengan ‘politicians’ en vez de políticos” (*Pentagonismo* 85), y explicaría además, el hecho de que: “En sus orígenes cuando todavía había en Estados Unidos gentes con ideales políticos, no meramente con intereses, la palabra ‘politician’ era peyorativa, pero ahora no se concibe de otro

modo a los políticos” (*Pentagonismo* 83). Mediante la escritura misma de este texto teórico, Bosch se legitima frente al burócrata norteamericano que ejerce la actividad política; se inscribe como el líder, el estadista letrado ausente en la sociedad pentagonizada estadounidense.

La segunda causa del desarrollo del pentagonismo se sitúa ya no en la caracterización utilitaria de la práctica política norteamericana, sino en un esencialismo identitario. Para Bosch, Estados Unidos es en esencia “una nación de guerreros” (*Pentagonismo* 42). Prueba de ello habrían sido la cantidad de guerras sostenidas por ese país a lo largo de su historia contra ingleses, españoles, mexicanos, alemanes, chinos, japoneses, italianos y contra su propia población indígena (*Pentagonismo* 42). El ejemplo más contundente para tal afirmación lo constituye la guerra de secesión en la que “los Estados Unidos [fue] el único gran estado industrial que tuvo una guerra formal dentro de sus límites nacionales” (*Pentagonismo* 42). El carácter guerrerrista estadounidense nuevamente afirma la construcción de una alteridad caracterizada por un voluntarismo práctico; en este caso, el uso de la fuerza en oposición al ejercicio de la inteligencia. El predominio del ejercicio bélico en oposición al ejercicio político que Bosch defiende, reduce la esfera cívica a la práctica burocrática y militar. De acuerdo a Bosch, la admiración por los jefes militares del pueblo estadounidense es tal, que una cantidad significativa de funcionarios políticos tenían un pasado bélico victorioso: la mayoría de “los gobernantes del país que organizaron la guerra para conquistar otros países, eran civiles” (*Pentagonismo* 43) y pone de ejemplos a figuras como George Washington Andrew Jackson, Ulises S. Grant, Theodore Roosevelt y Ike Eisenhower



(*Pentagonismo* 43). Bosch concluye que “bajo la apariencia de país dedicado a actividades pacíficas, los Estados Unidos venían criando en su seno un pueblo inclinado a la guerra, admirador de los jefes militares victoriosos, con estadistas civiles que usaban el poder militar para conquistar territorios ajenos” (*Pentagonismo* 43). El pentagonismo pues, encontró en el carácter bélico estadounidense el terreno propicio para su entronización.

Sin embargo, el voluntarismo militar, delatado en la pobreza espiritual e intelectual del pueblo norteamericano, no se debía a su esencia anglosajona como lo había estipulado Rodó a principios de siglo. En 1967 los referentes históricos de Bosch son un poco diferentes del uruguayo. En su historiografía, el escritor dominicano tiene en cuenta la segunda guerra mundial y el escenario de la guerra fría como determinantes del surgimiento del pentagonismo. Para él, el “carácter nacional norteamericano” estuvo determinado por unas “raíces biológicas e históricas” que confluyeron con el “concepto misional creado por la propaganda anticomunista” (*Pentagonismo* 40). Sin desarrollar mayormente la idea del concepto misional —que deja implícita en la lucha liberadora contra el comunismo de la doctrina Johnson—, Bosch establece que dichas raíces son en realidad, germánicas y no anglosajonas. La dinámica de la guerra fría habría posibilitado el predominio de esas raíces por sobre otras existentes en el carácter nacional norteamericano. Repitiendo el gesto de los intelectuales liberales decimonónicos y de principios de siglo, Bosch determina una esencia nacional a través de la composición biológica de su sociedad. Según él, la gran cantidad de inmigrantes europeos que se estableció

en Estados Unidos entre fines del siglo XVII y mediados del XIX estuvo compuesta de alemanes (*Pentagonismo* 41):

En Norteamérica hay regiones enteras que fueron pobladas por alemanes, y llegó a haber alemanes de nacimiento en todas las ramas del gobierno federal y de los Estados Unidos. Los hábitos de pensar y de sentir típicos del germano debieron ser predominantes en la época de la elaboración de eso que podríamos llamar los fundamentos del carácter nacional norteamericano (*Pentagonismo* 41).

La inmigración germana habría propagado en Estados Unidos, su ‘natural’ inclinación bélica: “la más distintiva de las inclinaciones germánicas fue la propensión a confiar a las armas, no a la acción política, la solución de sus conflictos con otros pueblos” (*Pentagonismo* 41). El desplazamiento de una identidad anglosajona a una germánica para constituir el sujeto estadounidense respondió muy seguramente a un sentimiento antigermánico dejado tras la derrota de Alemania en la segunda guerra mundial. Esta valoración negativa le permite a Bosch, ahora desde su nueva posición de izquierda, una no muy sutil conexión del fascismo con la nación estadounidense. Las raíces germánicas del pueblo norteamericano no sólo se traducen en el uso frecuente de las armas para dirimir sus conflictos sino también en sus odios raciales. Así como “durante siglos los germanos tuvieron una inclinación evidente hacia los odios raciales” (*Pentagonismo* 41) así también, “el pueblo norteamericano es racista, odia al negro, odia al indio y al hispanoamericano, y si no desarrolló odio al judío se debe a su peculiar educación religiosa, y siendo los judíos el pueblo del Libro Sagrado, no debía ser perseguido” (*Pentagonismo* 41).

Bosch se suma a la corriente intelectual de Martí y del dominicano García Godoy para colocar el problema del racismo en Estados Unidos, obviando por completo el exterminio en 1937 de haitianos en la zona fronteriza de su país. Bosch sugiere, como Américo Lugo, una visión de Estados Unidos no unificado, ya que estaría profundamente escindida al interior. Esta escisión no sólo se refiere a la segregación racial, sino también como ya vimos, a una segregación económica y social impuesta por 'la crema y nata' de ese país al resto de sus ciudadanos. En cuanto a las esfera económica Bosch llega a afirmar que,

en realidad los Estados Unidos no son un país, dicho en términos de poder; son varios países con varios poderes, todos, o casi todos, en lucha unos con otros. La General Motors es por sí sola un poder económico y social, que influye en la vida política del país mediante agentes de presión que actúan en Washington; pero la Ford Motors Company es otro poder, no tan grande como la General Motors, pero poder al fin, y en competencia con ella, y con sus grupos de presión establecidos también en Washington (....) y por esta vía sigue una cadena interminable de poderes lanzados a un combate feroz (*Pentagonismo* 84)

La rapacidad de estos poderes satélites pentagonistas amenaza la cohesión del país, como si el capitalismo de por sí fuera antitético de lo nacional. Esta cohesión también se ve debilitada por estos poderes que suprimen el ejercicio político de sus ciudadanos. El pueblo pentagonizado se encuentra con que: "hay autoridades con poderes excepcionales que no son elegidas por él" (*Pentagonismo* 36) ya que ni siquiera tienen una base jurídica-institucional definida. La conclusión final de Bosch es que el Pentágono se cierne como un poder paraestatal que terminará finalmente por engullir al gobierno civil. La visión del pueblo norteamericano es la de un sujeto sin agencia sobre su propio devenir histórico. La 'sociedad de masas' que hace posible la hegemonía del pentagonismo descrita por

Bosch, no es la de una sociedad que obedece a las dinámicas de las masas, sino que por el contrario, obedece a una voluntad externa a ellas y ejerce su poder sobre ellas de manera unilateral. El estadounidense es así, un sujeto pentagonizado<sup>54</sup>.

Sin embargo, Bosch encuentra una única excepción. Como consecuencia de la agudización de las escisiones internas provocadas por este poder hegemónico surge una rebelión, la de los movimientos negros. En particular aquellos que se expresan de manera violenta ante el sistema pentagonista. Enmarcado en el contexto de las luchas de liberación nacional de los años sesenta, Bosch ve la “manifestación violenta y masiva de la rebelión negra” (*Pentagonismo* 128) como la única alternativa viable y concreta de resistencia dentro de Estados Unidos. Esta afirmación es doblemente reveladora. Primero, porque al desechar la opción institucional, repite la dinámica pentagonista que critica. Segundo, porque a pesar de su nueva adhesión al marxismo, Bosch superpone el factor racial por sobre el social como determinante histórico. Esta combinación racial/clasial fue propia de algunos activistas negros norteamericanos como Harold Cruse, quien en 1962 aseguraba que el pueblo negro estadounidense vivía bajo el colonialismo doméstico y de allí que sus luchas debiesen ser entendidas como parte de los movimientos mundiales de descolonización (Helley 12). Alineado con este discurso, Bosch percibe que el “Black Power no es una mera rebelión social” (*Pentagonismo* 129), sino que se trata de un “movimiento político provocado, en lo que se refiere a su organización y militancia, por la política internacional de Estados Unidos, lo que

---

<sup>54</sup> Para Bosch, “el pueblo de los Estados Unidos es pentagonista o está pentagonizado, cree en el poder de las armas y confía en él para dirimir los problemas internacionales, y por lo tanto no oye a los que predicán lo opuesto” (*Pentagonismo* 72).

equivale a decir por las actividades del pentagonismo” (*Pentagonismo* 130). A pesar de que Bosch reconoce que todos los sectores sociales subalternos norteamericanos son las principales víctimas del pentagonismo, en términos políticos sólo los afroamericanos tienen capacidad de agencia para revertir ese poder: El “Black Power se organizó —sobre la base de de un prolongado estado de injusticia social— como una fuerza destinada a debilitar el poder de agresión militar de los Estados Unidos actuando a la retaguardia de ese poder” (*Pentagonismo* 129). Resulta significativo que, a lo largo del texto, Bosch ni siquiera haga mención de otros movimientos civiles, como por ejemplo, el movimiento antiguerra de Vietnam, los Young Lords o los Browns Berets. La retaguardia de la lucha antipentagonista tiene lugar en la resistencia violenta por parte de grupos afroamericanos. Ello es significativo en el contexto dominicano, habida cuenta de la historiografía oficial de la isla que advertía sobre el “peligro negro” del otro lado de la frontera. Bosch, al igual que muchos de los intelectuales liberales de su generación, esgrimió una ideología del mestizaje como contrapunto a una alteridad estadounidense marcada por los “odios raciales”. Sin embargo, esa misma valoración peyorativa le servía en términos positivos para instrumentalizar su proyecto. Esa retaguardia estadounidense se complementaría con una suerte de ‘vanguardia coloreada’ del ‘Segundo y Tercer Mundo’:

la supervivencia del gobierno comunista de China, un país considerado por los Estados Unidos como ‘colored’ es de importancia decisiva para los negros norteamericanos, puesto que se trata de una gran poder mundial que los ampara y defiende con su sola existencia. Mao es el líder no sólo de China, sino también de los pueblos de color, entre los cuales el más importante, debido a que vive en el seno del pueblo norteamericano, está compuesto por los negros y los mestizos de los Estados Unidos (*Pentagonismo* 129).

Hacia el final de su libro Bosch concluye —quizá sin darse cuenta— que la guerra contra el pentagonismo se define no tanto como una lucha entre el mundo socialista y el capitalista sobredesarrollado, sino como una lucha racial entre el pentagonismo blanco y los pueblos de color. De esta manera, Bosch se hacía eco de algunos movimientos radicales negros afroamericanos que tuvieron lugar desde los años cincuenta hasta mediados de los setenta, quienes vieron en el maoísmo un modelo de emancipación<sup>55</sup>: “China offered black radicals a ‘colored’ or Third World, marxist model that enable them to challenge a white and Western vision of class struggle—a model they shaped and reshaped to suit their own cultural and political realities” (Helley 8). Los argumentos raciales, psicologistas y esencialistas de Bosch para legitimar su historiografía populista llevan a críticos como Maingot a cuestionar la perspectiva marxista de Bosch, “to call Bosch’s work marxist, as is done in certain circles, is profoundly misleading” (11). Su visión desde la izquierda fue sin duda, ecléctica y heredera de corrientes de otras corrientes de pensamiento.

#### **4.5 LA DICTADURA CON APOYO POPULAR DE CARA AL PENTAGONISMO**

En sus libros *El próximo paso: Dictadura con respaldo popular* y *De Cristóbal Colón a Fidel Castro*, Bosch traza las estrategias a seguir para confrontar el poder pentagonista apoyándose en la historización de las diversas luchas en el Caribe

---

<sup>55</sup> Algunos de estos grupos como The Revolutionary Action Movement (RAM) además, establecieron vínculos no sólo con China, sino también con la Cuba socialista como parte de una misma coalición no blanca antiimperialista (Helley 14).

contra las fuerzas imperiales. Partiendo del postulado de que la unidad caribeña viene dictaminada por la base común que sobre ella ejerció el imperialismo (Maingot 162), la militancia violenta contra ese poder supone la única posibilidad de agencia para la región. Su óptica marxista lo lleva a concluir que “the only way to confront this imperialism throughout the Caribbean was revolution” (Maingot 162). Así, *De Cristóbal Colón a Fidel Castro*, constituye una teleología liberadora en la cual la revolución haitiana inaugura una tradición efectiva de resistencia que tendrá su culminación en la revolución cubana. Bajo esta premisa, Bosch recupera importantes figuras históricas como la de Boves o la de Christophe, exaltando su popularidad por sobre sus rasgos autoritarios (Maingot 162). Con este gesto, Bosch legitima la instauración de una suerte de dictadura populista en detrimento de las premisas liberales encarnadas en el sistema político de la democracia representativa. Ésta última no sólo había demostrado ser inadecuada para la realidad dominicana, sino que además facilitaba su pentagonización.

Para Bosch, la democracia representativa era el sistema político propio de la sociedad burguesa, una sociedad que según él era inexistente en la República Dominicana puesto que todos los proyectos modernizadores habían sido frustrados por la alianza de las oligarquías internas y la dominación imperialista. La “arritmia histórica” que Bosch expone en *Crisis de la democracia de América en la República Dominicana*; entendida como la incapacidad de la isla de ajustarse exitosamente en los esquemas de la sociedad occidental, estaba determinada desde sus inicios por la empresa colonialista de Cristóbal Colón (Balcárcel 323). Al igual que sus pares intelectuales de principios de siglo, la historia dominicana es vista por Bosch como

tragedia (San Miguel, “Premodernidad” 264)<sup>56</sup>. La diferencia sin embargo, en relación a la anterior generación pesimista, estriba en que las causas de la deformación social dominicana provenían casi exclusivamente de los efectos nocivos de las diversas invasiones externas (San Miguel, “Contar” 173). En la segunda mitad del siglo XX, la ingerencia norteamericana tenía tal magnitud, que las oligarquías criollas aparecen como meros apéndices del poder pentagonista. Así pues, con la ausencia de una burguesía nacionalista y concentrados todos los medios de producción en manos extranjeras y en una oligarquía dependiente, ‘el próximo paso’ de la revolución dominicana no podía ser el de la democracia representativa (*Dictadura* 114). La dictadura del proletariado tampoco se ofrecía como alternativa viable. La deformación de la sociedad dominicana había sido tal, que no existía conciencia de clase en los sectores más bajos de la sociedad (García Cuevas 76). La solución a este dilema político la encontró Bosch en la formulación teórica de un nuevo sistema de gobierno: La ‘dictadura con respaldo popular’ que, en 1973, pasará a conformar los lineamientos del PLD. La dictadura con respaldo popular consistiría en “un régimen con justicia social y al mismo tiempo con libertades auténticas y de respeto a la voluntad de las mayorías, que no llega, sin embargo, al límite de aniquilar el pequeño núcleo de la burguesía nacional” (*Dictadura* 114). Es claro para Bosch que, a diferencia de una visión marxista más

---

<sup>56</sup> Al respecto San Miguel explicita que: “Narrada como tragedia, la trama de la historia dominicana es una secuencia de fracasos en la formación de una clase dirigente que organizase la sociedad a tono con los principios burgueses. En Bosch hay una nostalgia por una burguesía, clase a la que adscribe la capacidad de lograr la modernización de la sociedad y el Estado” (“Premodernidad” 264).



ortodoxa, el papel de la burguesía era esencial para la lucha antipentagonista<sup>57</sup>. Desde su propia posición burguesa, Bosch articuló un proyecto revolucionario cuyas bases populares serían lideradas por personalidades ilustradas como él mismo. Si la lucha contra el pentagonismo tenía su retaguardia en los movimientos negros afroamericanos, esta nueva alianza populista propuesta por Bosch vendría a constituir la vanguardia de esa lucha.

La dictadura con respaldo popular viene a ser entonces, la antítesis del régimen político norteamericano, esto es, la antítesis de una democracia liberal caracterizada por la pasividad del pueblo estadounidense y la ausencia de líderes con valores espirituales y formación intelectual. La alternativa dominicana y latinoamericana por el contrario, será el fruto de la lucha activa, violenta, de un pueblo despentagonizado bajo la dirección de una burguesía autorizada por su superioridad intelectual y espiritual<sup>58</sup>. Esta diferencia auguraría el éxito de las luchas revolucionarias en toda América Latina:

Si este mundo ha visto un pueblo duro para adquirir conocimientos humanos – no científicos—, ese pueblo es los Estados Unidos. Allí pululan los técnicos en relaciones públicas, pero no hay entre ellos dos que se hayan dado cuenta de que la América Latina es, en términos de sensibilidad, una unidad viva (Bosch, “Recuerdos” 202).

---

<sup>57</sup> La valoración positiva de una burguesía nacional en la lucha antiimperialista lleva a Bosch a rescatar la figura de Trujillo como el único gran personaje burgués nacionalista en el siglo XX dominicano ya que, según él, el dictador se opuso “resueltamente a toda ingerencia política, económica o militar de los Estados Unidos en los asuntos dominicanos” (*Dictadura* 74).

<sup>58</sup> Tal como para Bosch había ocurrido en Cuba, contra la invasión en Bahía de Cochinos.

## 5.0 NARRATIVAS DE LA RESISTENCIA

Morirán sin los abetos de Vermont.  
Morirán sin los grandes pastos rizados por el viento,  
sin los frescos terrones de California  
ni la cordillera del Oeste,  
donde el cielo es pálido patriarca en mansedumbre  
(...)

Porque son invasores.  
Destrozan a nuestros niños  
y aúllan las raíces del planeta.  
Matan nuestras madres  
Y el mundo gime pateado en lo ovarios.  
Miguel Alfonseca, "Coral sombrío para invasores" 1965

Con frecuencia se caracteriza a una buena parte de la producción literaria dominicana por el desasosiego y la desesperanza. Las firmas del Plan Hughes-Peynado en septiembre de 1922 y del Acta de Reconciliación en septiembre de 1965, supusieron la derrota de los sectores nacionalistas dominicanos frente al intervencionismo estadounidense. La desazón de grupos intelectuales y artísticos que siguió ambos sucesos históricos no se hizo esperar. Esto fue particularmente dramático para la generación de los años sesenta y setenta que no sólo había combatido en las fuerzas constitucionalistas durante la guerra de abril, sino que también sufrió la represión del régimen autoritario de Balaguer (1966-1978) y los desencuentros y fragmentaciones al interior de la izquierda. El caso más emblemático de esta sensibilidad lo constituye el probable suicidio en 1972 del escritor René del Risco Bermúdez, uno de los integrantes del grupo literario de

escritores combatientes “El Puño”. En 1967 Del Risco había publicado *El viento frío*, texto en el que plasmaba el desencanto tras la derrota de la revolución constitucionalista. La percepción sobre el pesimismo en la literatura es compartida por académicos como Alistair Hennessy, quien al comparar a la República Dominicana con Cuba, resta a la primera un mito nacional de resistencia de igual envergadura que la cubana (251). Ciertamente, si la revolución cubana había significado la defensa ‘exitosa’ frente a la penetración estadounidense, el caso dominicano parecía arrojar el resultado contrario. La narrativa dominicana difícilmente tenía el tono desproblematizado de la épica cubana de aquellos años en obras como *Bertillón 166* (1960) de José Soler Puig, *Biografía de un cimarrón* (1966) de Miguel Barnet y *Joy* (1977) de Daniel Chavarría. Sin embargo, lejos de lo que comúnmente se piensa, no se trataba de una literatura meramente pesimista.

La intervención militar de 1965 generó un renovado nacionalismo. Un nacionalismo que debe ser releído tras la relevancia que este tipo de discursos ha recobrado frente al nuevo orden mundial post 11 de septiembre. En contradicción con ciertos pronósticos de una crisis terminal de los estados nacionales en el nuevo orden globalizador; asistimos a la revitalización del nacionalismo tanto en países del Primer como del Tercer Mundo. Ello no desdice por supuesto de las identidades transnacionales y/o fronterizas surgidas en el nuevo contexto; simplemente sugiere que es necesario repensar el sentido de las identidades nacionales en el contexto de la hegemonía militar y económica estadounidense de principios de siglo XXI. La teoría postcolonial ha hecho gran esfuerzo por explorar el concepto de lo nacional para revelarlo como una construcción política/histórica/social/cultural de

unificación y homogeneización por parte de las élites criollas. Sin embargo, parece no considerar con igual relevancia la tarea de revisar los discursos nacionales a la luz de sus específicos contextos históricos y políticos (Puri 6). Por ejemplo, cabría ahondar en la función protagónica y ambigua de ciertos nacionalismos en relación a las luchas anticoloniales del siglo XX, o bien frente a la lógica globalizadora actual. Vincularlos a una praxis política develaría la ambivalencia del discurso nacionalista, el cual no necesariamente responde *per se* a propósitos conservadores ni emancipadores (Puri 10).

En el caso dominicano, el renovado nacionalismo de los años sesenta se expresó como un aparente despertar de la conciencia que parecía dormida durante la obscura Era de Trujillo. Si la ideología nacionalista de aquella dictadura fue tremendamente conservadora, es posible afirmar que las nuevas experimentaciones discursivas sobre la dominicanidad tuvieron una dirección diferente. La búsqueda de una identidad legitimadora pasó por la revisión del pasado. Un pasado que debía ser reivindicado si se le quería anteponer a la agresión imperialista. La memoria histórica no podía pues, reducirse a una visión derrotista. La historia dominicana hablaba de pobreza, sujeción, represión y muerte, pero también susurraba una larga tradición de resistencia, cuyas innumerables derrotas no hacían sino acentuar el carácter idealizado de la lucha.

Desde el género novelesco, obras como *La vida no tiene nombre* (1965) de Marcio Veloz Maggiolo, *Escalera para Electra* (1970) de Aída Cartagena Portalatín y *Cuando amaban las tierras comuneras* (1978) de Pedro Mir, propusieron una suerte

de “historiografía populista”<sup>59</sup>. Una en la cual estos cambios de interpretación del pasado obedecían al presente urgente de represión política y hegemonía estadounidense. El gavillerismo y la economía de autosubsistencia de las tierras comuneras, antes símbolos de una autarquía bárbarica, se volvieron símbolos de emancipación y libertad. En este sentido, esta narrativa dominicana expresa la preocupación casi obsesiva por la historia de gran parte de la literatura caribeña:

What makes the historical sense in Caribbean literature unique is the urgency resulting from the need to correct earlier renditions of the region's past. The Caribbean literary writer must confront the many misconceptions, misconstructions, or even plain factual errors contained in the versions of the Caribbean past bequeathed by the chroniclers of the New World (Torres-Saillant 272)

La mayor parte de estos “errores” a corregir tenían su origen principalmente en la historiografía oficialista de la Era de Trujillo. Los gavilleros y haitianos fueron demonizados, las mujeres reducidas a seres pasivos de la historia y Estados Unidos relegado a un segundo plano en un imaginario brumoso. Las nuevas novelas se proponen como contranarrativas nacionales que confrontan directamente aquellas versiones oficialistas. Al hacerlo, constituyen narrativas populistas<sup>60</sup> en las que el pueblo pasó a ser el actor histórico en sí mismo, sin la conducción de líderes únicos. El “yo” había sido desplazado por el “nosotros” como en el famoso poema *Contracanto a Walt Whitman* (1952) de Pedro Mir.

Esta narrativa tenía clara conciencia de la imposibilidad de recrear la historia en términos absolutos. Su acentuado nacionalismo distó en mucho de los patrones

---

<sup>59</sup> Para la definición del término propuesto por Anthony Maingot ver capítulo anterior.

<sup>60</sup> Me refiero al populismo en los términos en que lo define Ernesto Laclau no ya como una ideología específica sino como un *discurso* de: “interpelaciones popular-democráticas como conjunto sintético antagónico respecto a la ideología dominante” (201).

esencializantes y homogeneizadores con los que generalmente la teoría postcolonial tiende a subsumir los discursos nacionalistas. Por el contrario, la realidad totalizante y totalitaria del régimen de Trujillo había sido derrumbada. Las fórmulas escriturales triunfalistas de la Era habían demostrado que si bien tenían un inmenso poder para codificar y legitimar una realidad, eran extremadamente autoritarias y excluyentes. No era posible tampoco, seguir sosteniendo una fe irrestricta en la escritura, en su capacidad “objetiva” y abarcadora para aprehender la realidad, al estilo del realismo social de obras como *La mañosa* (1936) de Juan Bosch y *Over* (1939) de Ramón Marrero Arísty, o de los libros de textos durante la dictadura. Junto con la escritura, la historia misma quedaba en entredicho. Había que reformularla, sí, pero al hacerlo parecía poco probable proponer una alternativa en los mismos términos del pasado.

Lo que la derrota popular de los constitucionalistas permitió, fue una reescritura necesariamente diferente de la épica estructurada y teleológica de la revolución cubana. Al mismo tiempo, habiéndose producido una significativa resistencia antiimperialista, dicha reescritura tampoco podía cerrarse sobre el pesimismo absoluto. Tal como arguye el filme documental de René Fortunato *Abril. La trinchera del honor* (1988), los dominicanos habían demostrado que no eran el pueblo “entreguista” y pasivo de la dictadura trujillista. Las ideas de que “el sacrificio no fue en vano” y de que los dominicanos se habían enfrentado al “ejército más poderoso del mundo” sirvieron para contrarrestar la atmósfera de desencanto. Por otro lado, la salida “negociada” a finales de agosto de 1965, contribuyó a la interpretación general de que la insurrección popular no había tenido un desenlace

definitivo. De allí que, muchos de los combatientes decidieron pasar a la clandestinidad y continuar la lucha antiimperialista<sup>61</sup>. De modo que el heroísmo y la derrota fueron aspectos que convivieron en el imaginario colectivo de aquellos años, dotándolo de ambivalencia sin puntos finales. Precisamente esta ambivalencia contribuyó a la densidad de novelas como *Escalera para Electra* y *Cuando amaban las tierras comuneras*, las cuales se resisten a ser encasilladas en términos absolutos y se proponen como espacio de intersección entre la épica y la tragedia, la Historia nacional y la historia individual, el poder y la resistencia.

Esta intersección sugiere el carácter fronterizo de estas novelas. Rasgo que ha sido asociado al espacio caribeño por intelectuales como Bosch, Silvio Torres-Saillant y Antonio Benítez Rojo, para referirse al encuentro político —el caribe como frontera Imperial—, geográfico —el caribe conector de las dos Américas, conector de continentes— o cultural —el caribe como escenario de los procesos de “criollización” y mestizaje, de la identidad de “lo real maravilloso”—. Benítez Rojo no duda en afirmar que: “Las antillas formarían un puente de islas que conectarían de 'cierta manera', Sudamérica con Norteamérica (...) o si se quiere el discurso del mito con el discurso de la historia, o bien, el discurso de la resistencia con el discurso del poder” (18).

En efecto, la narrativa dominicana ha estado signada por su tránsito en ambas polaridades. Con respecto a la dicotomía poder/resistencia, la obsesión por la problemática de la dictadura trujillista, así como por la rebeldía política, ha sido una constante. Un conjunto significativo de obras así lo demuestra: *Cementerio sin*

---

<sup>61</sup> El caso más conocido es el del ex-presidente constitucionalista Francisco Caamaño.

*Cruces* (1949) de Andrés Francisco Requena, *La ciudad herida* (1977) de Carlos Federico Pérez, *Los que falsificaron la firma de Dios* (1997) de Viriato Sención, *De abril en adelante* de Veloz Maggiolo (1975), *La balada de Alfonsina Bairán* (1998) de Andrés Mateo, *Charamicos* (2003) de Ángela Hernández y los famosos poemas de Mir, “Hay un país en el mundo” (1949) y “Amén de las Mariposas” (1969). En cuanto a la confluencia del mito y la historia, podemos encontrar un claro antecedente en el corpus escritural oficialista de la Era. La historiografía trujillista, los discursos políticos y los innumerables panegíricos lograron la legitimación del régimen a través de una exitosa fusión entre la interpretación histórica y una narrativa “mítica” que terminó por fundamentar lo que Mateo denomina “El mito de Trujillo” (Mateo, *Mito* 33).

*Cuando amaban las tierras comuneras y Escalera para Electra* volverán a la conjunción del mito y la historia, pero ahora con un sentido emancipador. El sustrato mítico puede provenir de la propia especificidad dominicana, como en el caso de la figura del gavillero o bien, de una matriz occidental a ser deconstruida, como en el caso del personaje trágico griego de Electra. Esta confluencia histórico-mítica está obviamente enmarcada en el contexto del boom de la literatura latinoamericana y tendría filiación con propuestas como la de Alejo Carpentier en *El reino de este mundo* (1949).

La revolución cubana, la muerte de Trujillo y la elección democrática de Bosch abrieron una diversidad de alternativas ideológicas para establecer la libre determinación. Al igual que el resto de las novelas latinoamericanas del boom, los autores de la isla estuvieron influenciados por una nueva sensibilidad en momentos



de renovado “cosmopolitismo capitalista de consumo y una expansión de las clases medias” (Martin 204). Para Gerald Martin esta nueva sensibilidad llevó a “que la nueva novela fuese un intento por metaforizar el curso de la historia latinoamericana, conjuntamente con una exploración lingüística y una estructuración mitológica” (traducción mía, 311).

La exploración del lenguaje y de los géneros literarios será uno de los rasgos más resaltantes. No por casualidad dos de las novelas aquí estudiadas fueron escritas por poetas: Pedro Mir y Aída Cartagena Portalatín. El trabajo con el lenguaje y las estructuras literarias formales, junto con las indagaciones en los sustratos mitológicos y en las narrativas históricas, produjo narrativas en las que esta experimentación múltiple se produjo con fluidez. Sin embargo, hubo también desencuentros, disrupciones, como en el caso de *Escalera para Electra*<sup>62</sup>.

Estas obras dramatizan la tensión entre los discursos teleológicos de la “Historia” y sus epopeyas, y los intentos fallidos de resistencia y rebeldía que parecen obedecer a una temporalidad distinta, a cierta dimensión mítica que se resiste a la linealidad. En esta resistencia a una temporalidad hegemónica, se yergue una nueva experiencia del tiempo “revolucionaria” en la que, tal como propone Giorgio Agamben, el hombre logra sustraerse de la tiranía de una historicidad teleológica:

La historia no es entonces, como pretende la ideología dominante, el sometimiento del hombre al tiempo lineal continuo, sino su liberación de ese tiempo. El tiempo de la historia es el *cairós* en que la iniciativa del hombre

---

<sup>62</sup> Otro ejemplo importante con estas características lo constituye la novela *De abril en delante* de Veloz Maggiolo

aprovecha la oportunidad favorable y decide el momento de su libertad (*Infancia* 154)

Para Agamben, el “cairós” produce precisamente una apertura hacia una dimensión originaria (153), en la que el pasado se vuelve presente y el hombre accede “ahora” —y no en una posteridad utópica— a la conquista de su propia temporalidad (*Infancia* 155). Esta dimensión originaria se expresa por ejemplo en el espacio mítico de las “tierras comuneras” sobre las que vuelve constantemente Mir en su novela *Cuando amaban*, mientras que el/los momento/s de liberación de una temporalidad hegemónica está/están marcado/s por la lucha armada frente al ejército invasor tanto en *Escalera para Electra* como en la misma novela de Mir.

Precisamente, esta tensión entre una temporalidad emancipatoria y otra hegemónica lineal, se traduce especularmente en las tensiones entre resistencia y poder y, lenguaje hablado y escrito; sugiriendo el carácter fronterizo de algunos textos dominicanos. Lo que estas propuestas demostraron en su momento fue que ciertas formas de “hibridez” no tenían por qué estar reñidas con nociones nacionalistas y que intelectuales como Juan Bosch, Fernando Ortiz, Alejo Carpentier o Aimé Césaire se propusieron nociones emancipatorias que dieran cuenta de la diversidad —con mayor o menor éxito— desde las identidades nacionales. En este sentido, la revisión de algunas de las narrativas dominicanas de los años sesenta y setenta, responden al desafío intelectual propuesto por Shalini Puri en *The Caribbean Postcolonial*, de repensar nacionalismos alternativos con fines emancipadores no sólo a nivel de sus articulaciones simbólicas, sino también en clara conexión con las prácticas políticas. A la pregunta de Puri sobre si es posible

concebir nacionalismos en el Tercer Mundo que desafíen los términos del colonizador o, si simplemente éstos están condenados a replicar el nacionalismo del Primer Mundo (26); algunas novelas antiimperialistas dominicanas de este período podrían arrojar una respuesta positiva.

Es posible pensar estas narrativas como intentos por producir obras “criollizadas” (Brathwaite en Ashcroft 58), las cuales resultan de las dinámicas entre los discursos hegemónicos totalizantes de la novela moderna y los discursos y sustratos históricos que dan cuenta de la propia especificidad dominicana, caribeña, latinoamericana. En este sentido, se equipararían también a ciertas novelas transculturadoras (Ángel Rama) dados sus trasfondos culturales diferenciales. Por último, es posible pensar todas las ambivalencias antes mencionadas (historia/mito, épica/tragedia, poder/resistencia, etc.), como características propias del término “hibridez”, entendiendo sin embargo, que éste no es propiedad exclusiva de contextos post-nacionales (Puri 6) y que se haya intrínsecamente vinculado con la praxis política antiimperialista de los años sesenta. La “hibridez” serviría para categorizar aquellas producciones culturales que se desprenden de las dinámicas de interdependencia entre diferentes actores y/o universos simbólicos en relaciones asimétricas de poder. Entender narrativas dominicanas como *Escalera para Electra* como híbridas, me permite además revalorizarlas en términos de agencia. Las ambivalencias de dichas obras confirmarían por un lado el poder de la presencia colonial y por el otro, los amenazarían bajo la ‘mímesis’ (Ashcroft 209). Es decir, la naturaleza subversiva de las novelas estribaría en parte, en una imitación

deformada y amenazante del colonizador y/o del universo simbólico hegemónico (Ashcroft 209).

### 5.1 EL CANTO CORAL DE LA RESISTENCIA

Pedro Mir, considerado el gran poeta nacional dominicano, expresa dramáticamente la preocupación del artista por la propia historia. Al igual que en su difundido poema “Hay un país en el mundo”, en “Contracanto a Walt Whitman”, Mir entiende esa historia en términos de comunidad. A los versos del gran poeta norteamericano: “Yo, Walt Whitman, un cosmos/un hijo de Manhattan” (*Homenaje* 43), Mir antepone un yo sin nombre, un yo de humilde e imprecisa genealogía: “Yo, un hijo del Caribe, /Precisamente antillano./Producto primitivo de una ingenua/ criatura borinqueña/ y un obrero cubano/nacido justamente, y pobremente,/ en suelo quisqueyano” (*Homenaje* 45). Este “yo” de los primeros versos se convertirá en un nosotros, en el que la voz del poeta se confunde con

nosotros los ferroviarios  
nosotros los estudiantes  
nosotros los mineros  
nosotros los pobres de la tierra,  
los pobladores del mundo,  
los héroes del trabajo cotidiano (*Homenaje* 75)

La identificación entre la voz poética y lo que pudiéramos denominar “pueblo” demuestra para Torres-Saillant que, “Caribbean literature deals more with the cultural and political problems of the region than with the inner conflicts of individuals souls” (275). A partir de la década de los sesenta esta confusión entre el

intelectual y su comunidad tiene un carácter estratégico. Ya no parecía eficaz una voz como la del personaje Daniel Comprés de Marrero Aristy, emitida desde una posición de distanciamiento y superioridad. Precisamente ese aislamiento se traducía en impotencia frente a la dinámica explotadora de la central azucarera. Tras la muerte de Trujillo, los intelectuales tendrían que hacer lo que Comprés no había hecho: sumarse, unirse, confundirse con la multitud. Y en efecto, fue lo que muchos hicieron durante la revolución de abril al participar de los combates callejeros. El destino de la nación no quedó relegado a unos pocos militares. La estrategia fue la de “armar al pueblo” para la defensa. Se trató en ese entonces, de un pueblo en el que los intelectuales se sentían reconocidos sin tener que acudir a sus propios personalismos. Una vez eliminadas las caras individuales de las narrativas épicas<sup>63</sup>, la identidad nacionalista flexibilizó sus fronteras literal y simbólicamente. Un ejemplo de este fenómeno lo constituyen las imágenes de *Abril: la Trinchera del honor* sobre los sucesos del año 65. La aparición frecuente de combatientes haitianos en las filas de los constitucionalistas refleja hasta qué punto la lucha contra los marines norteamericanos logró cierta conjunción —conjunción imposible en el discurso nacionalista de la Era— de ambos lados de la isla. El hecho de que varios años después, un director como Fortunato se preocupe por exhibir las imágenes solidarias de combatientes haitianos, demuestra el cambio sustancial en el imaginario de la resistencia.

---

<sup>63</sup> La única importante excepción la constituye el coronel Caamaño, quien lideró el gobierno constitucionalista en el 65. Sin embargo es interesante notar que éste tampoco ha llegado a alcanzar la prominencia de otros líderes dominicanos o latinoamericanos en el imaginario de la isla.

Al igual que la intervención estadounidense de 1916, la de 1965 proporcionó la afirmación de la propia identidad. Sin embargo, ésta varió significativamente. La articulación de una colectividad anónima, más inclusiva, prometió ser lo suficientemente sólida y eficaz para establecer una identidad diferenciadora. Frente al estadounidense había —como en el poema de Mir—, que contraponer una identidad formulada en plural. Aunque escrito hacía más de una década, el “Contracanto a Walt Whitman” fue emblemático para las generaciones que lucharon en los años sesenta. El poema además fue reversionado por jóvenes poetas constitucionalistas como Ramón Francisco en “Contracanto a Walt Whitman” y Miguel Alfonseca en “Coral Sombrío para invasores”. La palabra “coral”, como vemos, indica nuevamente la importancia de la idea de un colectivo interpelador.

El poema de Mir ejemplificó el carácter “híbrido” de cierta literatura dominicana en la que épica y tragedia, poder y resistencia, dimensión histórica y mítica confluyen en una narrativa teleológica. Poema homenaje, poema elegíaco al gran vate estadounidense, es al mismo tiempo un poema combativo, un poema crítico, de denuncia de la intervención norteamericana. Mir procede a una reescritura del poema “Song of Myself” (1855) de Whitman, asumiendo al llamado que éste hiciera a los poetas futuros. Al hacerlo, simultáneamente reivindica el poema original y lo deconstruye como alteridad. Mir propone una historización poética de Estados Unidos desde una perspectiva dominicana. Para la voz poética, aquella nación era inicialmente “un intachable territorio puro” (*Homenaje* 53) era sobre todo un poco más tarde en la secuencia histórica, el territorio donde “resplandeció la palabra Democracia” (*Homenaje* 55). Sistema traducido en

Libertad de Trabajo. Libertad de Conciencia.  
Libertad de Palabra. Libertad de camino.  
Libertad de aventura, proyecto y fantasía.  
Libertad de fracaso, de amor y de apellido.  
Libertad sin retorno ni vértices ni orugas. (*Homenaje* 55)

Eran pues, las libertades inexistentes en la propia isla al momento de escribir el poema. Eran también, en el año 65, las libertades por las cuales luchaban los constitucionalistas. Las primeras secciones del poema se concentran entonces en una alteridad admirada en la cual la democracia norteamericana es un paradigma imitable. La valoración positiva de este sistema político indica un cambio de actitud respecto a los nacionalistas arielistas de la primera mitad del siglo como Américo Lugo. El hilo narrativo del poema se identificaría más bien con una primera visión de Bosch para quien la isla debía instituir un sistema similar al estadounidense. Esta visión positiva —al igual de lo que sucedería con el pensamiento de Bosch— cambia en el mismo poema. Estados Unidos se transforma en un país “de rostros caídos”, de “lenguas atadas”, “de vencidos hígados y arterias derrotadas” (*Homenaje* 67).

Del mismo modo en que Bosch se mostró preocupado por establecer narrativas históricas legitimadoras de la lucha anticolonial —como es el caso de *De Cristóbal Colón a Fidel Castro*—, así también la obra de Mir tuvo una orientación similar. “Contracanto a Walt Whitman” es una construcción poética de la historia del “otro” estadounidense. Mir imagina un tiempo originario utópico de plenas libertades que sufre la transformación relativamente desconflictuada de la colonización y el establecimiento de la democracia. Esta edad de oro es formulada en un “yo” que inicialmente tiene un sentido emancipador. Este orden armonioso se

ve corrompido por la tiranía de un “yo” que se ha transformado por los dictámenes del egoísmo y del lucro:

Nadie supo qué noche desgredada  
un rostro frío, de bajo celentéreo,  
se halló en una moneda. Qué reseco semblante  
se apreció de pronto a un círculo metálico y sonoro.  
Qué cara seca se vio en circulación de mano en mano.  
Qué seca boca dijo de pronto  
yo (65)

El “yo” originario es transformado por las dinámicas del capitalismo (Torres-Saillant 237). En el poema, la moneda compra conciencias, se multiplica por todo el territorio estadounidense y deviene en Corporaciones, bancos y Trusts (*Homenaje* 65). La perversión del capitalismo es una constante en la obra de Mir que veremos repetirse en su novela *Cuando amaban las tierras comuneras*. Al igual que las dinámicas de la central en *Over*, y que la “avaricia ciega de mercados” (*Antología* 106) denunciada por Lugo en 1923, el capitalismo norteamericano repite aquí su caracterización devoradora sin coto alguno. En “Contracanto” su centro expansivo es sugerido en Wall Street y se personifica en el personaje de Mr. Babbitt<sup>64</sup> (Torres-Saillant 237), quien en la sección doce necesita engullir a las Antillas, a Santo Domingo y a toda América Latina en nombre de un “yo” acumulativo de capital a expensas del bienestar de los demás países y regiones:

—Yo, Babbitt, un cosmos,  
un hijo de Manhattan.  
El os lo dirá:  
—Traedme las Antillas  
sobre varios calibres presurosos, sobre cintas  
de ametralladoras, sobre los canterpillars de los tanques (...)  
Y en medio de un aroma silencioso

---

<sup>64</sup> Torres-Saillant refiere la asociación del nombre a la novela *Babbitt* (1922) de Sinclair Lewis (237)



allá viene la isla de Santo Domingo.  
—Traedme la América Central (....)  
—Traedme la América del Sur (69)

Las imágenes de las ametralladoras, tanques y calibres denuncian que la expansión económica estadounidense viene dada por el poder militar. En este sentido, al mirar al pasado —las intervenciones de principios de siglo— de cara a un devenir histórico, este poema de 1952, comparte el tono profético que Torres-Saillant le adjudica a “Hay un país en el mundo” (235). Mir se adelanta a las futuras invasiones militares de Estados Unidos en el continente. Entre 1965 y 1969 estas imágenes de expansión económica y militar serán reformuladas bajo la mirada socio-política de Bosch en su *Pentagonismo: sustituto del Imperialismo*, o bajo la mirada poética de René del Risco Bermúdez en su “Oda gris por el soldado invasor” (1965):

Venido de la noche,  
quizá de lo más negro de la noche,  
un hombre con pupilas de piedra calcinada  
anda por las orillas de la noche...  
De oscuro plomo el pie y hasta los besos  
viene del vientre lóbrego de un águila  
que parirá gusanos y esqueletos  
para llenar su mar, su territorio... (103)

Este individuo bélico, de cuerpo de “plomo” —recordemos que para Bosch, Estados Unidos era “una nación de guerreros” (*Pentagonismo* 42)—, que al engendrar gusanos corrompe y asesina aquello que desea para “llenarse”, es el equivalente al Mr. Babbit de Mir. Del Risco repite la formulación de una alteridad en términos de individualidad. Estados Unidos es “un hombre con pupilas calcinadas”,

es en última instancia, el “yo” que se condena en el poema de Mir frente al cual se antepone una colectividad emancipadora:

Y AHORA  
ya no es la palabra  
yo  
la palabra cumplida  
la palabra de toque para empezar el mundo.  
Y ahora  
Ahora es la palabra  
nosotros.  
Y ahora,  
ahora es llegada la hora del contracanto. (75)

Mir establece la llegada del tiempo de la ruptura, del tiempo del contracanto coral, formulado en la apertura identitaria que en otro de sus libros caracterizará como un *Viaje a la muchedumbre* (1971). La fortaleza se halla en un colectivo contrahegemónico:

Nosotros los blancos,  
los negros, los amarillos  
los indios, los cobrizos,  
los moros y morenos,  
los rojos y aceitunados,  
los rubios y los platinos,  
unificados por el trabajo,  
por la miseria, por el silencio (*Contracanto* 75)

Al igual que la alianza de la “vanguardia coloreada” propuesta por Bosch en el *Pentagonismo*, y a diferencia del carácter des-nacionalizador que Balaguer y Lugo achacan la heterogeneidad étnica y/racial, Mir se inserta en la tradición de emplear el mestizaje como identidad estratégica para hacer frente a los embates del imperialismo norteamericano. En su libro histórico-ensayístico *Tres leyendas de colores* (1969), el poeta articula una tradición de resistencia en la Española a través de tres historias fundacionales: el levantamiento popular de 1496 encabezado por

un ex-sirviente de Colón, Francisco Roldán, en La Isabela contra las injusticias de la administración imperante; el levantamiento indígena de 1519 liderado por Enriquillo, hijo de un jefe arawako contra las autoridades coloniales<sup>65</sup> y, finalmente, la rebelión de esclavos en 1522 contra el sistema de explotación. La concatenación de las tres insurrecciones le permite a Mir armar una secuencia histórica en la cual la conjunción de “los tres colores” conforma una sólida tradición de resistencia. Reclama para ella además, un carácter originario, siendo la isla La Española el primer asentamiento colonial español en la región. Independientemente del éxito o del fracaso de estas revueltas, estos tempranos levantamientos tienen la relevancia para Mir, de haber dado origen a instituciones como la encomienda o a los discursos de opresión racial (Torres-Saillant 219). Tanto en su poesía como en sus trabajos de carácter histórico, Mir está interesado en establecer una identidad cuya diferencialidad con una alteridad imperialista estriba en la unión de los componentes de la sociedad. Así, el contraste frente a Estados Unidos podría ser definido en términos de individualismo/colectivismo, yo/nosotros, personalismo/anonimato. Al final de “Contracanto”, la agencia derivada de esa unión se concretizará en la lucha liberadora:

Y UN DIA,  
en medio del asombro más grande de la historia,  
pasando a través de muros y murallas (...)  
¡Oh, Walt Whitman de barba nuestra y definitiva!  
Nosotros para nosotros, sobre nosotros  
y delante de nosotros...  
Recogeremos puños y semilleros de todos los pueblos  
y en carrera de hombros y brazos reunidos

---

<sup>65</sup> A diferencia de Manuel de Jesús Galván, Mir critica y denuncia la traición de Enriquillo al negociar un cuestionable tratado de paz (Torres-Saillant 218)

los plantaremos repentinamente (77)

La narrativa historicista de “Contracanto” parece entrañar los avatares de la resemantización de la figura y de la poesía de Whitman en América Latina. La recodificación que del poeta americano realizaron Martí, Rubén Darío, Jorge Luis Borges, Octavio Paz y Pablo Neruda expresa las variaciones de una mirada periférica acerca de Estados Unidos como modelo de modernidad asimilable o bien, deplorable. Como vemos en el poema de Mir, la trayectoria de esta mirada ha transitado desde el tono celebratorio de un discurso americanista en el que la voz del poeta encarna la totalidad de un nuevo mundo utópico democrático; hasta la denuncia antiimperialista en la que el poeta latinoamericano pretende fundar un universo diferencial, emancipador del whitmaniano. Apelaciones poéticas como las de “Oda a Roosevelt” de Darío, “Contracanto” de Mir y “Canto General” de Neruda suponen la paradoja política señalada por Enrico Mario Santí del llamado a apropiarse “de la máscara norteamericana de Whitman como escudo retórico de América Latina, y con frecuencia contra cierta noción del imperialismo norteamericano” (“Fortunas” 55). “Contracanto” figuraría así como operación calibánica de afirmación de una identidad antillana, latinoamericana en la que estaría cifrado el devenir utópico que no pudo realizarse en la América de Whitman.

## 5.2 EL LLAMADO URGENTE

La publicación de *La vida no tiene nombre* en febrero de 1965 continúa en cierta medida, la línea profética del poema de Mir. Salida a la luz apenas dos meses antes de la invasión de los 42.000 marines, esta novela —o cuento largo como algunos prefieren catalogarla—, gira en torno a la primera intervención norteamericana. Reconocido por ser unos de los renovadores del género novelesco en República Dominicana a partir de su obra *Los ángeles de hueso* (1967), Veloz Maggiolo retoma el tema de la historia a través de varias de sus novelas. En *La vida no tiene nombre* apuesta por una memoria colectiva para reconstruir ciertos acontecimientos que tuvieron lugar alrededor de la ocupación de 1916. Dicha memoria es articulada a través de la narración en primera persona del personaje Ramón, mejor conocido por el apodo de “El Cuerno” debido a las circunstancias de su concepción como hijo ilegítimo. Al momento de la narración el protagonista se encuentra en la cárcel a la espera de su fusilamiento por haberse destacado como gavillero contra las tropas norteamericanas y, por haber asesinado a su propio padre, un terrateniente autoritario y explotador. Desde su confinamiento cuenta la historia de su infortunada vida; su nacimiento, el origen humilde de su madre, el maltrato y la violencia del padre, sus peripecias para no morir de hambre, sus continuos desplazamientos por el Este de la isla, sus actividades guerrilleras, la traición de su medio hermano Fremio y su apresamiento final. Ramón es hijo natural de un terrateniente de origen holandés y de una sirvienta haitiana. Su vida transcurre entre la pobreza, las enfermedades, el hambre, la semiesclavitud, la discriminación racial y la falta del

afecto del padre. Estas condiciones sufridas por él y por su madre Simián coinciden en 1916 con la invasión estadounidense. La pequeña historia de su vida y la Historia de la isla confluyen en su relato y se confunden. El desembarco de los marines produce un quiebre existencial en la vida de Ramón, quien decide unirse a la lucha gavillera como una vía de autoafirmación, hasta entonces negada en el espacio familiar:

Yo llevaba en mi alma el deseo profundo de demostrarle a los Vieth (así se apellidaban mi padre y sus hijos) que era más dominicano que ellos, que sentía mucho más que ellos amor por esta tierra que tanta traición ha engendrado en los último años; por eso, un buen día me enrolé en las tropas alzadas del general Matías Remigio, cuando los americanos, que hoy me tienen preso, pisaron San Pedro de Macorís (27-28)

Nuevamente, al igual que la intelectualidad de principios de siglo, la revelación de una conciencia nacional viene dada por el quebrantamiento de la soberanía. Sin embargo, la narración de Ramón indica que el depositario de esta conciencia reposa en una masa indiferenciable de pobres, campesinos, negros y mestizos que se organizaron en la lucha montonera. Justamente aquel pueblo “ignorante” que, para pensadores como Lugo, impedían la consolidación de la nación. La revelación de una identidad nacional y la rebelión armada vienen de la mano (Álvarez, “Vida” 98). De este modo, la figura histórica del montonero nuevamente es despojada de su estigma “barbárico” y “premoderno”. Es claro que al momento de la publicación del libro, la voz de Ramón se propone como una alternativa para resolver la crisis de 1965. A pesar de la derrota de la lucha montonera de principios de siglo y del desengaño expresado por el protagonista a

lo largo de toda la novela, su opción resulta mucho más digna que la traición de muchos de sus compatriotas.

El personaje funciona como símbolo de un colectivo rebelde. Su voz se propone como la voz de una comunidad que comparte una común condición de sujeción. Su fortaleza estriba precisamente en la propuesta de la unión frente al individualismo de la alteridad estadounidense: “Ellos son de un país que se llama ‘los Estados Unidos’. Un país que a pesar de su nombre no quieren unirse a nosotros y ayudarnos, sino darnos mal trato y mala vida” (7). La voz contrahegemónica se formula desde un colectivo diferenciador. En una operación similar a la del testimonio, la narración en primera persona sugiere una operación metonímica en la cual la vida individual de Ramón cubre en realidad la historia del pueblo dominicano *subalternizado* (Beverley, “otro”). Obviamente esta identidad subalterna sigue planteándose dentro de los límites de un discurso nacionalista, sin embargo, estos límites se ven ahora expandidos para incorporar nuevos actores como el propio narrador : “Yo luché contra ellos (los marines) y estoy orgulloso de haberlo hecho. El hijo de la haitiana luchó por la causa de los patriotas dominicanos” (28). Es claro que la voz de Ramón tiene un efecto subversivo en lo que Hommi Bhabha denomina la pedagogía nacionalista (*Lugar* 184). Nuevamente, a semejanza del testimonio, la voz del protagonista es una voz residual, doblemente excluida por el discurso histórico oficialista de la Era y por el discurso identitario hegemónico. Con respecto a lo primero, la novela coloca la figura del gavillero como un actor de primer orden en la historia dominicana, rompiendo con el silenciamiento y/o satanización de esta figura en la historiografía trujillista. Lo hace

además, sin necesidad de repetir el gesto triunfalista de las anteriores narrativas históricas. Sin épicas complacientes, *La vida no tiene nombre* propone al gavillero como el símbolo nacional por excelencia. Por razones históricas, pero también por un imperativo de distanciamiento frente a los discursos hegemónicos, Veloz Maggiolo prescinde del tono epopéyico al reivindicar la posición de su protagonista. Tal como él mismo aclara respecto a la novela, “El discurso no puede ser glorioso” (“Entrevista” 3).<sup>66</sup>

En relación a la exclusión del discurso hegemónico identitario, es claro que la narración de Ramón no sólo no niega la alteridad haitiana, sino que la integra a la propia dominicanidad realzándola incluso por encima de otras posibles identidades blancas como la del padre de origen holandés o la de su medio-hermano Fremio. El personaje desestabiliza así el propio ‘esencialismo estratégico’ en lo que a la identidad nacional concierne, pues él es de sangre haitiana, anatema del modelo nacionalista de la dominicanidad. De este modo, Veloz Maggiolo se pliega a la narrativa “subalterna” del mestizaje dominicano para legitimar una identidad frente a los estadounidenses. Los “gringos” por el contrario, nos dice Ramón, obligan a las trabajadoras de la zona a sostener relaciones sexuales con ellos, para luego, en caso de que éstas queden embarazadas, eliminar a sus propios hijos mestizos (19). Aunque el narrador muestra que la discriminación racial era anterior a la llegada de los marines —el mismo padre intentará provocarle un aborto a Simián a fuerza de golpes para que Ramón no nazca—, queda claro que la intervención sostiene y

---

<sup>66</sup> Esta operación de valorización de un discurso nacionalista sin acudir a parámetros épicos la repetirá Mir en sus obras históricos-ensayísticas *El gran incendio* (1969) y *La noción del período en la historia dominicana* (1981-1983). En estos libros, el poeta asegura que el florecimiento de una identidad nacional se debió a la desgracia de un gran incendio que arrasó con gran parte de la isla en 1605 (Torres-Saillant 221).



perpetúa esta práctica. Lo que *La vida no tiene nombre* no hará, a diferencia de la novela de Cartagena Portalatín, es proponer una contranarrativa identitaria en términos de género. Los personajes femeninos —Simián, Santa (la medio hermana de Ramón) y Marta (la esposa de Vieth)— están condenadas a la actitud resignada de asimilarse a los parámetros de un orden patriarcal. Sobre su madre nos comenta Ramón: “Simián era rencorosa, pero tan bruta como un pedazo de palo. Por eso aguantó allí el foete del patrón sin renunciar a su privilegio de beberse una taza de sopa y comerse dos pedazos de plátanos salcochados diariamente” (24). La contranarrativa histórica del texto se vincula más a una reivindicación racial con el vecino país, que a una de género. Resulta sin embargo interesante que para la tercera edición del 2003, la portada del libro muestre la reproducción de la vieja fotografía de una mujer gavillera. En especial, porque el retrato original es el de una pareja de montoneros (72), de modo que la figura masculina fue excluida de la fotografía. Es posible especular que con este gesto, haya habido posteriormente una intención deliberada de integrar a las mujeres en el discurso de la resistencia, aunque fuese tan sólo en la presentación del libro.

El apoyo de las imágenes fotográficas de la época, tanto en la portada y contraportada como dentro del libro de la tercera edición, funciona para alimentar el juego entre ficción y realidad propuesto por Veloz Maggiolo. El libro ciertamente colinda con el género del testimonio. La autoridad de Ramón se asienta en una experiencia de sujeción y explotación compartida por un colectivo constituido por los sectores más humildes de la sociedad. Pero además, la narración de Ramón se legitima en su posición de testigo de primer orden de la historia. La visión que tiene

sobre los invasores estadounidenses no la leyó en los libros, sino que es el producto de su propio sufrimiento. En un intento por lograr cierta analogía entre la escritura y el universo cultural de Ramón, la narración se caracteriza por un estilo realista en el que la crudeza de algunos acontecimientos como las torturas del ejército invasor, sacuden al lector y lo llaman a una toma de conciencia:

Los gringos nos perseguían como fieras. Nos soltaban enormes perros y nos rociaban con ametralladoras. ¡Ay de los que caíamos prisioneros! Yo presencié en Los Llanos cómo marcaban con un hierro caliente a un viejo compañero de infancia. Luego le metieron un embudo y le vaciaron por lo menos dos galones de gas oil. Lo dejaron allí, colgado de los dedos gordos de la mano, como escarmiento para los que nos atreviéramos a luchar contra los marines americanos (45)

Aquellos hechos que no han sido presenciados por Ramón son referidos a través de fuentes orales. Expresiones como “dicen”, “según me han dicho”, “por boca de él, supe”, “Simián me narró”, “oí decir que”, son frecuentes a lo largo de la narración. De hecho, la memoria histórica reconstruida en el libro está básicamente sustentada en una memoria oral del mundo rural de principios de siglo. El mismo Ramón sintetiza que: “todo esto me dijeron los que saben de estas cosas y se han guardado sus historias para que los que vivimos en el campo no olvidemos que morir por nuestra tierra es un honor” (6). Aunque se sugiere que el personaje alcanza cierta instrucción como para escribir una carta, es claro que su mundo referencial colectivo permanece al margen de la letra:

Como bien decía, me hice hombre y las cosas no vinieron como yo las había planeado. Si Santa y Fremio aprendieron bastante, yo me quedé en la ignorancia del silbateo, y a fuerza de mucho fuñir y refuñir aprendí lo que hoy sé, que no es mucho, lo digo con sinceridad (26)

El sustrato cultural de Ramón es diferente del de los invasores extranjeros y sus cómplices dominicanos. Al saber del próximo fusilamiento de un par de compañeros, el protagonista comenta: “Según me ha dicho Jonás, el gobierno de los Estados Unidos puede hacer eso porque lo autoriza una nota de un departamento americano, por medio de la cual pueden meterse aquí, con el fin de **garantizar el ejercicio de la ley**” (negritas mías, 42). La “nota del departamento americano” sugiere hasta qué punto la alteridad estadounidense está relacionada al mundo de la letra, a un universo jurídico que se contrapone al saber popular. Jonás es un cabo mexicano que ha traicionado a su propio pueblo integrándose a la armada norteamericana (40). Que sea él precisamente quien tiene conocimiento de la reglamentación jurídica, señala la asociación negativa con el universo letrado. Esta asignación valorativa se vincula en la novela a una inversión entre los paradigmas de civilización y barbarie impuestos por la lógica hegemónica. Lógica ésta que Ramón denuncia al referirse a los norteamericanos: “Pronto llegaron a creerse que éramos unos salvajes y que ellos eran los reyes del país” (39). La letra tradicionalmente asociada a la esfera de la alta cultura y la “civilización”, aparece en realidad como el instrumento de acciones “barbáricas”. La ley permite a los norteamericanos invadir un país, violar sus mujeres, torturar y matar a sus ciudadanos. Al contar que los “yanquies” le “pelaron la espalda a fuerza de tablazos” (9) Ramón reflexiona: “Dicen que este es el sistema que utilizan ellos en Estados Unidos para hacer hablar a los delincuentes. Yo no conozco de sistemas, tal vez sea incivilizado” (9).

Las brutales acciones de los marines se describen constantemente con ironía o sin ella. La práctica de la tortura es el rasgo más característico de identificación con los norteamericanos y es esgrimido como el signo distintivo de ese país: “Yo creía que los americanos, por ser de un país más grande que el nuestro, eran gentes comprensivas, enemigas de la crueldad. A veces soy muy estúpido” (46). Y más adelante nuevamente subvirtiendo la paridad civilización/barbarie el narrador denuncia: “Si es verdad que nos enseñaron a bañarnos, también es cierto que nos enseñaron a ser crueles y sanguinarios” (47). La supuesta “civilidad” de los marines se traduce en una fuerza corruptora al interior de la sociedad dominicana. La tesis de este libro apoya el razonamiento de algunos intelectuales como Moya-Pons en el sentido de que la tortura y los ajusticiamientos de los regímenes posteriores de Trujillo y Balaguer tuvieron su origen en las prácticas heredadas de los norteamericanos (*Manual* 491). El narrador es capaz de reconocer la desmoralización y crueldad de los mismos gavilleros, pero más bien como producto del mal ejemplo y del rencor causado por las prácticas de los marines y de su recién formada Guardia Nacional Dominicana (47)<sup>67</sup>.

La percepción acerca de la nefasta influencia de los norteamericanos encuentra su justificación histórica en la figura de Trujillo. La dictadura de la Era supondría un producto histórico aberrante de la primera intervención norteamericana. El largo mandato de terror no sería otra cosa que la prolongación de las prácticas aprendidas por los marines. Trujillo aparece mencionado en la

---

<sup>67</sup> Aunque desde una posición diferente —de condescendencia intelectual—, Max Henríquez Ureña había argumentado a principios de siglo, que los “férreos procedimientos del invasor” habían impulsado al crimen y a la locura a una masa “sin cultura”. Ver segundo capítulo.

narración de Ramón. Para el gavillero, resulta el paradigma por excelencia del dominicano aculturado, esto es, el personaje que asimila servilmente el comportamiento norteamericano: “ya los gringos ni siquiera utilizan a sus tropas para aniquilarnos; usan a los mismos dominicanos para esa labor” (66). Trujillo, caracterizado por el “odio” y el “servilismo” (67), ejecuta la “mímica” (Bhabha) de los invasores, al reproducir acríticamente valores, hábitos y acciones de los estadounidenses. En un arranque de humor negro del narrador, Trujillo dará la orden de fusilamiento en otro idioma: “Fire! — gritó el oficial, y lo gritó en inglés, como si en el pelotón la mayoría no fueran dominicanos” (67).

La “mímica” de los dominicanos transforma el espacio nacional en un orden sin sentido. Si esta emulación tenía su máxima concreción en la palabra “over” dentro de la Central azucarera de la novela de Marrero Arísty, aquí el equivalente es la palabra “fire”. Término relacionado al exterminio del pueblo dominicano, determina el pesimismo de Ramón:

¡Todos terminarán como yo, bajo el fuego de las balas gringas, frente al pelotón de fusilamiento, frente al “fire” de las tropas de ocupación comandadas ahora por esos dominicanos que como el oficial Trujillo han vendido su alma y su porvenir a los que pisan y maltratan un pueblo terriblemente pequeño! (86)

El “fire!”, como el “over”, corroe la sociedad rural dominicana. El miedo que despierta se extiende en los hogares de los campesinos y su accionar termina por ser emulado por los guerrilleros. Esta suerte de “contaminación” norteamericana entraña la desmoralización y humillación de los gavilleros, su animalización. La preocupación de Ramón frente al pelotón de fusilamiento es la indignidad de su muerte:

Dicen que los gringos de Tejas son los peores. A lo mejor uno de ellos es el escogido para que diga el “fire!” con el que lo dejan a uno patas arriba como un marrano. Quisiera caer como caen los hombres, pero sé que me será imposible mantener el equilibrio (...) El impacto de las balas me haría recular y caería patas arribas; no sé como podré evitarlo (11)

Si “over” enfatiza la dominación económica imperialista, “fire” enfatiza la militar. La guerra conlleva la animalización de los individuos, la pérdida de valores éticos. Éstos se diluyen en una dinámica utilitarista, monetaria. Aquella que hace que muchos campesinos y terratenientes como el mismo Fremio, entreguen a sus propios compañeros y familiares para ser torturados y fusilados a cambio de recompensas materiales. Al respecto, Veloz Maggiolo menciona la decepción de Ramón ante la degeneración de los gavilleros en simples delincuentes (“Entrevista” 5) y el entreguismo de su propio pueblo. Ramón argumenta amargamente:

Nos vendemos por un pedazo de plátano y los campesinos venden a cualquiera. ¿Qué hace uno con defenderlos si se han dejado dañar por los pesos de los gringos? ...les dan a escoger entre su libertad y cinco dólares y toman los cinco. Estas gentes de por acá piensan con el estómago (...), mientras los sobornen, mientras las tropas les den frazadas U.S. y sopa en latas y leche y tableta de chocolate americano, estos hijos de su maldita madre no harán nada. Venden a sus hijos por diez pesitos (54-56).

El desengaño y la frustración ante la superioridad militar y económica de los marines llevan a la permutación de los ideales por los bienes materiales. La corrupción colectiva alcanza su mayor representación en las figuras del padre y del hermano del narrador, quienes colaboran activamente con las fuerzas estadounidenses entregándoles mujeres a ser violadas y hombres a ser fusilados para mantener intactas sus propiedades. La traición de su propio hermano Fremio

conlleva finalmente a la muerte de Ramón. De regreso a la hacienda de su padre, con la esperanza de conseguir recursos para tratar la avanzada tuberculosis de Simián, Ramón termina por caer en una trampa de Fremio, quien lo entrega a las autoridades. Los detalles de este episodio son claramente alegóricos. Antes de entregarlo, Fremio obliga a Ramón a ahorcar al padre ya moribundo, para así cobrar la herencia sin aparecer como el asesino, al tiempo que recibe la recompensa monetaria por la cabeza de Ramón, quien era uno de los gavilleros más buscados de la región. El desenlace refleja por un lado, la traición entre hermanos, tal como el mismo Trujillo había hecho con miles de compatriotas desde las filas de la Guardia Nacional. Por otro lado, sugiere también, el tema del parricidio. Los comentarios de Ramón insinúan que la muerte de Vieth tienen un efecto liberador: “En el fondo de mi alma sentí una alegría profunda. No sé, pero la sentí. En mucho tiempo no había percibido esa sensación de libertad que ahora me asaltaba” (80). Ramón establece un paralelismo entre el parricidio y la lucha por la soberanía nacional: “Estoy preso por dos delitos: haber combatido a las fuerzas de ocupación y haber asesinado a mi padre. De los dos me siento conforme” (7-8).

En su libro *One Master for Another*, Sommer propone la interpretación de ciertas alegorías familiares como formas de articulación del discurso populista (11). Una retórica familiar de alegorías concebiría a Estados Unidos de manera maniquea como un usurpador o violador de la madre/esposa (tierra, patria) que debe ser vencido por la figura masculina paterna (elite criolla) para reestablecer la armonía (soberanía) del orden familiar (nacional) (12). La interpretación de Sommer se ajustaba más fácilmente a una lectura de *Over*, donde la figura del padre ausente de

Daniel Comprés dejaba al protagonista en una condición de indefensión frente a la explotación económica norteamericana. En *La vida no tiene nombre* sin embargo, las probables alegorías familiares difieren de la novela de Marrero Arísty. Primeramente el personaje de la madre lo constituye un personaje haitiano. Haití había sufrido, al igual que la República Dominicana, una penetración norteamericana en 1915. En la novela Simián había sido víctima de varias violaciones. La alegoría de la madre entonces, ofrece una identidad de lo nacional más plural basada en una experiencia común con Haití. Aunque el usurpador seguía siendo el mismo, al concebir una identidad propia en términos más amplios a través de personajes como Simián o como el mismo Ramón, la figura elitesca del héroe o padre deja de funcionar.

La muerte de Vieth por otra parte, tiene referentes históricos importantes: El asesinato de Trujillo, “el padre de la patria nueva” en 1961 y el clima posterior de rebelión “parricida” del pueblo dominicano en su reclamo por el derecho a la autodeterminación sin el tutelaje estadounidense ni de los viejos personeros de la Era. Para los sectores más radicalizados durante la lucha de los años sesenta, la alianza utópica nacional no era sino con el pueblo mismo y la consecución de ese proyecto debía formularse en los términos de una insurgencia armada, tal como la de los gavilleros de principios de siglo. En la novela es claro que, a pesar de que el parricidio de Ramón y su lucha gavillera acarreen la muerte, hay una reivindicación de ambos hechos. A mi entender esto produce una tensión en la narración, entre la tragedia y un discurso más heroico; entre el pesimismo del narrador y su propia valoración positiva sobre sus acciones. La novela se debate entre la noción de que



“los dominicanos son payasos que bailan para el que más comida ofrece” (38) y una noción beligerante, alegorizada en el mismo personaje de Ramón quien “no es el dominicano dócil”<sup>68</sup> (Veloz “Entrevista” 3) ni tan siquiera llega a ser dominicano según la ideología nacionalista hegemónica. Esta aparente contradicción se revela en una de las últimas afirmaciones del personaje antes de morir: “me queda una sola esperanza: ¡Los gavilleros no se acabarán nunca!, son una raza interminable mientras exista robo y pillaje habrá gavilleros, pero también mientras exista patriotismo” (85). No cabe duda que las últimas palabras de Ramón están dirigidas a un momento histórico que excede los límites temporales de su narración. 1916 parece transfigurado en 1965, de allí el carácter urgente de su testimonio. Su memoria supone una denuncia beligerante a las condiciones actuales de sujeción y explotación del pueblo dominicano. Las distancias entre realidad y ficción se difuminan junto a la ortodoxia nacionalista.

\*\*\*

La escritura de Veloz Maggiolo supondría una suerte de transcripción de la voz de un personaje ficticio —Ramón—, que como vemos, al referirse a un determinado momento histórico tiene profundo impacto en el presente de 1965. No parece fortuito que la primera edición del libro haya sido publicada bajo la “colección testimonios”, realzándose así el carácter realista de la narración. Veloz Maggiolo no sólo se ha destacado como escritor, sino también como antropólogo. Para la

---

<sup>68</sup> Esta frase de Veloz Maggiolo refiere por contraste la supuesta actitud del puertorriqueño esgrimida por el escritor René Marqués en su ensayo “El puertorriqueño dócil” (1962). Según él, el ser nacional puertorriqueño se caracterizaría por una obediencia sumisa sin voluntad ni fuerza propia.

escritura de *La vida no tiene nombre*, confesó haberse basado en las declaraciones de un ex-gavillero que vivía en Villa Duarte (Álvarez, “Vida” 101). La autoridad letrada de Veloz Maggiolo reapropia el testimonio al enmarcarlo y reconstruirlo dentro de sus propios parámetros culturales. Ello se delata en una linealidad narrativa a pesar de los saltos temporales. También es evidente en el soporte argumental con documentos de la época (Álvarez, “Vida” 101) y en una estetización literaria de la voz del narrador cercana a ciertos estilos y temáticas existenciales planteadas por escritores como Albert Camus o William Faulkner, autores admirados por Veloz Maggiolo (Álvarez, “Vida” 101). El desencuentro de Ramón frente a su entorno, el mundo deprimido e incomprensible que le rodea, su conclusión final de que “la vida no tiene nombre” (87), hacen eco de problemáticas existencialistas transitadas por la literatura europea y norteamericana:

Supé que Santa ha tenido un niño y por eso he intentado escribirle antes de que me fusilen. Un mocoso más que viene a desgañitarse gritando en este mundo. Al fin se cansará como todos. Tomará la vida como una carcajada más, como una cosa sin importancia (33).

El testimonio de Ramón sin embargo, difiere del de personajes como el Mersault de Camus, porque su discurso produce el efecto de un testimonio directo de los hechos. Ramón, a diferencia de Mersault, habla desde una posición de subalternidad cuya autoconciencia se define en términos colectivos. El entrecruzamiento de dos universos de conocimiento distintos: el oral del ex-gavillero y el literario, letrado de Veloz Maggiolo configuran una propuesta “híbrida” que prefigura novelas testimoniales como *Biografía de un cimarrón* (1966). El testimonio de Ramón se inserta en el contexto inmediato de los preámbulos de la

revolución de abril y en ese sentido, su llamado rebelde al antiimperialismo tiene un carácter urgente. Su narración claramente reivindica la lucha armada como vía de emancipación.

### 5.3 LA BÚSQUEDA DEL CORO

En 1969 la poeta Aída Cartagena Portalatín (1918-1994) publica otra propuesta “híbrida”: *Escalera para Electra*. Si *La vida no tiene nombre* buscaba una comunicación directa e inmediata con el lector, *Escalera para Electra* por el contrario, se caracteriza por cierta inteligibilidad heredada probablemente de “La poesía sorprendida”. Cartagena Portalatín fue una de las integrantes de aquel movimiento literario de los años 40, siendo reconocida por su celebrado poema “Una mujer está sola”. Su novela —escrita varias décadas más tarde—, plantea los temas de la resistencia y la opresión alrededor de algunas de las nociones abiertas por aquel movimiento poético. Los poetas *sorprendidos* invocaron la inserción de la poesía dominicana en la “literatura universal” en contraposición al peligro que veían en la folklorización de la escritura (Mateo, *Manifiestos* 19). Mateo señala que frente a la necesidad de inmediatez del movimiento poético anterior —el Postumismo—, “ellos oponían un hombre abstracto” (20). Lo curioso, señala Mateo, “es que la noción de universal de los *sorprendidos* implicaba, en esencia, la propia

negación”<sup>69</sup> (*Manifiestos* 20). Si los poetas postumistas de la década del 20 se concentraron en una poética que diera cuenta de las especificidades de la propia realidad, los *sorprendidos* por el contrario, buscaban conectarse con las vanguardias literarias europeas como una forma de “movimiento abierto a las corrientes de la modernidad” (*Manifiestos* 22).

La muerte de Trujillo y la intervención estadounidense de 1965 vendría a producir cambios importantes en esta visión de la literatura. Grupos literarios como el Frente Cultural y el posterior grupo La Isla, reaccionarán virulentamente contra las concepciones elitescas del arte y asumirán el ejercicio de una poesía comprometida. De este modo, las nuevas generaciones se distanciaban de los postulados de los *sorprendidos*. En su tardía declaración de principios de 1971, los de La Isla pronunciaron lo siguiente: “afirmamos que el pueblo es el mayor creador de valores culturales y nos oponemos firmemente a la tesis reaccionaria de crear un arte que tenga su razón en sí mismo” (*Manifiestos* 111)

*Escalera* escenifica la problemática relación entre universalismo y localismo, entre el compromiso político y el torremarfilismo. Una polaridad que la poeta ya había transitado en sus versos a partir del poemario *La voz desatada* (1962), libro en el cual se distancia del tono intimista de sus primeras obras —*Vispera del sueño* (1944), *Del sueño al mundo* (1945), *Mi mundo* (1953) y *Una mujer está sola* (1955)—; para volcarse sobre una realidad colectiva (Cocco 15, Vicioso 14). Basándose en una distinción esgrimida por Fernand Verhesen entre una sensibilidad nocturna y otra

---

<sup>69</sup> Sobre las implicaciones políticas respecto de un cierto escapismo en esta poesía en el contexto de la Era de Trujillo, ver la introducción de la antología de Mateo sobre los manifiestos literarios dominicanos.

solar, Manuel García Cartagena propone la comprensión de la obra poética de Cartagena Portalatín como un desplazamiento entre ambas sensibilidades: “la primera tiende hacia o lucha contra la soledad; la segunda parte de o busca la fusión con una colectividad totalizada mítica: un cosmos, una imagen del universo, una raíz o un pueblo” (15). A ésta última precisamente le correspondería una identificación con las “ideologías libertarias” de los años sesenta (García Cartagena 15). *Escalera* por su parte, propone una trayectoria similar. Supuso un desafío narrativo para la propia orientación de la pretérita poesía *sorprendida*, a la vez que también lo era para las nuevas generaciones intelectuales que habían participado en la revolución de abril.

A principios de los años setenta, la democracia autoritaria de Balaguer ya se había instaurado con el apoyo del gobierno estadounidense. Sin embargo, algunos sectores progresistas no se habían dado por vencidos. En varias ciudades del país operaban clandestinamente grupos guerrilleros urbanos provenientes de los antiguos comandos institucionalistas (Moya, *Manual* 539) y, el mismo Caamaño, tal como relata Manuel Matos Moquete en su novela testimonial<sup>70</sup>, preparaba una expedición insurgente desde Cuba para derrocar al tirano. El ambiente pues, continuaba marcado por las tensiones de la violencia política.

Cartagena Portalatín entiende que las condiciones históricas del momento son ineludibles, sin embargo, su propósito “universalista” la lleva a articular un discurso en el que lo dominicano está mediado por su propia mirada sobre Occidente. Repite así, el gesto *sorprendido* de mirar a Europa. En particular, se vuelca sobre la

---

<sup>70</sup> Caamaño: *La última esperanza armada*

tragedia clásica griega. No obstante, lejos de ser celebratoria, esta mirada se vuelve cuestionadora. De este modo, la escritora logra evitar el problema de los *sorprendidos*, señalado por Mateo, de la negación de la propia identidad. En *Escalera*, el desmontaje de los parámetros de Occidente parece la vía necesaria para la autoafirmación.

La novela entrecruza tres planos espacio-temporales. El primero se ubica a la escritora Helene en un viaje turístico por Grecia en 1967. Mientras visita sitios como la Hélade se propone escribir una novela sobre un personaje de su infancia llamado Swain. El segundo plano narra la historia familiar de Swain en la región dominicana de la Moca varios años atrás. El último plano incorpora la tragedia *Electra* de Eurípides. El texto griego aparece en forma de fragmentos que se intercalan en los textos de los capítulos. Estos fragmentos corresponden análogamente a episodios de la historia de Swain. La yuxtaposición de estas tres narrativas aparentemente disímiles entre sí, atenta contra la cohesión del texto. El experimentalismo de Cartagena Portalatín parece más interesado en una búsqueda exploratoria, que en un producto terminado:

Tengo entendido que la concepción en el sentido de poética novelística se corresponde en esta novela con la libertad creadora de mi quehacer poético (...) Mi tendencia no va tanto a la procura de lo original sino a la búsqueda de mi propia expresión, que desde ya se encuentra en forma sostenida a través de todo lo escrito por mí (en Emeterio 42).

El plano narrativo del personaje Helene —suerte de alter ego de la autora—, es el que mejor ejemplifica esa búsqueda creadora. En él se intersecan diferentes discursos como el científicista y el literario, el antropológico y el histórico, el periodístico y el confesional, el visual y el escritural. Así por ejemplo, se nos ofrecen

extractos de informes sobre las actividades de la United Fruit Company en Latinoamérica (145), reflexiones de Sartre (ver Figura 2), extractos antropológicos sobre las culturas precolombinas, una caricatura sobre el conflicto independentista en Argelia (ver Figura 3), menciones de la segunda intervención estadounidense en Santo Domingo, fotografías de tres petroglifos y, las notas de viaje de Helene. A través de una lectura fragmentada, el lector salta continuamente entre los apuntes personales, los mensajes de cable que Helene envía a sus amigos desde Atenas y sus reflexiones sobre las dificultades de emprender la escritura de la novela. Esta multiplicidad lleva a Pura Emeterio Rondón a ver a la novela como un collage (44), carácter que se acentúa con los juegos gramaticales del texto. Emeterio Rondón señala la arbitrariedad de la estructuración de los párrafos, de las palabras en mayúsculas y de los signos de exclamación, los cuales alteran la lógica gramatical (44). En la primera edición además, la diagramación de la portada del libro habría mostrado un conjunto de letras arbitrariamente asociadas que constituirían el título de la novela (43).

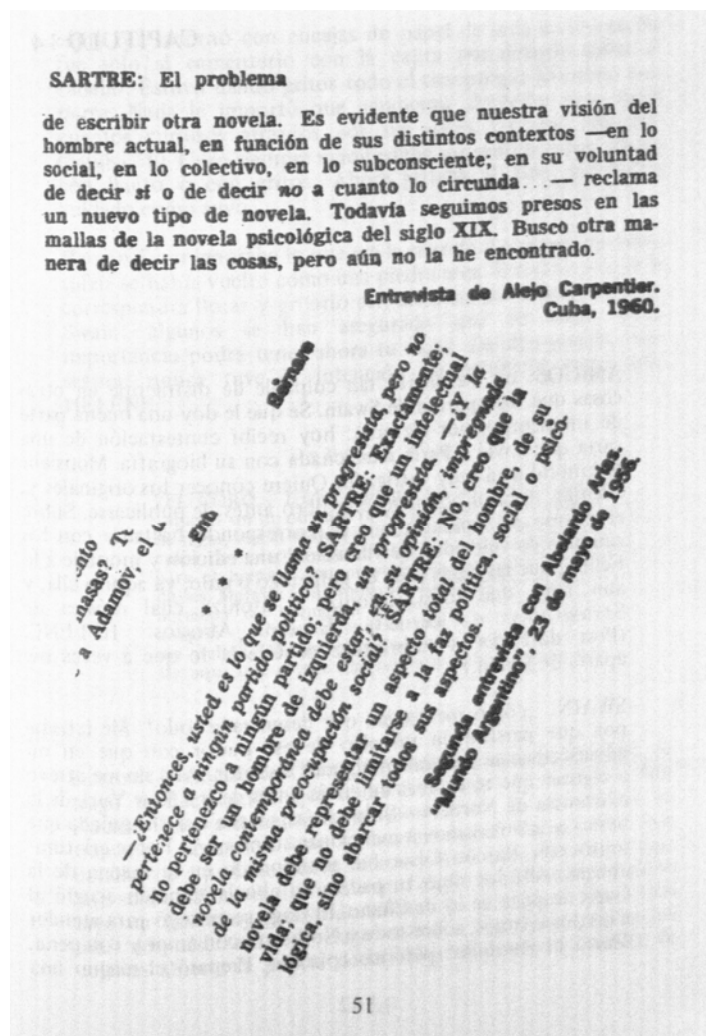
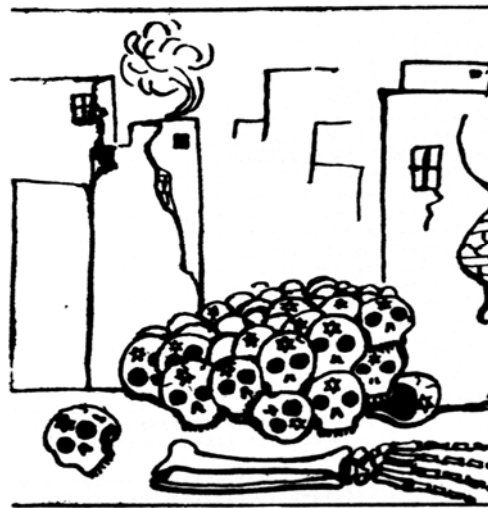


Figura 2. Fragmentos de Sartre (51)



Señora Helen: explique la siguiente ilustración:



"Al-Djundi Al-Arabi-6.6.67" BARRICADA que trae al recuerdo cuatro décadas de Dominicana..

**Figura 3. Barricada (149)**

El segundo plano, por el contrario, está compuesto por un discurso narrativo mucho más coherente y lineal. Se trata probablemente de la novela biográfica que Helene está escribiendo. Su estilo realista es similar al de las novelas psicológicas decimonónicas que Sartre condena en una de las citas insertadas en el primer plano (ver Figura 2). Sin embargo, Cartagena Portalatín se permite pequeños juegos con la perspectiva, saltando de la tercera persona a la primera; y repite el uso lúdico de las mayúsculas y la arbitrariedad de la separación de párrafos, oraciones y palabras. La narración refiere la historia de una familia patriarcal rural integrada principalmente por el rico hacendado don Plácido, su mujer Rosaura y su hija Swain. El machismo y la violencia despótica de don Plácido —nombre con el que ironiza la

autora— han reducido a Rosaura a su absoluto marginamiento dentro de la casa principal. Como producto de sus celos, don Plácido ha expulsado de casa a su hijos Ramón César y a Norberto y ha asesinado a un trabajador de la hacienda creyéndolo responsable de la supuesta infidelidad de la esposa. A los meses, como consecuencia de una violación del marido, Rosaura da a luz a una niña de nombre Swain. A partir de este momento padre e hija se vuelven inseparables, compartiendo el mismo desprecio y odio hacia Rosaura. Swain además, se ha ocupado de predisponer a su hermano Ramón César contra la madre. Finalmente, una noche Rosaura sale de su pasividad al descubrir las relaciones incestuosas de don Plácido con la hija y lo asesina. Este acto aparece como liberador y marca la emancipación de Rosaura después de veinte años. A partir de este crimen recupera su nombre que hasta entonces no había sido mencionado a lo largo de la narración. Como parte de su nueva vida, Rosaura se vuelve una mujer independiente e inicia una relación amorosa con su médico, Ernesto, quedando embarazada. Aunque él está casado con la “frígida Mrs. Rose” (136), está decidido a divorciarse para vivir junto a su amante. El desdichado matrimonio de Ernesto le había sido impuesto por un comandante militar durante la primera ocupación estadounidense. La felicidad de Rosaura ante su nueva vida termina por provocar la envidia y el rencor absoluto de Swain. En el desenlace final, Swain y su hermano Ramón César se abrazan luego de que aquélla provocara el aborto y la muerte de su propia madre.

Las alegorías familiares de esta historia en relación a la tragedia griega son bastante diáfanos: Swain, como Electra, provoca la muerte de su madre (Rosaura), en venganza por la muerte de su padre (don Plácido), con el visto bueno de su

hermano (Ramón César). La inserción de los fragmentos de la tragedia de Eurípides se corresponde análogamente a episodios particulares de la historia de Swain. Por ejemplo, el asesinato de Rosaura viene precedido por el fragmento trágico en el que, consumado el crimen contra Clitemnestra, Electra reconoce su culpa: “Me abrazaba un odio atroz, yo, la hija contra esa madre que me dio el ser” (139). Estas alegorías familiares van a tener una dimensión histórica en la medida en que la historia de Swain y la de Electra se entremezclan con el plano de Helene y sus múltiples referencias a la situación dominicana, en particular a la revolución de abril. El poder omnímoto de don Plácido funcionaría para metaforizar tanto el régimen de Trujillo como el de Balaguer, lo que equivaldría en cierta medida a la hegemonía norteamericana. El amor frustrado entre Rosaura y Ernesto traducido en el aborto y la muerte de ella, se traduciría en la oportunidad histórica perdida en 1965 por constituir una nueva nación soberana, democrática e inclusiva. Por su parte Swain, sucesora de don Plácido, reflejaría tanto la figura histórica de Balaguer, como a todos aquellos dominicanos que, al igual que Trujillo durante la primera intervención, traicionaron (asesinaron) a su propia madre (patria) aliándose con las fuerzas invasoras<sup>71</sup>. Finalmente, la muerte de Rosaura impide la unión amorosa y perpetúa el matrimonio de Ernesto con la estadounidense, impuesto a raíz de la primera intervención.

El papel central de Swain en la tragedia familiar/nacional revela la importancia que el tema de la traición adquirió en las narrativas nacionalistas de los

---

<sup>71</sup> Me he guiado por las alegorías familiares propuestas por Doris Sommer en relación a algunas narrativas populistas dominicanas estudiadas por ella en su libro *One Master for Another*.

años sesenta y setenta. Para una nación fuertemente vinculada a Estados Unidos durante todo el siglo, una razón antiimperialista hubiese significado para muchos, la contradicción de negar ciertos valores constitutivos. Helene reconoce esta paradoja amargamente: “El camarero de abordó me trae coca-cola. La tomo con desgano y mal humor. Veo hacia abajo. Pienso que los peces son gringos. Que todo lo que trago es gringo. Y que **la mierda que también me sale es gringa**” (negritas mías, 67). Esta contradicción contribuye al carácter ambiguo del texto en el que la alteridad malignizada no es totalmente ajena a la propia identidad. De hecho, a diferencia de don Plácido, Swain es al igual que su madre, una mujer. Con lo cual, el posible sustrato feminista subyacente en la novela también queda en entredicho. De allí que si bien, la emancipación de Rosaura al matar al marido abusivo se interpreta con un entusiasmo casi épico, su muerte a manos de su propia hija, impone el tono trágico.

La confluencia de los tres planos dentro de los mismos capítulos sugiere la dinámica especular de la novela. Pero no sólo Swain y Electra son personajes análogos, Helene al escribir la historia de Swain repite la figura de la autora Aída Cartagena al escribir *Escalera*. Implícitamente además, Helene-autora refiere a la Helena griega de la guerra de Troya. Aunque la novela no explicita esta asociación, es posible especular cierta analogía valorativa entre la libertad escritural de *Escalera*, al romper los cánones tradicionales del género literario y, la libertad vital de Helena al romper los roles de género tradicionales y abandonar al marido para huir con Paris. En el juego especular del texto los comentarios de Helene sobre su biografía de Swain remiten a las preocupaciones de Cartagena Portalatín:

¿Cuánto cobrará ahora mi editor? No deja de preocuparme esto: malvados editores que sólo publican lo que les vienen en gana. Seamos claros: lo que convienen a su negocio. Se excusarán: Esto no es una novela. Esto es... ¿Qué carajo, entonces...? Esto es lo que quiere Helene, biógrafa de Swain. ¿Exacto? (31)

El proceso de la escritura de Helene intenta replicar no sólo la naturaleza “híbrida” de *Escalera* sino también, el desafío de definir la nueva posición del intelectual frente a su contexto. El libro reproduce las afirmaciones de Sartre:

Es evidente que nuestra visión del hombre actual, en función de sus distintos contextos —en lo social, en lo colectivo, en lo subconsciente en su voluntad de decir *si* o de decir *no* a cuanto le circunda....—reclama un nuevo tipo de novela. Todavía seguimos presos en las mallas de la novela psicológica del siglo XIX. Busco otra manera de decir las cosas, pero aun no la he encontrado (51)

El experimentalismo de *Escalera* supone la voluntad autoafirmativa de decir “sí” o “no” frente a las diferentes opciones del mercado editorial o de las corrientes, géneros y estilos literarios. Pero también es, tal como lo expresa Sartre, una voluntad existencial y política. Ese, creo, es el sentido del desplazamiento espacial del personaje Helene en Grecia y del desplazamiento literario de la autora Cartagena Portalatín al acudir al antiguo texto de Eurípides. Ambos suponen una reescritura del repetido viaje del intelectual latinoamericano entre América y Europa. Aquí sin embargo, el “Viaje a la semilla” tal como lo replanteaba Alejo Carpentier en su novela *Los pasos perdidos* (1953), describe el trayecto hacia una alteridad cultural “oficialmente” originaria: la Grecia clásica. A la manera europea de la literatura de viaje del siglo XIX y principios del XX, Helene desparrama su mirada turístico/etnográfica en un espacio “otro”. Su trayectoria sin embargo, va de la periferia al centro y no al revés. En la novela el regreso de Helene a su país

permanece abierto, el texto culmina sin que la escritora haya arribado a la República Dominicana. El devenir dominicano queda sugerido como en el poema de Mir *Contracanto a Walt Whitman*.

El itinerario de este regreso abierto tiene connotaciones simbólicas. Swain permanece unas semanas en Roma y en París antes de llegar a su destino final. Así, su trayectoria reconstruye una genealogía cultural de Occidente (Grecia-Roma-París) con un final abierto en la isla caribeña. Del mismo modo, la genealogía literaria de la novela arranca con Eurípides y desemboca en la biografía escrita por una dominicana.

Este viaje turístico-cultural en Grecia ha sido identificado como una mera reafirmación de la legitimidad cultural de Occidente por Eugenio Camacho:

Precisamente, recuperar la noción de tiempo y espacio en la novela es a la vez recuperar la Electra Griega, que es la matriz de la cultura de Occidente (....) No en vano Swan es un personaje de la novela *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust. Se interpreta que la autora está sugiriendo el rescate del tiempo, que es lo mismo que volver a los orígenes, que es lo mismo que volver a la cultura griega como madre de la cultura de Occidente (51-52)

Resulta revelador que el marco referencial europeo del crítico, le lleve a pasar por alto los orígenes del nombre de Swain narrados en el capítulo 2:

Cuando salió la cabeza de la criatura y dejó entrever entre las ancas el mismo sexo, la Sacramento hizo el anuncio como si se tratara de una cosa bien, buena, dulce o fina. Sin más sentido o significado que el suyo propio, gritó: SWAIN. Para esa fecha había olvidado las pocas palabras que inventaba cuando trabajó para la míster, la mujer del comandante gringo que pateaba a mi pueblo durante la primera ocupación de USA en dominicana (13)

El que el nombre de Swain provenga de una deformación aculturada —la palabra había perdido su sentido original sin generar uno nuevo—, señala una connotación más bien negativa. No se trata tanto de una memoria proustiana como la

ve Camacho sino, de una memoria histórica colectiva: la ocupación estadounidense de la primera intervención. A juzgar por el tono de la cita anterior, estamos ante una memoria traumática revivida ahora a la luz de los acontecimientos históricos desde los que escribe Helene/Cartagena Portalatín. Otra referencia ineludible del nombre la constituye tanto la Isla de Swain en el Pacífico, anexionada a los Estados Unidos como parte de la colonia de Guam, como las islas de Swan en el Caribe. Sobre éstas últimas, Honduras reclamó agriamente la violación de su soberanía por parte de Estados Unidos durante la década de los sesenta, es decir, probablemente durante la misma época de la escritura de *Escalera*. Habiendo funcionado en el pasado como un centro de la United Fruit Company, tres décadas más tarde se asentó, sobre una de estas islas, una estación de radio anticastrista estadounidense. Así pues, tanto la Isla de Swain como las islas Swan constituyen referentes históricos y políticos que sugieren y acentúan la problemática colonial del nombre del personaje.

En *Escalera* se insertan tres reproducciones de petroglifos insulares. Éstos son identificados con las leyendas “Petroglifo Prehistórico. Isla de Swain. Dominicana” (ver Figura 4), “Petroglifo Prehistórico. En Anamuya. Isla de Swain” (ver Figura 5) y “Petroglifo Prehistórico. Isla de Swain. Dominicana” (ver Figura 6). Cartagena Portalatín propone un juego relacional entre la isla de Swain —y podríamos añadir también las de Swan— y la isla dominicana. Los topos se (con)funden sin que sepamos cuál es la procedencia precisa de los petroglifos<sup>72</sup>. La experiencia de la sujeción estadounidense establece una filiación común, proponiéndose un origen

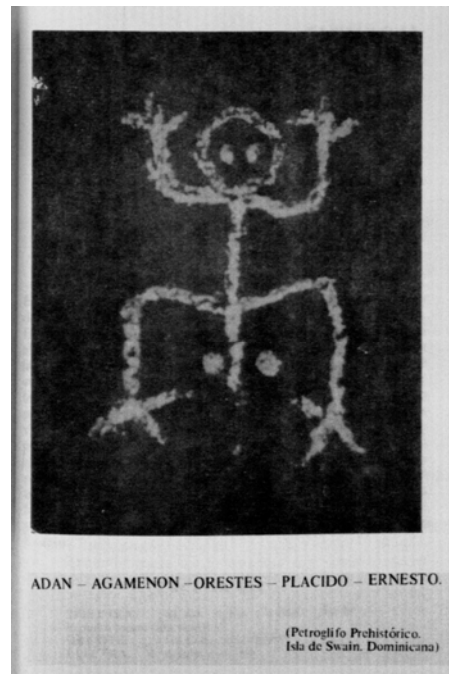
---

<sup>72</sup> No es sino hasta el final del libro que se ofrece una página adicional con una identificación un poco menos difusa de las ilustraciones.

“prehistórico” marcado por la violencia, tal como se muestra en las figuras que luchan en uno de los petroglifos (ver Figura 5). Se trata entonces de una genealogía visual que difiere de la Occidental, ésta última, representada por una de las obras clásicas griegas. La contraposición entre dos genealogías se acentúa con la presencia de las islas de los petroglifos —Swain, Swan, Dominicana— frente a las islas griegas del mundo clásico.

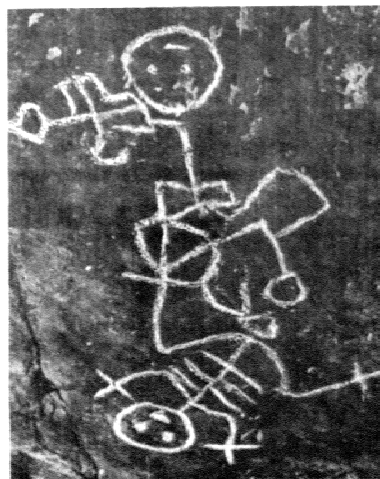
La idea de una genealogía “otra” se ve confirmada por los títulos de los petroglifos que se conforman por nombres consecutivos: “Adán-Agamenón-Orestes-Plácido-Ernesto” (ver Figura 4) y “Eva-Clitemnestra-Electra-Rosaura-Swain” (ver Figura 6). Sugestivamente, la secuencia masculina finaliza en Ernesto, un personaje con connotaciones positivas en oposición a don Plácido y cuyo nombre nos remite al guerrillero argentino, mientras que Swain es el último personaje de la secuencia femenina. A mi entender este detalle confirma la connotación negativa del personaje, acentuando la tensión entre un discurso de poder y otro de resistencia. El personaje Swain es muy diferente del frágil Swan proustiano. Engendrada por la violencia patriarcal y machista, Swain repite todos los rasgos de su padre. Es su cómplice en la perpetuación de un orden totalitario y comparte con él, el maltrato y la marginación de Rosaura. De allí que, el matricidio de Swain es totalmente condenable.





**Figura 4. Adán-Agamenón-Orestes-Plácido-Ernesto (35)**

¿Y esta ilustración, Sra. Helene?



**Figura 5. La violencia en la isla de Swain (81)**



**Figura 6. Eva-Clitemnestra-Electra-Rosaura-Swain (87)**

Al equipar a Swain con la Electra griega, Cartagena Portalatín deconstruye el texto canónico y problematiza el machismo de su discurso. Aquí nuevamente disentimos de Camacho:

Hay que precisar la importancia del vínculo histórico del mito de la Electra griega y su relación con el feminismo que enarboló la autora. En la obra de Sófocles, *Electra* era un símbolo de la condición libérrima de la mujer y sus derechos naturales, como expresión de amor y como expresión de libertad (52)

Por el contrario, lo que opera en la novela es una recuperación de personajes como Clitemnestra en detrimento de la centralidad de Electra<sup>73</sup>. Es precisamente la figura de la madre, como la misma Rosaura, quien al matar al marido, se rebela contra un orden que las explota y oprime. La analogía entre el personaje de Rosaura y la voz poética de Cartagena Portalatín es evidente. “La voz desatada” de la segunda etapa de su poesía equivaldría a la emancipación de Rosaura tras la muerte de su marido. Una emancipación anunciada ya en términos de género en el poema “Estación en la tierra” de 1955:

No creo que yo esté aquí demás.  
Aquí hace falta una mujer, y esa mujer soy yo.  
No regreso hecha llanto. No quiero conciliarme  
Con los hechos extraños  
Antiguamente tuve la inútil velada de levantar las tejas  
Para aplaudir los párrafos de la experiencia ajena  
Antiguamente no había despertado.  
No era necesario despertar.  
Sin embargo, he despertado de espalda a tus discursos,  
Definitivamente de frente a la verídica, sencilla y clara  
Necesidad de ir a mi encuentro (en Vicioso 17)

Tal como la oposición señalada por García Cartagena entre “mujer combatida” y “mujer combativa” en una de las entrevistas hechas a la poeta (García 20), es posible leer la trayectoria vital de Clitemnestra o de Rosaura de una polaridad a la otra. Electra por el contrario, supondría la restauración de ese orden autoritario en la novela. No se trata por tanto de un feminismo concesivo. El feminismo de Cartagena Portalatín transcurre por los resquicios de la tragedia griega, revalorizando un personaje deslegitimado por las razones de otra mujer,

---

<sup>73</sup> Desconocemos el porqué de la referencia a la versión de Sófocles y no a la de Eurípides sobre la cual se apoya Cartagena Portalatín.

Electra. Lo que a la autora dominicana le interesa no es la recuperación del discurso hegemónico occidental, como afirma Camacho, sino su desmontaje, la denuncia de su carácter autoritario. En este sentido, la historia de Swain se constituye como una reapropiación subversiva de la tragedia de Eurípides. Es decir, la novela vendría siendo la imitación transformada y ambigua del universo simbólico hegemónico ya que por un lado recicla su legitimidad epistémica y por el otro, la reformula cuestionándola. El episodio de la conversación de Helene con un marino de Rhodas así lo demuestra:

Revise desde Homero y se convencerá: somos un pueblo de militares atenienses: espartanos, macedonios, etc., etc., etc. Observe como Aquiles, dentro del campamento de los mirmidones preparaba un golpe. Un contragolpe hábil resolvió el final de Troya. Yo Helene, biógrafa de Swain, me siento triste. Siempre los fuertes dominando a los débiles. Aun hoy las botas militares continúan aplastando (...) En Dominicana las botas aplastan. Los que defienden la libertad son perseguidos. Los mejores ciudadanos se van. Los gringos nos revientan (67)

La historia griega, como la historia familiar de Swain, remite a la historia nacional dominicana. La intervención estadounidense de 1965 se equipara a la violencia de género. Se articula así la equivalencia entre una identidad de género “subalterna” y una nacional. El tutelaje estadounidense se traduce en un orden patriarcal de dominación a la mujer y por extensión a todos esos “débiles” que son dominados por los “fuertes”. Cartagena Portalatín democratiza una identidad propia al dar centralidad a personajes al margen de los discursos hegemónicos. Discursos que abarcan tanto la literatura clásica, el patriarcalismo del mundo rural, la historiografía oficial dominicana y, el ambiente masculinista intelectual y político de la isla. Sin embargo, lo que tienen en común personajes como Clitemnestra y

Rosaura no es simplemente que sean mujeres, sino que hayan optado por rebelarse. En ambos casos, esa decisión implicó la acción violenta, tal como la del pueblo dominicano en la defensa de su soberanía en 1965:

En 1963 vi a los militares echar por tierra la Ley Substantiva, en abril de 1965 mis amigos: profesionales, artistas, escritores, estudiantes, obreros, artesanos y campesinos cerraron filas como héroes y se levantaron con el propósito de restaurar la Ley. A seguidas: la segunda ocupación militar de mi país por los gringos. Muchos de estos intrusos fueron cazados como tórtolas (125)

Esta identidad conformada por una resistencia de intelectuales, obreros, campesinos y artistas es finalmente la identidad nacional contrahegemónica que Cartagena Portalatín desea rescatar. De allí que, la memoria histórica propuesta, no es la de la recuperación de un origen cultural occidentalista sino la de su cuestionamiento:

me digo: seamos sincera: dejemos contar el resto a los que estaban cercados, comiendo fuego, comiendo hambre, luchando por la vuelta al orden y la ley y en contra del intruso. **Mis amigos no eran de Atenas, Esparta o Macedonia. Tampoco era argivos o mirmidones. Eran los jóvenes defensores del honor de mi pueblo** (negritas mías, 126)

Al reelaborar críticamente una genealogía hegemónica de la cual Estados Unidos forma parte, Helene está en condiciones de legitimar una identidad colectiva que, partiendo de una identidad nacional, se extiende más allá de sus límites nacionales: “En la Dominicana, como en la antigua Esparta, se imponen tiranías con el respaldo militar. A ese engaño lo llaman Democracia” (71). Nuevamente lo que se rescata son los resquicios de la Historia oficial, lo que no se cuenta. La común condición de sujeción que la novela establece con otros espacios como la isla de Swain o la antigua Esparta tiranizada, se alimenta del cuestionamiento de paradigmas hegemónicos como el de la democracia (griega o norteamericana). En

la novela entonces, se formula sí, un “trasnacionalismo”, pero este parte de la desestabilización crítica de lo “universal” y se inserta en una genealogía propia que da cuenta de Vietnam, Sudáfrica, Argelia, Túnez, Marruecos, la República Dominicana y la Grecia militarista del presente. Todos estos lugares aparecen mencionados en las reflexiones de Helene en términos de identificación y de solidaridad (ver Figura 3). Se trata precisamente de los márgenes de la “Historia universal”, márgenes que, unidos, formarían una “pluriversalidad”.

La propuesta de *Escalera* está claramente enmarcada en las luchas anticoloniales de su momento. La insurgencia dominicana se vuelve análoga a la lucha argelina o a la lucha sudafricana contra el apartheid (151)<sup>74</sup>. Sin embargo, esta “pluriversalidad” permite la emancipación sobre una historicidad teleológica que, sin oponerse a una lógica nacionalista, logra por contigüidad, trascender sus límites. De allí que, con la adjudicación de la supuesta isla Swain a territorio dominicano, la novela desterritorializa el mapa de la nación. El momento de liberación hacia la conquista de la dimensión originaria del que habla Agamben, es simultáneamente el de la lucha contra el imperialismo estadounidense en 1916 o en 1965, el de las diferentes luchas contra la Inglaterra y la Francia colonialista, o las rebeliones de Clitemnestra y la de Rosaura. Lo importante es el sentido de esa comunidad colectiva de los márgenes, donde quiera y cuando quiera que ocurran las acciones emancipadoras. Al referirse a la Grecia antigua, Helene declara: “Naturalmente siempre hay gente decente: llegaron quienes abandonaron la monódica y se impuso

---

<sup>74</sup> Hay que recordar que Cartagena Portalatín se relacionó con Nicolás Guillén, Léopold Sédar Senghor y Aimé Césaire durante los años 40 (Nacidit-Perdomo 58)

el Coro en la Preclásica Grecia. Eso hace falta en mi país. Que se imponga el Coro” (67). Lo que se recupera de la literatura clásica es precisamente el coro, figura que, no por casualidad, perdería su prominencia en la tragedia griega a medida que se impusieran las voces de los personajes individuales. Sin embargo, la identidad colectiva de este coro no aspira en lo absoluto a erigirse en una totalidad cerrada, en una unidad sintética<sup>75</sup>. La suya es una polifonía abierta, “pluriversal”.

*Escalera* dramatiza las tonalidades y frecuencias de ese utópico coro. Su experimentación expresiva responde a la búsqueda de esa identidad coral que partiendo desde lo nacional se desparrama sobre sus márgenes. Sin embargo, al igual que el regreso inacabado de Helene, ese coro no se constituye en llegada, en tarea realizada. Es tránsito y búsqueda de algo que, como afirmaba la cita de Sartre, aun no ha sido encontrado. Las disonancias del coro-libro exponen una multiplicidad de discursos; cuyo ensamblaje fisurado buscó romper con los paradigmas tradicionales de la novela moderna. La experimentación de *Escalera* produce un texto que se debate entre la fragmentación y la articulación, la pluriversalidad y la contingencia histórico-política de la República Dominicana de los años sesenta y setenta. En sus fracturas, sus oscilaciones y relativa ininteligibilidad, la novela pareció formular una convocatoria emancipatoria tan diversa como los sectores constitucionalistas de 1965. Una convocatoria que no ha vuelto a repetirse<sup>76</sup>. Esa apertura temporal emancipatoria por la que aboga

---

<sup>75</sup> Se diferenciaría por ejemplo, del coro wagneriano como unidad nacional germánica.

<sup>76</sup> El caso más paradigmático es el de Juan Bosch y su ruptura con el PRD en 1973 para fundar el PLD.

Agamben, ese “despertar” al “encuentro” del poema “Estación en la tierra”, aún espera repetirse.

#### 5.4 EL REGRESO DE LA UTOPIA

Para 1978 la reformulación de un imaginario de la resistencia hubiera resultado una tarea poco menos que extravagante. Balaguer se entronizaría en el poder por 12 años. Los dirigentes más combativos de la izquierda fueron aniquilados. El mismo Caamaño había sido asesinado en 1973 en su intento de establecer un foco guerrillero en las montañas de Ocoa. La represión del régimen balaguerista llevó a que más de tres mil dominicanos “perdieran sus vidas en actos de violencia entre los años de 1966 y 1974” (Moya, *Manual* 538). Lo que quedaba de la izquierda se debatía entre las divisiones internas —el mismo Bosch había roto con el PRD en 1973— y la incorporación “al mundo de los negocios o al ejercicio de sus profesiones y oficios en una economía en expansión” (Moya, *Manual* 540). Este escenario es reflejado en la novela *De abril en adelante* de Veloz Maggiolo, una obra autorreflexiva sobre el destino de un grupo de amigos intelectuales después de la revolución de abril.

A pesar de esta atmósfera de desaliento, Mir publica una novela que vuelve sobre la historia dominicana en un tono entre trágico y épico, dejando, como en sus poemas, un final abierto, esperanzador. *Cuando amaban las tierras comuneras* supone la novelización de las propuestas que Mir escribiera en varios de sus libros



para interpretar la historia dominicana. De allí que, el personaje Don Quique, maestro de historia, proyecte la voz de autoridad del mismo Mir. El carácter “híbrido” del texto busca reconciliar forma y contenido en una narrativa específicamente dominicana. El lenguaje oscila entre la cultura popular y la erudición intelectual. El sustrato oral se refleja hasta el punto que el narrador prescinde de todos los signos de puntuación, lo que para Sommer también podría interpretarse como la lectura de la historia a modo de una sola larga frase unitaria (One 235). La académica compara la escritura de Mir con la de Bartolomé de las Casas en su *Historia de las Indias*, dadas las largas digresiones, las incontables frases subordinadas unas a otras con conjunciones conectoras (One 235). De este modo, cierta complejidad lingüística se advendría adecuadamente a la complejidad histórica (One 235). Ambas complejidades responden a la necesidad de elaborar una narrativa diferencial y contestataria.

En sus obras *El gran incendio* de 1969 y *La noción de período en la historia dominicana* de 1981-1983, el poeta elabora una contranarrativa nacional en la cual establece que el gran incendio de 1605 dio origen a los terrenos comuneros que serían la base histórica del pueblo dominicano (Torres-Saillant 223). Esta lectura permite argüir la posibilidad asomada por Puri de la existencia una discurso sobre la identidad nacional que desde la periferia desafíe los términos del Primer Mundo y no simplemente los replique. Rechazada por el pensamiento positivista de principios de siglo, la forma de vida autárquica propia de la explotación de las tierras comuneras es revalorizada por Mir en función de una tradición de resistencia. Para la “historiografía populista” de Mir, esta tradición tiene su origen

en una identidad colectiva derivada de la propiedad compartida de la tierra. De allí que, como en su *Contracanto a Walt Whitman*, las dinámicas impuestas por el capitalismo a través de su máxima expresión, la propiedad privada, tengan el efecto corruptor del “yo” sobre la sociedad dominicana. El origen de una identidad colectiva en las tierras comuneras permite establecer un poderoso mito fundacional a la vez que se legitima una diferencialidad respecto a la tradición hispanófila, a Estados Unidos y finalmente, a Occidente como escenario global del capitalismo. Las circunstancias del surgimiento de las tierras comuneras denota el carácter ambivalente entre tragedia y épica que hemos visto en los discursos dominicanos sobre la resistencia y que estaría en consonancia con una visión benjaminiana en la cual, las ruinas de la historia supondrían el principal recurso para la emancipación humana. En el planteamiento de Mir, la riqueza cultural dominicana viene dada gracias a la “desgracia secular” (*Cuando amaban* 273). El poeta refiere que el capitán y Gobernador General de la isla de Santo Domingo, Juan de Osorio, ordenó un gran incendio en 1605 para acabar con el comercio ilegal con otras potencias europeas en la banda norte de la isla (Torres-Saillant 220-221). Producto de este monumental incendio, ciudades como Puerto Plata, Bayajá, La Yaguana y Monte Cristo quedaron absolutamente devastadas, al igual que una de las mitades de la isla (Torres-Saillant 221). La despoblación causada por el incendio en esas zonas, acabó con las formas de explotación feudales de la Corona española y permitió el florecimiento de otras formas de propiedad:

al despertar de aquella pesadilla descubrieron que eran los propietarios de todo aquel territorio de donde había emigrado la propiedad privada y los portadores de ella dejando además un prodigioso ganado para ser disfrutado

en común por todos y fue así como nuestros adanes y evas fueron arrojados al paraíso (sin comas en el original, *Cuando amaban* 182).

Nótese que en esta lógica histórica, lo que hace posible la consecución del utópico espacio de las tierras comuneras es precisamente la represión brutal del colonialismo al quemar parte de la isla. La destrucción de las relaciones de propiedad abre paso a un sistema emancipador. El paraíso emergente es radicalmente diferente del modelo de explotación español, pero también lo es del mundo capitalista. Lo que el gran incendio originó fueron dos formas de vida antitéticas:

como resultado de ello se produjo en este país una situación sumamente novedosa porque en la parte de las devastaciones que caía hacia el oeste se introdujeron los franceses y crearon allí una colonia que andando el tiempo se convertiría en el modelo de explotación capitalista colonial pues llegó a ser la más rica del mundo y el más bello florón de la propiedad privada mientras de este lado sobrevivía la propiedad común de las tierras y la ganadería (sin comas en el original, *Cuando amaban* 183)

La destrucción de las poblaciones de la isla en el siglo XVII, da lugar entonces a dos sociedades alternativas: la haitiana basada en la explotación capitalista y la dominicana basada en la explotación de las tierras comuneras. La interpretación de Mir plantea entonces una nacionalidad relativamente desterritorializada en lo que a las relaciones de propiedad de la tierra corresponde<sup>77</sup>, desestabilizando así el ‘esencialismo estratégico’ de la dominicanidad. Ahora bien, Mir no parece interesado en proponer una alteridad en el país vecino. Por el contrario, reconoce ciertos lazos basados en este origen común del gran incendio (Torre-Saillant 221). La alteridad radica en el sistema capitalista europeo que permitió el asentamiento

---

<sup>77</sup> Se trataría de una nacionalidad que aun parece no haber sido territorializada por las máquinas sociales expuestas por Deluze y Guattari en *El antiedipo: Capitalismo y esquizofrenia*.

monstruoso de la explotación esclavista y de una de ideología racista. El colonialismo francés impidió el mestizaje y el cruce interclasial de una sociedad más horizontal, lo que sí fue posible en la República Dominicana gracias a las tierras comuneras. Ya en el siglo XX, esta alteridad se trasfigura y encuentra en Estados Unidos la máxima expresión del capitalismo.

*Cuando amaban* sostiene la tesis de que la primera intervención norteamericana de 1916 buscaba la incorporación y la explotación de los dominicanos en el sistema capitalista eliminando el “sistema arcaico de los terrenos comuneros que frenaban el desarrollo capitalista impulsado por las compañías azucareras con lo cual forzaban a esta sociedad atrasada secularmente a dar un paso de avance” (sin comas en el original, *Cuando amaban* 274). La ironía del narrador sugiere que la expulsión del paraíso —su inserción en la narrativa teleológica del capitalismo—, es producto de las intervenciones estadounidenses en la isla. De este modo, el hombre se vería despojado de lo que Agamben denomina “la patria original” al verse sometido a una temporalidad lineal (155) en la que los “avances” implican la adscripción al sistema capitalista de las compañías azucareras. La falta de puntuación en las pausas de la frase insinúa que estas agresiones constituyen una acumulación histórica con respecto a siglos anteriores. El lenguaje —como la temporalidad de la novela— no necesariamente se mueve en una dirección emancipatoria.

El siguiente fragmento expresa el movimiento oscilante de la narración: “había sido una de las mujeres más bonitas de nuestro país y ahora mírenla si quieren y si pueden soportarlo porque nosotros no podemos no podemos no

podemos no podemos no podemos no no no podemos no podemos” (sin comas en el original, 158). La repetición de palabras y de frases en la novela, apuntan a la noción de una historia conformada por múltiples versiones de un mismo problema: el colonial. Mir confirma la visión histórica de Bosch, según la cual, el Caribe como frontera imperial ha sido el espacio por excelencia de las dinámicas de las economías imperiales de Occidente (Torres-Saillant 63)<sup>78</sup>. Al constituir dinámicas que aparecen y reaparecen a lo largo del tiempo, Mir disiente de una lógica histórica totalmente lineal. Las variaciones de los eventos históricos hacen que el escritor organice “personajes y eventos en una alegoría en espiral de la historia dominicana que se repite a sí misma con cambios” (Sommer, *One* 232). En *Cuando amaban* la intervención estadounidense de 1916 se repite con algunos cambios en 1965. Del mismo modo se repite la resistencia, primero expresada en el gavillerismo y luego en los comandos y la guerrilla urbana. La historia del pueblo dominicano dramatiza entonces el repetido enfrentamiento con una alteridad desnacionalizadora: Estados Unidos. La velada promesa histórica en la novela, no es tanto un regreso literal a un origen utópico-mítico que como el que siguió al gran incendio en 1605, vendría o vendrá precedido por una agresión imperial. Tal fue el escenario de 1916-24 y el de 1965; sino como lo propone Benjamin, la irrupción de una “dimensión originaria” (Agamben, *Infancia* 153), capaz de “hacer saltar el continuum de la historia” (Benjamin, *Sobre* 13), una historia de sujeción colonial y neocolonial. El poeta parece seguro del advenimiento de esta dimensión originaria:

---

<sup>78</sup> Para Mir en *Las raíces dominicanas de la doctrina Monroe* (1974), los orígenes prácticos de dicha doctrina estarían relacionados a los intentos de compra y anexión de la isla o de una parte de su territorio por Estados Unidos (Torres-Saillant 223).

yo me atrevo a afirmar con toda verosimilitud y hasta certidumbre (...) muy lejos todavía de ese destino y poniendo la mano derecha sobre mi corazón que las tierras comuneras volverán a serlo y que volverá a entroncar en ella la esencia de nuestro país (sin comas en el original, *Cuando amaban* 186)

La idea de la irrupción de las tierras comuneras en el presente no implica una visión meramente nostálgica: “articular históricamente el pasado no significa conocerlo tal como verdaderamente fue” (Benjamin, *Sobre* 12). Para Benjamin, esa recuperación parte de una transfiguración. Es decir, tras cada intervención estadounidense, las tierras comuneras recobran su sentido actualizándose.

El nudo narrativo de *Cuando amaban* estriba en la analogía ya sugerida en otra novela —*La vida no tiene nombre*—, entre las dos intervenciones norteamericanas del siglo XX. Para ello, Mir se vale de dos historias principales que al final confluyen en los eventos de 1965. La primera la constituye el *bildungsroman* del personaje rural Silvestre. Éste despierta a la pubertad alrededor de 1916 con la primera invasión *yankee*, cuando el padre de su maestro de escuela —el viejo Villamán— exclama a todo galope “muchachos devuélvanse que la patria está en peligro” (45). Tras varios avatares Silvestre se vuelve gavillero y reaparece ya anciano al final de la novela al escuchar en 1965 la misma frase en boca de su hija Urbana, a quien hasta entonces desconocía. La otra historia está protagonizada inicialmente por Romanita, la esposa del poderoso hacendado Bonifacio Lindero. Dado el trato despótico que recibe, Romanita intenta abandonar al marido y se va a vivir a la capital. Este intento fracasa y Romanita regresa junto a Bonifacio. Algún tiempo después alrededor de 1930, ella muere dejando huérfano a su hijo recién nacido. A raíz de la segunda intervención el hijo de Romanita ya adulto, decide

abandonar la hacienda del padre y unirse al anciano Silvestre y a su hija Urbana en su viaje hacia Santo Domingo. La resolución de los tres personajes —Silvestre, Urbana y el último Bonifacio Lindero— de abandonar el campo e incorporarse a las trincheras de la ciudad, viene precedida por la reaparición de la frase del viejo Villamán “muchachos devuélvanse que la patria está en peligro” (291). Las alegorías familiares de esta novela han sido establecidas por Sommer. El intento fallido de Romanita<sup>79</sup> por romper relaciones con el marido despótico se equiparara a la resistencia fallida de la primera intervención. El poder omnímodo de Bonifacio Lindero, como el del mismo Trujillo, es el resultado de los efectos de la primera intervención norteamericana. La muerte de Romanita y la orfandad de su hijo, equivalen a la pérdida de la soberanía y de las tierras por los monopolios azucareros y la intervención armada (Sommer 243). Finalmente, el abandono del hogar del último de los Linderos deja abierta la posibilidad emancipadora. En un sistema de alegorías más tradicional que el de Cartagena Portalatín, la posibilidad de agencia descansa prácticamente sobre los personajes masculinos.

Éstos sin embargo, pretenden ser representativos de un colectivo dominicano. La repetición de la frase beligerante “muchachos devuélvanse que la patria está en peligro” en tiempos, lugares y en boca de personajes diferentes, señala hasta qué punto la resistencia no es una característica exclusiva de personajes particulares y trasciende la noción espacio-temporal tradicional. Como lo proponía Benjamin, la tarea estriba “en desmarcarse críticamente de la filosofía

---

<sup>79</sup> El nombre hace referencia a la Central Romana ubicada en el pueblo del mismo nombre. Se trataba de la central azucarera más grande del país. Estaba manejada por estadounidenses.

idealista de la historia, que dedica su atención a los ‘protagonistas’ de la misma, estos, a los que marchan con el espíritu de la época en la cresta de la ola histórica” (Zamora 5). Los protagonistas de Mir son seres comunes y corrientes que forman parte de una historia colectiva y que se perfilan como parte de un imaginario mítico asociado a la figura del gavillero (Torres-Saillant 269).

Los nombres de los personajes también tienen obvias connotaciones alegóricas<sup>80</sup>. Además de las espaciales —campo/ciudad— que reflejan la trayectoria histórica de la resistencia dominicana, vale la pena resaltar el apellido Lindero, como concretización de la opresión de la isla. Cuenta el narrador que Bonifacio Lindero había heredado una cantidad enorme de tierras que su padre había adquirido como producto de la partición efectuada por los norteamericanos alrededor de 1921. De allí que su nombre metaforice la agresión re-territorializante de la isla: la imposición de la propiedad privada por el imperialismo estadounidense acabando con las tierras comuneras. La desaparición de formas de subsistencia colectiva marca la tragedia de la historia, el fin de una cultura originariamente dominicana. Ello se paraleliza a la orfandad en que queda el último de los Linderos tras la muerte de su madre y en el deceso del personaje Flor. Amigo cercano del joven Silvestre, Flor pierde la razón tras haber vendido las tierras que su familia había trabajado por generaciones. Flor finalmente muere en medio de una gran carcajada al enterarse de que su reclamo de devolución de las tierras había sido desestimado por el gobierno (89).

---

<sup>80</sup> Para una ampliación del tema ver capítulo de Sommer sobre la novela.



Al igual que en la novela de Veloz Maggiolo, el mundo jurídico está asociado negativamente a las prácticas colonialistas. La agrimensura, la Ley del Registro de Propiedad y el Tribunal de Tierras aparecen como instancias y herramientas que establecen y legitiman la división de tierras. La falsificación de los documentos de propiedad permite el monopolio de Bonifacio Lindero, a la vez que priva voluntaria o involuntariamente a miles de campesinos como el mismo Flor que ingenuamente venden sus tierras. Estas propiedades conformarán los monopolios de centrales azucareras norteamericanas como la descrita en la novela de Marrero Aristy.

El ámbito legalista está íntimamente relacionado con los efectos corruptores del dinero. En otras palabras, el efecto territorializador está asociado a la penetración del capitalismo en las formas de subsistencia colectiva. El narrador tiene suficiente autoconciencia como para admitir la traición que bajo la promesa monetaria efectuaron varios campesinos al vender sus tierras en el período de la partición norteamericana. Respecto a la venta llevada a cabo por Flor, se nos dice:

Silvestre (...) no dejaba de considerar que la conducta de Flor no solamente era deplorable (...) porque a él no se le escapaba que Flor no salió como lo hizo el viejo Villamán reventando su yegua para despertar la conciencia de los pueblos y advertirles del peligro sino que permaneció sonriente y pacífico cuando llegó un Notario Público acompañado de un pelotón de agrimensores y ayudantes armados de los instrumentos de su oficio con el propósito de medir las tierras (sin comas en el original, 85)

La alternativa ofrecida por la novela es clara: la insurrección armada. De allí la centralidad del personaje Silvestre quien, en su lucha gavillera, trasciende los límites nacionales y se une a la rebelión de Sandino en Nicaragua (308)<sup>81</sup>. El trayecto final hacia Santo Domingo de los tres protagonistas, señala que el último de

---

<sup>81</sup> Emulando así al gavillero dominicano Urbano Gilbert (Torres-Saillant 266).

los Linderos está encargado de continuar la resistencia violenta de Silvestre. En ambos casos, la toma de las armas se traduce en el despertar de la conciencia de los personajes. Conciencia que se produce al escuchar la frase “muchachos devuélvanse que la patria está en peligro”. La voz coral aquí<sup>82</sup>, se articula en torno a esa frase apremiante que expresa una toma de posición frente a lo que Benjamin hubiese entendido como un reclamo del pasado pendiente (Catanzaro 33): el de la pérdida de las tierras comuneras. La repetición de esa frase entraña la irrupción de un pasado de opresión trasfigurado en una oportunidad emancipadora en el presente de los personajes. En realidad, se trata de una exclamación dirigida también al lector, a su aquí y ahora. Mir parece ver la lucha armada como necesaria y, si hasta ahora los resultados habían sido fallidos, ello se debía a la “falta de maduración” de los momentos históricos (*Cuando amaban* 311). Más que pérdidas estos intentos fallidos —suerte de fábulas interrumpidas de emancipación— van acumulándose en un pasado que se enriquece como potenciador de un posible presente de liberación. Son las ruinas emancipadoras hacia las que el ángel de la Historia de Benjamin se dirige.

La novela entonces no tiene un sentido reaccionario en su gesto de oponerse a una modernidad representada por Estados Unidos. El abandono de una narrativa histórica lineal o estrictamente circular refiere una experiencia del tiempo distinta en la que, como propone Agamben, el hombre se libera de la tiranía de una temporalidad cronológica que lo obliga a posponer su felicidad en un futuro inalcanzable (*Infancia* 154). No hay entonces como lo ve Sommer una tensión entre la

---

<sup>82</sup> Para Benjamin la afinidad estaría en un coro polifónico.

lógica teleológica del discurso histórico y la lógica circular del discurso mítico (One 236). Mir rehúsa confinarse en la teleología capitalista o la inmovilidad de cualquier temporalidad circular. De lo que se trata a lo largo de las reapariciones de la frase “muchachos devuélvanse que la patria está en peligro” es de la emergencia de una suerte de *Ereines* o *Acontecimiento* benjaminiano. Esto es, no “una determinación espacio-temporal, sino (...) la apertura de la dimensión originaria en la que se funda toda dimensión espacio-temporal” (Agamben, *Infancia* 153). La dimensión originaria aquí descansa como vimos, en unas tierras comuneras que equivalen a “las siete horas de Adán en el paraíso” y que funcionan como “el núcleo originario de toda experiencia histórica” (Agamben, *Historia* 154). La irrupción del pasado pendiente de opresión, “como un imagen que refulge” (Benjamin 9), entraña la necesidad de asirlo tal como éste “se le enfoca de repente al sujeto histórico en el instante de peligro” (Benjamin, *sobre* 9). Tal instante —determinado por las dos invasiones estadounidenses en la isla— “coincide estrictamente con la acción política” (Benjamin, *Sobre* 14) propia del *Acontecimiento*. Dicha acción se traduce en la resistencia armada de Silvestre, Urbana y el último de los Linderos. La propuesta de Mir entonces aboga por una *cairología* que se emancipa de la opresiva dicotomía entre progresividad (presuntamente moderna) y repetición (supuestamente premoderna o “mitológica”). Mir no prescinde de ellas sino que resuelve su escisión occidentalista, la escisión entre eternidad y linealidad. De allí que en la novela se afirme:

es un destino inviolable de la historia el de ajustarse a los cambios que cada época impone y como que en aquellos días en que aquí se estaba gestando el sistema de los terrenos comuneros escribía un Italia un profesor llamado Vico y

aseguraba que la historia se repite y como que en nuestra época está completamente aceptada esa teoría aunque modificándola en el sentido de que esta repetición se produce en un grado cada vez más elevado de desarrollo (186).

El “desarrollo” es por tanto, un valor no necesariamente cuestionable y hasta deseable. Ello explicaría el por qué el maestro de Silvestre —alter ego de Mir— no niega el proceso de modernización, sino su imposición unilateral, violenta, clasista, racista y colonialista por parte de Estados Unidos (185). El conocimiento de la propia historia hubiese permitido una modernidad emancipatoria de acuerdo con las propias especificidades nacionales (*Cuando amaban* 185) sustentada en esa dimensión originaria de las tierras comuneras. Para Mir, entonces, el proceso de desarrollo tendría que haber partido desde adentro<sup>83</sup>. De allí que el pasado de las formas de propiedad colectiva permiten a Mir el empleo de una identidad contrahegemónica como parte de la lucha por la descolonización. El producto de esa modernidad dominicanizada que Mir reclama con el regreso “más desarrollado” de las tierras comuneras, no se describe en la novela. El devenir permanece abierto tal como la trayectoria de los personajes<sup>84</sup>.

---

<sup>83</sup> Un desarrollo desde allí entonces no tendría que implicar una progresión lineal

<sup>84</sup> Una anterior interpretación histórica similar a la de Mir, es la de Carlos Mariátegui en su libro *Siete Ensayos de la realidad peruana* (1928). Mariátegui ve una dimensión originaria en el comunismo agrario incaico bruscamente interrumpido por la conquista. Reconfigurar en el presente, los restos de ese pasado sería la tarea de la revolución socialista. Tanto para Mariátegui como para Mir, la historia no se entiende llanamente en términos lineales, sino como simultaneidades temporales.

## 6.0 PERMANENCIA Y DESAFÍO A LA CIUDAD LETRADA TRUJILLISTA

La derrota de los sectores constitucionalistas durante la invasión norteamericana y los años subsiguientes de represión balaguerista aseguraron la hegemonía del imaginario nacional de la Era, imaginario cuya autoría se debió en gran parte al mismo Balaguer. Habiendo gobernado el país durante 22 de los 35 años que mediaron entre 1965 y el final de siglo, la concepción de una República Dominicana hispanizada y antihatiana se mantuvo prácticamente inmutable. Hacia 1983 Balaguer publicaba el libro *La isla al revés: Haití y el destino dominicano*, texto en que repetía varias décadas más tarde las mismas ideas racistas que en 1941 configuraron su soporte ideológico al régimen trujillista. Su influjo en la vida intelectual de la isla fue tal, que todavía hacia 1993 intervino para retirar un premio Nacional de Novela adjudicado a una obra que parecía demasiado crítica con su figura<sup>85</sup>. Sucesos como éste, escenificaron dramáticamente la perversa interdependencia que se estableció entre el poder político y la autoridad cultural en la isla. Una relación que permitió la investidura de Balaguer como ideólogo y ejecutante de una razón nacional homogenizante y autoritaria durante gran parte del siglo XX. La prolongada y aún vigente autoridad político-intelectual de Balaguer sugiere la impresionante

---

<sup>85</sup> Me refiero a la novela *Los que falsificaron la firma de Dios* de Viriato Sención.

resistencia de la ciudad letrada dominicana ante aquello que Jean Franco diagnosticaba como la decadencia y caída de ésta en la región<sup>86</sup>. El protagonismo de Balaguer en la escena pública aseguró la inmutabilidad y continuidad de la ciudad letrada quisqueyana sin los tropiezos y readaptaciones sucedidas en la mayoría de países latinoamericanos.

Hacia la década de los años sesenta, la ciudad letrada dominicana había esquivado con éxito una posible apertura popular del imaginario nacional. Como vimos, los sectores progresistas del país, entre los que se contaba el mismo Bosch proponían una pluralidad de voces en defensa de la soberanía nacional. Sin embargo, el ascenso de Balaguer en 1966, con el apoyo estadounidense prolongó el imaginario nacional hegemónico. Durante los años ochenta y noventa pareció tener lugar un nuevo desafío a esta ciudad letrada. Miguel D. Mena describe la década de los años ochenta como de “apertura territorial”, en la que muchos dominicanos habían logrado “acceder al consumo del “american way of life” sumándose a una corriente globalizadora: “La televisión por cable, primero, y el acentuamiento de las migraciones, después, fueron las tenazas que agarraron a la dominicanidad tradicional para transformarla en una miríada de dominicanidades” (“dominicanidad”) y agrega: “‘La Isla’ ya no fue límite, aunque sí persistiera en su realidad de distancias. La celeridad en la vida cotidiana, el dominio de las leyes del mercado dentro de las relaciones sociales, el amalgamamiento de discursos políticos antes en trinchera o en el todos contra todos, fue contribuyendo a sedimentar una nueva realidad” (“dominicanidad”). La “dominicanidad tradicional” fuertemente

---

<sup>86</sup> En su libro intitulado *Decadencia y caída de la ciudad letrada*.

resguardada en las murallas de la ciudad letrada se enfrentará a la “miríada de dominicanidades” en el terreno político durante los años noventa ante la posible victoria electoral del líder negro de ascendencia haitiana, Francisco Peña Gómez.

El debilitamiento de las grandes narrativas totalizadoras de la nación que; como en una suerte de operación metonímica se desplegaba biológicamente sobre los cuerpos ancianos de Balaguer y Bosch; vinieron de la mano por un lado, de la emergencia en 1985 de políticas neoliberales, cuya lógica utilitaria señalada por Beverley, tendía a un modelo desjerarquizador (“Giro”). Por el otro, la insistencia de Balaguer al acceder nuevamente al poder en 1986, en sostener la misma estructura gubernamental centralizadora y vertical que le había asegurado su hegemonía política en años anteriores, conllevó ya hacia 1990 a un descalabro económico y financiero que minaba su credibilidad y cuyas consecuencias se hicieron sentir tanto en la oleada de protestas sociales como en el aumento de la emigración hacia España, Venezuela, Puerto Rico y Estados Unidos (Moya, *Historia* 581).

La necesidad de cambio político se materializó finalmente cuando el candidato perredista Peña Gómez logró en 1996 la victoria en la primera vuelta electoral presidencial frente al partido balaguerista y al PLD. Este renovado panorama político anunciado desde la década anterior provocó la alarma inmediata de los sectores nacionalistas tradicionalmente conservadores y de aquellos que, como Bosch, parecían identificarse ideológicamente hacia la izquierda. En la segunda vuelta, Bosch y Balaguer —enemigos políticos históricos— unieron sus candidaturas en lo que denominaron el “Frente Patriótico Nacional” para lograr con

éxito la derrota del líder negro. A este frente patriótico en la arena política correspondió la operatividad formidable de una herramienta discursiva mucho más antigua: el imaginario nacionalista de la ciudad letrada neotrujillista.

El historiador dominicano Franklin Franco-Pichardo refiere la creación en 1992 de un grupo patriótico denominado Unión Nacionalista, una reconfiguración política de aquel ‘esencialismo estratégico’ formulado en las primeras décadas del siglo :

La entidad tenía dos propósitos: uno de carácter público y otro secreto. El propósito que anunciaron al público era el de “detener el proceso de desnacionalización de nuestra nación” que era atribuido a la permanente penetración de haitianos a nuestro territorio, proceso que, según manifestaron, era estimulado por tres grandes potencias: Francia, Estados Unidos y Canadá, como parte de un plan macabro dirigido a la “fusión de los pueblos que comparten la isla de Santo Domingo”. Ese era el propósito público, pero el secreto era el siguiente: detener el ascenso al poder del máximo líder del PRD, el doctor Francisco Peña Gómez. La Unión Nacionalista tenía una fuente nutriente teórica: el racismo, cualidad que expresan todos sus documentos (en Odalís Pérez 421)

Franco-Pichardo refiere el llamado en 1996 de la Unión Nacionalista a votar en contra de Peña Gómez, porque era “el portavoz del entreguismo y la disolución de nuestra nación y nuestra identidad, en la abierta coyuntura de la fusión con Haití en que está comprometido” (en Odalís Pérez 421). Uno de los fundadores de esta Unión Nacionalista fue el académico dominicano Manuel Núñez, quizá el máximo representante del neotrujillismo a fines de siglo. Frente a ciertos agentes “desnacionalizadores” que amenazaban con corroer la “pureza” de la dominicanidad publica con éxito el libro *El ocaso de la Nación Dominicana* en 1990 y una segunda edición ampliada de casi 700 páginas en el 2001.



*El ocaso de la nación dominicana* ha monopolizado gran parte de las discusiones intelectuales dominicanas de los últimos años. Configura un “canto de cisne” para una ciudad letrada que ve mermar su autoridad cultural ante los cambios finiseculares referidos por Mena: inmigración haitiana, diáspora, libre mercado, globalización, etc. Se trata de un libro-manifiesto en el que el autor denuncia la alarmante “desnacionalización dominicana” causada tanto por las inmigraciones haitianas como por las emigraciones dominicanas hacia Estados Unidos. Su propósito es poner al descubierto un complot

cuya mira es fundar en nuestro país una minoría haitiana, dotada de todos los derechos, protegida por un Estatuto Internacional, organizada por las ONG prohaitianas establecidas en el país, y convertida en **caballo de Troya de una implantación total**. Una fuerza electoral que decidiría las elecciones nacionales, con las que habría de negociar la política migratoria, que obligaría a los partidos a seducirla para llegar al poder, que evitaría las repatriaciones de esos extranjeros indocumentados y que **despedazaría al Estado Dominicano** (negritas mías, Núñez xv)

Los síntomas de este despedazamiento serían la corrupción de la lengua española por el “el dominio del creole y el surgimiento de grupos bilingües” (53), “la expansión del vodú” (57), “el prestigio del gagá entre los intelectuales y folcloristas” (59), el “predominio haitiano en las artes populares” (63), la “desnacionalización del territorio” (65), y la “desnacionalización de registros civiles” (69). Todo ello aclara Núñez, ante la aceptación cómplice de una intelectualidad “light” dominicana que le hace juego a la conspiración internacional de ONGs prohaitianas y a países como Estados Unidos y Francia para tratar “de balcanizar nuestra nación y obligarnos a una integración forzosa, mediante un proceso de colonización de nuestro territorio” (xvii). En resumidas cuentas, el libro

constituye, como bien señala Odalís Pérez, una reconfiguración de *La isla al revés* de Balaguer (30). Apertrechado en los mismos estamentos esencialistas formulados por intelectuales como Peña Batlle y Balaguer, Núñez cifra la dominicanidad en las diferencias “irreconciliables” entre los dos lados de la isla, recurriendo a repetidos tópicos del discurso nacionalista trujillista: hispanismo, catolicismo, antihaitianismo, negrofobia y articulando todo ello al antiamericanismo. De modo que, a diferencia de la generación de los años sesenta, el antiamericanismo aquí quedó vinculado a una visión reaccionaria.

El discurso de Núñez, como lo fue en su momento el de Rodó, supone una construcción neoconservadora reactiva frente a los cambios (post) modernizadores que tienen lugar en la isla. El autor se reconoce, de hecho, como uno de los intelectuales que esgrimen la conservación del estado nación tal como éste devino en 1844 (439). El precedente textual de su libro, nos aclara Núñez, lo conforma la *España invertebrada* de José Ortega y Gasset (xx). No resulta difícil reconocer en el dominicano una misma ansiedad jerárquica y selectiva frente a los “particularismos” desintegradores de la nación y la ausencia “de los mejores” en el “imperio de las masas”. Su modelo nacionalista entonces, responde a unos presupuestos básicos —incluidos los prejuicios raciales—, basados en una unidad monológica, homogénea, cerrada e inalterable. De allí su necesidad de arremeter contra el “cosmopolitismo marxista” y el neoliberalismo, dos corrientes ideológicas frente a las cuales, el mismo Núñez se afirma como legítimo protector de los valores nacionales —“uno de los mejores”—. Respecto al marxismo critica “que sólo reconoce a la clase social como marco de reflexión y rechaza a la nación”; respecto

al segundo, rechaza “las tesis neoliberales que preconizan el desmantelamiento del Estado nación” y que implantarían “la ideología negrocéntrica que sustituye a la nación por la raza” (439). Todos, concluye Núñez, “con la mascarilla de los derechos humanos, suprimen los derechos nacionales” (439).

La tendencia democratizadora de esta camarilla marxista o neoliberal pareciera traducirse en un antielitismo “invertebrador” de la nación, al cual hay que oponerle la “aristarquía” rodosiana:

El antielitismo se alimenta de una sola consigna de la cual no da ninguna prueba concreta: la participación popular. ¿Qué se entiende por participación popular? El derrumbe de todas las jerarquías y subordinaciones. **La dictadura del número sobre la minoría egregia**<sup>87</sup>. Según esto, las diferencias de talento, trabajo y mérito social deben desaparecer. Las jerarquías y las funciones derivadas de estas diferencias deben desaparecer. He aquí esquemáticamente la tesis del antielitismo (negritas mías, 461).

En esta reactualización rodosiana, la masa que atenta contra una minoría egregia no está comprendida solamente por el calibán haitiano. También reaparece una alteridad estadounidense que, como vimos, había sido invisibilizada durante buena parte del Trujillato. Núñez configura su campo contendor en tres áreas: 1. organismos internacionales mediadores del conflicto con el país vecino; 2. La influencia norteamericana en la cultura popular. 3. La diáspora dominicana de las últimas dos décadas.

Núñez retoma el viejo axioma dominicano de principios de siglo entre un antiyanquismo y un antihaitianismo, al responsabilizar al aquel país del norte (junto con otros países y ONGs extranjeros) de incentivar la inmigración haitiana en suelo

---

<sup>87</sup> En el *Ariel*, una democracia sostenida sobre una igualdad indiscriminada sólo puede llevar a la mediocridad sostenida en la “primacía del número” sobre la calidad para Rodó (43)

dominicano. Aun más, como hemos visto, habría cierta motivación estadounidense oculta de unificar los dos países menospreciando las “fundamentales” diferencias nacionales (Baud, “Manuel” 162). Estas paranoias nacionalistas probaron de hecho, ser eficientes a la hora de descalificar la candidatura de Peña Gómez, cuyos orígenes haitianos delataban su intención “desnacionalizadora” con la avenencia de organismos extranjeros.

La inmigración haitiana por otro lado, sería la causante del éxodo dominicano, contribuyendo así a la desintegración nacional:

Se ha querido desligar la inmigración haitiana de la emigración dominicana como si fuesen dos hechos sin empalmes. Pero al meter la sonda en las profundidades de esta circunstancia, queda claramente demostrado que la destrucción del salario, operada por la falta de aplicación de las leyes de nacionalización del trabajo y por la sobreabundancia de mano de obra extranjera procedente del Estado haitiano, han influido decisivamente en la emigración dominicana (625)

Esta emigración por su parte, constituye en sí misma según él al igual que los haitianos, un agente desnacionalizador por su adopción de patrones culturales estadounidenses. Las generaciones dominico-americanas “tienden a asimilarse rápidamente a la cultura norteamericana” (547). Una cultura que, en el discurso nacionalista neoconservador, está muy por debajo de la virtudes espirituales de la dominicanidad. Haciendo eco de la antinomia rodosiana, Núñez afirma que “El emigrante dominicano rechaza la transformación de su sociedad para amoldarse a **los ideales mediocres de una precaria prosperidad material**” (negritas mías, 618). El utilitarismo norteamericano desplazaría una espiritualidad criolla que produce “una cantidad no desdeñable de delincuentes repatriados” (546) y que llena de desasosiego a la ciudad letrada: “El sueño de emigrar corroe las

voluntades y nos llena de impotencia. Pasa de la despersonalización de la nación a la idealización de la imagen del pequeño burgués consumista, al cual según los esquemas americanos, todo el mundo debe de llegar de manera natural (460). Las preocupaciones de Núñez parecieran derivarse de las expectativas de “consumo” o de “prosperidad material” que la sociedad norteamericana infunde indiscriminadamente —a “todo el mundo”—. De allí que, al referirse en términos despectivos a los dominican-york, denuncie los efectos que estos nuevos “americanizados” producen en la sociedad dominicana:

En lo que toca al dominican-york puede decirse que su influjo sobre el entronque social dominicano suele modificar los estilos de vida, y constituir uno de los horizontes en torno al cual gravita toda la población. Nuestros valores surgen [sic sufren], entre ellos [sic], el uso generalizado del *spanglish*, monserga interlingüística del emigrante dominicano en Estados Unidos. Importa usos y hábitos norteamericanos como impronta de civilización y de progreso. **Aumenta, con arrogante sentimiento de superioridad, las expectativas de consumo y las necesidades de los dominicanos.** Destruye con notable éxito los proyectos de vida en Santo Domingo de grandes porciones de su población (negritas mías, 469-460).

Del mismo modo en que el creole pone en cuestión el monolingüismo nacional, el *spanglish* hace lo propio en un movimiento democratizador cuyo potencial subversivo estaría ligado a la creación y/o estímulo de “expectativas” o “necesidades” que atentarian contra la jerarquización nacional hispanófila. Este razonamiento terminaría equiparando a naciones tan disímiles en términos económicos, sociales e históricos como Haití y Estados Unidos concibiéndolos como potenciales amenazas a la ciudad letrada dominicana. Así como Núñez denuncia una

intención conspirativa de unión de toda la isla<sup>88</sup>, también lo hace frente a lo que considera un “anexionismo proyanqui” esgrimido por una parte de la intelectualidad dominicana que alienta irresponsablemente la emigración a Estados Unidos con la vana ilusión de incentivar la modernización del país (545-546). Al atacar a historiadores como Moya-Pons, Núñez entiende la idea de modernidad como un proceso de desintegración nacional: “[Moya-Pons] presupone que la sociedad dominicana tiene como meta el industrialismo americano. **Su objetivo es destruir los cimientos en los que se funda nuestra diferencia**”<sup>89</sup>. El futuro del país se representa, según esta tesis, en el proletariado explotado de las factorías de Nueva York” (negritas mías, 545). El razonamiento antimoderno del autor presupone que la “norteamericanización de las costumbres” (546) —metaforizadas aquí en las masas emergentes de las metrópolis modernas— conlleva a una desintegración nacional. El subtexto desde luego, es una desnacionalización entendida como la pérdida de autoridad, de la propia jerarquía sobre un conglomerado ansioso de movilidad social.

Más llamativo aún que la aparición y reaparición de un texto como *El ocaso* a finales de siglo XX y a principios del XXI; en el que se repiten prácticamente los mismos argumentos rodosianos y balagueristas, resulta sin duda, el reconocimiento que el libro obtuvo de la ciudad letrada de la isla. *El ocaso* recibió el Premio Nacional de Ensayo en 1990 y el importante Premio Nacional del libro Eduardo León

---

<sup>88</sup> Un intención anexionista cuya raíz histórica es demostrada por Núñez al “historiar” las invasiones haitianas durante el siglo XIX

<sup>89</sup> Los reclamos reaccionarios de Núñez se equiparan en Puerto Rico a la hegemonía culturalista del neonacionalismo que se asienta en el monolingüismo hispánico. Al respecto, Duchesne resalta la ausencia de contenido democrático en este discurso “debido al carácter absoluto que le otorga a la concepción identitaria de la cultura” (“Puerto” 45)

Jimenes 2002 en su segunda edición voluminosamente ampliada. De manera similar a la clausura de una posible renovación política de los años noventa tras la derrota y muerte de Peña Gómez, la ciudad letrada dominicana cerró filas sobre sí misma. Si bien es cierto que en los últimos años ha habido una corriente revisionista académica en disciplinas como la sociología y la historia, también lo es el hecho de que sobretodo en las humanidades —el área de la Literatura con mayúsculas—, parece particularmente reacia a desmontar las premisas del nacionalismo trujillista. El jurado del premio León Jimenes estuvo conformado por prestigiosos escritores de reconocida trayectoria progresista<sup>90</sup>, lo cual no pasó inadvertido para intelectuales como Mena, Odalís Pérez, Franklin Franco Pichardo, Néstor E. Rodríguez y Torres-Saillant. Este último ha señalado la fortaleza del nacionalismo negrofóbico y antihaitiano que no sólo está presente en los trujillistas declarados sino en una “intelectualidad que se reconoce como liberal y progresista” (en Odalís Pérez 395). Esta intelectualidad ciertamente, hace parte de la ciudad letrada del mismo modo que los herederos “directos” del pensamiento balaguerista.

El reconocimiento oficial al libro del *Ocaso* demuestra la resistencia exitosa ante los embates de las décadas de los sesenta y noventa de esta ciudad letrada, capaz de sobrevivir a sus autores y ejecutores: Peña Batlle, Trujillo, Balaguer. A diferencia de la ciudad letrada hispanófila puertorriqueña que se vio “bombardeada” por la generación del 70 (Barradas), la dominicana ni siquiera se ha planteado una reapropiación estratégica de sus propios bordes o periferia. En este sentido es posible que asistamos a un fenómeno en el cual, los escritores herederos

---

<sup>90</sup> Andrés Mateo, Carlos Esteban Deive y Marcio Veloz Maggiolo

de la “temida desnacionalización” —Junot Díaz, León Félix Batista, Pedro Antonio Valdez, Rita Indiana Hernández y Pastor de Moya entre otros— podrían estar conformando un corpus paraliterario que, por fuera de la ciudad letrada dominicana, sustentaría los que Moya denomina una “dominicanidad extra-insular”: “una nueva subjetividad al calor de las migraciones y del peso de los medios de comunicación en la cotidianidad” (“Dominicanidad”).

Esta *otra* dominicanidad asume ciertamente una multiculturalidad ausente del discurso trujillista. La adopción del inglés y del spanglish, de identidades raciales diferenciales al llegar a Estados Unidos, así como de los modelos de consumo propios de una postmodernidad neoliberal han tenido efectos bastante más complejos que los que Núñez imaginaba con horror como mera asimilación. En obras recientes como *Papi* (2005) de Rita Indiana Hernández y sobre todo en *The Brief Wondrous Life of Oscar Wao* (2007) de Junot Díaz, la absorción de la cultura popular norteamericana resulta un complejo proceso crítico y problemático.

*Papi* presenta la espera de una niña y/o preadolescente por su “papi”. Éste, nos refiere la niña, es como el Jason o el Freddy Krueger que aparece y desaparece pero que nunca muere. Como los personajes de las populares películas, la narradora echa mano de imaginarios propios de la cultura popular norteamericana, —películas de acción, de terror, de gansters; la ciudad de Orlando como locus de la felicidad; juegos de playstation; imágenes de MTV— para reformular una realidad dominicana: el machismo, la burocracia, el clientelismo, el racismo, el caudillismo, entre otros. *Papi* en realidad, es una cadena ilimitada de hipérboles que lo define: sus casas, sus novias, sus ropas, sus relojes, sus autos, sus



amigos. La pomposa capacidad de apropiación define el gran poder de papi, en una sociedad mercantilizada marcada por el consumo nunca satisfecho. Trasmutado en un Jason quisqueyano postmoderno, papi desmitifica y paralelamente reformula, aquel Padre de la Patria Nueva de extraordinarias dimensiones. Papi es Trujillo, pero también es el poderoso empresario, gángster o caudillo local readaptado a los requerimientos de una sociedad globalizada en una realidad que sin embargo sigue siendo periférica. Papi es el gran proveedor que llega desde Estados Unidos cargado de mercancías —en inglés o en español— a una isla llena de “gente pobre y hedionda” (65), reducida a mera masa expectante carroñera, consumista.

Junot Díaz por su parte, al escribir en inglés, de entrada desafía la presunción de la lengua española como medio exclusivo de la literatura dominicana. Con ácido humor negro también se vale de una cantidad de referentes de la cultura popular norteamericana —comics, juegos de video, “role-playing games”, novelas de ciencia ficción y las “sword-and-sorcery novels”— para develar la realidad de unos personajes que se desplazan tanto en New Jersey como en la isla, en su novela *The Brief*. El libro narra la historia de varias generaciones de la familia Cabral/De León, alrededor de Oscar, un joven “nerd” adolescente negro que sufre la alienación de no poder ajustarse a los parámetros “exitosos” de socialización en un guetto de New Jersey. La hipervirilidad del macho dominicano, el “tíguere” expresada en el personaje de papi con sus innumerables novias<sup>91</sup>, es problematizada en esta novela por su adscripción a una relación asimétrica entre el primer y el tercer mundo. El

---

<sup>91</sup> De modo similar, la novela *Papi* subvierte los parámetros sexuales hegemónicos (trujillistas) mediante referencias lésbicas de la narradora a lo largo del texto.

macho caribeño se convierte en un objeto de consumo exportable a Estados Unidos. En ese país, la diáspora internaliza los estereotipos sexuales metropolitanos, estereotipos a los que Oscar no logra ajustarse, prefiriendo por el contrario, encerrarse en un imaginario épico-romántico de historias como *The Lord of the rings*.

El drama de Oscar; —metaforizado en la imposibilidad de conseguir una novia y perder la virginidad— refiere una visión sobre la vida en Estados Unidos y su diáspora muy distante de la visión pintoresca de narraciones como las de Julia Álvarez. Tan terrible como la realidad periférica isleña, resulta la de los inmigrantes en el espacio metropolitano. De la misma manera en que el narrador ironiza acerca del racismo antihaitiano en la isla, refiere con crudeza las dinámicas divisionistas raciales de los guettos neoyorquinos.

Todos los personajes comparten un deseo inextinguible de estar siempre en otro lugar, por lo cual, toda territorialidad fija se hace insuficiente. Lo que logra en su novela Díaz es localizar una dominicanidad ya no es la territorialidad hispanizada isleña como quería Núñez, ni tampoco en una territorialidad celebratoria, desconflictuada del dominican-york. El locus nacional se formula en el “fukú”, punto de coincidencia entre ambos espacios. La palabra refiere una suerte de maldición o de mala suerte en el imaginario popular dominicano, muy probablemente derivada de la castellanización de la expresión “fucked up”. Desde las páginas iniciales de la novela, el narrador nos advierte sobre el fukú:

They say it came first from Africa, carried in the screams of the enslaved; that it was the death bane of the Tainos, uttered just as one world perished and another began; that it was a demon drawn into Creation through the nightmare

door that was cracked open in the Antilles. *Fukú americanus*, or more colloquially, fukú—generally a curse or a doom of some kind; specifically the Curse and the Doom of the New World. Also called the fukú of the Admiral because the Admiral was both its midwife and one of its great European victims (1)

El fukú de orígenes esclavistas, nacido de la empresa colonial y derivado de una “deformación” del inglés, se vuelve entonces la seña de identidad caribeña y del Nuevo Mundo<sup>92</sup>. La novela relata los esfuerzos de tres generaciones, dentro y fuera de la isla, por vencer al fukú familiar. La desgracia se cierne implacablemente sobre las vidas de los personajes: el encarcelamiento del abuelo Cabral, la viudez de la Inca, la orfandad de Hypatía, el ataque sexual a Lola adolescente, la soledad de Oscar. El fukú refiere tanto el infortunio individual de cada personaje como el colectivo: la pobreza, las ocupaciones estadounidenses, la dictadura trujillista, la represión policial, la inmigración, la impunidad judicial, el racismo, el turismo sexual, etc. Frente al fukú está el “zafa”, la *contra*, el recurso exorcizador del fukú: la fortaleza de los personajes, su creatividad, el voluntarismo, las redes de solidaridad familiares y de la amistad. El fukú se materializa misteriosamente en un hombre sin rostro que anuncia en la novela la desgracia de los personajes. El zafa a su vez, resulta encarnado en una mangosta negra grande de ojos dorados que emerge para salvar a los personajes en situaciones extremas. El origen de esta misteriosa mangosta, nos hace saber el narrador, se remonta a África y tiene la peculiaridad histórica de acompañar al ser humano en sus migraciones y de ser enemiga de jerarquías (147). Estas apariciones mítica-simbólicas se entrelazan en la historia

---

<sup>92</sup> Núñez por el contrario, y debido probablemente a su antihaitianismo, niega la posibilidad de una identidad común con el resto de las islas del Caribe. El uso de algunas lenguas vernáculas, por ejemplo, las excluiría, a diferencia de la República Dominicana, de “los grandes sistemas culturales” (530).

personal y colectiva para confluir en un fukú/zafa compartido que resulta tanto mítico como histórico. Éste revela también su presencia en el trasfondo de diferentes historias: la de un chino-dominicano a quien un marine le voló los sesos durante la ocupación del 65, la del abuelo salvajemente torturado y preso por la dictadura trujillista, la violencia y hambruna de la niña Hypatía Cabral convertida en una “restavek” y su emigración forzada a Estados Unidos siendo una adolescente; la paliza sufrida por el narrador en una pelea entre bandas juveniles de New Jersey, la prostitución ejercida por Ybón en Amsterdam y, finalmente, en el fin de nuestro protagonista Oscar, asesinado en la oscuridad impenetrable de los cañaverales dominicanos.

Fukú y zafa resultan como la épica y la tragedia de las narrativas de la resistencia, caras de una misma identidad. Ello explicaría el destino final de Oscar. Buscando quebrar la inercia de sus frustraciones, decide regresar a la isla tras lo que cree es el amor de su vida: una prostituta de mediana edad involucrada con un policía ex-represor durante los oscuros doce años de Balaguer. Este regreso a Dominicana implica la muerte del protagonista pero también, la posibilidad de materializar su deseo tantas veces pospuesto. Es decir, la identidad se cifra en un fukú que es también zafa: emancipación desde el desamparo.

Creo que es posible ver en la novela de Junot una reactualización narrativa de las novelas revisadas anteriormente de Mir, Cartagena Portalatín y Veloz Maggiolo. El imaginario planteado en *The Brief*, retoma la pluralidad de voces: dominican-yorks, prostitutas, taxistas evangélicos, adolescentes embarazadas, expresidarios drogadictos, abuelas emprendedoras, negros marginados, meseras de restaurantes

chinos, braceros haitianos, etc.; para conformar una identidad dominicana tramada en un discurso que conjuga épica y tragedia, cultura popular, cultura de masas y alta cultura, discurso histórico y discurso mítico; en un idioma inglés “contaminado” por el spanglish y el castellano.

Con la integración de elementos culturales propios de la diáspora, la “norteamericanización” de esta novela logra el desafío de aglutinar una perspectiva actual que da cuenta de las nuevas subjetividades surgidas en el contexto neoliberal globalizador con una perspectiva propia de una tradición latinoamericana preocupada por los efectos que las dinámicas asimétricas entre poder y resistencia tienen sobre un colectivo subalterno en el cual el autor se reconoce. Es, este sentido de comunidad, me parece, lo que Junot rescata del boom:

There was this very brainy interest I had in these weird (and in my opinion reductive) arguments in Latin American letters between the forces of Macondo and McOndo. The short version is that McOndo claims Macondo as if one or the other was enough to explain that the ‘New Latin American’ cannot be usefully described by the traditional magic realistic literatures of the Boom. One movement seeking to displace another type-shit. And me, I’m thinking, like a Caribbean, why can’t we have ‘em both simultaneously? So, to wit, this book was an attempt to put Macondo and McOndo on the same page, in the same sentence, sort of to prove that you can’t write the American experience, our American experience, by banning one set of passports in the process of privileging another (“Interview”).

La “experiencia americana”, —ese calibán McOndiano tan temido por la ciudad letrada neotrujillista— encuentra un sentido identitario emancipador en la medida en que al integrarse a Macondo, logra politizarse y pensarse a sí misma en términos de una comunidad vinculada por la común experiencia —colonial, periférica— del “fuku americanus”. Fukú y zafa quizá logren entonces producir “el ocaso de esa nación dominicana” tan aficionada a los pasaportes.

## **7.0 ENTRE EL ARIELISMO Y EL PROAMERICANISMO: FRÁGIL BALANCE DEL DISCURSO NACIONAL DE LA REPÚBLICA PLATTISTA**

La primera generación republicana de intelectuales cubanos ha recibido escasa atención. A diferencia de los intelectuales minoristas que surgieron a partir del año 23, sus antecesores inmediatos no han suscitado el mismo interés a pesar de que muchos de ellos tuvieron una activa presencia pública en el panorama cultural cubano desde revistas como *Social* (1916-36) y *Cuba Contemporánea* (1913-1925) hasta la publicación de novelas y obras de teatro en las que intentaban reflejar críticamente una realidad propiamente cubana. La tendencia a elaborar narrativas históricas que proponen la existencia de un único pensamiento nacionalista cuyo desarrollo seguiría la lógica de una continuidad sin fisuras parece ser una de las causas de este marginamiento (Wright 109). Ann Wright señala el gran ejemplo de la elaboración de una teleología histórica revolucionaria conformada por la Guerra de los Diez Años en 1868-1878, la Guerra de Independencia en 1895-1898, el movimiento revolucionario de finales de los años veinte, el gobierno revolucionario de 1933 y la guerra de guerrillas entre 1956 y 1959, para legitimar la revolución cubana (109). Esta narrativa oficial ha tendido a desproblematizar la formación de los discursos que sobre la cubanidad formularon las elites intelectuales de principios de siglo XX al no ajustarse a esta teleología. Entendidas muchas veces las

elites como grupos con proyectos homogéneos, el resultado comúnmente es obviar cualquier complejidad que contradiga esta visión totalizadora (Wright 109).

Una comprensión histórica causalista ha llevado a interpretar binariamente los actores, hechos o ideologías —nacionalismo/ imperialismo, liberalismo/ socialismo, revolucionarios/ contrarrevolucionarios, imperialismo/ antiimperialismo, etc. — eludiendo las contradicciones internas de estas nociones o simplemente excluyendo aquello cuyo encasillamiento en estas polaridades resulta demasiado forzoso (Wright 109). La aproximación al pensamiento nacionalista a principios del siglo XX supondría en cierta medida un esfuerzo por establecer “otra” genealogía —en el sentido foucaultiano del término— en la que la historia del nacionalismo está marcada por cierta multiplicidad y contingencia. Incluir a esta primera generación en una narrativa sobre el nacionalismo cubano, implica ciertamente lidiar con una ambigüedad ideológica que posteriormente desaparece en la propuesta de los minoristas. Intelectuales como José Antonio Ramos o Mario Guiral Moreno difícilmente pueden ser identificados o “etiquetados” dentro de una lógica binaria como intelectuales nacionalistas o proimperialistas. Ciertamente nacionalistas, su percepción respecto a la influencia estadounidense sobre la isla no era necesariamente negativa o beligerante. Por su parte, en 1901, un reconocido ‘patriota’ de la generación anterior como Manuel Sanguily votaría a favor de la Enmienda Platt a diferencia del radicalismo de los votos negativos de Juan Gualberto Gómez y Salvador Cisneros Betancourt. El reformismo nacionalista de otros como Luis Felipe Rodríguez o Carlos Loveira impediría un cuestionamiento estructural de la república plattista en sus escritos. Es claro que las posiciones de

estos intelectuales resultan difíciles de reconciliar con una narrativa hegemónica homogeneizante.

Al igual que el resto de América Latina durante el siglo XIX, la formulación de una cultura nacional cubana en la primera década del XX estuvo en manos de una elite letrada que se veía a sí misma como la depositaria de la legítima identidad. El carácter excluyente de sus discursos ha llevado a la identificación del proyecto de estos intelectuales con el de un nacionalismo blanco que vino a ser el hegemónico hasta los años veinte, momento en que irrumpen proyectos nacionalistas alternativos como el afrocubanismo (Moore 22). Jorge Ibarra por su parte, diferencia la formación de una cultura nacional durante el período de 1902 a 1930 de otra claramente nacional-popular que vendría a sustituirla después de los primeros 25 años (213).

Sin embargo, la convención general sobre el carácter elitista del discurso de esta primera generación no ha determinado ni su completa desaprobación ni su completa inserción dentro del discurso teleológico revolucionario. Intelectuales como José Antonio Ramos figuran en un imaginario confuso. A mi entender esto se debe más a la posición contradictoria que dichos intelectuales establecieron con respecto a Estados Unidos que a la que establecieron con sus alteridades al interior. Esta contradicción se manifiesta en la admiración y simultáneamente, en cierto rechazo del modelo estadounidense. Esta última actitud es la que ha permitido su tímida recuperación dentro del telos revolucionario.

Para Louis Pérez la formación de la identidad nacional cubana parte de la dinámica relacional con Estados Unidos (6). Desde el siglo XIX, ese país funcionaba



ya como marco de referencia para las elites criollas en la formulación de una identidad diferenciable de la metrópolis española (54-55). De allí que, intelectuales como Domingo del Monte reconocieran en Estados Unidos la fuente de “civilización” que le era negada bajo el régimen colonial (87). Pérez señala la interesante paradoja de que los procesos de americanización sufridos por la isla condujeron a la proposición de la cubanidad: “the process of appropriation and adoption became the means to defend nationality” (162). Es importante reconocer sin embargo, que a la formación de esta identidad acudieron también otras alteridades; tanto la española, como aquellos grupos sociales-raciales al interior que se identificaban como diferentes. De allí que tanto los procesos de identificación como los de diferenciación variasen de acuerdo a los diferentes actores interpelados evitando así la constitución de modelos inmutables.

En su libro acerca de la mistificación nacionalista de José Martí, Lilian Guerra propone que la existencia conflictiva entre varios proyectos de nación, respondió ya para finales de siglo XIX a procesos internos entre distintos sectores sociales de la sociedad cubana (11-12). Lo interesante de este argumento es que permitiría ver la relación entre Estados Unidos y la isla no únicamente bajo las premisas unilaterales de subordinación y aculturación, sino también como una dinámica instrumental que aseguraba la hegemonía al interior de Cuba de determinados grupos sociales. La tesis de Guerra

argues that Cuban nationalists engaged, manipulated, and even legitimated the role of U.S. imperialism in Cuba’s internal governance for two reasons. First, they sought to blunt that appeal of rival nationalisms, and second, they wanted to neutralize the authenticity of their proponent’s historical claims to acquire or retain state power (11).

Una instrumentalización criolla de la hegemonía neocolonial estadounidense, en función de faccionalismos intraclase, complejiza necesariamente la visión que sobre aquel país tenían las elites políticas e intelectuales de la isla. El discurso nacionalista va a dramatizar de una manera reduccionista la tensión maniquea entre la aceptación de la hegemonía estadounidense o su resistencia (Pérez 30).

Ciertamente durante el siglo XIX y durante los primeros años del XX, hubo un sector nacionalista claramente proimperialista que veía en la asociación con Estados Unidos una manera de garantizar su propia hegemonía al interior de la isla. Esta hegemonía encontraba su legitimación a través del discurso modernizador. Para este sector, la tutoría de aquella nación proveería los elementos necesarios para insertar exitosamente a Cuba en la senda de las grandes naciones. Este nacionalismo era argüido por un estrato de clase media y alta que había sido educada y/o había vivido gran parte de su vida en Estados Unidos (Guerra 15). Su experiencia fuera de Cuba legitimaba sus argumentos sobre la superioridad de aquel país. Se adherían a cabalidad al modelo difusionista acerca de la “importación” estadounidense de un modelo de desarrollo o de modernización en la isla. A diferencia de ciertos sectores anexionistas que no tenían dudas sobre el fracaso de la nación cubana para insertarse en la senda modernizadora —bajo los alegatos deterministas acerca de la fatalidad de la heterogeneidad racial cubana (De la Fuente, *Nación* 73)—, esta generación creía en la posibilidad efectiva de un desarrollo progresivo bajo la guía de una nación “más adelantada” como la norteamericana. Esta ‘guía’ se oficializó a través de la Enmienda Platt firmada en

1901. En ella, Estados Unidos aseguraba en Cuba el control de la deuda pública y los tratados comerciales, el derecho a intervenir para proteger la vida, la libertad, la propiedad o la validación de los actos del gobierno militar y, la provisión de bases navales por periodos prolongados (Langley). El contenido de la Enmienda básicamente supeditaba de manera humillante para aquellos sectores que habían apoyado las luchas independentistas, la soberanía de la isla a Estados Unidos dando lugar a lo que se conoce como la “república mediatizada”. Tal como lo expresa Louis Pérez: “Cubans had achieved self-government without self-determination and independence without sovereignty” (*Cuba* 192). Sin embargo, otros sectores veían la sujeción norteamericana con mejores ojos. El presidente Tomás Estrada Palma, firmante de la Enmienda, es posiblemente el ejemplo más ilustrativo de este sector del nacionalismo pro-estadounidense. No fue el único, sin embargo. Para una buena parte del sector liberal antes y después del 98, la supeditación a España condenaba a Cuba a apartarse de la línea ascendente de la civilización (Pérez, *Cuba* 86), línea que Estados Unidos sí garantizaba: “La civilización ibérica en América es una obra colosal, que en todo, menos en futuridad, pudiera decirse, sobrepuja a la inglesa” (Ramos, *Panorama* 38).

En las dinámicas locales, el desplazamiento hegemónico de España a Estados Unidos se tradujo en la monopolización de la administración pública. La actividad económica; industrias, banca, servicios y centrales azucareras, quedó mayoritariamente concentrada en manos extranjeras —principalmente estadounidenses—, con lo cual, la burocracia estatal se ofrecía como uno de los pocos caminos abiertos a los cubanos para la obtención de recursos. Ello redundó

en la formación de una estructura clientelista por parte de los partidos tradicionales que lograron insertarse con éxito en la estructura neocolonial.

Sin embargo, para los intelectuales de *Cuba Contemporánea* la postura proimperialista era más complicada. Se trataba de una primera generación que despertaba a la vida pública e intelectual en medio del pesimismo que supuso la usurpación de la independencia cubana por Estados Unidos. El orden neocolonial parecía cerrarles las puertas de la vida económica y política a estos jóvenes. Por un lado, no formaban parte de los círculos políticos partidistas, salidos en su mayoría del otrora Ejército Libertador. Ello conllevó a que tuviesen limitado acceso a la administración pública, principal fuente de ingresos para los cubanos (Hennesy 250, De la Fuente *Nación* 186). Por otro lado, la hegemonía de Estados Unidos no sólo se reflejaba en el dominio político que ejercía sobre estas redes partidistas, sino también en el económico. Con el control estadounidense sobre los tratados de exportación e importación, las centrales azucareras, y el creciente monopolio sobre la tenencia de tierra, los cubanos habían sido prácticamente excluidos de la vida económica de su propio país (Hennesy 250). A esto se agregaba el agravante para ellos de que un significativo número de españoles eran los que manejaban buena parte del comercio interno. Como los jóvenes personajes Washington y Epaminondas Mendoza en la novela *Coaybay* de José Antonio Ramos, el país les ofrecía muy pocas opciones: intentar sumarse a las redes corruptas y parasitarias de la administración pública y/o participar en las rebeliones armadas de turno, languidecer lentamente bajo el ejercicio de alguna profesión liberal en una república cuyas leyes sucumbían constantemente ante la fuerza de los caciques de

turno, o marcharse al exilio. La sensación de alienación con respecto al país se expresa dramáticamente por boca de Washington Mendoza, suerte de alter ego del autor: “¿Qué le quedaba por hacer en la vida? Había intentado todos los caminos, y todos se habían cerrado para él. Era como un extranjero, como un réprobo en su propia patria. Su delito irremisible era pensar y sentir diferente del resto de sus compatriotas ¡no había esperanzas para él!” (163).

El desencuentro de estos jóvenes intelectuales con su entorno no llegó tan lejos como para que fuesen capaces de cuestionarse radicalmente las premisas que sostenían el neocolonialismo. No veían una relación directa entre la hegemonía estadounidense y la situación económica y política al interior de Cuba. Sin embargo, era claro que el país estaba muy distante de los ideales del darwinismo social que tardíamente profesaban. Aunque no se cerraron al pesimismo absoluto —quizá porque ello hubiese supuesto la propia aniquilación como elite orientadora del proceso modernizador—, su visión rompió con la posición celebratoria del nacionalismo plattista. Este cambio de percepción ha llevado a que estudiosos como Wright establezcan una continuidad y no una ruptura entre esta generación y la siguiente. Así, los primeros intelectuales de la república habrían abierto el camino por el cual emanaría eventualmente la crítica de los veinte contra el status quo.

El escritor José Antonio Ramos es el caso más representativo de esta generación. Su obra dramatiza la constante tensión entre la emulación y la denuncia de la nación norteamericana. Su declarada admiración por ese país y su preocupación simultánea por la complicidad estadounidense en el sostenimiento de lo que veía como un orden decadente ha llevado a lo largo del siglo, a que la

interpretación de su obra permanezca atrapada en la contingencia histórica: "los giros inesperados del devenir histórico lo colocan, nuevamente, fuera de los anaqueles escénicos: demasiado conservador para ser revolucionario y demasiado revolucionario para ser conservador" (Montes-Huidobro 848). La indefinición ideológica de Ramos nos lleva a diferenciarlo de otras propuestas elitistas latinoamericanas. La suya no intentó, como en el caso de la República Dominicana o de Puerto Rico, establecer una identidad cultural latina, hispanófila; pero tampoco se insertó cómodamente en la línea del discurso liberal modernizante de intelectuales como Domingo Faustino Sarmiento debido a su críticas contra la sociedad norteamericana. Para Ramos por ejemplo, el consumo compulsivo estadounidense y las prácticas usurarias de las compañías y bancos, son rasgos que incidían negativamente en el país.

Esta singularidad con respecto a ambos discursos elitistas explica en parte las posturas contradictorias en el debate sobre la influencia del *Ariel* del Rodó en la Cuba republicana de los primeros años. Mientras algunos académicos dan por sentada la hegemonía cultural del discurso arielista hasta la década de los 20s, otros la niegan debido al pasado reciente de las luchas independentistas contra España, en las cuales tanto las consignas como la composición del ejército libertador —los mambises— eran de condición popular. Ciertamente, Louis Pérez señala que el ideario de la Guerra de Independencia de Cuba Libre (1895) se aproximaba más a la futura Revolución Mexicana que a las guerras independentistas decimonónicas sudamericanas (*Cuba Between*). Al respecto del debate sobre la existencia de un arielismo hispanófilo dominante De la Fuente asegura que

En contraste con los inicios de la República, cuando el futuro de Cuba era frecuentemente identificado con la expansión de su población blanca y de **sus raíces culturales españolas**, a fines de la década de 1920 el movimiento Afrocubanista proclamaba que las influencias africanas eran al menos igualmente importantes en la definición del carácter de la nación cubana (negritas mías, 256).

Wright no duda en afirmar por el contrario que:

the crude analogy of Latin American spiritual grace versus North American utilitarianism so popular among writers attempting to foster nationalism in other Latin American countries at the beginning of the century was disapproved of in Cuba for the disunity of the Americas implicit in it. This group favoured a reapprochement of all American intellectuals and **rejected the prejudices of Arielism against the nation whose values could take them away from Spanish obscurantism, Catholic fanaticism and retrograde traditions**. In anti-Spanish terms, consolidating links with the U.S. was the progressive stance (negritas mías, 113).

Si bien es posible señalar en el caso de De la Fuente, que no por tratarse de un discurso nacionalista blanco, éste debía necesariamente responder a la detentación de una identidad cultural originaria hispanófila, también es cierto que el antihispanismo de los intelectuales liberales de principios de la república no era absoluto. Ramos por ejemplo, rescata cierta heredad cultural española en la romantización de una hidalguía patriarcal colonial, cuya austeridad e idealismo contrastaría con el derroche, la opulencia y el interés individual propio de la *norteamericanización* de la sociedad. Mi punto es que tanto el arielismo como el proamericanismo sirvieron de correlatos referenciales para la elaboración de un discurso nacionalista reformista que expresara las preocupaciones culturales y políticas de una generación blanca liberal de clase media que se sentía excluida del sistema neocolonial y que, al mismo tiempo que rescataba románticamente la historia gloriosa de las luchas independentistas, las relegaba a un pasado superado

por la línea ascendente de la modernidad. De este modo, se legitimaban a través de la formulación de un origen nacional al tiempo que cerraban el paso a cualquier acción renovadora por la vía revolucionaria. Vía que, a principios de siglo, abrazaban actores políticos de prácticamente todas las tendencias sin que ello implicase la sustentación de programas políticos revolucionarios o radicales. Tanto las rebeliones armadas como sus posibles actores quedaban así reducidos al anacronismo: veteranos de las guerras de independencia, negros y mulatos, pero también aquellos blancos que habían venido a engrosar los partidos liberal y conservador; los múltiples caudillos regionales, los obreros que pudiesen rebelarse contra un sistema excluyente, etc. Todos ellos conformaban amplios sectores que real y/o potencialmente le disputaban a los jóvenes intelectuales la hegemonía cultural y política al interior de la isla.

### **7.1 LA POLÍTICA DE LA ANTIPOLÍTICA**

A partir de enero de 1913, la revista *Cuba Contemporánea* se convirtió en uno de los principales órganos de difusión de la comunidad cubana imaginada por esta generación. Una de las vías de “hacer patria” (Wright 110), fue la publicación de artículos que resaltaban las figuras de próceres como José Martí, Domingo del Monte, Antonio Maceo, Máximo Gómez, Antonio Zambrano y Carlos Manuel de Céspedes (Wright 111). La revisión y exaltación de ciertos actores históricos



cubanos del siglo XIX siguió la dinámica propia de los discursos historiográficos modernos:

la historiografía separa en primer lugar su propio presente de un pasado, pero repite siempre el gesto de dividir. La cronología se compone de “períodos” (por ejemplo: edad media, historia moderna, historia contemporánea), entre los cuales se traza cada vez la *decisión* de ser *otro* o de no ser *más* lo que se ha sido hasta entonces (Renacimiento, Revolución). Por turno, cada tiempo nuevo ha dado *lugar* a un discurso que trata como “muerto” a todo lo que le precedía, pero que recibía un “pasado” ya marcado por rupturas anteriores (De Certau 17).

La reescritura de un pasado fundacional cubano supuso un gesto divisor frente a las luchas independentistas del XIX. La *decisión* de ser *otro*, de clamar por un cambio en el modo de ejercer la cubanía —de “no ser *más* lo que se ha sido”— es precisamente la novedad con la cual esta generación busca legitimarse: “el discurso histórico vuelve explícita a una identidad social, no como “dada” o estable, sino como diferenciada de una época anterior o de otra sociedad. Supone la ruptura que convierte a una tradición en un objeto pasado” (De Certau 62). Esta ruptura estriba principalmente en una praxis política diferencial de la vía armada, tan común en la época. Al igual que los intelectuales pesimistas dominicanos finiseculares, la crítica aquí va dirigida una y otra vez en contra de los múltiples levantamientos montoneros que impedían la modernización de la nación.: “Yo me permito creer (...) que las batallas más gloriosas de esa cruzada [contra “el despotismo invisible del pasado y de la tradición”] no ha de ser tanto en el campo y a tiros como en la tribuna, en el libro, en el periódico y en la escuela” (Ramos, *Coaybay* 131). Rechazando las rebeliones montoneras, el personaje Washington Mendoza sugiere más bien la tesis de que “la solución nos vendrá de la vida

modesta, conservadora y recoleta, de la vuelta a la tierra que nos permitirá satisfacer, sin demasías ni pobreza, las necesidades cotidianas, y del fomento de la instrucción pública, de la propagación de la cultura, que nos devuelva el sentido de nuestra propia personalidad nacional” (en Portuondo 368).

La interpretación histórica de Cuba remite a una narrativa que a su vez, está sujeta a su propia historicidad, es decir “implica un movimiento que enlaza una práctica interpretativa a una praxis social” (De Certeau 35). Dicha praxis condena la repetición de un pasado romantizado —el de los fundadores de la patria— en aras del desarrollo de una lógica progresiva vía el disciplinamiento cívico de los elementos nacionales. De allí que, aunque haya una visión indulgente, la alternativa revolucionaria esté desechada de antemano en el presente diferencial. La negación de la vía armada permite legitimar el proyecto letrado de formación de una identidad nacional tutelada ya no por los antiguos actores de la política nacional, sino por una renovada elite civilista.

El rechazo a las luchas revolucionarias conllevaba a la certeza de la imposibilidad de un cambio radical del estatus quo, tanto en la política nacional como frente a la sujeción neocolonial. Esta impotencia derivó en el discurso de la antipolítica que prometía la resolución de los conflictos mediante la aceptación de una ausencia de opciones de cambio viables. El “interés general”, ‘superador’ de intereses particulares o falsas ideologías, vendría garantizado por lo que Jacques Ranciere denomina “realismo”; es decir, se trataba de una operación en la que la “consensualidad feliz” se sustentaba en “lo único que es posible hacer” (*Desacuerdo* 173). Si la política vendría siendo la mayor expresión de la

imposibilidad constitutiva del orden social republicano, entonces la antipolítica prometía el borramiento de esas divisiones internas cancelando todo litigio político dada la inexistencia de alternativas. En el ámbito interno, el discurso de la antipolítica vino acompañado de propuestas culturalistas y educativas a largo plazo. La economía, traducida en trabajo productivo, debía desplazar a la política como única vía para el desarrollo de la nación: “Yo creo que el nuestro no es un problema político, sino un problema económico-social” (Ramos, *Coaybay* 129). De este modo, la actividad política quedaba reducida a un enfoque tecnocrático, una forma de “archipolítica” basada en el saber exclusivo de los expertos (Ranciere 90). En relación a Estados Unidos, era imposible la ruptura tutelar. En la novela *Coaybay*, la isla se ve constantemente presionada por la influencia poderosa de Norlandia, país que representa a Estados Unidos. Frente a esta situación uno de los jóvenes protagonistas concluye que “la invasión norlandesa había que admitirla y encauzarla, no oponerle romántica resistencia” (78). Para Ramos la aceptación pasiva de la hegemonía estadounidense respondió a la certeza “positiva”, científica de la superioridad de aquella nación.

La defensa de una vía reformista entonces, se justifica tanto por el concepto que esta generación tenía de Estados Unidos como sobre la nación cubana. La imposibilidad de vincular la situación neocolonial a la constante inestabilidad política y social llevó al razonamiento según el cual el pueblo cubano era la fuente principal de la decadencia nacional. Esta conclusión se apoyaba en las teorías científicas del positivismo y en las premisas culturalistas del sentimiento antiespañol. En la revista *Cuba Contemporánea* se publicaron artículos de análisis y

diagnóstico de la sociedad cubana bajo estas perspectivas. Algunos de sus títulos sugieren el carácter correctivo cientificista: "El problema negro" de Carlos de Velasco, "La indisciplina de nuestros pueblos" de Luis Mario Pérez, "Nuestra indisciplina" de Enrique José Varona, "Aspectos censurables" de Mariano Guiral Moreno, "Las raíces del mal: Los remedios" de Julio Villoldo, "Aclimatación del cubano" de Luis Mariano Pérez (Fernández 109), "La primera comunión cívica" de José Antonio Ramos, "El saneamiento de las costumbres públicas" de Mariano Guiral Moreno y Carlos Velasco, "Ni la amenaza ni la violencia: la ley" de Carlos Velasco (Wright 113). El problema climático y racial por un lado y el legado español por el otro, aparecían como los mayores obstáculos a superar. Todavía hacia 1935 Ramos asegura: "Lo históricamente irrefutable (...) es que nuestra América Centro-Austral, enorme, ubérrima, y situada mayormente en la zona tórrida, mantuvo en perpetua desorganización las tremendas, las ingentes energías españolas y lusitanas empleadas en la conquista" (*Panorama* 38); y agrega "el instinto predatorio de los peninsulares, al desenvolverse —como en el Sur de los Estados Unidos— entre esclavos y razas subyugadas, y en territorios fértiles, no conoció frenos ni límites" (*Panorama* 38). La decadencia de la sociedad cubana se traducía en una pésima combinación de factores en los que la tradición española no era un agente menor:

Como espectros de una edad pretérita, los principios de la tradición hispánica desfilan en las obras de Ramos como una realidad de pesadilla: los prejuicios de casta, el desprecio al trabajo manual, el paternalismo despótico de la familia y el estado, el parasitismo de las clases altas, del clero y de la gente de espada, el fanatismo religioso, el falso idealismo legalístico y formulista, el control de la iglesia en la educación, la mojigatería de la mujer y el donjuanismo de los hombres (Olguín 25).

Todos estos rasgos se conjugaban fatalmente en la práctica política, actividad que dramáticamente demostraba el atraso de la nación y ante la cual había que tomar distancia. En 1916 Ramos escribe su ensayo socio-cultural, *Manual del perfecto fulanista*. Desde una posición de superioridad intelectual, avalada por la legitimidad “científica”, el autor retrata y critica la realidad nacional. A la manera del método positivo, Ramos se aboca al estudio del cuerpo nacional y de la composición de su “anatomía” por “suborganismos” político-sociales. Aunque a lo largo del texto sostiene su condena hacia cierto pesimismo conformista, es claro que su diagnóstico es poco menos que desolador: “nuestra nacionalidad (...) es todavía una estructura informe y fragmentaria, ninguno de los cuales tiene espíritu arraigado de disciplina ni plena conciencia colectiva” (37). La falta de una unidad colectiva que consolide una conciencia nacional se traduce en una estructura nacional inestable, indisciplinada en la que los “fulanos” —caudillos de los partidos tradicionales de turno— ejercen una política destinada a colmar sus propios anhelos personalistas sin ninguna ideología que la sustente<sup>93</sup>. La eficacia de los fulanos consiste en el manejo unilateral sobre las ciegas muchedumbres (Portuondo, “contenido” 223). En esta estructura fragmentaria, Ramos visualiza la hegemonía norteamericana como uno de los pilares sostenedores de los fulanos (40-41), sin embargo, planteado su estudio como una observación sobre los “microorganismos” de la nación, para él los elementos patológicos permanecen al interior de este cuerpo social. Razonado así, la agencia estadounidense aparece como una

---

<sup>93</sup> Ramos ve negativamente el fenómeno del caudillismo como parte del legado católico español. (*Panorama* 27)

consecuencia y no como una de las causas del desorden nacional. En su ensayo “Los Estados Unidos y el patriotismo” de 1924, Ramos justifica la continua intervención: “en los Estados Unidos predomina todavía la generosa idea fundamental de la Unión. Ya no se piensa en añadir estrellas, pero ve nuestros pueblos dispersos, mangoneados miserablemente por bandos y caudillotes” (en Portuondo, “pragmatismo” 371). Esta posición complaciente con el intervencionismo estadounidense fue la habitual hasta la década del veinte: “between 1913 and 1920 the 'Cuba Contemporánea' group produced no work comparable to the earlier violent critiques of U.S. imperialism by the Oriente journalist César Gandarilla, Colonel Enrique Collazo (...) or Juan Gualberto Gómez, the heirs to Martí's thought” (Wright 111). Por el contrario, “most articles in *Cuba Contemporánea* prior to 1920 stressed the safeguards the Platt Amendment provided for national security and excused U.S. incursions into Latin America as defensive policy” (Wright 111).

En 1917 Ramos da a conocer una de sus piezas teatrales más conocidas, *Tembladera*. La obra dramatiza el drama de una familia de terratenientes criollos venida a menos en plena época de traspaso de tierras cubanas a manos estadounidenses. El nudo argumental radica en la posible venta del ingenio Tembladera a Mister Carpetbagger<sup>94</sup>. Por causa de la quiebra, el viejo y cansado patriarca don Fernando Gonsálvez de la Rosa se ve conminado a vender su propiedad y repartir la ganancia entre sus hijos. El héroe de la obra, Joaquín Artigas, está resuelto sin embargo a impedir la venta. Hijo del antiguo administrador de la hacienda, Joaquín logró ascender socialmente formándose como abogado y

---

<sup>94</sup> Nótese la caracterización como un oportunista venido de fuera en el nombre del personaje.

habiendo participado muy joven en las luchas independentistas. Como administrador actual del ingenio, su cometido patriótico es conservarlo y ponerlo a producir evitando que caiga en manos extranjeras. Ahora bien, si Mr. Míster Carpetbagger supone la amenaza latente del monopolio estadounidense, el verdadero obstáculo a vencer radica en realidad en la mentalidad parasitaria de los hijos y el nieto de don Fernando Gonsálvez, quienes sin apego alguno a la tierra desean la venta inmediata del ingenio. Ramos presenta una galería de personajes — Mario, Luciano, Teófilo, Gustavo— para demostrar una juventud que por diversas razones — consumismo, aculturación, egoísmo, resentimiento social, hedonismo, etc.— formarían parte de esos “microorganismos” sociales que impiden el desarrollo sano de la nación. A través de un cuerpo nacional cubano que se debate entre el oportunismo y la indiferencia, Ramos retrata un mundo desarraigado, no tanto por la presencia extranjera como por la falta de voluntad patriótica de sus ciudadanos. La resolución optimista de la trama no se produce con el desvanecimiento de Míster Carpetbagger —personaje que por lo demás nunca aparece en escena— sino por la decisión final de don Fernando Gonsálvez de dejarles el ingenio a Joaquín y a su hija Isolina, la pareja fundacional del proyecto nacional que Ramos propone para el país. En el extremo moralmente opuesto, el personaje Gustavo, hijo de don Fernando, es la antítesis de Joaquín, representa una clase oligárquica parasitaria que sólo aspira a vivir de las rentas o de la herencia familiar. La caracterización de Gustavo expresa la denuncia contra el legado hispanófilo. Sin embargo, las causas de que el nieto Teófilo se asemeje a su tío Gustavo tienen otro origen. Su carácter radica no tanto en una cultura colonial

heredada sino en su desmesurada admiración por Estados Unidos que lo lleva a una enfermiza obsesión de abandonar el país a toda costa para irse a Nueva York. Tanto Teófilo como Gustavo —los dos personajes moralmente condenables de la obra—, fueron educados en Estados Unidos. Con ello el autor pareciera implicar que parte de su falta de patriotismo tiene que ver con la *americanización* que han experimentado. Al concebir la alternativa del trabajo productivo de la tierra en contraposición a la improductividad de estos dos personajes, Ramos cuestiona tanto el legado español como la influencia estadounidense. Sobre esto último es sin embargo, cuidadoso. La influencia norteamericana tiene consecuencias negativas específicamente en aquellos que no están en capacidad de asumirla con la suficiente madurez y preparación. Así se lo explica Isolina a Teófilo a propósito del deseo hipotético de Joaquín de enviar a sus hijos a estudiar a Estados Unidos:

Él habla de mandar jóvenes ya formados (...) hombres ya hechos en Cuba y capaces de asimilar con fruto la civilización norteamericana, en vez de deslumbrarse con ella y renegar de su patria no porque en su patria echen de menos la cultura y el civismo “yankee”, sino porque en ella no vean los “rascacielos”, ni un Coney Island, ni la Quinta Avenida... (363)

Tanto en el *Manual del Perfecto Fulanista* como en *Tembladera*, los males nacionales no radican tanto en la hegemonía extranjera como en el ocio improductivo del conglomerado cubano, bien dedicado a la política o bien dedicado al snobismo de la clase media y alta en su deslumbramiento frívolo por Estados Unidos. En ambos textos, Ramos oscila entre un elitismo arielista de franco desprecio a las masas y a la clase media *norteamericanizada* que lo lleva a cuestionar a la inculta dirigencia política; pero no a la estructura jerárquica del cuerpo nacional, y cierta celebración de una movilidad social que permitiría el



protagonismo de personajes como Joaquín por encima de las tradicionales oligarquías heredadas del sistema español. Mientras lo primero lo aleja de la democracia estadounidense —la mediocracia del número para Rodó—, lo segundo más bien lo acerca a ella. De allí, el intento por lograr un cierto equilibrio entre el discurso identitario del escritor uruguayo y el sistema norteamericano.

Paradójicamente, mientras estos letrados se proponían como la voz autorizada capaz de ejercer los correctivos necesarios para el bien nacional frente a una “sociedad indolente e imitativa” (Ramos, *Coaybay* 341), sus postulados peyorativos hacia esa misma sociedad los llevó a repetir el gesto modernista de desprecio por la política, actividad que veían fatalmente alejada de la ideal *aristarquía* rodosiana. La visión peyorativa sobre los jóvenes aculturados y los funcionarios políticos, se hacía extensiva a los intelectuales públicos, los cuales formaban también parte de la estructura *enfermiza* del fulanismo. Así queda expresado en *Coaybay*: los “compatriotas, ajenos al hecho de vivir (...) obedeciendo a determinado 'sentido de la historia', sólo sabían de un modo positivo que el que escribe y da conferencias quiere algo, quiere notoriedad, influencia política: lo mismo, al fin y al cabo, que “los otros” (154). La antipolítica, tal como lo expone Ranciere opera entonces como una forma de exclusión ‘desinteresada’, ‘despolitizada’ sobre niveles de la sociedad vistos peyorativamente. En uno de sus ensayos publicados en *Entreactos* Ramos afirma que

lo que necesita la nación es que se reste importancia a la política, que se limite la producción y multiplicación de ‘políticos’ y se conceda necesaria atención a las fuerzas vivas del país, a las proposiciones fecundas, a las actividades creadoras, hoy apabulladas, silenciosas y como espantadas por el escándalo

de los mítines, discursos, juntas y conciliábulus, campañas enconadas y prédicas incendiarias (en Portuondo “contenido” 219).

Es posible que, al igual que ocurrió con los modernistas, la antipolítica — expresada en el rechazo al espacio público— esgrimida por esta primera generación republicana respondiera a una posición defensiva frente al marginamiento económico y político de las alianzas entre la tradicional clase dirigente y las *muchedumbres*. En consonancia con la argumentación de Rodó, la superioridad de esta generación estribaba en su calidad moral, en una espiritualidad ajena del quehacer político:

politics to them were by definition evil. Indeed, 'Cuba Contemporanea's' first editorial stated specifically that they would remain equidistant from every political tendency. They held themselves morally aloof from the political meleé, censuring from the sidelines. This was, however, one of the biggest flaws in their campaign to "hacer patria" 'the idea that it could be achieved by non-political means. They substituted moralising for politics (Wright 115).

En efecto, toda actividad política parece condenada al fracaso, dadas la condiciones de inferioridad moral e intelectual del pueblo cubano y de sus dirigentes. Ya en 1906 Ramos había escrito la pieza teatral *Almas Rebeldes* exponiendo el problema. En ella el protagonista Eugenio decide apoyar una huelga obrera aún en contra de la voluntad de su padre quien es el mayor accionista de la compañía. A pesar de su sacrificio, los trabajadores terminan traicionándolo. En 1914 escribió *Calibán Rex*, obra dramática en la que los ideales del doctor Gómez Viso resultan subsumidos por una masa inculta y por los oscuros intereses partidistas. En *Tembladera* por su parte, el desenlace feliz viene dado por la vuelta al campo y su explotación productiva fuera del escenario urbano y de las actividades políticas que allí tienen lugar.

La noción del rechazo a la política interna como una actividad calibánica, demuestra hasta qué punto esta posición delataba un profundo desprecio hacia sectores ‘convenientemente’ excluidos del discurso antipolítico. Dicho discurso, sin embargo, resultó poco estratégico. Determinó la escisión entre las audiencias al momento de la fundación republicana entre lo que Antonio Cornejo Polar denominó la “inmediatez” y “la posteridad” (54):

En los años de la fundación de la república es notable la bimembración de la audiencia entre un polo que se instala en la actualidad más inmediata del país, constituyendo la “opinión pública” y el otro que se desplaza hacia el futuro y se expande hasta cubrir el universo y la humanidad, bajo la reiterada imagen de una “posteridad” legitimadora del proceso histórico (54).

Si bien estos intelectuales se abocaron a la conformación de mitos fundacionales a través de la publicación de sus diversos ensayos, novelas y obras de teatro, es claro que se limitaron a los espacios privilegiados de la alta cultura. Perdieron así, el receptor privilegiado de la “opinión pública”. La imposibilidad de conciliar ambas esferas determina el fracaso de la propuesta de una generación que no logró consolidar un proyecto viable de nación. En la novela *Coaybay* que estudiaremos en la próxima sección, veremos cómo esta escisión determina el final trágico de los personajes, atrapados en su propio aislamiento.

La disyuntiva entre el espacio público y el torremarfilismo, resultó igualmente problemática en la trayectoria biográfica de algunos de estos intelectuales. Escritores como Ramos se ven impedidos de aislarse de la vida pública. A diferencia de algunos de sus personajes idealizados que se abocan al trabajo productivo en el campo, Ramos no renuncia a la responsabilidad romántica del escritor como “guía heredero de las autoridades espirituales” de las naciones (Real

xi): “el verdadero intelectual tiene otra misión que la del líder político. Este puede sacar partido de la confusión. Aquel tiene por razón específica de su existencia el deber de esclarecer, de serenar el espíritu y prepararlo para su triunfo sobre el caos” (Ramos, *Panorama* 238). Sus ensayos, su proyecto de reforma al Código Electoral Cubano de 1914, la redacción de manifiesto de la Asociación Cívica Cubana en 1916, su conferencia “Crítica de la hora actual y ensayo de una nueva justificación de la República de Cuba” en 1921, demuestran hasta qué punto la actividad política era para Ramos connatural a su posición de intelectual. Aún más, a pesar de la afirmación en *Coaybay* de que apelar a un sueldo del estado era “el eterno refugio de los incapacitados y de los inútiles” (341), Ramos ejerció como funcionario diplomático cubano la mayor parte de su vida, viviendo en el exterior, desde donde escribió muchos de sus textos. Su biografía demuestra el tremendo dilema entre lo que predicaba y lo que practicaba. Esta contradicción revela hasta qué punto las prédicas nacionalistas de esta generación eran inconsistentes con su entorno y determinaron su ineficacia política.

## **7.2 LA ASIMILACIÓN SELECTIVA**

Hacia 1912 Ramos polemiza con el escritor venezolano Rufino Blanco Bombona a propósito de las afirmaciones arielistas de aquél: “No es cierto que los Estados Unidos sea un pueblo de cretinos ambiciosos y groseros. Neutralicemos sus armas con sus armas. Opongamos a su expansión una faz firme, una laboriosidad como la

suya, infatigable y abierta a todas las corrientes” (en Portuondo 364). Ramos invierte la polaridad valorativa de Rodó —trabajo compulsivo /ocio creativo— a la que agrega la de paz/guerra para reivindicar positivamente a la nación norteamericana frente al discurso arielista. Hemos visto cómo las distintas rebeliones armadas eran consideradas rémoras del pasado, propias de la premoderna actividad política. Estados Unidos en cambio, eran el paradigma por excelencia de la modernidad porque estaban exentos de las guerras internas:

El pueblo americano está todavía libre de grandes odios, fuera de sus divisiones internas de blancos y negros, cristianos y judíos, cien-por-cien y recién llegados, nórdicos y meridionales. Porque son las derrotas y victorias campales, los hechos “gloriosos” de guerra de donde nacen los odios colectivos. Y en Estados Unidos no se sabe bien aún lo que es guerra... (*Panorama* 146)

Resulta revelador que todavía hacia 1935 Ramos eluda no sólo el tema de las incursiones armadas estadounidenses en otros países, sino también la Guerra de Secesión. En su *Panorama de la literatura norteamericana* ciertamente hace mención a la guerra civil del XIX, sin embargo es claro que a su juicio ésta no reviste la suficiente importancia como para constituir una significativa excepción a la anterior afirmación. La referencia a los conflictos raciales y sociales también resulta menospreciada en una idílica visión de la sociedad norteamericana: “Sin renegar de mis sentimientos ni abandonar mis ideales de latino, iberoamericano, los Estados Unidos no son para mí sino un ensayo social, el gran ensayo humano por excelencia de nuestra era” (*Panorama* 6). A lo largo de sus revisiones historicistas, Ramos tropieza con algunos acontecimientos históricos norteamericanos condenables: la voracidad de sus bancos en Cuba, la Guerra Civil, el patriotismo xenófobo, la

esclavitud en el sur, etc. Todo ello lo desdeña, señalándolo como excepciones históricas: un sur estadounidense 'latinizado' contrario al verdadero espíritu anglosajón, el fervor patrioter por la postguerra, el materialismo grosero de la inmigración judía, etc. Todas estas *anomalías* no se sobreponen sin embargo, a la idea del autor de que “la América del Norte no fue en su origen, ni podrá ser ya por mucho tiempo, lo que en justicia creímos y nos puso en guardia contra ellos, desde la ambición de tierras de su esclavistas sureños hasta el oro maldito de sus empréstitos y sus vampirescas inversiones político-industriales de nuestros días” (233).

La apología de este “gran ensayo social” alcanza su clímax cuando Ramos contempla una posible absorción estadounidense:

Y si a pesar de nuestros esfuerzos bien empleados (...) somos aniquilados y absorbidos, la historia —esa historia que tanto parece preocuparnos— no nos acusará de haber perdido el tiempo insultando gratuitamente a los conquistadores, y tratando de echarles en cara defectos y faltas que deberíamos empezar por remediar en nosotros mismos (en Portuondo, “pragmatismo” 364).

Recordemos sin embargo, que la posibilidad de la aculturación cubana era problematizada a través de la valoración peyorativa de algunos de los personajes de *Tembladera*, deslumbrados con la nación estadounidense. Sólo una elite patriótica parecía estar en condiciones de discernir correctamente los aspectos positivos de los negativos para evitar la absorción total. Personajes como el protagonista Joaquín sugieren una imagen especular del intelectual como único posible mediador entre la isla y Estados Unidos, ya que por un lado las masas se mantenían ignorantes de los avances de la modernidad y por el otro, un gran sector

de la clase media y alta carecía de una base intelectual y nacionalista sólida para no dejarse deslumbrar por los vanos espejismos estadounidenses.

La novela *Coaybay* (1926) dramatiza como ninguna otra las problemáticas en torno a la polaridad nacionalismo/americanismo, resistencia/aculturación, demostrando hasta qué punto la posición privilegiada del intelectual mediador entre Estados Unidos y la isla no podía escapar a la ambigüedad. En consonancia con una corriente de realismo sociológico, la novela constituye más bien un extenso ensayo interpretativo sobre la realidad política cubana. De allí el tono descriptivo, moralizante y exhortativo en que los personajes funcionan como estereotipos que alegorizan conflictos políticos y sociales. La acción narrativa resulta ancilar a la exposición de ideas preconcebidas por Ramos para intentar demostrar al lector; con pretensión objetiva, las razones de la inviabilidad republicana. Para ello procede a mostrar, comparar y analizar las diferentes posiciones político-sociales respecto a la situación cubana en su totalidad. La conclusión de su análisis, —su tesis—, no ofrece una resolución conciliadora al conflicto político representado.

La obra narra una revuelta armada en la isla de Coaybay (Cuba), vecina al poderoso país de Norlandia (Estados Unidos). Lo que se busca es derrocar la dictadura del general conservador Ricardo Montebanco. El dirigente rebelde, don Marcelo Peñalba de Mendoza, es un viejo prócer independentista fiel a sus idearios nacionalistas. Retirado de la vida pública y ejerciendo como abogado en su antigua mansión en Naraguá antigua, se ve conminado a liderar la revuelta. Sus dos hijos Epaminodas (Minón) y Washington Mendoza se involucran en los acontecimientos. El primero había sido educado en París, habiendo adquirido un exquisito estilo de

vida bohemio que permutará por la política dado su aburrimiento en la isla. El segundo, educado en Norlandia, resulta una suerte de alter ego del autor. Convencido tanto de la inutilidad de su profesión como abogado, como de sus intentos por exponer sus ideas a sus compatriotas, se retira a la finca de Gualama dedicándose a criar puercos, aves y a sembrar hortalizas y frutas.

Estos tres personajes representan las diferentes visiones de elite sobre la realidad nacional. Alternativamente, cada uno de ellos supone una respuesta frente al dilema de la aculturación y la resistencia. Don Marcelo es un hombre de absoluta integridad moral apegado tercamente a un nacionalismo antiimperialista. Sus buenas intenciones sin embargo, lejos de lograr un cambio político en el país, conllevan a la perpetuación del caos y el parasitismo gubernamental. El cosmopolita Minón, representa el legado culturalista europeo, su actitud varía entre la indiferencia y el deseo de insertarse en la estructura gubernamental neocolonial, lo cual logrará hacia el final de la obra al incorporarse al cuerpo diplomático coaybayano. Washington por su parte, escéptico hacia toda actividad política, opta primeramente por dedicarse al trabajo “productivo” en su finca del interior. A lo largo de la narración, el desencuentro de sus ideas con el entorno se va tornando cada vez peor: “aquello era demasiado materialismo para su finos paladares. Los críticos literarios hablaban de Rodó y del canibalismo yankee, cuya infección parecía haber contraído el joven Mendoza” (155). El desencanto hacia su país llevará finalmente a Washington a su definitiva asimilación a Norlandia en donde cambia de nombre, de nacionalidad y contrae matrimonio con una norlandesa. La



isla de Coaybay mientras tanto, continúa bajo las mismas condiciones políticas, fuertemente sujeta a los dictámenes de Norlandia bajo un período de paz relativa.

El desenlace vital de estos personajes le proporciona a Ramos la oportunidad de examinar detenidamente las alternativas frente a la hegemonía norteamericana. Mientras don Marcelo termina sus días en soledad abrazado a un nacionalismo romántico inoperante contra la ingerencia de Norlandia, Washington renuncia a su ciudadanía y a su propia identidad. Minón por el contrario, representa la continuidad del estatus quo neocolonial. Las decisiones de ambos hermanos responden a parámetros deterministas (positivistas) en contraposición al idealismo del padre. En una carta dirigida a don Marcelo, Minón arguye los efectos benéficos que sobre la isla ejerce Norlandia:

Los pueblos meridionales han sido casi siempre objeto de la codicia del norte. Pero a cada invasión, las hordas han bajado menos hambrientas y mejor preparadas —por razón de sus duros climas y de sus necesidades— para sacar mayor partido de las ventajas naturales de nuestros climas. Los bárbaros han aprendido a sentirse hombres entre nosotros y nuestros pueblos a sentirse tales con el ejemplo de ellos. ¿Por qué no aceptar la posibilidad de una identificación futura? (335)

La consideración positiva de una posible aculturación tiene justificación en la épica modernizadora:

Es verdad que nuestras aduanas están administradas por un extranjero (...) Es verdad que nuestro ejército es sólo una policía rural, también dirigida por otro extranjero. Es verdad que nuestra situación internacional es un poco anormal, un poco triste, ¡quién lo sufre, más que yo! Pero Coaybay está pagando religiosamente sus compromisos (...) y (...) la situación del país parece próspera y segura frente al porvenir. Se han hecho ferrocarriles y carreteras, se han construido escuelas, se han abierto espléndidos puertos al comercio universal. Y se han estudiado profundas reformas en nuestras leyes (334).

Los benéficos efectos modernizadores sobre la nación cubana tienen su correlato a nivel individual. Washington argumenta lo siguiente desde su exilio en Norlandia: “Allá [en Coaybay] soy un descontento, un hablador, un latoso incomprensible y estéril. Aquí un elemento activo de civilización, cada día más apreciado y mejor compensado por mi capacidad de organizador y mi honradez administrativa” (352). Tanto Washington como Minón habían “interiorizado las exigencias norteamericanas para garantizar la estabilidad del sistema imperante” (Ibarra 133). Washington inclusive llega a proponer la posibilidad de que “donde falten conocimientos o verdadera experiencia, que se alquilen los servicios de extranjeros hábiles, ¡aunque haya que sacar a concurso, en el extranjero, el cargo de Presidente de la República!” (132). La asunción de las premisas neocoloniales en un personaje como Washington funciona como forma de protesta ante una sociedad de la que se siente marginado. Con la denuncia de la inoperancia de las elites políticas enaltece su propia capacidad administrativa, la cual sí es reconocida en un país moderno como Estados Unidos.

A pesar de la interiorización neocolonial que menciona Ibarra, la aceptación de la hegemonía estadounidense no está exenta de opacidad en la obra, tal como sucedía en *Tembladera*<sup>95</sup>. La integridad moral de don Marcelo y Washington viene dada por su asociación a espacios privilegiados de alta cultura cerrados a la multitud. Tanto el “santuario” de la biblioteca de don Marcelo, en la que éste se encerraba bajo estricta indicación de no ser interrumpido por nadie, como la sala

---

<sup>95</sup> La tendencia a aprehender la historia del pensamiento latinoamericano en términos dicotómicos ha llevado a que, por ejemplo, Carlos Rama entienda el positivismo en Cuba solamente en términos anexionistas (19), perdiendo de vista la ambigüedad discursiva de intelectuales como José Antonio Ramos frente a Estados Unidos.

de Washington dentro de su finca —con sus libros, bustos, retratos, fonógrafo, periódicos extranjeros, manuales, etc.— representan formulaciones de la austera sala de estudios del maestro Próspero en el *Ariel*<sup>96</sup>. La biblioteca en el tradicional caserón de la zona antigua de Naraguá y la sala en la finca, alejada de la ciudad, se proponen como antítesis de la nueva zona capitalina de Pampaniyas. Esta última es el escenario de los cambios “norlandizadores”. En Pampaniyas habitan los españoles y sus hijos criollos adinerados dedicados al

comercio secundario que saca dinero del mero distribuir, que multiplica los anzuelos del pescador foráneo y se contenta con una mordida a la carnada —y aún a la misma víctima— y pide siempre perentoriamente vía libre a los gobiernos, aunque su labor quede mecánicamente reducida a cero tan pronto falte carnada, o falten peces (44).

La nueva ciudad metaforiza la ciudad aculturada, con sus chalets, sus Tennis Parks, sus “good nights” y las bocinas de los automóviles de lujo. En Pampaniyas viven las frívolas sobrinas de don Marcelo, dedicadas a la vida social, al consumo y a la moda. Frente a la imitación de las grandes ciudades norteamericanas, tanto el tradicional caserón de don Marcelo ubicado en la parte vieja de la ciudad como la finca de su hijo Washington resultan revalorizados. Del mismo modo en que en *Tembladera* se condenaba el deslumbramiento ante los rascacielos y la Quinta Avenida de Nueva York, en *Coaybay* queda estigmatizado el nuevo espacio urbano *norlandizado*.

---

<sup>96</sup> En su *Ariel*, Rodó lograba resolver el dilema entre el espacio público y el privado en su parábola del rey hospitalario. Dicho rey conciliaba un espacio exterior para sus huéspedes innumerables y paralelamente uno interior, sagrado, alejado de la multitud. Con esta historia Próspero mostraba una fórmula ideal de equilibrio entre el espacio abierto, democrático y el espacio espiritual, individual. Al primero correspondían las labores políticas, al último le asignaba “razón y sentimiento”, la búsqueda por el sentido de lo bello y la necesidad de practicar el ocio creativo “el más elevado empleo de una existencia racional” (16). Posiblemente a raíz de su lectura del intelectual uruguayo, Ramos renarrativiza ambos espacios en *Coaybay*, pero a diferencia de Rodó no logra conciliarlos. Por el contrario, aparecen antitéticos. Tanto para Washington como para su padre las vicisitudes políticas determinan la ruina de los personajes y el fin del recogimiento interior.

La caracterización negativa de la capital supone una crítica muy precisa al modelo estadounidense de modernidad: las grandes ciudades. Esta visión vendría a conformar una de las varias expresiones de lo que Iam Buruma y Aishai Margalit denominan *occidentalismo* para referirse a los discursos caricaturescos sobre la modernidad occidental (16). Para estos académicos, el modelo de la ciudad occidental, reconvertida en modernas babilonias, se ha erigido como el “símbolo perverso” de la codicia y el cosmopolitismo desarraigado en los discursos occidentalistas (31). El rechazo de Ramos hacia una burguesía comercial que identifica con el espacio de la nueva ciudad devela hasta qué punto el modelo estadounidense de modernidad entraba en contradicción con sus propios intereses: “Lejos de ser el dogma predilecto de los campesinos aplastados y desheredados, el occidentalismo con más frecuencia refleja los temores y prejuicios de los intelectuales urbanos, que se sienten desplazados en un mundo de comercio en masa” (Buruma y Margalit 40). Según el personaje Washington, “los pueblos de su propia raza” se habían dedicado a “copiar lo peor precisamente de los Estados Unidos: sus sistemas de gobierno y el ilusionismo derrochador de sus grandes empresas” (125). El lujo y el consumo —asociados a la clase comercial en ascenso—, así como la democracia anglosajona que parece borrar los privilegios del sector letrado en las nuevas dinámicas modernas, son los elementos condenados en el discurso occidentalista de Ramos. Al referirse negativamente a la emulación de la democracia anglosajona, el cubano hace eco de manera inconsciente del discurso de Rodó al condenar la democracia calibánica del número. El sistema político anglosajón se traducía en Cuba, en la borradura de las jerarquías por las que

abogaban estos jóvenes intelectuales como legítimos vehículos de acceso a una modernidad que sólo ellos eran capaces de asimilar apropiadamente.

Frente a los habitantes calibánicos de Pampaniyas, la hidalguía aristocrática de un personaje como don Marcelo, descendiente de los primeros inmigrantes españoles, es rescatada como símbolo de una identidad originaria. Sin embargo, se trata de una identidad que está marcada por su distancia de una realidad cambiante, en la que se ha producido un quiebre irreversible con el pasado. Hay que tomar en cuenta que ya en el siglo XIX con la expansión y consecuente modernización de la producción cubana azucarera dirigida al mercado estadounidense se originó en Cuba una nueva burguesía criolla con espíritu empresarial (Pérez, *Becoming* 25), afín a los valores e intereses norteamericanos, vistos como modernos en contraste con España. Ir a estudiar a Estados Unidos, así como obtener la ciudadanía de ese país y procurar matrimonios mixtos se convirtió en una práctica común. A partir de 1869 estos lazos se reforzaron aún más con el crecimiento migratorio de cubanos hacia Estados Unidos que huían de las guerras de independencia (Pérez, *Becoming* 37). Igualmente, como el caso del mismo Martí, la disidencia política cubana encontró en Estados Unidos, un refugio seguro frente a la represión del gobierno español. De todo ello puede colegirse que había una significativa raíz americanizante en la burguesía azucarera cubana ya al despuntar el siglo XX. Frente a esta realidad, aunque tanto los espacios novelescos de la biblioteca como de la sala de la finca siguen proponiéndose como lugares privilegiados de autorización cultural, es claro que se ha producido un desplazamiento significativo en la caracterización de éstos. Don Marcelo, como los íconos históricos exaltados en

*Cuba Contemporánea*, representa un orden ya en vías de extinción. Washington Mendoza viene a reemplazar la agónica figura de su padre como una nueva elite moral y culturalmente capaz de guiar los destinos del país.

La trayectoria espacial parte de la vieja ciudad para arribar al campo. El presente, ubicado en el espacio rural de la finca de Washington, no representa sin embargo, una vuelta nostálgica al pasado. Es aquí donde el discurso occidentalista-arielista deja de funcionar para dar paso a un proamericanismo. Este quiebre en el discurso elitista se metaforiza en las trágica ruptura familiar. Don Marcelo es incapaz de comprender las “ideas raras” de su hijo Washington (245). Como el personaje de Joaquín en *Tembladera*, Washington elabora una recuperación anglosajona valorativa del trabajo, en contraposición al ocio parasitario —herencia española— de las clases medias y altas. En particular, Washington recupera el trabajo manual basándose en una lógica pragmática que deslegitima las prácticas de cierto sector intelectual: “los teorizantes del tradicionalismo que sublimizan el fracaso de sus vidas disfrazándose de poetas y artistas, y los *poseurs* neófobos y afeminados, y los perezosos y los imbéciles: todo el mundo a callar, la carita vuelta a la pared, y un tratadito elemental de economía en las manos” (133).

En oposición al campo de la política en el que se sitúa don Fernando, la economía se cierne como la panacea de los males nacionales. El trabajo productivo, situado en el campo, no es el de los antiguos campesinos sino el de una moderna tecnocracia, cuyo saber letrado conlleva a la maximización de la producción capitalista. De allí que Washington se diferencie tajantemente de sus vecinos

campesinos, los cuales basan sus labores en una tradición extemporánea, anacrónica:

Soportando de buen humor las bromas y cuchufletas de sus vecinos y aun de sus hombres a jornal, Mendoza lo había hecho él mismo casi todo, siguiendo las indicaciones de sus varios folletos y libros mandados a venir de los Estados Unidos. Aquello de criar gallinas por libros exasperaba a los buenos campesinos. Los resultados, en tanto, iban dándole toda la razón (...) Los campesinos acabaron por rendirse y pedirle instrucciones al abogado (145).

La legitimidad letrada del alter ego de Ramos queda así reafirmada, vía la superioridad ya no tan sólo en términos espirituales o estéticos, como lo quería Rodó, sino en términos productivos. El nuevo modelo entonces sustituye al artista finisecular “decadente” y sensible, por una suerte de “farmer” estadounidense que sin embargo no abandona sus actividades intelectuales.

En su posterior *Panorama de la literatura norteamericana* (1935), Ramos interpelló las premisas de Rodó acerca de la vaciedad espiritual del pragmatismo estadounidense: “Se acusa a los Estados Unidos de un descarado pragmatismo contrario al idealismo español, pero este pragmatismo lleva siempre consigo un impulso de renovación” (Olguín 296). Ramos se propuso demostrar que había una correlación equivalente entre el desarrollo económico y el espiritual, que se delataba en la cantidad admirable de escritores y pensadores norteamericanos. Al intentar conciliar la idea del pragmatismo estadounidense con una espiritualidad renovadora —dicotomía antitética para Rodó— Ramos se reafirma en una teleología modernizante excluyendo de su proyecto otros posibles actores: los comerciantes, los viejos caudillos y las masas.

Hasta qué punto este proyecto alternativo rural de modernización, basado en la figura del letrado “productivo” fue viable, es algo a lo que parece responder el mismo Ramos con el desenlace de su personaje Washington. A pesar de haber conseguido la anhelada libertad en Norlandia como empresario exitoso, accediendo a la libertad en la que “cada hombre desde que nace tiene ante sí una meta definida que alcanzar: hacer dinero, hacer capital” (246), Washington permanece irremediablemente aislado de su entorno afectivo coaybayano. Rechazado por el padre y malinterpretado por sus compatriotas, la pérdida de la identidad coaybayana para asumir la ciudadanía norlandesa apunta a la imposibilidad de comulgar con una comunidad imaginada nacional que sólo es posible en el deseo.

Tal como el aislamiento del protagonista de *Coaybay*, la primera generación intelectual republicana sufrió cierta marginación dentro de la narrativa historicista oficial cubana. La inoperancia política de su discurso respondió al frágil intento, por momentos ambiguo, de balancear las propuestas arielistas y proamericanistas, ante las cuales ellos se asumían como árbitros de mediación selectiva. Esta visión lejos de constituir una fórmula integral de reconciliación entre polaridades elitistas, terminó por reducirlos totalmente al aislamiento que pretendían denunciar. El rechazo de la opinión pública redundó en la imposibilidad de establecer las alianzas necesarias —populistas o elitistas— para la consolidación de una identidad nacional viable aún en los términos reformistas neocoloniales<sup>97</sup>.

---

<sup>97</sup> En medio del general cuestionamiento del estatus neocolonial, Ramos reconsiderará el papel de Estados Unidos en Cuba hacia los últimos años de su vida.



## **8.0 ANTIIMPERIALISMO Y CONSOLIDACIÓN NACIONAL: ESTRATEGIAS IDENTITARIAS EN EL NUEVO ESTADO MODERNO CUBANO**

El negro  
Junto al cañaveral  
El yanqui  
sobre el cañaveral.  
La tierra  
Bajo el cañaveral  
¡Sangre  
Que se nos va!  
Nicolás Guillén, "Caña" 1931

Los años veinte y treinta constituyen el período de diseño y consolidación respectivamente del estado nacional cubano. Ambos procesos habían sido pospuestos dada la entronización del régimen neocolonial a través de la Enmienda Platt. Hasta 1934, año de la derogación de la enmienda como consecuencia de las reivindicaciones de la Revolución del 33, la hegemonía norteamericana había suplantado las funciones del estado (Whitney 177). En la primeras dos décadas cierto pesimismo intelectual frente a la imposibilidad de consolidación nacional venía dado por la creencia en una alteridad interna que impedía el desarrollo, la unidad y la modernización. A lo largo de las próximas dos décadas sin embargo, esta alteridad se irá desplazando hacia un agente externo, Estados Unidos. La Enmienda Platt dejaría de verse como la muleta filantrópica para un pueblo incapaz de conducirse por sí mismo, para pasar a convertirse en la causa principal de la invalidez nacional. En esta lógica, la dominación neocolonial terminaría siendo la

causa y no la consecuencia de la anarquía y la corrupción de la isla<sup>98</sup>. Este cambio de perspectiva supuso un quiebre generacional en el panorama político y cultural con respecto al pasado.

El frustrado levantamiento armado en 1923 del Movimiento de Veteranos y Patriotas contra el gobierno corrupto de Alfredo Zayas, marcó el fin de una posible alianza intergeneracional entre los legendarios combatientes de la guerra del 98 y muchos de los jóvenes que despertaron a la década del 20 como Julio Antonio Mella, Rubén Martínez Villena y Juan Marinello, fundadores del primer Partido Comunista de Cuba. El fracaso de esta alianza no cancelaría la opción de la lucha armada para detener la “decadencia” nacional —vía desechada por la generación anterior— pero sí conllevaría a una nueva forma de concebir la política y el sentimiento de lo nacional. Interpretado el fracaso del movimiento como la consecuencia de obscuras negociaciones entre el gobierno y los ancianos veteranos, la nueva generación asumió un papel protagónico exclusivo en la regeneración tanto cultural como política.

El Estado presentaba una descomposición alarmante. Los fondos públicos iban a parar ostentosamente a manos de funcionarios estatales, incluidos presidentes y sus respectivas familias, dirigentes políticos y legisladores. Aunado a ello, la constante intromisión estadounidense en la política del país; sus renovados empréstitos con lo que Cuba se endeudaba cada vez más, la desorganización

---

<sup>98</sup> Resulta pertinente destacar sin embargo, que ya existía una corriente de pensamiento que, contrariamente a la de Ramos veía de manera crítica la sujeción estadounidense como el origen de los problemas nacionales. Prueba de ello fueron la fundación en 1909 de la Liga Antiimperialista con su respectivo diario *El triunfo*. Algunos de los críticos de la Enmienda fueron Juan Gualberto Gómez, Salvador Cisneros Betancourt, Julio César Gandarilla y Enrique Collazo.

estatal, así como las componendas y rivalidades entre facciones políticas que sólo parecían responder a sus propios intereses en desmedro del país; terminó por sumir a Cuba en un estado de corrupción y postración general. Esta situación no se debía tanto al atavismo premoderno propio de las empresas armadas que sacudían al país, tal como lo exponía Ramos en *Coaybay*, sino a un orden nacional corroído estructuralmente al que ya no bastaba reformar sino que habría que liquidar. Para Martínez Villena, uno de los conjurados del 23, ésta sería la premisa tras analizar las causas de la derrota del movimiento. De allí que decidiese incorporarse al joven Partido Comunista Cubano creado por el estudiante Mella en 1925. El parricidio que Washington y Epaminondas Mendoza no habían logrado llevar a cabo en la novela de Ramos, tendría lugar con el sepultamiento de la república plattista exigido por la generación siguiente.

El cambio se proponía ya no términos reformistas sino revolucionarios y como tal, sus voceros reclamaron para sí una legitimidad basada en lo nuevo: un nuevo orden social, un nuevo sistema político, un nuevo estado nacional, una nueva identidad acompañada de novedosas estéticas. Esta fue la consigna de publicaciones como la *Revista de Avance* (1927-30), *Carteles* (1923-1925), *Juventud* (1923-25), *Venezuela Libre* (1921-25), *América Libre* (1927) y *Atuei* (1927-1928); así como también la del cambio de orientación de revistas anteriores como *Social* (1916-36) y *Cuba Contemporánea* (1913-1927). La valoración de lo nuevo estribaba en una suerte de pureza frente la corrupción del orden republicano. Lo nuevo sin embargo, no se valorizaba por su aislamiento, sino por su combatividad. Lo que se aspiraba era sustituir todo el sistema.

## 8.1 IRRUMPIENDO EN EL ESPACIO PÚBLICO

Varios acontecimientos contribuyeron a este cambio de sensibilidad en la vanguardia política y la estética. Éstos han sido ya extensamente señalados, de allí que, para efectos del presente ensayo, nos limitaremos a mencionarlos someramente. En el ámbito externo la revolución mexicana (1910) y la revolución bolchevique (1917) llamaron la atención sobre la emergencia de marginales actores sociales a ser incluidos en los nuevos imaginarios nacionales. La reforma universitaria cordobesa (1918); cuyos delegados habían visitado la Universidad de La Habana, señaló por su parte, la relevancia de actores provenientes de espacios relativamente autónomos a los círculos de poder gubernamentales: los estudiantes (Ángel Rama 63). Por otra parte, al finalizar la Primera Guerra Mundial (1914-1918), era bastante claro que América Latina *en su conjunto* había comenzado a integrarse en el área hegemónica de Estados Unidos (Osorio 234-35). De allí que si bien, ya desde el siglo XIX el Caribe hispanoamericano había sufrido la constante ingerencia estadounidense, no fue sino hasta el siglo XX que esta realidad fue interpretada más extendidamente y en términos más totalizadores como de subordinación continental y/o regional. Ello conllevó a la aparente paradoja de la existencia de una sociedad cubana que había asimilado muchos de los parámetros culturales norteamericanos —dada la hegemonía estadounidense—, pero que simultáneamente se reconocía latinoamericanizada o caribeñizada como víctima de esa misma hegemonía. La resistencia de Augusto César Sandino en Nicaragua contra la intervención estadounidense (1927-1933), la presencia militar estadounidense en Panamá (1903),

la ocupación permanente en Puerto Rico, la intervención militar en Haití (1915) y en la República Dominicana (1916), la influencia de los exiliados venezolanos que se oponían a la dictadura gomecista apoyada por el gobierno norteamericano<sup>99</sup>, fueron algunos de los acontecimientos que contribuyeron a una visión nacionalista cubana en términos continentales frente aun un enemigo común: Estados Unidos.

El ámbito nacional confirmaba a su vez esta misma alteridad. La brutal caída de los precios del azúcar que de 1920 a 1921 pasó de 11 centavos a 3 centavos la libra en los mercados de Nueva York y Londres, y que seguiría bajando a lo largo de toda la década para llegar a menos de un centavo en 1932 (Pollitt 5); redundó en una profunda crisis demostrando la extrema fragilidad de un sistema económico modelado exclusivamente para las necesidades del mercado norteamericano. La crisis azucarera no había hecho otra cosa que fortalecer el monopolio de las centrales y de la banca en manos estadounidenses por la quiebra de productores y exportadores locales y el consecuente desempleo masivo. Tal como denunciaba amargamente Marrero Arísty en su novela *Over* al referirse a la situación de la República Dominicana, la autonomía de los espacios de las centrales azucareras frente al gobierno central no hacía sino desafiar cualquier noción nacional:

La imagen de las centrales por fuera y por encima de la ley asumió una resonancia muy fuerte en la narrativa de la nacionalidad. Dado que la presencia estadounidense era muy visible y muy visiblemente privilegiada, levantó resentimiento y repulsión (...) Esta presencia desafió el concepto de

---

<sup>99</sup> Uno de los hechos más significativos de la relación entre Cuba y el exilio venezolano fue el surgimiento de la revista *Venezuela Libre* en 1921 dirigida inicialmente por el venezolano Francisco Laguado Jayme (Pavón 31). Dadas las presiones del gobierno venezolano, en 1925 Rubén Martínez Villena se hace cargo de la dirección, mientras que Julio Antonio Mella, Emilio Roig de Leuchsenring, Alejo Carpentier, Enrique Serpa y José Zacarías Tallet figuran entre sus redactores. En 1927 aparece la revista *América Libre*, publicación continuadora de la anterior.

nación: inmensas áreas de la isla más allá del alcance de la autoridad nacional (traducción mía, Pérez, *Becoming* 44).

La explotación de las centrales fue la cara más dramática de la hegemonía estadounidense, pero sin duda no fue la única. La praxis política neocolonial tenía fuerte resonancia en la opinión pública de los centros urbanos, los cuales para entonces habían alcanzado considerables dimensiones. Los nuevos sectores del proletariado y de la burguesía urbana asistían con horror a un orden que no respondía a sus expectativas. La constante y grosera ingerencia en la política interna de funcionarios estadounidenses —como la del procónsul Enoch Crowder a partir de 1921—, y la complicidad de éstos con la cada vez más corrupta clase gubernamental, no hizo sino acentuarse durante el gobiernos de Zayas (1921-1925) y Gerardo Machado (1925-1933). En 1924, Fernando Ortiz, al igual que Juan Bosch en la década siguiente, reclama la ausencia de una burguesía nacional que legítimamente represente los intereses de la isla, dada la predominancia del capital extranjero:

el capital activo y dominante en Cuba, por generoso y altruista que lo imaginemos, no siente, ni puede naturalmente sentir, el patriotismo propio del nativo (....). El capital, en Cuba como en gran parte de la América Latina, no es una fuerza social íntegramente conexas a las demás que determinan la vida Nación (...) y así, no pocos vicios y corruptelas dejan de ser briosas y eficazmente combatidos cuando no estimulados, y muchos tiranuelos y gobernantes incapaces e insanos logran a pesar de sus fechorías una estabilidad que sería imposible no sólo es una fuerza económica (...) sino donde, también (...) lo es del corazón (27).

Esa pequeña burguesía por la que se clama no es otra que la del mismo Ortiz<sup>100</sup>. El reclamo de fondo es por la propia participación frente a sectores considerados como antinacionalistas. El ejemplo más representativo de esta actitud lo constituye la emergencia del grupo Minorista cuando, en 1923, varios intelectuales entre los que se contaba Martínez Villena, Félix Lizaso, Alberto Lamar Scheweyer, José Zacarías Tallet, Francisco Ichaso, Juan Marinello, Jorge Mañach y el mismo Ortiz, irrumpen en un acto público para protestar enérgicamente por la compra fraudulenta de un convento ciudadano durante la administración de Zayas.

La participación política, la toma del espacio público, se entiende como empresa nacionalista y como tal, los jóvenes habrían de buscar sus referentes históricos en los mitos independentistas del siglo XIX bajo una óptica diferente de la generación anterior. Hacía falta recuperar el sentido épico nacional. Tal fue el llamado de Mella en 1922 cuando advertía que existían jóvenes que no comprendían la necesidad del heroísmo presente al pensar que la historia cubana terminaba con la muerte de José Martí, creyendo así que todas las epopeyas gloriosas se habían agotado con las revoluciones emancipadoras del siglo XIX (Cantón 17). El nuevo intelectual debía sustituir al “intelectual tartufo”, “rastrero” para erigirse como “un trabajador del pensamiento” que “**empuña** con la pluma para **combatir** inequidades” (negritas mías, Mella, “Intelectuales”).

Esta atmósfera épico-crítica frente al orden imperante no fue homogénea, ni se dio como un proceso dado. No hubo una única respuesta frente a lo que Ortiz

---

<sup>100</sup> El reclamo de Ortiz prefigura las preocupaciones de la Teoría de Dependencia respecto a que las relaciones coloniales impedían la construcción de una burguesía nacional.

interpretaba como la “decadencia cubana”. Al respecto, Mella resalta dentro de su generación por su temprano radicalismo antimperialista. Del mismo modo que existió un variado conglomerado intelectual alrededor del trujillismo en la República Dominicana durante la décadas del 20 y 30; veremos en Cuba una heterogeneidad de pensamiento al momento de proponer una refundación nacional. Hubo diversas posiciones ideológicas que comprendieron desde el proto-fascismo criollo hasta el marxismo, desde el positivismo hasta el populismo aprista. El único elemento común entre todas estas corrientes fue la aparición de un nacionalismo radical ausente en las dos primeras décadas del siglo.

## **8.2 NUEVAS NARRATIVAS FUNDACIONALES**

La recuperación de una sensibilidad épica pasó por una reescritura de la historia que proveyera poderosos mitos fundacionales y analogías históricas con el momento presente. La figura legitimadora de Martí fue retomada de acuerdo con la alteridad presente: Estados Unidos. Los varios escritos de Juan Marinello —más claramente a partir de 1927—, situarán los orígenes de un pensamiento antiimperialista en el Apóstol: “Martí es el único líder del siglo XIX en América que une el combate a la monarquía española con la lucha contra el imperialismo norteamericano” (82). Para Marinello, Martí habría previsto e incluso advertido acerca del peligro del país de norte: “Por ser Martí observador profundo de la realidad americana, pero además servidor limpio y esclarecido de los que 'del



Bravo a la Patagonia no son sino un solo pueblo' alertó con precisión genial sobre el carácter opresivo del capitalismo estadounidense" (119). Al mismo tiempo, este revisionismo del mito martiano es vinculado con la apuesta por un proyecto inclusivo nacional contrahegemónico de ancha base social, "una Cuba para todos" que devendrá en la "Cuba para los cubanos". La sustentación de una alteridad a confrontar desde una identidad propia aglutinadora se sustentaba en la propuesta de *Nuestra América* (1891) de Martí, donde se proclama una originalidad americana diferenciadora de la América del norte. De este modo, la mitificación de la figura de Martí legitima la empresa política de reclamo a la soberanía nacional sustentada por una unidad cultural y nacional diferencial. En la misma dirección, el ensayo de Mella "Glosas al pensamiento de Martí" (1927) se apoya en la figura del prócer para esgrimir una comunidad emancipadora.

Los trabajos de Emilio Roig de Leuchsenring responden a un mismo esfuerzo desde la reescritura de la historia. El estudio de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina, particularmente Cuba, le permite desmontar y denunciar las razones ocultas de la Enmienda Platt y sustentar el reclamo por la autodeterminación de la isla. Sus trabajos más emblemáticos al respecto lo constituyen "Historia de la Enmienda Platt: una interpretación de la realidad cubana" (1935) y "Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos" (1953) los cuales sintetizan sus tempranas preocupaciones. En ellos sostiene que históricamente Estados Unidos ha sido enemigo de la independencia cubana y que la independencia de España es obra exclusiva del pueblo cubano. De este modo, contradice una corriente de interpretación histórica positivista anterior que aprobaba la intervención

norteamericana dada la incapacidad del pueblo cubano. Los ensayos de Roig de Leuchsenring vendrían a constituir una *historiografía populista* (Maingot) que como la de Bosch, se vinculaba a fines políticos pragmáticos en momentos de fuerte activismo social o racial. Su obra se enmarca en el dinámico contexto de la creación de la Federación de Estudiantes Universitarios (1923), la Confederación Nacional Obrera de Cuba (1925), la Universidad Popular José Martí (1925), el Partido Comunista (1925), y el Directorio Estudiantil Universitario (1927). Insertada en la lógica de los movimientos sociales, la reescritura de la historia permitirá a estudiosos como Roig de Leuchsenring, una fuente de analogías históricas necesaria para convocar la urgente acción política colectiva.

Por su parte, las herramientas teóricas del marxismo —popularizadas en Cuba a través de la difusión de análisis como los de José Carlos Mariátegui sobre la realidad peruana—, darán sus frutos a partir del conocido ensayo de Martínez Villena “Cuba, factoría yanqui” (1927), en el que contribuirá a sustentar una alteridad estadounidense desde el estudio de las condiciones económicas neocoloniales de la isla.

A los ensayos de interpretación marxista y a los trabajos historiográficos populistas, habría que agregar una narrativa patricia cuyo antagonismo frente a Estados Unidos se formuló desde un imaginario criollo blanco. Aunque esta corriente coincidía en su postura antiplattista con las anteriores, su argumentación partía desde un elitismo nostálgico. El libro *Azúcar y población de las antillas* (1927) de Ramiro Guerra y los diversos ensayos estético-sociológicos de Jorge Mañach como “Crisis de la Alta Cultura” (1925), “Indagación al Choteo” (1928) e “Historia y

Estilo" (1944), se insertan en una tradición intelectual del Caribe hispanoamericano heredera de Rodó y conformada por escritores como Antonio Pedreira, René Marqués, y Joaquín Balaguer. La diferencia irreconciliable con Estados Unidos estribaba en la caracterización que se hacía de ese país como nación moderna. La modernidad, expresada sobre todo en el sistema capitalista de la plantación extensiva norteamericana, era antitética con el romántico ordenamiento de los patricios criollos. A diferencia de la propuesta dominicana posterior de Pedro Mir, al proponer una utopía histórica contrahegemónica en la figura de las tierras comuneras frente a la voracidad de las centrales azucareras, Guerra opone en su discurso anticapitalista, un ordenamiento autoritario de recuperación de una sociedad rural jerarquizada por una elite criolla terrateniente. Las vegas de tabaco, plantíos de café y haciendas ganaderas supondrían así, elementos de una edad de oro interrumpida por la intrusión capitalista extranjera, tanto la española, como después, la norteamericana. De allí que, el sentido antimoderno de la vuelta al campo, sea diferente del de Ramos.

El correlato culturalista de esta interrupción capitalista es esgrimido por Mañach en varias características idiosincráticas negativas asignadas al cubano: el choteo y la parejería, expresiones que atentan contra el orden jerárquico legítimo. Sus peligrosas manifestaciones —denuncia Mañach— aparecen con mayor abundancia a partir de la intervención estadounidense y prueba de ello lo constituirían el irrespeto generalizado contra los intelectuales (89), el "alarmante utilitarismo" en detrimento del espíritu (34), la educación masiva estadounidense en contraposición a la "verdadera cultura" (30), el "prurito especializante" de las

nuevas profesiones (40) frente al saber enciclopédico. La alteridad estadounidense es satanizada por lo que tendría de sociedad democrática. Repitiendo el gesto de Rodó, Mañach deslegitima la democracia anglosajona por su carácter inculto:

Así en Francia, la cultura nos parece superior, y lo es en realidad, porque la hallamos siempre puesta al servicio de una personalidad colectiva ya cuajada. En cambio, los Estados Unidos no han tenido hasta ahora sino una cultura aritmética, sin apariencia alguna de organicidad, debido a que la conciencia nacional está todavía esbozándose en ese crisol insondable de todas las escorias europeas. La región más verdaderamente culta del país —la Nueva Inglaterra— es precisamente la que de todas ha tenido siempre una conciencia étnica y social más definida: y aún allí vemos que la decadencia contemporánea de su prestigio intelectual coincide con la debilitación de aquella conciencia puritánica al influjo de ciertas inmigraciones que la han adulterado (23)

Para intelectuales cubanos como Mañach, el discurso antiestadounidense está atravesado por una concepción racista de unidad nacional. Mañach encuentra —del mismo modo que el dominicano Peña Batlle— una corrupción disolvente en las diversas migraciones al interior de Estados Unidos. El problema para Cuba sería el “contagio” de esa corrupción como consecuencia de la hegemonía de aquel país. Esta ansiedad patricia se expresa claramente en el temor a una Cuba africanizada. En una lógica similar a cierto razonamiento dominicano respecto a los braceros haitianos, la hegemonía de las centrales azucareras norteamericanas despertó recelo en los sectores nacionalistas blancos que veían con horror la entrada al país de trabajadores antillanos —jamaquinos y haitianos principalmente— y chinos. De allí que, “el antimperialismo no tenía que ser necesariamente antirracista. En las décadas de los 20 y los 30, se desarrolló en Cuba un discurso nacionalista que condenó duramente la penetración imperialista en la Isla, sobre la base de que los

intereses yankies, al promover la importación de braceros antillanos, estaban "africanizando" a Cuba. (De la Fuente, "Antídotos" 245).

Este razonamiento no fue privativo de los sectores más conservadores de la intelectualidad cubana. Todavía hacia el año 23, Ortiz denuncia los efectos perniciosos de la inmigración negra en Cuba:

el estado en vez de inyectar en la población sangre de los pueblos más cultos y enérgicos, para activar la fermentación de ideas y dar a todas las nuevas irisaciones de la civilización contemporánea a nuestra sociedad opaca, ha fomentado la pública y clandestina inmigración de los peores y más inciviles factores de poblamiento (29).

Dentro de los parámetros de un discurso teleológico modernizador, varios intelectuales como el mismo Ortiz coincidieron paradójicamente con el discurso antimoderno de figuras como Mañach, ya que compartían una concepción nacionalista desde parámetros racistas<sup>101</sup>.

### **8.3 LA ALTERIDAD RACISTA**

Sin duda alguna, la cuestión racial fue uno de los puntos neurálgicos del discurso antiimperialista durante este período. Estuvo íntimamente vinculado a la valoración negativa o positiva de la democracia estadounidense. Para una línea de pensamiento rodosiana, Estados Unidos adolecía de una democracia disolvente racialmente, anárquica, peligrosamente "parejera". De allí que el proyecto político de Jorge Mañach y su posterior partido protofacista fascista ABC tuviese fuertes

---

<sup>101</sup> El desplazamiento posterior del discurso racial a uno de matriz culturalista de incorporación del elemento negro en la obra de Ortiz, ha sido señalado extensamente por la crítica.

tintes elitistas. Lo que políticos como Mella, Martínez Villena, Ramón Grau San Martín y posteriormente Antonio Guiteras y Fulgencio Batista vislumbraron, fue que la consolidación nacional —hasta entonces impedida por la dominación plattista— debía pasar por la inclusión —no necesariamente en los mismos términos en todos los casos— de diversos sectores de la sociedad que habían sido doblemente marginados tanto del discurso hegemónico racial norteamericano como del patricio. Las anteriormente informes y atávicas masas veíanse ahora trasmutadas en recursos estratégicos contra el enemigo nacional. Estados Unidos habían sustituido al pueblo cubano como la causa de la decadencia republicana. Los sectores urbanos del proletariado y la pequeña burguesía —tan depreciadas por Ramos—, no sólo eran recuperables en el espacio público, sino que se erigían en los vehículos de lucha. El sentimiento antimperialista se identificó con el antirracismo en momentos de necesidad estratégica de incorporación de las masas en el nuevo imaginario nacional. Esto se tradujo en la necesidad de un discurso en el que dicha inclusión apareciese antitética de la alteridad estadounidense. La segregación racial norteamericana, tanto en aquel país como dentro del espacio nacional, era antinómica del nuevo discurso inclusivo, con lo cual quedaban deslegitimadas las razones “democráticas” del tutelaje neocolonial.

La narrativa de la democracia racial opuesta al Estado plattista estuvo presente en varios movimientos políticos, el más radical de los cuales había sido en décadas anteriores el desafortunado Partido Independiente de Color (1908-1912)<sup>102</sup>.

---

<sup>102</sup> Fundado por un veterano del Ejército Libertador —Evaristo Estenoz—, el partido se propuso la reivindicación política de la población afrocubana durante la temprana república neocolonial. A raíz

Pero fue sobre todo el Partido Comunista el que logró en la práctica articular las reivindicaciones obreras a las de la población negra cubana y antillana. Asociados los males nacionales con el imperialismo, el racismo de la isla fue identificado con Estados Unidos, convirtiéndose su denuncia “en una arma ideológica eficaz en contra” de ese país (De la Fuente, “Antídotos” 250). Esta reivindicación de los sectores negros permitió a los comunistas una alianza interracial e internacional con los demás inmigrantes de color bajo una alteridad común opresora: el capital norteamericano<sup>103</sup>. Justamente la alianza inconcebible en la novela dominicana *Over* entre los trabajadores azucareros.

Dado que la hegemonía estadounidense se justificaba en la superioridad racial de aquel país, “se hizo imperativo repensar la relación entre raza y nación. Si Cuba era condenada al atraso y a la dependencia por ser negra, entonces lo negro tenía que ser rescatado para salvar a Cuba” (De la Fuente, *Nación* 247). El correlato culturalista de este planteamiento fue la sustentación de la ideología del mestizaje legitimada por el mito fundacional martiano de una América originaria. El afrocubanismo aparecía como categoría diferencial nacional frente a la alteridad estadounidense<sup>104</sup>. El punto culminante de esta ideología unificadora es el de la propuesta de la categoría de la “transculturación” de Ortiz en 1940, mismo año en

---

de la Enmienda Morúa de 1910 que prohibía la constitución de partidos agupados por “una sola raza”, el PIC fue censurado y sus dirigentes perseguidos. En 1912, tras un levantamiento armado, la mayoría de sus miembros resultaron masacrados por el gobierno de José Miguel Gómez.

<sup>103</sup> La expresión de esta alianza frente a un enemigo común se encuentra sintetizada en una de las máximas del movimiento obrero: “Cuba debe ser para los cubanos. Esto no quiere decir odio al extranjero, quiere decir odio al capital extranjero” (De la Fuente, *Nación* 180).

<sup>104</sup> No cabe duda que la propuesta del mexicano José Vasconcelos en *La Raza Cósmica* tuvo gran influencia en la construcción de una identidad sintetizadora cubana. Esta noción de un mestizaje diferencial logró tal arraigo nacionalista que en su visita a Cuba de 1921, Marcus Garvey no logró la adhesión de los sectores negros cubanos, quienes no se sintieron identificados con su discurso racial de origen estadounidense, anglosajón.

que la constitución cubana sentó la ortopedia del nuevo estado nacional. Desplazando la óptica biologicista por la de la antropología cultural, en su famoso libro *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*, Ortiz expone los procesos de interacción cultural a través de las metáforas del tabaco y el azúcar (lo negro y lo blanco), cuyo resultado final sería el producto sintético de una Cuba mestiza alegorizada en la imagen del aguardiente. La representación homogénea de la patria mulata, al tiempo que implicaba una violencia simbólica al interior, funcionaba como una forma de *esencialismo estratégico* (Spivak) en la lucha contra el neocolonialismo estadounidense. De allí que la ideología del mestizaje supuso una respuesta simbólica en dos frentes: el de la ansiedad por representar a nuevos sujetos sociales que demandaban activa participación política (Duno 83) y el de la necesidad de legitimar la soberanía de la isla frente a Estados Unidos. Si lo primero se orientaba hacia la conciliación y disolución de las diferencias, lo segundo ponía su acento en la beligerancia y el recrudecimiento de la divergencia como arma frente a la dominación plattista.

La revalorización en los discursos científicistas y culturalistas del elemento negro —expresada en la proliferación de estudios, movimientos estéticos e instituciones como el *Glosario de afronegrismos* (1924) de Ortiz, La Sociedad del Folklore Cubano presidida por Enrique José Varona, La Sociedad de Estudios Afroamericanos, la publicación de los cuentos negros y los trabajos folklóricos de Lydia Cabrera, la experimental novela la novela afrocubana *Ecue-Yamba-O* (1927) de Alejo Carpentier y el movimiento negrista en la poesía, la pintura y la música durante los años 30—; supuso un gesto contrahegemónico aun cuando



permaneciera insertada en el discurso teleológico de la modernidad y posiblemente tuviera su origen en cierta emulación del pensamiento y de las vanguardias europeas y norteamericanas<sup>105</sup>.

La ideología del mestizaje respondía al momento de *politización de la polis* (Rama) para proveer los imaginarios nacionales tanto del discurso populista del Partido Auténtico, como del discurso revolucionario del partido comunista y del posterior Estado Socialista en el reclamo por la autodeterminación. Si en la República Dominicana no se lograría la entronización del discurso del mestizaje debido a la proyección de una alteridad racial diferencial negra al exterior de la isla; en Cuba por el contrario, el afrocubanismo logró discursivamente la inclusión al interior de ese otro diferencial en una matriz sintetizadora. Así pues, en la República Dominicana la hispanofilia sirvió para sustentar una diferencialidad frente a Haití, en Cuba; el afrocubanismo logró alcanzar tanta popularidad como el guajirismo, a la hora de sustentar una identidad mestiza frente a Estados Unidos.

La pregunta con respecto a qué términos y desde dónde se produjo la revalorización de los actores subalternos en esta unidad identitaria da lugar a repuestas múltiples; tantas como heterogéneas fueron las motivaciones ideológicas de los letrados y artistas que concurrieron al llamado de renovación nacional. El movimiento estético negrista expresa dramáticamente esta diversidad. Una amplia gama abarca desde la concepción racista del sujeto negro en la poesía de Zacarías Tallet, hasta la concepción emancipatoria de algunos de los poemas de Nicolás

---

<sup>105</sup> Me refiero al movimiento surrealista, la moda del arte africano en Europa, los trabajos etnográficos de Leo Frobenius y las teorías de Oswald Spengler acerca de la decadencia de Europa, el movimiento artístico del Harlem renaissance, entre otros.

Guillén. Ambos lados del espectro son susceptibles de ser identificados con las opciones ideológicas de aquel momento. La discriminación racial y la opresión social denunciadas en el poema de Guillén “Caña” están en consonancia con las preocupaciones del movimiento obrero y del partido comunista<sup>106</sup>. Por otro lado, la visión peyorativa de los sujetos negros de Tallet en poemas como “La rumba” correspondería más bien a la perspectiva elitista del partido ABC de Mañach y Felix Lisazo<sup>107</sup>.

Este último sector demostraría hasta qué punto la ideología del mestizaje encontró resistencia o estuvo condicionada por un paradigma hegemónico blanco<sup>108</sup>. Inicialmente crítico de Estados Unidos por ser un país racialmente heterogéneo, Mañach terminará apostando al intervencionismo estadounidense en 1933 frente a la peligrosa emergencia política de grupos subalternos al interior. Después de todo, entre varios males, la modernidad estadounidense no parecía la peor. Hacia 1961, al final de su vida, Mañach incluso llegará a afirmar que después del 98, la intervención de Estados Unidos en Panamá, Santo Domingo y Guatemala no respondía a un afán expansivo ni de voluntad de imperio y concluía que, “las Filipinas son libres; a Cuba se le retiró la enmienda Platt; Puerto Rico es un estado libre asociado y... tendrá su independencia cuando quiera” (en Meléndez 523).

---

<sup>106</sup> “El negro/junto al cañaveral./El yanqui/sobre el cañaveral./La tierra/bajo el cañaveral./ ¡Sangre/que se nos va!” (63)

<sup>107</sup> En el poema de Tallet, la negra Tomasa resulta hiperbólicamente sexualizada en consonancia con los prejuicios raciales imperantes acerca de las mulatas.

<sup>108</sup> Esta resistencia se expresa dramáticamente en la apertura de una sucursal del Ku Klux Klan en 1928.

#### 8.4 DOMESTICACIÓN DEL ANTIMPERIALISMO

La resistencia a incorporar las demandas desde abajo en la nueva república y la incapacidad entre varios sectores progresistas por lograr una unidad estratégica, desembocarán en el golpe de estado de 1934, poniendo fin a la euforia revolucionaria del gobierno de Grau, que había logrado invalidar la Enmienda Platt. Atrás quedaba la llamada “década crítica” por Juan Marinello. Sin embargo, la revolución del 33 marcó el cierre definitivo de una manera de hacer política (Whitney 177). Los veinte estuvieron protagonizados por el derrumbamiento de la estructura neocolonial tal como había estado concebida desde 1901 y la aparición de diversos proyectos nacionalistas que se disputaron la hegemonía política y cultural. A partir del golpe de Estado de Batista y hasta el año 40, asistimos a la entronización del proyecto reformista abrazado por el dictador. Éste comprendió que la incorporación de las masas era impostergable en el nuevo orden republicano. La hegemonía política antes plenamente concentrada en Estados Unidos, dependería ahora en buena medida en el apoyo del *pueblo* (Whitney 179).

El primer régimen dictatorial de Batista logró lo que ni la vía de la democracia liberal sustentada por Grau y los auténticos ni la del socialismo revolucionario de los comunistas y demás grupos de izquierda alcanzó: la consolidación del estado nacional moderno cubano (Whitney). El prestigio derivado de su origen popular, aunado a un “programa bastante progresista que incluía entre sus metas la reforma agraria, beneficios sustanciales para los obreros, una campaña contra el analfabetismo y programas de salud pública” (De la Fuente, *Nation* 311), así como

“políticas para asegurar los derechos de las personas de color” (De la Fuente, *Nación* (311) aseguró a Batista una base social importante. De modo que, al igual que Trujillo, Batista no se valió únicamente del aparato represivo, sino también de la puesta en prácticas de políticas sociales legitimadas en la constitución de 1940. Políticas que habían respondido a las reivindicaciones sociales esgrimidas por Grau en 1933. Al igual que ocurrió durante la Era de Trujillo, el sentimiento antiimperialista inicial perdió fuerza. Parte de ese sentimiento se había derivado del monopolio de las centrales azucareras norteamericanas. Batista consiguió aliviar en esos años el foco de descontento aumentando las ganancias del azúcar para mejorar la calidad de vida de los colonos cubanos (Whitney 160). Ello dotó al régimen de cierta popularidad<sup>109</sup>, logrando así la incorporación disciplinada de las masas a la vez que recuperaba la figura del colono azucarero como símbolo de la cubanidad. Son los años en que la ideología del mestizaje rivaliza con la figura del colono azucarero.

Aunque ciertamente la beligerancia política antiimperialista disminuyó en estos años, los discursos contrahegemónicos tuvieron una continuidad en las producciones culturales de la vanguardia. Mientras la propia identidad iba definiéndose desde lo racial hasta lo cultural, desde el campesino blanco hasta el proletario negro, desde el criollo latifundista hasta el trabajador mestizo, desde la hispanofilia hasta el afrocubanismo, es claro que la alteridad estadounidense fue común a todas estas redefiniciones. Éstas se reactivarán en el discurso político a

---

<sup>109</sup> De hecho, Batista lograría ganar la elección de 1940. El populismo de Batista ha llevado a menudo a la identificación reaccionaria de la dictadura con los sectores negros (De la Fuente, *Nación*).

finales de los años cuarenta. Producciones como el poemario *West Indies, Ltd.* (1934) de Guillén y el libro ensayístico *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar* fueron referentes claves en el devenir histórico anticolonialista por su manera de aprehender una cubanidad diferenciadora: la denuncia de explotación social y racial y, la celebración del mestizaje sintético.

## 8.5 ANTIIMPERIALISMO Y ALBORES REVOLUCIONARIOS

Sin lugar a dudas Nicolás Guillén recogió en su obra poética el sentimiento antiimperialista de estas décadas de convulsión nacionalista. Su “verso mulato” constituyó una entidad inclusiva que se imaginó antitética a Estados Unidos. La democracia racial implícita en la propuesta de sus dos primeros libros vanguardistas *Motivos de Son* (1930) y *Sóngoro Cosongo* (1931) en los que elemento negro celebraba su “llegada” para quedarse como en el conocido poema, encontrará su contraparte en aquel país del norte a partir *West Indies, Ltd.* Entre estos dos últimos poemarios medió el golpe de Estado de Batista que con apoyo norteamericano acabó con la efervescencia de la revolución del 33. Ello explicaría, en cierta medida, la vehemencia crítica de Guillén hacia aquel país. La aparición más explícita en sus poemas de un discurso antiestadounidense significó para Ángel Augier, la liquidación de la etapa negrista para entrar en la antesala de su etapa revolucionaria (“Esquema” 49). Opinión similar a la de Rufinelli cuando define el poemario *West Indies, Ltd.*, como el desplazamiento desde una etapa del poeta en

que iba del mito a la historia, a otra, de la historia a la visión social (57). Esta visión social o revolucionaria, sin embargo, ya se asomaba en poemas anteriores como “Hay que tené boluntá”, “Pequeña oda a un negro boxeador cubano” y “Caña”; en donde el sujeto negro devenía víctima de un sistema de explotación y marginación social. En los dos últimos poemas mencionados, la alteridad hegemónica era explícitamente la estadounidense. No es sino hasta el poemario de 1934, que los poemas de Guillén no sólo harán explícita esta denuncia sino que además esbozarán cierta praxis revolucionaria o cuando menos liberadora. El poema *Sabás* por ejemplo, es una incitación a la rebeldía del “negro bueno”, dócil y obediente. *Sabás* terminará funcionando como un significante del mestizaje abrazado por Guillén ya en el prólogo de *Sóngoro Consongo* cuando afirmaba que el espíritu de Cuba era mestizo y que en Cuba todos eran “un poco níspero” (52). En “West Indies, Ltd”, el sujeto negro aparece más claramente como aglutinador de una experiencia común de sometimiento. La detentación de una Cuba sintetizadora racialmente, funda las bases del emergente imaginario cubano de la década del 30 que posteriormente convertirá a Guillén en el poeta nacional por excelencia: “Ahí está Juan Montuno,/ en la bandurria el vegetal suspiro,/ múltiple el canto y uno./ Está Juan Negro, hermano/ de Juan Blanco, los dos la misma mano./ Está, quiero decir, Juan Pueblo, sangre nuestra diseminada y numerosa” (“Elegía cubana”16).

En el poema que da nombre a su tercer libro, esta visión aglutinadora se expande a una territorialidad antillana: “Aquí hay blancos y negros y chinos y mulatos./ Desde luego se trata de colores baratos,/ pues a través de tratos y contratos/ se han corrido los tintes y no hay un tono estable” (3). Dicha

territorialidad multirracial se caracteriza por una sujeción neocolonial silenciada: “Este es el pueblo del all right/ donde todo se encuentra muy mal;/ este es el pueblo del very well,/ donde nadie está bien” (8). El poema pretende romper con ese silenciamiento impuesto por el “all right” para denunciar las reales condiciones de explotación: la mísera vida del trabajador azucarero, los interminables empréstitos estadounidenses que comprometen cada vez más las soberanías caribeñas, la burocracia local rapiñista, la falta de un liderazgo político responsable, la nación convertida en cabaret para “bandidos” y “bucaneros” estadounidenses, la tropa represora del pueblo, la alienación del pobre a través de la alcoholismo, etc.

Desde el mismo nombre del poema, “West Indies, Ltd.” se anuncia de entrada que la dependencia neocolonial tiene una dimensión ontológica, es una criatura creada, nominada e instrumentalizada por los monopolios extranjeros. Su nombre expresa “el sometimiento regional histórico y contemporáneo al capital estadounidense” (Branche 200).

Este capital viene referido en el poema por las “companies”, los “trusts” y la figura de Mr. Babbit (8), mismas imágenes que utiliza otro poeta nacional del mestizaje, el dominicano Pedro Mir años más tarde en su *Contracanto a Walt Whitman*, para denunciar las prácticas devoradoras del capitalismo norteamericano. En Guillén, el inglés funciona para designar la presencia intrusiva de una alteridad sojuzgadora. Al respecto Rufinelli enfatiza que “la posesión del lenguaje es hasta cierto punto la posesión del poder; todo imperialismo económico se basa, entre otros aspectos, en el imperialismo lingüístico (...) el idioma inglés fue adquiriendo un prestigio correspondiente al del poder ‘superior’ del colonizador” (77). Este

equivoco prestigio del idioma dominante es denunciado por el poeta al satirizar una clase media y alta antillana que se adhiere a sus códigos:

Aquí están los servidores de Mr. Babbit  
Los que educan a sus hijos en West Point.  
Aquí están los que chillan: hello baby,  
Y fuman “Chesterfield” y “Lucky Strike”.  
Aquí están los bailadores de fox trots,  
Los boys del jazz band  
y los veraneantes de Miami y de Palm Beach (8)

Guillén se mostraba preocupado por la influencia “perniciosa” de Estados Unidos sobre la cultura nacional: “El imperialismo se ha valido en Cuba de innumerables agentes para colonizarnos el espíritu, para transformarnos en mimos de su modo de ser: ello ocurría en el cine, con la música y —lo que es más grave— con el idioma” (en Rufinelli 77).

Resulta curioso que hacia el final del poema, Guillén anteponga al nombre inglés West Indies, su castellanización —las Antillas— como gesto autoafirmativo. Al pasar por alto el origen también colonial del término, Guillén ratifica su tesis conciliadora del mestizaje en el que el elemento blanco español forma parte integral de una identidad propia, radicalmente opuesta a la estadounidense. Esta última, es vista como racista y segregacionista<sup>110</sup>. De allí que, la imitación del sujeto colonizado antillano refiere la metáfora despectiva del simio en la primera parte del poema, quien adopta un endorracismo al internalizar los prejuicios raciales coloniales: “¡Me río de ti, negro imitamicos,/que abres los ojos ante el auto de los ricos,/y que te avergüenzas de mirarte el pellejo oscuro, cuando tienes el puño tan

---

<sup>110</sup> La identificación y simpatía hacia la cultura hispánica se acentúa aun más en “Poema de cuatro angustias y una esperanza” a raíz de de la Guerra Civil Española, en la que la solidaridad republicana de Guillén hace frente común contra el fascismo.



duro!” (4). El tema del racismo norteamericano es constante en la obra de Guillén. Uno de los poemas representativos de esta visión es la “Elegía a Emmet Hill”, donde denuncia el linchamiento en 1955 de un niño negro. En su ensayo “Camino a Harlem”, el poeta enfatiza la necesidad de distanciarse del modelo racial anglosajón como posible solución al racismo de la isla:

Estamos preocupándonos exclusivamente de las formas, y tenemos verdadero terror en llegar a fondo del problema que es grave. Insensiblemente nos vamos separando de muchos sectores donde debiéramos estar unidos, y a medida que el tiempo transcurra, esa división será ya tan profunda que no habrá campo para el abrazo final. **Ese será el día en que cada población cubana —a todo se llega— tenga su "barrio negro" como nuestros vecinos del norte, y ese es el camino que todos, tanto los que son del color de Martí, como los que tenemos la misma piel que Maceo, debemos evitar** (negritas mías, en Fernández Robaina 129)

Frente al nativo que imita simiescamente los prejuicios raciales de los “vecinos del norte”, Guillén contrapone una alianza antillana similar a la enunciación del “nosotros” en el *Contracanto* de Mir unificando: “los humillados”, “los parias desconocidos”, “los preteridos”, “los olvidados”, “los descosidos”, “los amarrados” y los “ateridos” (“West” 9). Este sujeto subalterno hace acto de presencia a través de la interrupción de los sones de Juan el Barbero para denunciar las condiciones que sufre de explotación extrema en las zafras azucareras. Juan el Barbero como Juan Pueblo, antillano, multirracial, es justamente el sujeto interpelado por el Partido Comunista Cubano, partido al que Guillén se afiliará en 1937 por la lucha por las reivindicaciones obreras frente a los monopolios estadounidenses. La profesión de Juan como barbero, paraleliza las imágenes de la hojilla con las del machete como instrumentos de trabajo pero también, como arma contra la opresión neocolonial. Así, el poeta retoma el juego analógico de Alejo

Carpentier en su novela *El reino de este mundo*, cuando Ti Noel asocia las cabezas de cera en una barbería, con una cabeza de ternero comprada en una carnicería y con las estampas de reyes europeos exhibidas en otro local. Este episodio que, en la novela funciona como preámbulo metafórico de la revolución haitiana, en “West Indies, Ltd.” también anuncia una emancipación pendiente:

—Cortar cabezas como cañas,  
¡chas, chas, chas!  
Arder las cañas y cabezas,  
subir el humo hasta las nubes  
¡cuándo será, cuándo será!  
Está mi mocha con su filo,  
¡chas, chas, chas!  
Está mi mano con su mocha,  
¡chas, chas, chas!  
(...)  
Cortar cabezas como cañas,  
arder las cañas y cabezas,  
subir el humo hasta las nubes...  
¡Cuándo será! (5-6)

La liberación del trabajador azucarero entonces, enlaza el tema de la esclavitud colonial con el de la explotación capitalista. El esclavo ha devenido en trabajador subasalariado por los monopolios *yanquis*. Rufinelli establece la íntima relación entre el racismo y el capitalismo: "En resumidas cuentas, la esclavitud que estaba en la base del colonialismo norteamericano y antillano, constituía el mecanismo necesario para la economía capitalista que caracteriza a todos los años del colonialismo hasta su fin en la independencia" (28). En su próximo poemario *Cantos para soldados y sones para turistas* (1937), Guillén desplaza la polaridad del amo/esclavo a la del turista/nativo en un contexto en el que el gobierno incentivaba el turismo norteamericano para paliar los bajos ingresos del azúcar. Nuevamente,

sin embargo, reaparece la caracterización negativa de Estados Unidos como devorador del trabajador azucarero en “Elegía a Jesús Menéndez” (1951) y “Elegía cubana” (1952). “Afuera está el vecino” nos previene la voz poética de la “Elegía cubana” para continuar alertándonos sobre las dimensiones negativas de la alteridad estadounidense:

Tiene el teléfono y el submarino  
Tiene una flota bárbara, una flota  
bárbara...Tiene una montaña de oro  
y un mirador y un coro  
de águilas y una nube de soldados  
ciegos, sordos, armados  
por el miedo y el odio. (Sus banderas  
empastadas en sangre, un fisiológico  
hedor esparcen que demora el vuelo  
de las moscas.) Afuera está el vecino,  
rodeado de fieras nocturnas, enviando embajadores (16)

El poema enumera así, los “nauseabundos” atributos con los que aquel país sostiene su dominación: la tecnología, el capital, la presión diplomática “y también desde luego, tropas de infantería de marina,/ porque es útil (a veces) hacer fuego” (16). Es, sin embargo, en la elegía al dirigente sindical Jesús Menéndez asesinado en 1948, donde Guillén logra una mayor precisión de su discurso antimperialista al articularlo a la dinámica inclemente de la economía monoprodutora cubana. Quizá uno de sus poemas más ambiciosos, el texto conjuga el poema-son, el verso libre y la estrofa tradicional (Augier, “Prólogo” xx) en una estructura de siete secciones alrededor del crimen de Menéndez.

Las imágenes de la caña acuden al lector para introducirlo en la territorialidad insular. Más que erigirse como el símbolo de la dominación capitalista —implícita sí, en la imagen del azúcar—, ella metaforiza a la nación misma herida por su

sobreexplotación, una nación que se levantará irredenta en la resurrección final de Menéndez trasmutado en “General de las Cañas” de la última sección. De allí que en la primera parte, la caña se identifica positivamente con Menéndez al tratar de alertarlo sobre el acecho de su asesino, el “capitán de plomo y cuero” (32): “las cañas iban y venían/ desesperadas, agitando/ las manos/ te avisaban la muerte,/ la muerte rota y el disparo” (32). La ejecución del crimen en esta primera sección nos informa que el verdugo; animalizado deliberadamente, actúa de acuerdo a intereses imperialistas: “Violento azúcar en tu voz de mando, /con su luz de relámpago nocturno/ iba de yanqui en yanqui resonando” (33). En la segunda parte, la voz poética ahonda en la especificidad “yanqui” del crimen desplazando la acción del cañaveral cubano a la bolsa neoyorquina:

A estas alturas de la narración, ya queda claro que el capitán funciona como parte de un tropo más amplio: el de las ganancias y el capitalismo; es decir, como un elemento sinecdocal de aquella máquina buitresca que se alimenta del esfuerzo nativo. En la segunda sección aparece en Nueva York, la capital del capital, donde es integrado a su metatexto, o sea, el informe financiero del New York Herald Tribune, que presenta un reportaje sobre las empresas transnacionales que dominan el hemisferio. El escenario de la bolsa de valores presenta lo mismo de siempre: la compraventa ruidosa e hiperactiva. Allí se encuentra el capitán, tras una convergencia mágico real entre el centro y la periferia del capitalismo (Branche 211).

La denuncia de un sistema de subordinación capitalista cuyo centro expansivo tiene lugar en la bolsa de Nueva York coincide con el *Contracanto de Walt Whitman* de Mir, probablemente escrito el mismo año, en el que Walt Street y su personificación en Mr. Babbitt exige engullir todas las Antillas y el resto de América Latina. En ambos poemas se expone una América Latina o una Cuba como materia prima para el consumo estadounidense. La muerte del líder sindical se

homologa a los títulos o bonos cuyas altas y bajas son anunciadas en el *Wall Street Journal* o el *Dow Jones*. La devoración inclemente del mercado de valores descuartiza el cuerpo de Meléndez para ser engullido en una suerte de aquelarre capitalista de compañías como la Cuban Atlantic Company, La Punta Alegre Sugar Company, la Cuban Railroad Company, la Mullings Manufacturing Company, la United Fruit Company o la Foster Welles Company. Esta imagen del desmembramiento se asocia de manera más directa con el cuerpo nacional en “Elegía cubana”: “Cuba, palmar vendido/ sueño descuartizado,/ duro mapa de azúcar y de olvido....” (14). Meléndez, como Cuba, deviene “en objeto de especulación monetaria” (Branche 212): “Sangre Menéndez, hoy, al cierre,/ 150 puntos 7/8 con tendencia al alza” (34). “La Ambición con su trompa innumerable” y “el tragón avaro, /uña y pezuña a fondo en la carroña” (“Elegía cubana” 15) está compuesto por un coro que resulta la antítesis del coro contrahegemónico del *Contracanto* de Mir: comerciantes, usureros, papagayos, linchadores, amanuenses, policías, capataces, proxenetas, recaderos, mayores, delatores, trúmanes y macártures, entre otros. (“Elegía a Jesús” 34-35). Sobre las implicaciones de la antropofagia especulativa de estos animales de “carroña”, Branche resalta la inversión del tópico colonialista del canibalismo del nativo y también, la asociación con los linchamientos negros en Estados Unidos (213-214). Esto último parece confirmarse con la mención del Ku Klux Klan en la sección VI quien junto al Tío Sam, Jim Crow y Lynch hacen un brindis por la muerte (41). Aquí de nuevo, el tema del racismo vuelve a conjugarse con el de la opresión del capital. En un poema posterior de Guillén, la voz poética denuncia que “Para el gringo somos caña/ y un

trapiche que la muele;/ compadre, decirlo duele,/ mas quien lo esconda, se engaña. (“soldado” 143). El cuerpo cosificado de Menéndez resulta como la caña misma, molido, reducido a mero valor bursátil, en un movimiento que remitiría a la “trata trasatlántica como máquina del capitalismo” (Branche 213).

Las secciones III, IV, V, VI y VII de la *Elegía a Meléndez* remiten a una dirección emancipadora. La parte III expone la imposibilidad del verdugo de huir de una justicia superior metaforizada en la Muerte que le pisa los talones. En lo que Branche ve como una narrativa “transhistórica”, no sólo de reivindicación social sino también racial (210), el capitán al asecho en el cañaveral, resulta ser, como el nativo al servicio de la clase esclavista, una reconfiguración de la figura del rancheador colonial (Branche 210). Su presencia en la sección III parece pues, simbolizar una dominación racial/ colonial de capitales azucareros norteamericanos (Branche 211) que tiene sus días contados. La sección IV resalta la calidad moral de Menéndez por contraste con la atmósfera retratada en las secciones anteriores. Su “invaluable” cubanía es modesta y sencilla y permanece asociada a la estirpe de Maceo en un gesto que equipara la lucha contra el capital estadounidense como una lucha por la liberación nacional. La voz poética aquí, se tiñe de connotaciones míticas con el nombre de Jesús, quien como en la historia bíblica, se sobrepone a su muerte en la próxima sección: “Los grandes muertos son inmortales: no mueren nunca” (38). O bien en una repetición a manera de oración: “el vivo es el muerto” (38). La pureza del Menéndez se refuerza con la imagen de una paloma herida. Imagen que en “Elegía cubana” tiene su contrapartida en

el ala del pájaro sangriento

que desde el alto Norte desparrama  
muerte, gusano y muerte, cruz y muerte,  
lágrima y muerte, muerte y sepultura,  
muerte y microbio, muerte y bayoneta (17)

Es esta muerte venida del “Alto Norte” la que celebran en un brindis macabro que tiene lugar en Washington y Nueva York, los depredadores yanquis en la sección VI. En contraposición, dentro de la misma sección, acudimos a la presentación de una alianza continental antimperialista que incluye a los trabajadores petroleros venezolanos, los salitreros chilenos, los cafetaleros y bananeros colombianos, los habitantes de las favelas brasileñas, los indígenas mexicanos, los héroes de la revolución haitiana y los siete negros ejecutados impunemente en Martinsville. Todos estos “miserables” aparecen convocados por un Jesús que, a diferencia del cristiano: “no está en el cielo, sino en la tierra: no demanda oraciones, sino lucha; no quiere sacerdotes, sino compañeros; no erige iglesias, sino sindicatos” (42). Por todo ello, queda claro que “Nadie lo podrá matar” (42). La última sección en efecto, corresponde a la alborada revolucionaria. Coincide con el último momento del *Contracanto* de Mir de recoger los “puños y semilleros de todos los pueblos” (77). En la Elegía de Guillén, la muerte de Jesús Menéndez se ha trasfigurado en “la paloma de vuelo popular”, de su sangre ha crecido el árbol de la emancipación colectiva que lejos de permanecer sujeta a cualquier promesa religiosa ultramundana, adquiere la ferocidad del “sable” y del

“relámpago bruñido” cuya presencia ha de cumplirse aquí, en “el reino de este mundo”<sup>111</sup>.

La poesía de Guillén durante los años treinta y cuarenta no sólo mostró ser profética al anunciar la revolución que irrumpiría en 1959, sino que proveyó el tipo de moldes imaginarios necesarios a la nueva nación cubana mestiza y antiimperialista que sería la nación imaginada dominante de las últimas décadas del siglo xx.

## 8.6 POR UNA CUBANIDAD INASIBLE PARA TURISTAS

La vinculación entre la lucha por la soberanía nacional o continental y las luchas sociales o raciales, propia del discurso antiimperialista de Guillén, tuvo su correlato en las actividades del partido comunista y las revistas afines a éste —*La Gaceta del Caribe* (1944) y *Nuestro Tiempo* (1954-1959)— durante las década del cuarenta y el cincuenta. A esta corriente de nacionalismo comunista (Rojas, *Tumbas* 196) también pertenecieron otros intelectuales como Juan Marinello, Mirta Aguirre, Ángel Augier, José Antonio Portuondo y Carlos Rafael Rodríguez.

Hubo, sin embargo, otra corriente intelectual nacionalista que si bien coincidió con una percepción crítica de la realidad republicana tras la frustración de la revolución del 33, articuló una propuesta alternativa, que tendría lugar en el espacio “secreto” de la poesía, alejado de los círculos y compromisos del poder.

---

<sup>111</sup> La conocida novela de Alejo Carpentier publicada apenas dos años antes de la “Elegía a Jesús Menéndez” articularía también una narrativa “transhistórica” con vistas a una emancipación por cumplirse.



Me refiero al grupo Orígenes que con José Lezama Lima a la cabeza, gravitó en torno a las revistas *Verbum* (1937), *Espuela de Plata* (1939-1941), *Clavileño* (1942-1943), *Poeta* (1942-1943), *Nadie parecía* (1942-1944) y *Orígenes* (1944-1956), y que estuvo conformado por los poetas Virgilio Piñera, Ángel Gaztelu, Gastón Baquero, Eliseo Diego, Octavio Smith, Cintio Vitier, Fina García Ruz, Lorenzo García Vega, Justo Rodríguez Santos y artistas plásticos como Mariano y René Portocarrero. En 1937 Lezama Lima establecía las bases de su proyecto poético/nacionalista:

Primero: Derrocar todo intento artístico de tendencia política, pues en este momento toda tendencia política que no sea estrictamente nacional está forzosamente equivocada y sólo nos puede conducir a una desaparición total.

Segundo: Derrocar todo arte racista, hispanoamericano o afro-cubano, que puede ser un gran obstáculo para la integración de nuestra nacionalidad.

Tercero: Derrocar todo arte servil que se ponga a disposición de esos seres rubios que nos vienen a observar detrás de espejuelos ahumados y a pasear sus autos repletos de camisitas de colores (...) tenemos que convencernos de que un país de arte exclusivamente turístico nunca podrá aspirar a un verdadero rol histórico.

Cuarto: Alentar con celo todo lo que sea capaz de crear la sensibilidad nacional y desarrollar una cultura. El deber ahora no está en la política; está en el estudio desinteresado y rudo, en la búsqueda del centro de gravedad de nuestra civilización (...) y de una sensibilidad nacional (en Mataix 52).

La declaración de una concepción del arte como el lugar donde tendría lugar la realización nacional cubana, su “cultura”, alejada de los vaivenes deshonestos de la política muestra las dimensiones de la frustración republicana de esta generación de entrerrevoluciones. Al golpe encabezado por Batista en 1934 poniendo fin a la revolución del 33, habría que sumar la decepción subsiguiente en la década de los 40s del sistema democrático republicano en el que la corrupción administrativa de los gobiernos auténticos de Grau San Martín (1944-1948) y Carlos Prío Socarrás (1948-1952) alcanzó proporciones escandalosas. Ello allanó el camino nuevamente a

Batista para la instauración de su régimen dictatorial en 1952. Los integrantes de Orígenes asistían con horror a una realidad nacional contemplable como proceso acelerado de disolución. En los puntos programáticos de Lezama Lima anteriormente citados, puede verse una voluntad de rescate, “de búsqueda de centro de gravedad de nuestra civilización” que coincide en un diferente plano —el de la *imago* lezamiana— con la intención descolonizadora de un Guillén. Ello resulta paradójico si, como leemos en los puntos primero y último, pero sobre todo en el segundo, se hace imperativo un distanciamiento de la actividad intelectual vinculada a la praxis política. El segundo punto es enfático en el rechazo al negrismo y al afrocubanismo en boga, de poetas como Emilio Ballagas y Guillén o ensayistas como Ortiz y Lydia Cabrera. Sin embargo, la razón que mueve a Guillén a considerar una identidad negra o mestiza frente al imperialismo norteamericano, pareciera aproximarse a la que produce el rechazo de Lezama, quien teme la desintegración nacional frente a un adversario común. Hay que derrocar “un arte servil” a disposición de “esos seres rubios”, nos dice Lezama inmediatamente después de juzgar con dureza estéticas vanguardistas como las del negrismo. Y prosigue con la implicación negativa de que hacer un arte para turistas, falsearía una “verdadera” historicidad. Si bien, no lo plantea en esos términos, Lezama parece establecer una sutil conexión entre cierto colonialismo cultural y las vanguardias estéticas y, la necesidad de acudir a un arte descolonizador inaprensible “detrás de los espejuelos ahumados” del estadounidense que viene pasearse con “sus autos repletos de camisitas de colores”. Este señalamiento de una alteridad desnacionalizadora coincide, paradójicamente con la denuncia de los

poemas de Guillén en sus “Cantos para soldados y sones para turistas” de 1937. La diferencia entonces, entre la propuesta origenista y la de Guillén, no radica tanto en la ausencia de motivación política de la primera —como se ha tendido a creer a partir del declarado antipolitismo del grupo—, sino en el lugar en el que se sitúa una cubanidad emancipadora frente a un mal común. Mientras Guillén se coloca en el lugar de la identidad étnica, Lezama busca la autonomía y la originalidad anteriores a toda identidad social.

Aunque los origenistas rehuyeron el discurso incendiario antiimperialista, creo que es posible entrever que lo norteamericano —expresado entre otros, a través de la adopción del *american way of life*, o del turismo estadounidense—, hacía parte de la disolución nacional que ellos se proponían evitar a través del espacio “puro” de la poesía. Ya en el primer número de *Verbum*, Lezama publicaba el artículo “Límite del progreso” de quien fuera el maestro orientador para los origenistas, el poeta andaluz Juan Ramón Jiménez. En dicho ensayo, la ciudad de Nueva York resultaba desmitificada: “Babel de la melancolía progresista, no es ya sino una sola desmedida máquina que su hombre ve desde adentro” (en Alvarenga). Despojada la ciudad de todo rastro de humanidad en aras de un “progreso” industrial, tecnológico, ésta se vuelve antinómica de la vida humana: “El tipo humano que ha inventado tanta máquina inútil, llega a ser él mismo una inframáquina de inventar vano; inventa como máquina y tiene que cumplir su función y su visión como máquina. Este hombre es ya una yerta máquina, con aceite de triste sangre; máquina temblorosa de calcular lo verdaderamente falso, lo

llenamente vacío” (en Alvarenga)<sup>112</sup>. La falta de espiritualidad sobrepasada por el materialismo de la maquinaria industrial hace eco de la dicotomía rodosiana entre la espiritualidad latinoamericana y el utilitarismo anglosajón. Igualmente, la visión de la ciudad en la cual el desarrollo conlleva a una acumulación capitalista antropofágica coincide con la metrópolis del Wall Street en “Elegía a Jesús Menéndez”. Al final de su artículo, Jiménez propone que “el hombre es libre, tiene que ser libre; su primera virtud, su gran hermosura es la libertad. (...) No inventemos, no compremos, no fomentemos ni ayudemos nada ingenioso, menudo, vanamente artificial” (en Duanel Díaz 65). Se trata de un llamado por la diferenciación de la vaciedad norteamericana, de esa artificialidad ingeniosa equivalente a la del negrismo denunciado por Lezama.

El artificio de “la Babel de melancolía progresista” —lo que Lezama refiere como la frenética cotidianidad vertical del rascacielos del angloamericano (en Rojas, *Motivos* 300)—, se proyecta en la cosificación de la sociedad liberal estadounidense. Frente a ésta, José Rodríguez Feo, mecenas, ensayista y traductor de *Orígenes*, rescata una tradición espiritualista de Ralph Waldo Emerson, Henry David Thoreau, T. S. Eliot y George Santayana (Rojas, *Motivos* 297).

La selección de los poetas extranjeros publicados —y a menudo traducidos— en *Orígenes* señala las filiaciones culturales predominantes del grupo. Rojas refiere una doble corriente interna entre España y Estados Unidos (*Motivos* 296). Si la

---

<sup>112</sup> La crítica a la maquinización de la ciudad de Nueva York de Juan Ramón Jiménez coincide con la visión de Martí sobre aquella ciudad: “en Nueva York (la vida es) una locomotora de penacho humeante y entrañas encendidas” (en Julio Ramos 153)

primera publicaba a Juan Ramón Jiménez, María Zambrano, Jorge Guillén, Luis Cernuda y Pedro Salinas, la segunda haría lo propio con escritores como Henry James, Eliot, Wallace Stevens y William Carlos Williams (Rojas, *Motivos* 296). Ambas corrientes sin embargo, delataron el mismo reclamo: una universalidad en contraposición a ese “arte para turistas”. Sin duda esa universalidad se identificaba mayormente con el mundo católico hispano como resistencia al “área protestante norteamericana” (Rojas, *Motivos* 297)<sup>113</sup>. De allí, la peculiaridad de la selección de Piñera y de Rodríguez Feo —mucho más identificados con la poesía anglosajona que Lezama, Vitier y García Marruz— de escritores estadounidenses. Adriana Kanzepolsky sugiere que, “frente a un desprecio a las formas de vida norteamericanas comienza a existir un reconocimiento de determinada zona de su cultura, particularmente de su literatura, o aún de su poesía” (156). Estas zonas están identificadas con propuestas alternas al interior de Estados Unidos: “Los origenistas eligen para publicar en su revista a poetas que representan la ‘otra posibilidad’ de la cultura norteamericana” (Kanzepolsky 159-160). El ejemplo más resaltante lo constituye el repetido interés por traducir, publicar y escribir sobre George Santayana: “Santayana interesaba a los origenistas fundamentalmente por dos motivos de índole diversa: su crítica a los Estados Unidos o su interés por la conflictiva relación norte-sur, entendida básicamente en término de dos morales religiosas enfrentadas” (Kanzepolsky 193). La mirada crítica, espiritualista de Santayana sobre la cultura norteamericana en efecto, traslucía “su personal conflicto

---

<sup>113</sup> Había desde luego, también interés por la poesía francesa, sobre todo la católica como la de Paul Claudel.

entre la cultura católica española y la calvinista norteamericana” (Rojas, *Motivos* 297). Resulta reveladora la asociación que Kanzepolsky establece entre la actitud origenista y la modernista. La recuperación de Poe en *Los raros* de Darío, se equipararían al gesto de las traducciones de los poetas norteamericanos en *Orígenes* (160). Ello, no deja de entrañar cierta ironía en esta reapropiación periférica. Frente a la oquedad de un contexto nacional culturalmente influenciado por Estados Unidos, aquello que Vitier describe como un “nuevo espíritu” que “amenaza con helar nuestras mejores esencias” “desde la nación más poderosa de este hemisferio” (en Rojas, *Motivos* 297-298), cierta legitimación y prestigio de los origenistas pasa nuevamente por estas traducciones de lo metropolitano.

La búsqueda de esa “otra posibilidad de la cultura americana”, contra “el vacío de la llenura”, tal como pedía el poeta andaluz, será para Orígenes la adhesión hacia la imagen poética. Como el reflejo de Narciso en el poema de Lezama<sup>114</sup>, la imagen resulta inaprensible trascendiendo todo vano espejismo. La imagen poética “sutura”, “empata” la falla, la caída que significa la imposibilidad republicana. Ciertamente, en la emblemática canonización poética de los origenistas plasmada en “Lo cubano en la poesía” de 1957, Vitier “lamentaba la discordancia entre una tradición poética tan nacionalista y un devenir político tan quebradizo y frustrado, dependiente de Estados Unidos y sometido al ‘american way of life’” (Rojas, *Tumbas* 235). De allí la legitimación de la poesía por sobre la praxis política del momento: “la poesía nos cura de la historia y nos permite acercarnos a la sombra del umbral” (Vitier en Rojas, *Tumbas* 235).

---

<sup>114</sup> Me refiero a “Muerte de Narciso” (1937)

El telos nacional encontraba así su sentido en la imagen poética, en ella se cumplía una “futuridad” —un umbral *más allá*— ausente en la cultura norteamericana ocupada en aquellos huecos artificios del presente: “A diferencia de Hispanoamérica y al igual que Estados Unidos, Cuba carecía de pasado, pero su reacción contra esa levedad era distinta a la del norte, pues intentaba ganar el futuro en lugar del presente” (Rojas, *Motivos* 300). Esta diferencialidad entre Cuba y Estados Unidos se expresa en cierta oposición entre espacio (presente) y tiempo (futuro). Lo que Lezama denominaba la “licantropía puritana” se traducía en una escisión inexistente en la fusión católica del bien y la belleza (Rojas, *Motivos* 299). Lo “puritano escindido” mostraba una división tajante entre los espacios de lo público y lo privado. Mientras a lo primero correspondía la acumulación, la laboriosidad y la crematística, en lo segundo ubicaba el deseo, el placer y la entrega (Rojas, *Motivos* 299). Esta división tenía su correlato en el “desdoblamiento de una democracia hacia adentro y un imperio hacia fuera” (Rojas, *Motivos* 300). De allí que mientras en Cuba, el encuentro con una otredad debía renunciar a toda funcionalidad para proponerse como una trayectoria misteriosa motorizada por el “Eros de la lejanía” (*Paradiso*) que lograría trascender la finitud temporal, en Estados Unidos “la penetración de lo ajeno” se daba como “expansión territorial, conquista del oeste, viaje a la luna” (Rojas, *Motivos* 300). En la perspectiva presente, uno podría vislumbrar en esa expulsión del deseo en el espacio público norteamericano, una ansiedad geofágica capitalista, el “infinito malo” hegeliano<sup>115</sup>. A este infinito

---

<sup>115</sup> Hegel denominó el “infinito malo” o “mal infinito” a una finitud que renace indefinidamente sin poder alcanzar un “verdadera” infinitud. Jean Luc Nancy retoma el término hegeliano para referir esta acumulación

espacial nunca colmado, Lezama opone la plenitud de la imagen cifrada en una futuridad de transfiguración —y/o de resurrección—. Esta unidad así, superaría la escisión norteamericana provocada por el utilitarismo, justamente la funcionalidad del protestantismo que se rechaza en *Paradiso*.

Si el presente es el campo erróneo de la realización histórica y el pasado es inexistente dada la ingravidez cubana<sup>116</sup>, tanto los dirigentes políticos como aquellos intelectuales que habían “contaminado” su labor creativa con el ejercicio de la política quedaban marginados de la imagen poética para los origenistas. La ruptura pues, no sólo era con Guillén o Ballagas sino con la generación minorista o más ampliamente con todos aquellos intelectuales que orbitaron alrededor de la *Revista de Avance*. Así, al desmarcarse de sus predecesores y reclamar su absoluta novedad-originalidad en el campo intelectual cubano, irónicamente repitieron el gesto beligerante de aquéllos respecto a la primera generación republicana. Esta cadena de negaciones generacionales redundó finalmente, en lo que Antonio José Ponte denomina “la sublimación de los primeros años republicanos” en los origenistas (*Libro 50*). Una recuperación simbólica del espacio señorial —como la imagen de aquel caserón español de don Marcelo ubicado en la parte vieja de la ciudad en la novela *Coaybay*— como depositario de una cubanidad en vías de

---

que no tiene otro fin que el sí mismo: “El valor está ahí, por tanto, antes que nada, él mismo instrumentalizado, pues está al servicio de la reproducción de su propia potencia, indefinidamente , **ya sea por capitalización espiritual o monetaria**. El valor adquiere valor a través de este proceso autístico sin fin, y este infinito no tiene más acto que la reproducción de su potencia (...) El “mal infinito”, según los términos de Hegel, es también el que no puede ser actual” (negritas mías, 26)

<sup>116</sup> Veremos sin embargo notables excepciones, la más evidente es la recuperación que hace Orígenes de Martí.



desintegración entre otros motivos, por aquello que Vitier denunciaba como la dependencia de Estados Unidos y el sometimiento al “american way of life”.

Sin embargo, aunque ocurre “una sublimación” de los primeros años del siglo, los origenistas se distancian del sentimiento antiespañol de aquella época. Como ocurre también en la poesía de Guillén, la solidaridad y cercanía con España y sus intelectuales republicanos durante la Guerra Civil ayudó a producir una revaloración en Cuba de la cultura española. Del rencuentro, emergerá la matriz cultural hispanizante de Lezama Lima, su búsqueda de las fuentes barrocas gongorinas no aprensibles para la mirada “turística” estadounidense, que opone a las propuestas vanguardistas afrocubanas. Esta matriz cultural, tendrá su correlato literario en la idealización de la atmósfera infantil, señorial de Cemí en los primeros capítulos de *Paradiso* (Ponte, *Libro* 50). La dignidad militar del padre del protagonista evoca una ética patriarcal de principios de siglo, perdida en el presente de Orígenes.

Los poetas origenistas tendrán en común con una buena parte de la generación de José Antonio Ramos, su percepción desengañada ante la realidad nacional que deriva en un escepticismo de la praxis política. La frustración de Cuba Libre a principios de siglo se repite en la frustración republicana. El rechazo de los origenistas frente a la escandalosa corrupción administrativa de los gobiernos auténticos de Grau y Prío, parecen hacer eco de la actitud de Ramos frente al “fulanismo” de su época. La actividad política quedaba reducida así a una esfera deleznable de la cual la generación anterior también formaba parte. En la conocida polémica entre Mañach y Lezama Lima, ante el reclamo del primero por el ausente

reconocimiento de *Orígenes* a la *Revista de Avance*, el poeta respondería: “No podíamos mostrar filiación, mi querido Mañach, con hombres y paisajes que ya no tenían para las siguientes generaciones la fascinación de la entrega decisiva a una obra y que sobrenadaban en las vastas demostraciones del periodismo o en la ganga mundana de la política positiva” (en Barquet 38). Para Vitier, la generación de Mañach habría supeditado la cultura a los vaivenes insustanciales de la política:

En suma, a la ‘falta de sustancia y el contentamiento con meras apariencias’, que dice Mañach, opusieron polémicamente otro género flamante de oquedad, contentándose también, en el intento renovador del espíritu, con ‘meras apariencias’ y actitudes que a la postre se iban a revelar endebles y provisionales. Porque su raíz no era poética, creadora, sino como hemos dicho, sociológica y política, desembocando al fin en la lucha contra la tiranía de Machado y sus consecuencias inmediatas, que todavía sufrimos (*Lo cubano* 371-372).

La propuesta de Orígenes era desde luego, también política. Varias décadas más tarde, a la luz de la revolución cubana del 59, Vitier reflexionará sobre la toma de posición del grupo por una “eticidad resistente”:

Absolutamente impermeables a la influencia norteamericana, rechazaron la tabla de valores de la burguesía dominante y se ensimismaron en un trabajo poético que intentaba expresar esencias originales, a la vez que se oponían con intransigencia al sinsentido, el facilismo y el hedonismo de la vida pública cubana. Su pesimismo político era acompañado de un optimismo trascendente que les permitió resistir y crear en el desierto (en Barquet 81)

La resistencia origenista no consistió, como en los personajes éticos de Ramos, en el abandono de la ciudad como locus de corrupción republicana del que había que huir, sino en la construcción de otra ciudad dentro de aquélla. La motivación del grupo fue:

construir, frente al Estado político corrupto y entreguista ante el capital extranjero, otro *estado* (basado en la labor intelectual y creativa como un trabajo o misión infatigable) más sólido y perdurable, de insobornables

apoyaduras éticas, que ofrecieran una eficaz resistencia a ese proceso de desintegración nacional que muchos del grupo percibían en el ambiente de frustración, corrupción y escepticismo políticos predominantes entonces entre amplias capas de la población de la Isla, y muy particularmente entre ellos mismos (Vitier, en Barquet 62)

Una “república de las Letras”, un espacio donde reinase la imagen sería sin embargo, no un espacio desconectado del cuerpo nacional; sino, nuevamente, su ciframiento en una futuridad: “la señal del advenimiento” (Vitier, en Barquet 76) de una realización nacional en la cual, la imagen poética, tendría su encarnación en la historia cubana. Esta simultaneidad es la que los origenistas recuperan en Martí y, en el Julio Antonio Mella que Lezama reconfigura en *Paradiso*. Mella, como el Jesús Menéndez de Guillén, y como el Cristo del catolicismo que profesaban varios de los origenistas, conjugaría ética y destino. La suya es la posibilidad de una dimensión trascendente de la imagen no exenta de tintes mesiánicos. La revolución cubana del 59 representaría para la mayoría de los origenistas —al menos durante los primeros años— el advenimiento histórico que sus poemas venían prefigurando. La irrupción de la llamada generación del Centenario en la escena pública con el asalto fallido al Cuartel Moncada el 26 de julio de 1953, supuso el principio de una narrativa mítica revolucionaria en la que finalmente el legado liberador de Martí, tantas veces pospuesto, alcanzaba su realización un siglo después.

## **9.0 CALIBÁN Y SUS OTROS: MARCANDO Y DIFUMINANDO LOS LÍMITES DE LA ISLA**

La revolución cubana (1959) hace suya la frustración republicana y se propone fundar una nueva sociedad basada las reivindicaciones sociales y raciales de aquellos sectores de los que hablaba Martí en *Nuestra América*. En su famosa defensa de 1953 por el asalto al Moncada, Fidel Castro legitimaba su movimiento como el de una nueva generación cubana independiente cuyo autor intelectual había sido Martí (“Historia”). Se hacía imperante, según el dirigente del 26 de julio, “un gobierno revolucionario con el respaldo del pueblo” (“Historia”). Sin embargo, y lejos de los que las narrativas totalizadoras tanto oficiales como disidentes han esgrimido, la consecución de la ansiada comunidad igualitaria respondió a dinámicas complejas de negociación y de intercambio político, económico y cultural entre actores heterogéneos al interior y al exterior de la isla. En su libro *Tumbas sin sosiego*, Rojas expone la diversidad de tendencias nacionalistas que convergieron de manera entusiasta en el proyecto de creación de una nueva sociedad: liberales o derechistas republicanos, católicos, marxistas; entre los que se contarían intelectuales tan diversos como Lezama Lima, Carpentier, Guillén, Vitier, Virgilio Piñera, Mañach, Ambrosio Fornet, Marinello, Mirta Aguirre, Antón Arrufat, José Antonio Portuondo, Roberto Fernández Retamar y Ortiz.

A nivel político, tanto las dinámicas internas de diferentes facciones que se disputaban la hegemonía política —el Movimiento 26 de julio (M-26), el Directorio Revolucionario 13 de marzo, y el Partido Socialista Popular (PSP)—, como la extraordinaria ofensiva estadounidense sobre la isla en plena atmósfera de la guerra fría —su apoyo a las insurrecciones contrarrevolucionarias, el embargo económico, sus presiones en la OEA para la expulsión de la isla de esa organización, el soporte económico y militar dado a la Invasión de Playa Girón, entre otras acciones destinadas a derrocar el régimen revolucionario—; conllevó a la radicalización del proceso liderado por Fidel. En abril de 1961 éste declaraba el carácter socialista de la revolución y en diciembre del mismo año se reconocía como marxista leninista. En la Primera, pero sobre todo en la Segunda Declaración de La Habana de febrero de 1962, Fidel convocaba con urgencia una alianza antiimperialista latinoamericana conformada por campesinos, obreros, militares nacionalistas e intelectuales (233). Legitimando su discurso a la luz de las advertencias de Martí acerca del peligro estadounidense y recurriendo a su famosa referencia a la historia bíblica de David y Goliat, Fidel propone una comunidad de indios, gauchos, mestizos, zambos, cuarterones y blancos unidos, —una “América de color”— frente a un enemigo común. A esta “masa anónima”, “hoy le toca la lucha de liberación frente a la metrópoli imperial más poderosa del mundo, frente a la fuerza más importante del sistema imperialista mundial” (235). Esta última lucha es vinculada a la tradición épica de las guerras independentistas, con la que Fidel establece una continuidad entre el antiimperialismo y el derecho a la autodeterminación y soberanías nacionales latinoamericanas.

La victoria de los barbudos de Sierra Maestra planteada como la culminación del proyecto inacabado del Apóstol, así como la afirmación de temprano pensamiento antiimperialista en Martí, constituyen los dos pilares sobre los cuales la revolución alcanza su legitimación histórica (Rojas, *Tumbas* 52). Se articula una narrativa teleológica fundante de lo revolucionario bajo una perspectiva de permanente resistencia.

Bajo la perspectiva de esta extrema resistencia frente al histórico imperialismo estadounidense que se denunciaba en la Segunda Declaración de La Habana —confirmada por la invasión de Playa Girón en 1961—; la pluralidad ideológica al interior de la isla pareció paulatinamente convertirse en una debilidad que atentaba contra la cohesión revolucionaria. En las famosas “Palabras a los intelectuales” de 1961, que tuvieron lugar en la Biblioteca Nacional, Fidel establecía un adentro y un afuera de la revolución que los diferentes intelectuales y burócratas de la cultura se dedicaron a reproducir en los años subsiguientes. La revista *Lunes de Revolución* (1959-1961) heredaría de la revista de Rodríguez Feo y Virgilio Piñera *Ciclón* (1955-1959), una lectura antiorigenista por la falta de compromiso político de aquel grupo y su actitud elitista. A su vez, la generación de *Lunes* confrontaría los ataques de la revista *Hoy Domingo* afiliada al partido PSP y los de la revista militar *Verde Olivo* en torno al diversionismo ideológico de la revista *Lunes*. La estricta concepción del intelectual revolucionario, iría poco a poco empujando hacia el “afuera” a aquellos intelectuales nacionalistas que Rojas mencionaba como simpatizantes iniciales de la revolución: Lezama, Piñera, Cabrera Infante, Mañach, Pablo Armando Fernández, Carlos Franqui, por mencionar algunos. Lo mismo

ocurrió con el grupo de intelectuales progresistas extranjeros, entusiastas iniciales del proceso cubano: Allen Ginsberg, Oscar Lewis, Hans Magnus Enzensberger y Mario Vargas Llosa, entre otros. Algunos de ellos serían acusados de colonialismo cultural e incluso de colaborar con el enemigo. En consonancia con la formulación guevarista del “hombre nuevo” en “El socialismo y el hombre en Cuba” (1965), el “intelectual nuevo” debía ante todo demostrar un maniqueo y beligerante antiimperialismo que lo acreditara como revolucionario. Así lo hicieron algunos intelectuales identificados con una corriente marxista prerrevolucionaria como Marinello, Portuondo o Guillén. Otros sin embargo, debieron expurgar “el pecado original” denunciado por el Che, dado su origen burgués.

Tal como señala Louis Pérez, la revolución cubana produjo un quiebre identitario en una Cuba cuya vida republicana se había nutrido en gran medida de parámetros culturales, políticos y sociales estadounidenses (*Becoming* 459): la sustentación de la democracia representativa liberal, los patrones de consumo, la formación universitaria de una burguesía cubana en instituciones estadounidenses, los prejuicios raciales emanados de la industria cultural norteamericana, entre otros. El antiimperialismo revolucionario entrañó entonces un cisma en el propio concepto de cubanidad (*Becoming*, Pérez, 459). Tal rompimiento llevó a algunos intelectuales al autocuestionamiento y a un sentimiento de culpabilidad que los obligaba a “purgar” su “pecado original”.

La “pulcritud” revolucionaria se vino a traducir en la burocratización cultural de los años setenta. La paulatina soviétización de las políticas culturales llevó al divorcio de la utópica alianza entre una vanguardia política y una *avant-garde*

artística: “la construcción de una sociedad nueva requería disciplina, no ironía, trabajo duro, no un irresponsable estilo bohemio (....) Trasladado al arte y a la literatura, el término ‘revolución’ podía aludir al contenido, las afirmaciones retóricas de corrección política o a la definición de lo nuevo y lo experimental por parte del escritor. Era esto último lo que irritaba a los recién institucionalizados intelectuales cubanos” (Franco126). Son los años de la entronización del realismo socialista soviético y de la represión y/o el marginamiento de muchos artistas e intelectuales como Lezama Lima, Piñera, Pablo Armando Fernández, Miguel Barnet, Reynaldo González, Abelardo Estorino, César López, Eduardo Heras León, Norberto Fuentes, Delfín Prats y Raúl Martínez. Así como de la encarcelación y autoinculpación pública del poeta Heberto Padilla.

Estos escritores difícilmente se ajustaban a la hegemonía de una narrativa épica que no dejaba lugar para personajes frágiles o dubitativos como el Sergio de *Memorias del subdesarrollo* de la famosa película de Tomás Gutiérrez Alea (1968). Se estaba ante la institucionalización de un imaginario fundacional cuyo carácter beligerante legitimaba el nuevo proyecto nacional. Plagado de combatientes, guerrilleros, mambíses, espías legendarios y calibanes, el imaginario nacional se caracterizaba por la centralidad de los atributos típicamente masculinos: la agresividad, el arrojo, la valentía, entre otros. La idea era construir héroes literarios capaces de representar el modelo del ideal revolucionario tradicional. La retórica recuperaría una figura como José Martí para encabezar su panteón historiográfico. El independentista cubano ofrecía el modelo ideal del nuevo intelectual. El hombre de ideas debía ser también el hombre de armas, aquel dispuesto a dar la vida por la



revolución. Bajo esta misma orientación se hacía imperante una reescritura de la historia que legitimara al régimen y a sus “nuevos” intelectuales. De allí la publicación emblemática del *Calibán* (1971) de Roberto Fernández Retamar, en donde finalmente los adentros y los afueras quedaban específicamente delimitados.

## 9.1 EL PROBLEMA COLONIAL

*Calibán* de Fernández Retamar continúa una tradición martiana de reinención de una originalidad americana diferenciadora de Estados Unidos. El ensayo emerge en plena atmósfera de la Guerra Fría, en momentos en que el frente intelectual internacional de solidaridad comienza a resquebrajarse. Fernández Retamar escribe respondiendo a las circunstancias de la crisis del caso Padilla y la circulación de la revista *Mundo Nuevo*; una publicación alegadamente financiada por la CIA con fines culturales antirrevolucionarios.

*Calibán* no sólo reformuló las propuestas de Rodó y Martí, sino que también retomaba una tradición de pensamiento antillano integrado por figuras como George Lamming, Edward Braithwaite, Aimé Césaire y Frantz Fanon. De entre todas las propuestas de un caribeñismo anticolonialista, el legado de la *negritude* de Césaire fue uno de los más fructíferos. Lo que este poeta martiniqués había intentado era dar cuenta de una cultura caribeña que a partir de su experiencia colonial hiciera posible una especificidad cultural autónoma mirando hacia uno de los componentes étnicos más oprimido. La aparición en la primera mitad del siglo

de uno de los poemas fundamentales del imaginario caribeño, *Cuaderno de un retorno al país natal* (1939) ilustraba ya la operación dialógica de la construcción de una alteridad colonialista —más inferida que explicitada— y de una identidad particular diferente a través del viaje alegórico de una conciencia alienada, que finalmente arriba a su despertar liberador cuando se reconoce como negra. Años más tarde, en 1955, su *Discurso sobre el colonialismo* vendría a completar la propuesta del poema. En él, el poeta establecía la ecuación básica: el colonialismo es igual al fascismo; es decir, al racismo. Césaire invertía los polos valorativos morales, estéticos y culturales —civilización/barbarie— del discurso colonial, estableciendo que el racismo no sólo deshumanizaba al sujeto colonizado negro sino que también operaba sobre la alteridad dominante. De allí que, atribuyese el ‘salvajismo’ a filósofos humanistas occidentales (8), que viese a Europa como una civilización enferma (10), al colonizador como una ‘bestia’ (11) para terminar afirmando que “la ‘barbarie’ de Europa sólo era sobrepasada por la norteamericana” (12). Hacia 1969, Césaire se sumó al esfuerzo de George Lamming y Edgard Braithwaite por calibanizar al Caribe publicando su propia versión sobre la obra de William Shakespeare, *La Tempestad*<sup>117</sup>.

En la pieza teatral isabelina, el rey mago Próspero y su hija Miranda se radican en una isla —probablemente caribeña— esclavizando a la población indígena, representada por Calibán y Ariel. El primero representaría al esclavo deforme y rebelde, mientras el segundo era el esclavo dócil y espiritualmente

---

<sup>117</sup> Es relevante acotar que la propuesta de Césaire fue la integración de Martinica a Francia como departamento de ultramar con autonomía cultural. Es decir, Césaire nunca apoyó la independencia de Martinica por considerarla una solución nacionalista. Esta posición de Césaire es eludida en el discurso de Retamar.

‘elevado’. En la versión teatral de Césaire *Une Tempête* (1969), el escritor invirtió los polos valorativos del imaginario colonial para exaltar a un Calibán negro. Éste ganaría una connotación positiva mientras que Próspero perdía facultades intelectuales, dejando de ser omnipotente. Sin embargo, Próspero permanecía en la isla, lo que suponía una conciencia de la inevitabilidad de la convivencia con una alteridad colonialista que aunque sufre una disminución de su poder nunca resulta eliminada del todo. Es claro que esta obra de Césaire, sirvió de referencia al *Calibán* de Fernández Retamar a la hora de hacer una construcción identitaria de América Latina y Estados Unidos invirtiendo los polos valorativos de los personajes isabelinos.

El cubano emplea la imagen de Calibán para definir la identidad latinoamericana y para determinar las funciones del intelectual. A la paridad Estados Unidos/Cuba análoga a la rodosiana utilitarismo/espiritualidad agrega la del mestizaje martiano versus el racismo segregacionista y/o bipolarismo racial/cultural anglosajón. El sujeto latinoamericano se propone como contrincante efectivo de un otro hegemónico ‘racialmente puro’. El mestizaje pues funciona para acentuar la beligerancia y la diferencia. De aquí que, aunque Fernández Retamar concuerda con el carácter antiestadounidense de Rodó se ve impelido a invertir la valoración moral de los personajes isabelinos. Próspero el colonizador, no es otro que Estados Unidos, dueño del saber que explota la isla y esclaviza a Calibán y Ariel. Este último es el siervo autóctono al servicio del imperialismo concretizado en una intelectualidad latinoamericana entre los que se contarían Sarmiento, Carlos Fuentes y Emir Rodríguez Monegal. Calibán por el contrario, es el personaje

mestizo que se resiste a la opresión aprendiendo el lenguaje del amo para revertirlo en su contra.

La apropiación de una matriz hegemónica fue sin duda problemática, entrañó la “absoluta dependencia de un *corpus* ‘enemigo’ al momento de imaginar la forma de su cuerpo” (Quintero 79). Así, la paradoja de Calibán fue apelar a una identidad originaria en una lógica antitética —hegeliana o marxista— en la que la propia identidad se originaba por oposición a la alteridad dominante. Al respecto, Torres-Saillant reclama por la ausencia de un paradigma originario cultural en Calibán que vaya más allá de su mera oposición a Próspero (“Traición” 48). Reivindicar lo latinoamericano únicamente en ese espacio de la polaridad propia de la maldición del esclavo rebelde, implicó una reducción de la complejidad cultural latinoamericana (Quintero 77). Para Juan Duchesne, “el esfuerzo de encasillar los personajes sociales y singulares dentro de unos roles (proletario, pueblo, intelectual “orgánico”, “inorgánico”, “tradicional”, enemigo, traidor, etc”) convertía esas figuras en marionetas tan rígidas como quebradizas”<sup>118</sup>(185). Esta rigidez estuvo en clara consonancia con las directrices del Primer Congreso de Educación y Cultura realizado en La Habana en 1971, en el que no sólo se excluía a aquellos intelectuales que identificaba con el imperialismo, sino que también lo hacía con aquellas voces al interior que difícilmente eran identificables con este modelo único. ¿Dónde quedaban, por ejemplo, las voces femeninas de la revolución en una genealogía cultural y política conformada sólo por hombres como Simón Bolívar,

---

<sup>118</sup> Frente al simplismo de esta “rígida adscripción oposicional” Duchesne propone rebasar “toda trascendencia instrumental, todo proyecto de fijación totalizadora” (199) en una voluntad oblicua que él ve en los movimientos revolucionarios centroamericanos; ya no tanto pensados en términos confrontacionales antiimperialistas sino *des-imperialistas* (196).

Martí, Julio Antonio Mella, Frantz Fanon, Fidel, Augusto César Sandino, y el Che<sup>119</sup>? ¿En qué espacio ubicar la propuesta estética-poética del *negrismo* que partía desde su propia diferencialidad étnica ante una narrativa hegemónica del mestizaje? Y, finalmente, ¿cómo incluir la homosexualidad en una narrativa masculinista?

Para legitimar una identidad latinoamericana eminentemente masculina, Fernández Retamar acude a una narrativa historiográfica emparentando a Calibán con toda una tradición de resistencia que va desde Tamanaco, Guaicaipuro, pasando por Tupac Amaru, las guerras independentistas y la figura de Sandino. Siguiendo la estela antillana, la figura del esclavo cimarrón funcionaba en consonancia con el ideario de la revolución cubana: “Nos llaman mambí, nos llaman negro para ofendernos, pero nosotros reclamamos con un tigre de gloria el honor de considerarnos descendientes de mambí, descendientes de negro alzado, cimarrón, independentista; y nunca descendientes de esclavista” (47). Frente a la absoluta sumisión ante la opresión, el cimarrón presentaba los paradigmas de lucha y liberación nacional. Desde su condición étnica —negra o mestiza— y política —de autodeterminación y rebeldía— ante el estatus quo, fundamenta las bases de la nueva identidad revolucionaria sin fisuras.

La propuesta de Fernández Retamar es recogida por el cine cubano en esta misma década al recurrir al pasado esclavista “en busca de una raíz genuinamente nacional que sirva de sostén ideológico a la práctica revolucionaria” (West, 183). Una serie de filmes va a abordar la figura histórica del cimarrón: *El otro Francisco*

---

<sup>119</sup> La única excepción en esta genealogía la constituye Violeta Parra. Sobre el tema de la exclusión de género Jean Franco exalta la ausencia de mujeres en el pensamiento posrevolucionario. Haydeé Santamaría y Wilma Espín serían más bien funcionarias públicas con altos cargos (123).

(1973), *Ranheador* (1975) y *Maluala* (1979); y Tomás Gutiérrez Alea dirige *La última cena* (1976). Sin embargo, a diferencia de los personajes de Césaire, lo que se rescata en estos discursos revolucionarios sobre la esclavitud es la rebeldía y no tanto el aspecto étnico. El Calibán de Fernández Retamar era, como lo proponía Martí, fundamentalmente mestizo. Las entidades negras y mestizas tanto del cubano como del martiniqueño supusieron construcciones simbólicas estratégicas de caribeñidad o latinoamericanidad en una situación de resistencia cultural y política.

Respecto a la crítica sobre el uso de estas entidades raciales para formular discursos emancipatorios, Frantz Fanon fue uno de los primeros en problematizar el concepto de la *negritude*. Sin duda, sus planteamientos tuvieron gran influencia en la Cuba revolucionaria en el intento por matizar el discurso racial a la luz de la categoría de *clase*. Al igual que su maestro Césaire, Fanon formuló una enérgica requisitoria contra Europa (Bansart 1728). Para él, el discurso racista colonial era una de las tantas herramientas del colonialismo. Su crítica a la *negritude* se debía a que ésta permanecía atrapada “en el círculo vicioso racial iniciado por el hombre blanco” (Irele 24) y constituía “un movimiento compensatorio generado por el complejo de inferioridad del hombre negro” (Irele 24). La meta radicaba más bien en reivindicar al sujeto colonizado no como hombre negro —lo cual suponía su alienación— sino simplemente como hombre (Irele 24). A raíz de su experiencia psiquiátrica y sus preocupaciones políticas Fanon escribió *Piel negra, máscaras blancas* en 1952 y *Los condenados de la tierra* en 1961. Andrés Bansar afirma que mientras el primero puede ser considerado una teoría de los mecanismos de colonización y racismo, el segundo es una teoría de la descolonización (1728).

Aunque como vemos Fanon supedita la cuestión racial a la clase, según su propia inclinación marxista, enfatiza el hecho de que es el reconocimiento de la diferencia con una alteridad colonialista —en los términos raciales de su primer libro— lo que produce la posibilidad liberadora. En su último libro, tras la experiencia de la lucha de liberación nacional en Argelia, Fanon enfatizaba que “el colonialismo no es una máquina de pensar, no es un cuerpo dotado de razón. Es la violencia en estado de naturaleza y no puede inclinarse sino ante una violencia mayor” (54). Aquí Fanon invierte la dicotomía moral occidental al cancelar la razón europea como atributo que se contrapone a la barbarie natural de los demás pueblos. Pero Fanon hace también una vuelta de tuerca que hubiese sido impensable para el Calibán de Césaire y que sin duda será recogida en los años setenta por el discurso revolucionario cubano: la necesidad de una violencia mayor para combatir la barbarie colonial. Si el Calibán de Césaire se niega a matar a Próspero para no mancharse las manos de sangre, el sujeto colonizado y neocolonizado de Fanon está llamado a eliminar al amo. La violencia de los pueblos colonizados funciona como una forma de terapia psíquica capaz de curar las patologías sufridas por la condición colonial (Irele 27). La salida liberadora es pues el levantamiento en armas contra la opresión. En este sentido “la descolonización de Guevara compartía con la de Fanon el sentido ritual y performático de la violencia” (Rojas, “Anatomía” 44). Aunque al momento de la publicación de *Calibán*, la política cubana de apoyo de guerrillas en América Latina estaba prácticamente desactivada, fue a partir de 1975 que Cuba participaría decididamente en las guerras de liberación de Mozambique,

Guinea-Bissau y Angola. En *Calibán* es posible leer una configuración de esta beligerancia violenta.

El tono masculinista y de sustentación de una violencia liberadora marcará la narrativa de los años setenta, mejor —o peor— conocidos como los años del quinquenio gris. La construcción de los calibanes literarios debía carecer de fisuras y quiebres. Paralelamente, la apelación a una identidad totalizadora tuvo su correlato en la alteridad construida. Representado como entidad moralmente deleznable, Estados Unidos sufre una borradura de sus diferencias internas en función de la estrategia de fundamentar los discursos de liberación en los mismos términos coloniales. Ariel y Próspero resultan tan esencializados como el propio Calibán<sup>120</sup>.

## 9.2 DETECTIVES ANTROPOFÁGICOS

Las revoluciones como recuerda Benjamin,  
“siempre fueron vividas como una interrupción de la  
cronología, pero una revolución de la que surgiera no una  
nueva cronología, sino una transformación cualitativa del  
tiempo (una cairología) sería la de mayores consecuencias y  
la única que no podría ser absorbida por el reflujo de la  
restauración  
Agamben, *Infancia e historia*

Como ningún otro género, las novelas policiales y de contraespionaje cubanas constituyeron la mayor expresión literaria de la propuesta de *Calibán*, aun cuando

---

<sup>120</sup> Esta narrativa sobre Estados Unidos fue bastante exitosa en el campo discursivo latinoamericano con la importante excepción del caso puertorriqueño. Se reactiva constantemente en el imaginario de la región cada vez que Estados Unidos se cierne amenazante. La perdurabilidad del discurso populista en América Latina con sus altas y bajas ejemplifica la fortaleza de los discursos totalizadores sobre Estados Unidos.



prescindiesen del aspecto étnico. Estas narraciones dramatizan la misma contradicción del esclavo rebelde, quien para lograr su liberación precisa el lenguaje del amo para revertirlo a su favor. La extensa producción de este género durante los setenta y gran parte de la década siguiente, su relativa popularidad, así como su irregular calidad literaria, ponen en cuestión los alcances y límites de esta antropofagia literaria.

El género policial tiene su origen con la modernidad decimonónica británica y norteamericana. Como tal, constituye una expresión de la nueva cultura de masas emergente gracias al desarrollo del mercado de consumo capitalista. Conocida también como novela inductiva, del enigma, *whodunit* (Todorov) o *puzzle novel*, se considera generalmente un género destinado a reafirmar los valores liberales dominantes de la época: “The classic formula is an allegorical representation of the stability and continuity of the status quo. It provides a reassuring view of society in the mechanistic crime-solution sequence” (Simpson 11). La feliz resolución del crimen, esto es, la confiabilidad del sistema, vino garantizada por el campo emergente de las ciencias modernas, sustentadas en la infalibilidad de la razón como el instrumento cognoscitivo por excelencia. La novela policial, como las novelas de aventuras, diarios de viaje y demás géneros que florecieron simultáneamente, emergieron en un contexto en el que la ciencia moderna proveía los imaginarios necesarios para aprehender a los “otros”: el criminal, la prostituta, el exótico colonizado, entre otros. Como representante de un orden hegemónico, el detective restaura un orden momentáneamente roto al descubrir a ese “otro”

delincuente. De ese modo, el género policial clásico establece los límites del adentro y del afuera, construye alteridades. Para Julio Miranda

Somos el decorado exótico de los crímenes de Agatha Cristie, somos los criados de ojos rasgados, las bailarinas fogosas que sirven de cebo para atrapar ingenuos blancos; somos el detective más despreciado de todo el género policial: Charlie Chan... Los ojos de la viejísima y asustadísima Agatha... son en verdad, los ojos del imperio (en Braham 4-5)

En la Cuba revolucionaria, la producción de novelas policiales implicaría revertir esa mirada imperial, hacer de Charlie Chan no el estereotipo colonial sino una amenaza anticolonialista. Como el lenguaje de Próspero, la apropiación del género se propone como una hazaña calibánica. Auspiciadas desde 1972 por el Ministerio de Interior (MININT) a través de concursos anuales, estas novelas buscaron delimitar los campos de los “arieles” y los “calibanes” de la revolución en un género literario que paradójicamente era connatural al mundo capitalista tan crudamente expuesto ya no en las cándidas novelas victorianas sino en las novelas negras norteamericanas de entreguerras. Si Dashiell Hammet y Raymond Chandler reactualizaron la mirada confiada y celebratoria del detective por una de desencanto y escepticismo —el mal ya no estaba afuera sino adentro—, todos estos detectives compartían sin embargo, la mirada del sujeto individual de las sociedades capitalistas. Máximo Gorki llegó a afirmar inclusive que este tipo de literatura sólo era posible en sociedades liberales (en Jiménez 30).

La escritura desde un socialismo periférico de las novelas policiales pretendió como Calibán, reclamar una originalidad cubana sobre una narrativa condenada a su decadencia en los países originarios: “la novela policial cubana surge, indudablemente como el fruto de la asimilación de lo mejor de la novela

policial clásica, pero también como reacción contra la decadencia de la escuela inductiva y la degeneración de la escuela dura” (Nogueras y Rodríguez Rivera 152)<sup>121</sup>.

Resalta en esta cita, el uso en el lenguaje de Luis Rogelio Nogueras y Guillermo Rodríguez Rivera de términos como “degeneración” y “decadencia” que remiten paradójicamente a la misma jerga positivista con la que Occidente configuró a sus otros. Su afirmación delata la problemática del reciclaje: una absorción en la que se conservan los supuestos cientificistas dominantes. Estos supuestos revelan hasta qué punto las expresiones culturales revolucionarias se teorizaban desde una concepción lineal y progresiva de la historia. Como ya quedaba sugerido años antes en el mismo Carpentier, los imaginarios nacionales entrañaron la promesa de una civilización fresca y vital, que habría de suceder a otras hegemónicas en decadencia. Es, en esta misma dirección que José Antonio Portuondo realza la novela policial cubana y la soviética:

la novela contemporánea sufre una anemia profunda, de una absoluta falta de sangre que autores como Joyce han pretendido sustituir con las más repugnantes purulencias y otros, como Virginia Wolf, por algún heredero de aquel misterioso súco nérveo que Doña Oliva Sabuco, en el siglo XVI, creía responsable de los fenómenos vitales. La sangre desborda entre tanto, en las páginas de las novelas detectivescas donde el hombre vuelve a encontrarse con la muerte (“En torno” 78)

La legitimación del género en Cuba frente a sus modelos “originales” emuló cierta lógica rodosiana al identificar las vanguardias estéticas con la

---

<sup>121</sup> La idea de constituir una copia superadora del original es explícita en uno de los episodios narrados en la novela de Nogueras *Y si muero mañana*. El narrador nos refiere la decadencia del género en los Estados Unidos: “En la TV pasaban un serial estúpido de contraespionaje y los dos nietos de Duke daban brincos frente al aparato mientras el héroe de aquel bodrio se batía en un callejón de Harlem con cinco o seis negros vendidos al oro de Moscú (52)

“degeneración” (Braham 27). Ciertamente el nuevo héroe detectivesco debía como Calibán, representar un modelo de juventud, moralidad, salud y virilidad. Todas estas virtudes a su vez, aparecían estrechamente relacionadas a la violencia. Una violencia purificadora como la de Fanon. La sangre desbordante no sólo refería entonces vitalidad sino también, una concepción de la violencia que, como en el ensayo de Fernández Retamar, dotaba de agencia a una identidad subalternizada: “En Calibán los tiempos de la confrontación política o armada son los momentos privilegiados que certifican del ser cultural latinoamericano” (Quintero 73). Como el lenguaje del amo, la experiencia colonial en tanto violencia constitutiva, proveería también las herramientas para la emancipación. El detective como expresión del hombre nuevo, debía por tanto ajustarse a los preceptos culturales beligerantes que empezaron a regir a partir del Primer Congreso de Educación y Cultura de 1971:

el arte es una rama de la revolución. Un producto de la moral combativa de nuestro pueblo. Un instrumento contra la penetración del enemigo (...) Nuestro arte y literatura serán un valioso medio para la formación de la juventud dentro de la moral revolucionaria, que excluye el egoísmo y las aberraciones típicas de la cultura burguesa (en Esteso 23).

El género policial serviría de correctivo frente a una erudición vanguardista asociada con las “aberraciones” de la intelectualidad burguesa decadente (Braham 4). El problema básico, era que el género se alimentaba precisamente de la sordidez que la misma revolución decía desterrar. Esta contradicción fue percibida en algunos escritores del género como Luis Rogelio Noguera. En su libro de ensayos *Por la novela policial*, Noguera resalta negativamente los orígenes

históricos del género coincidentes con el apogeo de una “deleznable” revolución industrial:

hacia 1850 se había configurado, tanto en Inglaterra como en Estados Unidos, la forma moderna de la sociedad de masas, y consecuentemente se había despertado una avidez de lectura de evasión en una gran masa semiinstruida, reprimida en su afán de aventura asfixiada por la férrea disciplina capitalista y convertida en máquina por obra y gracia del taylorismo, una masa que buscaba en la literatura de entretenimiento un escape a la precariedad de su existencia monótona y sin esperanza; (...) los mercaderes de la literatura ya se habían encargado de suministrar “alimento” espiritual a esa masa de lectores a través de los folletines, los periódicos baratos de escándalo (13-14)

La literatura de masas, adolecía, por así decirlo, del pecado original de haber nacido bajo el manto de la ideología dominante del XIX. Nogueras insiste en que se trataba de “un género que, en muchos casos —en sus vertientes más espurias— sirvió y sirve para embrutecer a las masas y alejaras de los verdaderos problemas sociales y políticos mediante el opio de la evasión” (36). Al igual que los mismos intelectuales al momento de la revolución, el género debía expiar la culpa de sus orígenes, debía ser disciplinado. Ya que la cultura burguesa tendría que ser eliminada de la nueva sociedad, se hacía imperante desterrar aquello que de ella tuviese el género policial conservando, sin embargo, su carácter democratizador en tanto se trataba de una literatura ajena a la alta cultura y aparentemente; dado su realismo, antitética de la “degenerada” vanguardia. Era posible, como lo quería Benjamin, que la *distracción* en el arte —aquello que Nogueras entiende como el opio de la evasión— supusiera como la *concentración*, un estado de recepción, capaz de movilizar a las masas (Benjamin, “work” 15). La posibilidad de revertir una literatura capitalista de evasión por una de moralización revolucionaria rememora las potencialidades que Walter Benjamin veía en el cine y en general en el arte

moderno. La reproducción técnica —pensemos en las novelas seriales decimonónicas— permitía que los objetos reproducidos saliesen del dominio de la tradición. De esta manera, al reactivarse podían eventualmente desplazarse de lo ritual a lo político (“work” 5). Para Benjamin, la pérdida del aura, de la *unicidad* del objeto —aquello en que se sustentaba lo ritual—, permitía un acercamiento entre las masas y la obra de arte en la que la experiencia estética actuaba de manera dual: bien en la perpetuación de valores conservadores, como en efecto Nogueras juzga a la literatura policial clásica, o bien en la transformación política de la sociedad. Esto último supondría lo contrario de una estetización de la política (“work” 4): la politización del arte propia del comunismo (“work” 15).

La exigencia de la *parametrización* de los funcionarios, artistas y educadores vinculados a la cultura respondió sin duda a la necesidad de supeditar el arte y la cultura a los imperativos de la política, hubo pues, una politización dirigista y oficialista del arte. Pero no fue una politización orgánica sino disciplinaria. Del mismo modo en que los intelectuales y artistas cubanos, según el Che en “El socialismo y el hombre nuevo en Cuba” eran desvalorizados en función de un hombre nuevo que habría de sustituirlos, la novela policial de la revolución pareció desterrar toda problemática presente para abocarse a un orden utópico futurista. Como la imagen guevariana del olmo al que se le injertan peras para referirse a los intelectuales; la reformulación del género policial en Cuba resultó una suerte de producto híbrido que no rindió muchos frutos, agotándose en la repetición de estrictas fórmulas. Tal disciplinamiento revolucionario coactó las potencialidades de una narrativa policial que se veía sujeta a directrices desde el mismo Ministerio del

Interior —didactismo y prevención del crimen— o de las que luego serán más extensamente formuladas por Nogueras y Rodríguez Rivera. Estas pautas en las narrativas policiales que resumo a continuación revelan el carácter utópico restrictivo que la revolución quiso exigirle a su producción cultural: 1. El delincuente siempre se enfrenta al estado revolucionario. 2. El investigador forma parte del cuerpo de policía que representa al pueblo. 3. La labor del investigador se apoya en las organizaciones populares de la revolución, especialmente los CDR. 5. La investigación y resolución del crimen no dependen de una individualidad sino que se debe a un colectivo perfectamente coordinado. 5. El género expone las causas sociológicas y psicológicas del crimen (153).

Es claro que estas pautas rechazaban cualquier aspecto del presente de la producción de los textos que disintiera del orden utópico revolucionario. Más aun, estos disensos eran incorporados tímidamente en los textos a manera de los actos delictivos a eliminar: robos, homosexualidad, intentos de fuga, promiscuidad, vagancia, ausentismo laboral, superchería, etc. Todos estos “delitos” conformaban el afuera de la revolución como residuos de un pasado capitalista (Jiménez 96). Sus ejecutores venían a conformar un conjunto de arieles vinculados directa o indirectamente a la nación neocolonial batistiana. En este sentido, el mayor acento combativo de estas novelas se ejerce sobre los “contrarrevolucionarios” internos, los cuales en mayor o menor medida representan los intereses y valores estadounidenses. La presencia de éstos, sin embargo, aparece casi como una excepcionalidad histórica. Si Chandler y Hammet habían puesto al descubierto los lados oscuros de la sociedad en la que vivían, escritores como Guillermo

Rodríguez Rivera, Ignacio Cárdenas Acuña, Daniel Chavarría y Noguerras representaban una realidad en la que Estado y el pueblo formaban una única entidad armoniosa que impedía la emergencia de personajes conflictivos. Para Benjamin “el contenido social originario de las historias detectivescas es la difuminación de las huellas de cada uno en la multitud de la gran ciudad (“país” 16) pero, en una sociedad sin fisuras, de CDRs, en la que cualquier desviación es rápidamente identificada, aquella potencialidad de la multitud se pierde y en su lugar asistimos a una masa “vigilada” y “vigilante”. La utopía toma tintes totalitarios. Con notables excepciones como las de *El cuarto círculo* y *Con el rostro en la sombra*, las consecuencias de la preponderancia de una dimensión futurista en la narrativa policial, produjo novelas con muy poca profundidad psicológica y en las que el excesivo control ideológico dejó poco espacio para el suspenso y el enigma. Amelia Simpson termina por concluir que la reapropiación del género con la eliminación de aquellos elementos propios de la ideología capitalista conllevaría al debilitamiento de la efectividad de la ficción detectivesca (100). Sin embargo, es posible ver en el mundo retratado de estas narrativas, un acercamiento no tanto a las críticas novelas negras norteamericanas, sino a las novelas victorianas en su tono desproblematizado. Esta irónica similitud expone un problema que va más allá de las deficiencias formales de la readaptación del género. Por un lado, la novela policial cubana resulta ser más conservadora que su contramodelo estadounidense escarnecido en el discurso canibalesco. Por el otro, se muestra hasta qué punto las concepciones teleológicas de la revolución, al repetir una lógica temporal



progresiva, ahogaron una posible complejidad narrativa en aras de un programa futurista.

### **9.3 LA PROMESA CALIBÁNICA EN *Y SI MUERO MAÑANA***

A partir de 1975 aparecerá otra variante del género con la aparición de las novelas de espionaje. Como la de detectives, este subgénero constituyó también una operación antropofágica. Esta vez el modelo devorado fueron las populares historias de autores como Ian Fleming. Narrativas que hablaban desde el Occidente de la guerra fría. Los imaginarios de esta variante fueron similares a la anterior. Ya Todorov habría mencionado la filiación de la novela de aventuras con la de espionaje, del mismo modo en que el *thriller* estaba vinculado a narrativas de viaje por su apelación a lo maravilloso y lo exótico (62). Todas estas novelas propondrían universos ajenos, diferenciales. Si ya las novelas policiales anteriores resultaban maniqueas; el riesgo, como bien señalara Leonardo Padura, del puro partidismo y del “peligro de caer en el teque —el panfleto— (era) mucho mayor, ya que la esencia misma de la modalidad, en esta época, tiene que ver con el enfrentamiento entre dos sistemas sociopolíticos y económicos antagónicos” (“novela” 81). Esta puesta en escena de dos mundos antitéticos conllevó a que las representaciones

desbordaran los límites de revolución/contrarrevolución interna para imaginar la dicotomía en términos de soberanía nacional<sup>122</sup>.

La apropiación del género literario supuso repetir las polaridades morales propias de las narraciones “originales”, pero invirtiendo las asignaciones valorativas para exaltar a la nación/revolución cubana. Esta inversión evadió la problemática planteada por Gutiérrez Alea en la “Dialéctica del espectador” en torno a la necesidad de operar cambios estructurales de los modelos hegemónicos. A propósito del cine, el director sostenía que éste debía “contribuir de la manera más eficaz a elevar el nivel de conciencia revolucionaria” (36). Esto se lograba a través de una concepción brechtiana en la que lejos de darle fórmulas resueltas a un espectador pasivo —y el director ejemplificaba con la popular serie de Tarzán—, se le obligaba a una toma de conciencia por sí mismo, para que finalmente al salir de la sala pudiera transformar su realidad (38). En el caso de las novelas de espionaje revolucionarias sin embargo, el mensaje iba tras un lector pasivo que debía asimilar las dicotomías morales de la solidaridad, el martirologio, el idealismo, el amor concretizados en el espía cubano, y el individualismo, el materialismo, la tecnificación y la traición característicos de los agentes de la CIA y los cubanos exiliados en Estados Unidos. Estas novelas conservaron el carácter estático y dogmático que Simpson refiere en las novelas de Fleming, dadas a presentar un mundo elemental sin distinciones críticas (121). Ciertamente y en un sentido contrario al de Gutiérrez Alea, Noguera planteó las novelas de espionaje como

---

<sup>122</sup> Aquí vemos como el calibanismo cubano se separa del de Césaire, quien nunca fue nacionalista ni soberanista.

batallas ideológicas “entre las fuerzas reaccionarias y el proletariado, entre el fascismo y el comunismo, entre **el pasado y el futuro** (negritas mías, en Simpson 121). Más allá de las transparentes distinciones de clase e ideológicas en las dicotomías de Nogueras, me interesa destacar la antinomia temporal como modo de aprehender a Estados Unidos. El pasado no se limita a su sentido literal como referencia a los años de Batista superados por el comunismo, sino que también funciona para imaginar a Estados Unidos como una alteridad en un momento temporal diferente, inextricablemente ligado a la ingerencia colonialista.

En su libro *Detective Fiction in Cuban Society and Culture*, Stephen Wilkinson refiere la necesidad de una cierta familiarización entre el lector y el mundo retratado en las novelas policiales (122). Acota que inclusive, en el género de ciencia ficción, los universos narrados refieren siempre a una avanzada en el futuro de la sociedad real en la que se vive (122). Si esa dimensión presente es eliminada en las novelas de detective cubanas ante los imperativos de una utopía futurista ya realizada, al desplazarse la narración a un territorio por fuera del espacio nacional, las novelas de espionaje permiten articular esa dimensión “real” desplazándola en el Imperio. A diferencia de la isla, el Estado y los individuos en Estados Unidos no están amalgamados porque están históricamente “atrás” de la utopía. Sus fracturas son el terreno fértil para el delito y por qué no, para discretas complejidades psicológicas. De allí que, algunos hayan resaltado el atractivo de los personajes negativos de estas narraciones en contraste con sus contrapartes revolucionarias (Fernández Pequeño 214). De modo que si bien, la novela de espionaje entraña una limitación mayor en términos de la profundidad de sus personajes dado su expreso

maniqueísmo ideológico, obtendría cierta licencia al permitirse imaginar aquello que es negado dentro de la isla.

La crítica literaria en general coincide en mencionar dos obras del período que sobresalen entre las demás de espionaje por su calidad literaria sin menoscabo de su popularidad: *Y si muero mañana* de Noguerras (1978) y *Joy* de Daniel Chavarría (1978). De las dos, la primera alcanza cierta profundidad en sus personajes. Esta hondura psicológica es consecuencia del desplazamiento de la acción narrativa principal fuera de Cuba. En lo que sigue revisaré esta novela a la luz de los imperativos que el mismo Noguerras mencionaba en sus dicotomías para imaginar la identidad revolucionaria y la de Estados Unidos.

*Y si muero* narra los avatares del espía cubano Ricardo Villa Solana —de nombre encubierto Bruno— en el país del norte, en su misión por abortar una invasión armada en el puerto de Cienfuegos. Esta historia principal se ve entrecruzada por otras líneas temporales paralelas sobre la vida personal de Ricardo: sus inicios en la lucha contra Batista a los 17 años, su partida cinco años atrás a Estados Unidos con una identidad secreta, sus inicios y ascenso en diversos grupos terroristas cubano-americanos de Miami y, el nudo dramático afectivo más importante, su historia de amor frustrado con Yolanda. Estas líneas se concatenan en el texto a manera de flashbacks, flujo de conciencia, monólogos, mensajes en clave, epitafios, de manera que la narración se distancia de la linealidad de la mayoría de ese tipo de novelas (Padura, “novela” 82). La labor de Bruno es enviar regularmente mensajes a través de una vieja planta transmisora a sus compañeros en La Habana:

el capitán Riquenes y el teniente Rodolfo Sarduy. Estos mensajes informan sobre las actividades anticastristas en Miami.

El 17 de septiembre de 1968 se produce un ataque contra el poblado cubano de Boca de Pájaro y Bruno tiene la tarea de averiguar quiénes son sus autores. Si se trataba de la CIA o de alguna de las facciones anticastristas de manera independiente: la de José Torres, un exsenador de Prío Socarrás que concentraba el mayor poder al controlar todo el exilio de Miami, o de algunos de los líderes en Nueva York: Roberto San Gil o Mignolo Arteaga. Ricardo rápidamente descubre que el evento tan sólo forma parte de la operación “Estigma”, la cual culminaría con un ataque mayor al puerto de Cienfuegos cuatro días después. Su última misión antes de morir consiste en poner sobreaviso a través de la radio a Riquenes y a Sarduy.

La organización de Estigma había sido responsabilidad de Roberto San Gil de espaldas a la CIA y a las demás facciones. Todos los grupos cubanos en el exilio aparecen enfrentados entre sí, a manera de bandas mafiosas que rivalizan por el apoyo estadounidense y que no dudan en eliminarse unos a otros pragmáticamente. Personajes como Torres además, usufructúan los recursos que ingenuamente los exilados le entregan con la esperanza de derrocar a Fidel y regresar a la isla. Entre ellos no escasean personajes de baja calaña como anexionistas, gente que cambia de nacionalidad desechando la cubana e intelectuales arielistas afrancesados vendidos al oro de Hollywood. La amenaza proveniente de todo este ámbito de corrupción moral sin embargo, es minimizada ante el verdadero poder de la CIA. Los jefes de la central norteamericana han dado la voz de alarma ante los sucesos de Boca de Pájaro. Molestos por el ataque inconsulto y ante la posibilidad de que

alguna de las facciones del exilio se le haya ido de las manos, Kaplan ordena a Duke averiguar quiénes son los responsables de esa acción. Duke, a su vez, delega en su subordinado, Mickey Normand, esa tarea. El mundo de la CIA es el reverso especular de la inteligencia cubana. La cadena de mando Kaplan-Duke-Normand es una distorsión de la cadena Riquenes-Sarduy-Villa Solana. Mientras la relación entre los cubanos se levanta sobre el respeto, la solidaridad y el afecto, la de los estadounidenses se basa en la arrogancia, la competencia y la envidia. Los tres funcionarios cubanos como se ve, configuran el polo positivo de la narración. Su contrapartida está formada por dos grupos: los arieles que integran las diferentes facciones cubanas en Miami, Los Ángeles y Nueva York; y Próspero: los agentes de la CIA que habían entrenado, financiado y controlado con éxito a los exilados cubanos hasta el momento en que se produce el ataque a Boca de Pájaro.

El narrador muestra a la inteligencia norteamericana con todas las fisuras propias de una sociedad individualista. Estas grietas se configuran alrededor del quiebre generacional. El elemento temporal resulta clave para satanizar a los agentes de la CIA. Con muchos años en los servicios secretos, Stuart Duke pertenecía a un pasado desplazado por los nuevos tecnócratas de inteligencia:

Sí: la Agencia había cambiado y él, Duke, se estaba volviendo viejo y sentimental (...) pensó con tristeza que ya quedaban pocos testigos de la bella y bárbara época en que Dulles era el patrón de la CIA y Hoover el jerarca absoluto del Federal Bureau; entre esos pocos había un judío llamado Harry y un idiota de sesenta y cinco años llamado Stuart Duke, del que prescindirían tarde o temprano. Las nuevas generaciones que habían llegado con McCone (con su proliferación de cámaras video-cassetes) los estaban desplazando; los viejos zorros de Dulles y de Wild Donovan pasaban a retiro ante el empuje de los nuevos hippies del espionaje telefónico (21)

El personaje de Nomand por su parte, viene a configurar una suerte de “hombre nuevo” en negativo que desdén el idealismo de las generaciones anteriores:

él, Mickey Normand, graduado en Harvard, de treinta y cinco años y buen aspecto, era el tipo de hombre que al CIA necesitaba. Los fósiles del dullismo habían quedado atrás. El mundo era otro y otras también las armas de la nueva inteligencia. La Infantería de Marina lo había endurecido, pero más aún lo había endurecido su trabajo en el centro secreto de pruebas de armas químicas, biológicas y psicológicas en Dugway, Utah. Allí, como adjunto de la CIA, había visto de frente el rostro de la guerra moderna, una guerra para la cual hombres como Duke (...) no estaban preparados: aerosoles capaces de producir alucinaciones y la muerte, ultrasonidos enloquecedores, microbios a los que una mutación genética convertía en asesinos. La guerra invisible, total. (31)

La tecnificación de los servicios de inteligencia —aquello que las novelas de espionaje británicas exhibían y celebraban espectacularmente— supone una señal visible de la decadencia de la sociedad norteamericana. Como Rodó al referirse al utilitarismo, Noguera equipara la tecnificación a un pragmatismo falto de espiritualidad. Los “nuevos hippies” representados por personajes como Normand destacan tanto por su destreza técnica como por sus carencias morales: “Él era joven, inteligente y su alma no se había podrido de sentimientos como el alma de Duke” (31). Ante esta nueva generación, los ancianos todavía conservan un matiz ético, aún si se trata de agentes de la CIA como Duke. Este contraste es señalado desde el inicio de la novela con la narración del gesto filantrópico de Duke al darle trabajo a un viejo informante venido a menos, incapaz de desempeñar con efectividad cualquier tarea. El desinterés de este gesto humanitario es criticado por

Normand, quien aprovechará la debilidad de su jefe para sustituirlo en el puesto. Para ello induce al informante a traicionar a su propio benefactor<sup>123</sup>.

La ausencia de escrúpulos de Normand, quien a lo largo de la narración provoca la muerte de Roberto San Gil, responsable de la operación Estigma y la del mismo protagonista Ricardo Villa, desentona con su contraparte cubana. La carencia de recursos tecnológicos cubanos es compensada por su superioridad moral. Este contraste dramatiza los términos de la confrontación política explícitos en la misma novela:

Un punto de tierra fértil en el mar Caribe, un pequeño país pobre, sólo podía vencer a costa de valor, astucia y fe: valor para saber morir de pie, sin una queja; astucia para luchar en condiciones tremendamente desventajosas, fe en Fidel, la Revolución, el porvenir (135).

La parábola de David y Goliat se reformula en el simbolismo de Calibán. David logra vencer al gigante apropiándose de sus armas: la tecnología. La mayor metáfora de esta estrategia la constituye el radio-transmisor de Ricardo, gracias al cual evita el éxito de los ataques contrarrevolucionarios:

Ricardo no había tenido en los Estados Unidos otra cosa que una planta trasmisora RT-48A, una planta transmisora fabricada por la Rank Corporation para la CIA, enviada a Cuba clandestinamente para uso de la contrarrevolución interna, capturada por el DSE cubano y devuelta en secreto a los Estados Unidos, para equiparar al “pianista” Bruno. Era una enorme y trágica paradoja para el gran país todopoderoso, y una victoria moral para el pequeño país (135).

La victoria de Ricardo sobre Normand es moral. Contemporáneos ambos, el cubano y no Normand, configura ese futuro que Noguerras buscaba contraponer al

---

<sup>123</sup> En este episodio no deja de haber cierto eco antisemita. El traidor es un viejo compañero judío de Duke. La historia repite así el prejuiciado tópico de la traición en relación a los judíos. Para una historia del antisemitismo en el pensamiento occidentalista (reverso del orientalismo) ver libro de Buruma y Margalit.



pasado satanizado en sus dicotomías propuestas para la novela de espionaje. El ejecutor de la “guerra moderna” expresa más un joven “degenerado” que uno viril y saludable. La hipócrita sumisión al jefe y sus impresionantes destrezas técnicas funcionan como encantadores artilugios que esconden una psicología decadente. Del mismo modo, las grandes ciudades norteamericanas hechizan con sus espejismos de modernidad en la novela. En una inversión de la mirada hegemónica que nos rememora la visión atropofágica de *Macunaíma*<sup>124</sup> sobre la gran ciudad, Ricardo contempla Nueva York desde el Empire State, muy cerca de las construcciones del World Trade Center:

New York aparecía humana. El dolor, la lucha por la vida de aquel hormiguero que se movía incesantemente en las arterias de Manhattan, las abismales diferencias de clase y de razas, desaparecían desde aquella altura (...) Pero Ricardo había visto —tocado— el magma vivo que palpitaba allá abajo; había estado entre aquellos hombres y mujeres. Había visto mucho. Había vivido. Había tomado el pulso de aquel país, **enfermo** de cólera, altivez y miedo (negritas mías 49-50).

La idea de una modernidad engañosa, patológica, es recurrente. En Miami, por ejemplo, la calle Flager alucina por los múltiples objetos de las tiendas: tocadiscos, grabadoras, aparatos de cocina, refrigeradores, armas de fuego, equipos deportivos, lavaplatos, cosméticos, alfombras, bicicletas, etc. con los que la diáspora cubana delira obsesivamente (71). Tras la aparente copia habanera de la calle 47, se esconde una “masa heterogénea” (73) de mediocres, racistas, delincuentes, vividores y fracasados que sufren “un hastío de vivir; un sordo rencor contra el país que los margina, que los aparta como si fuesen la encarnación de la

---

<sup>124</sup> En su famosa carta a las icamiabas, el protagonista indígena de la novela de Mario de Andrade describe su “descubrimiento” de la gran ciudad de Sao Paulo en un gesto paródico de inversión de la carta del portugués Pero Vaz de Caminha de 1515. Andrade ponía en práctica así, la “deglución” del legado occidental que demandaban los “antropófagos” modernistas brasileños.

peste” (73). Miami culmina siendo una “fusión de vanas esperanzas, malos sueños, desquites, componendas, estafas, manejos turbios, fanfarronerías, mentiras, bravuras de café con leche, buenas tajadas, pésimos negocios y miedo” (75). Las atrayentes Sodomas del capitalismo parecen fatalmente enfermas, atomizadas por el racismo, clasismo, individualismo y el consumismo. Sus habitantes del exilio cubano dramatizan la “dolencia” de la dependencia cultural norteamericana denunciada por Fernández Retamar.

Contrariamente, La Habana es el espacio depositario de los “verdaderos” valores, como las metáforas del café –en contraposición “del brebaje insípido” del paladar norteamericano (134) o del idioma español –“no el español en conserva que se maltrata en Miami (...) a medio camino entre el inglés y el caló de Pila y Colón” (35). Los episodios que tienen lugar en Cuba tienen una connotación idealista, generalmente están relacionados a la épica revolucionaria o a la memoria afectiva del personaje. Si Estados Unidos es el ámbito de Normand, calculador y frío, como las oficinas de la CIA que asemejan “quirófanos” con sus muebles de niquelcromo, silencio y olor a desinfectante; la memoria de Ricardo se retrotrae a la idílica playa en el que tuvo lugar su último encuentro amoroso con Yolanda. Estados Unidos es el ámbito del comercio, donde absolutamente todo está sujeto a transacciones. El sexo prostibulario de Normand con una “bonnie” Playboy se contrapone al eterno amor de Ricardo por Yolanda desde su juventud. La reappropriación del género de espionaje revierte también el tópico del sexo como mercancía y poder de las novelas de Fleming, para dotarlo de un sentido espiritual en los personajes épicos.

La dimensión humana del personaje es lo que logra que el héroe de esta novela se distinga con éxito de otras del mismo género. Sin perder su dimensión idealizada, Ricardo se despegas del acartonamiento habitual en este tipo de protagonistas. Separado de su verdadero amor por la lucha contra Batista, Ricardo se ve impelido a separase nuevamente de Yolanda al abandonar Cuba e irse a Miami. Al no poder revelar le el verdadero motivo de su partida, ella —militante del PCC—, lo cree un traidor de la revolución y lo rechaza. La introducción del elemento melodramático permite un acercamiento con el lector al suponer un tipo de pedagogía que expone las tensiones sufridas por el cubano medio entre sus requerimientos individuales, afectivos y los imperativos de la revolución. El capitán Riquelmes recuerda que Bruno: “había roto con sus compañeros, con su pasado para irse marginando de la revolución y finalmente marcharse hacia Miami a una misión larga y difícil” (44). Riquelmes refiere un Bruno “que se fue, dejando atrás todo cuanto amaba” (44). El sacrificio hiperbolizado por el melodrama refiere el momento revolucionario cubano en que

la gestación de los hombres y las mujeres nuevos sucede bajo la forma de un desgarramiento: los elegidos no sólo reprimen y desactivan en cada uno las taras de la vida capitalista, sino que demue len, en nombre del porvenir socialista, sus relaciones familiares, sus historias de amor, sus vínculos y complicidades personales (Esteso 54).

La paradoja de la novela es que la efectividad dramática del personaje revolucionario es posible debido al contexto capitalista en el que se mueve. Un contexto que lo obliga a ocultar sus sentimientos. Ello posibilita un perfilamiento individual imposible en la isla en donde los personajes están refundidos con el Estado. La soledad del personaje en la sociedad norteamericana hace parte de su

especificidad. Para el teniente Riquelmes, Bruno es como un “cosmonauta en el más absoluto vacío del silencioso espacio” (62).

Este tono poético que se alcanza en varios momentos de la narración refiere el sacrificio del personaje. El desprendimiento de Bruno apunta a una concepción revolucionaria basada en el dolor y últimamente en la muerte. Lo que el capitán Riquelmes y Bruno tienen en común es una “una misma fidelidad a la sangre derramada para que esa tierra sea alguna vez el lugar hermoso en el que correrán libres los hijos del comunismo” (62). Como lo exaltaba Portuondo, la sangre es el atributo moral de la superioridad literaria y últimamente, revolucionaria.

La novela abre y cierra con las imágenes de Ricardo mortalmente herido. Noguerras no economiza imágenes de violencia. Después de haber logrado escapar varias veces de los esbirros de Normand, el cubano muere en una lucha entre Karate y Kun Fu con un asesino chino contratado por la CIA. En la pelea final nuestro protagonista agonizante, vence a su adversario y logra enviar el mensaje segundos antes de expirar. Su última lucha había sido sin artefactos, en un cuerpo a cuerpo, como metáfora de la pureza ideológica del personaje.

En su carta-testamento Ricardo declara las siguientes palabras que resumen la mística revolucionaria y que dan título a la novela: “Si muero mañana, será para que siga viva la esperanza de un hermoso porvenir” (169). La intensidad dramática de estas palabras se refuerza con el agregado de una supuesta reproducción del manuscrito del propio héroe dentro del libro. Ricardo emula ejemplarmente el ejemplo de Martí, el Che y aquellos que para el momento de la publicación de la novela se encontraban luchando en Angola. A aquellos que murieron lejos de la

patria tras la consecución de sus ideales dedica ciertamente, Noguerras la novela, con la promesa del “alba del día de la batalla final” (5). El reconocimiento glorioso, como el de la misma Yolanda al enterarse de la verdadera historia de su amado, se siembra sobre cadáveres desperdigados fuera de la patria.

La idea de un porvenir utópico —“el lugar hermoso en el que correrán libres los hijos del comunismo” (62)— que demanda el sacrificio de los cubanos se anuncia desde la dedicatoria y atraviesa toda la narración. Esta idea se propone como la antítesis de la sociedad norteamericana. El aspecto idealizador de la muerte coincide con la visión romántica de un conjunto de intelectuales alemanes de principios de siglo XX como Werner Sombart, Oswald Spengler y Ernst Jünger, para quienes “lo que realmente resulta despreciable es el acobardado hábito burgués de aferrarse a la vida, de no desear la muerte por altos ideales, de rehuir el conflicto violento, de negar el aspecto trágico de la vida” (Buruma y Margalit 62).

La Cuba revolucionaria se legitima sobre una posteridad nutrida de cadáveres, convirtiendo literalmente la consigna “Patria o muerte” en su corolario Patria “y” muerte. A diferencia del tecnócrata Normand, Bruno asume el sacrificio como un deber incuestionable. Él muere para establecer una futuridad, Normand obtiene éxito en librarse de su jefe para contribuir involuntariamente al exterminio de su propia sociedad. La novela parece indicar que no hay futuro para ese país inmerso en una suerte de *estado natural*.

El problema de este razonamiento es que la Cuba revolucionaria se legitima sobre una posteridad sembrada de muertos. El progreso socialista; progreso al fin y a la cabo, va sembrando sus propias ruinas. La superioridad moral en realidad está

planteada en el razonamiento teleológico denunciado por Benjamin, en el que el presente desaparece, como desaparece el protagonista Ricardo aplastado por el futuro y distanciado por completo del pasado. El disciplinamiento de la ética revolucionaria, al posponer el paraíso en un futuro inalcanzable, repite el drama referido por Agamben de estar sometido a un tiempo vacío y lineal. La felicidad, como reflexiona el mismo Ricardo, se vuelve un imposible, un valor burgués o contrarrevolucionario:

Yolanda y yo hacíamos planes. ¿Quién no los hace cuando es joven? Queríamos casarnos, tener hijos, ser felices. Pero ¿quién no piensa en casarse, tener hijos, ser feliz? Después sabríamos que la felicidad es sólo uno de los rostros de la vida, como el sufrimiento o el cumplimiento del deber. La felicidad, como entonces la **imaginábamos**, no existía (negritas mías 87)

Desterrar la imaginación como lugar de la experiencia, ¿no es sino reafirmar aquello que se critica: el monopolio del cientificismo y de la hiperbolizada tecnología como instrumentos de conocimiento/poder? ¿No es sino ratificar aquello que Benjamin entendía como la discrepancia entre los tremendos medios de producción y su inadecuada utilización el proceso de producción? (“work” 15). Desdeñar la idea de felicidad ¿no entraña la repetición denunciada por Agamben del sometimiento a la tiránica mensurabilidad del cristianismo y del capitalismo, en el que el placer se vuelve una postergación infinita? (Agamben 153)

La extensa producción de novelas detectivescas y de espionaje cubanas dramatizó la contradictoria rebeldía de Calibán. No basta, como planteaba Gutiérrez Alea, con una intención emancipadora. El riesgo de toda apropiación es la perpetuación de aquello con lo que se recicla. En este caso, el intento estribó en una autolegitimación a partir de la misma concepción historicista hegemónica. Es

posible considerar que a pesar del tono beligerante de estas novelas de espionaje, terminaron siendo más una mímica que una mimesis. No es de extrañar que el revitalizamiento cubano del género en los años noventa se propusiera distanciarse de las novelas de este período.

#### 9.4 CALIBÁN FRENTE AL ESPEJO

It is not funny that a man should be killed, but it is  
sometimes funny that he should be killed for so little, and that his  
death should be the coin of what we call civilization.  
Raymond Chandler

Hacia finales de los noventa, un personaje literario acude a Finca Vigía, la antigua casa de Ernest Hemingway convertida en el mismo museo que treinta décadas atrás visitara el dubitativo Malabre de Edmundo Desnoes. Se trata de Mario Conde, el desencantado detective de las novelas policiales de Leonardo Padura. Como su antecesor, el Conde luce dislocado del tiempo histórico que le tocó vivir. Escritor frustrado al igual que Malabre, el detective confronta aquella figura mítica norteamericana que le sirviera de modelo literario en su juventud. Sin embargo, el tiempo transcurrido entre *Adiós Hemingway* (2000) y *Memorias del subdesarrollo* (1965) obró cambios significativos sobre los mismos tópicos: revolución, intelectualidad, colonialismo, escritura y memoria. Revisitar el imaginario cubano sobre Hemingway implicó, en palabras del mismo Padura, un exorcismo de demonios, de los de su relación “de amor-odio” con aquel escritor (Entrevista 10). Y una relación igual de complicada con la revolución.

Entre ambas narraciones hay otros espectros también por exorcizar: las novelas policiales y de espionaje de las décadas anteriores. Testimonios —ya no dubitativos, ni extemporáneos, ni desencantados— de una visión oficial. Es claro que con su debut en la literatura policial cubana en 1990 con la primera novela de la tetralogía *Pasado Perfecto*, Padura interpelaba aquellas narrativas heroicas. Hacerlo desde un presente ficcionalizado por aquéllas tuvo un efecto demoledor sobre la anterior visión triunfalista. Con el personaje de Mario Conde parecían quedar sepultados aquellos calibanes beligerantes de las novelas aupadas por el Ministerio de Relaciones Interiores. Padura sin embargo, no renuncia a cierta lógica antropofágica al retomar el género para dotarlo de una especificidad cubana. Lo hace no obstante, sobre las ruinas, no ya de aquel universo capitalista en decadencia denunciado por Portuondo años atrás, sino sobre las ruinas del propio estado socialista: “Cuando escribo estas novelas yo tengo un propósito muy claro. Yo quería que fuera (...) una novela policial muy cubana pero que no se pareciera en nada a las novelas policiales cubanas (Entrevista 4)”. Esta diferencialidad forma parte de lo que Padura denomina el *neopoliciaco* latinoamericano, un subgénero mucho más cercano al *hardboiled* norteamericano. Irónicamente entonces, al cubanizar el género, éste resulta más “americanizado”. En una entrevista, resume el género de la siguiente manera:

Primero, disminución de la importancia del enigma como elemento dramático fundamental. Segundo, una preferencia por ambientes marginales para el desarrollo de las historias y la significación dramática. Tercero, acudir a determinadas formas de la cultura popular, incorporándolas a la creación literaria (...). Cuarto, el empleo de un lenguaje que trata de expresar las vivencias de la vida cotidiana. Quinto, como característica importante, la renuncia a crear grandes héroes. Los policías, investigadores, detectives,



como se les llame, son por lo general gente frustrada, jodida, y no tienen nada de triunfadores (en Epple 60)

La necesidad de distanciarse de las pautas oficiales establecidas años atrás constituiría lo que Fornet califica como “un cambio de perspectiva al historiar el proceso revolucionario” (*Nuevos* 68) que tiene su origen en el quiebre histórico del año 89. Perteneciente Padura a la primera generación cubana nacida y/o criada bajo la revolución, aquella fecha acabó dramáticamente con el mundo utópico que describían las novelas policiales de los años setenta y ochenta:

El futuro pertenecía por completo al ideal socialista, al ideal comunista, se trataba de una marcha ascendente hacia metas históricas indetenibles, y todos nos criamos imbuidos de ese ideal, que era además el único que se escuchaba. Cuando esta generación llega a los treinta años, se produce la caída del campo socialista, la caída del muro de Berlín y la desaparición de la Unión Soviética. Comienza en Cuba una crisis económica e ideológica muy violenta (Entrevista 1).

Si para la generación de Desnoes como veremos en el próximo capítulo, la revolución había ocurrido en forma de “cataclismo”, el fin de la guerra fría supuso para la de Padura la irrupción definitiva de una catástrofe. No es casual que su tetralogía policial esté ambientada en el año 89 y que culmine con la llegada de un huracán devastador sobre La Habana. Este huracán pone fin a la excepcionalidad cubana —ese mundo perfecto que refiere Padura— e inscribe la territorialidad de la isla en un espacio similar al de sus pares latinoamericanos. En su artículo “Ficciones cubanas de los últimos años”, Josefina Ludmer establece cómo el fin de la guerra fría abrió dos procesos que resultaron en cierta forma equivalentes: “la implantación del régimen especial en Cuba, y el triunfo de la globalización neoliberal en el resto de Latinoamérica” (357). Los efectos de ambos procesos

producirían resultados similares: “Cuba, con la caída de la Unión Soviética, comienza a depender tanto de los extranjeros, de los dólares y de la industria del libro español como el resto de Latinoamérica” (357). La entrada en una (post)modernidad capitalista, va a hermanar ciertas narrativas cubanas de los escritores más jóvenes —los llamados novísimos— con otras de América Latina que ya estaban teniendo lugar una o dos décadas atrás en el tratamiento de ciertos temas propios del postboom.

Sin embargo, la particularidad cubana en este mapa literario consiste en el posicionamiento de una generación única escindida entre un pasado utópico y un presente desesperanzador. Este posicionamiento es el que ha dado lugar a su común denominación como generación del desencanto<sup>125</sup>: “todo desencanto presupone tanto la creencia como la extinción de la fe en una utopía. Los escritores de la generación siguiente (...) no arrastran consigo el encantamiento que marcó la vida de sus predecesores” (Fornet, “narrativa” 45). Padura enfatiza ese quiebre: “somos distintos a la generación que ahora anda cumpliendo los treinta años, que es una generación que ya crece en ese período de gran crisis económica, una generación, generalizando, que cada vez se interesa menos en las utopías (...) y va a resolver sus problemas individuales” (Entrevista 2). Como vemos, el desencanto no implica necesariamente un rechazo a los ideales revolucionarios, sino “una frustración más que un trastorno ideológico” (Fornet, *Nuevos* 56). Así lo testifica el mismo escritor: “Redescubrimos y comenzamos a tener una percepción distinta. Comenzamos a sentir que nos habían engañado. Junto con ese engaño y con la crisis

---

<sup>125</sup> O “generación escondida” según uno de los personajes de Padura.

económica, mi generación descubre un gran sentimiento de frustración” (Entrevista 1).

El “engaño” es terreno fértil para las narrativas policiales. La frustración, por su parte, deriva en el escepticismo del detective propio de personajes como Sam Spade y Philip Marlowe. La complejidad social, perdida en las novelas anteriores, emerge en las de Padura a manera de simulaciones, mentiras, máscaras, apariencias que el Conde va revelando en sus investigaciones. La policial “Es una novela que inmediatamente te conecta con lo peor de la sociedad, porque (...) trata sobre la violencia, la corrupción, el asesinato, el crimen, el chantaje. Inmediatamente estás en el lado oscuro de una sociedad con una novela policial.” (Entrevista 5) Estos lados oscuros refieren inevitablemente a la misma revolución, a aquello que ésta parecía ocultar bajo la máscara de la utopía. El íntegro espía Ricardo Solanas, asesinado heroicamente lejos de sus tierra en *Y si muero*, es sobrepasado por la realidad. En 1989, el general Arnaldo Ochoa, héroe de Angola, protagoniza uno de los escándalos más demoledores de la mística revolucionaria. Termina siendo fusilado por su participación en el tráfico de drogas, escándalo que salpicó a otras altas figuras del Estado, sin excluir al propio Comandante en Jefe. Como el mismo Ochoa, los criminales literarios de Padura suelen ser altos personeros del gobierno, gente de apariencia respetable. También encontramos otro tipo de personajes igualmente desmitificadores de la épica revolucionaria: la generación de Padura, los ciudadanos de a pie. El mejor amigo del Conde, el flaco Carlos, resulta el opuesto al teniente Solanas, no sólo no muere heroicamente en Angola, sino que regresa paralítico para permanecer postrado en una silla de ruedas bajo el cuidado

de su madre. Otros amigos de juventud del detective —sus “socios” de la preparatoria— dramatizan también la frustración generacional: el exilio de Andrés, la imposibilidad de ser historiador del Conejo, los negocios ilegales de Candito el rojo. Víctimas del derrumbe de la utopía, su presencia desvanece toda idea de heroicidad, disipa la “volcánica violencia” del Calibán imaginado por Fernández Retamar. El Conde, héroe detectivesco, es la antítesis de aquel hombre nuevo imaginado por el Che: “Eres la elegancia misma, mira esa estampa, Mario Conde... un apetecible soltero de treinta y seis años, expolicía, prealchólico, pseudoescriptor, cuasiesquelético y posromántico, con principios de calvicie, úlcera y depresión y finales de melancolía crónica, insomnio y existencias de café” (*Paisaje* 237).

El cuerpo de Mario Conde, como el del Flaco Carlos, expresa las huellas de la debacle utópica. Huellas que, como ha señalado el mismo Padura, testimonian lo indecible en el discurso oficial, en los medios de comunicación (Wilkinson 33). Son, como en la novela picaresca, las mismas huellas de la ciudad por las que el detective transita desde los respetables barrios del Vedado hasta los submundos en Centro Habana. Esferas en las que el detective revela corruptos, ladrones, estafadores, chantajistas, criminales homofóbicos, apostadores, etc. Ambientes que, no obstante, tienen su contrapartida en un sentido de justicia profesado por el Conde y sus amigos. Este contraste entre un mundo corrompido y los códigos éticos de algunos personajes, muestra irónicamente aquello que Portuondo denunciaba como una escisión entre justicia y legalidad en las novelas negras estadounidenses (en Wilkinson 117). Como policía —no hay cabida en el orden socialista para un detective privado—, el Conde permanece dentro de los límites del estado; como

individuo desencantado se coloca fuera de él. En ocasiones, ciertamente, el protagonista actúa por fuera de la ley cuando lo considera justo, aunque su función sea precisamente la de hacerla cumplir. De allí la paradoja señalada por Wilkinson; el desencanto se delata en su alienación de la sociedad cubana actual; al mismo tiempo, su ética —asumida desde el pasado—, lo empuja a involucrarse en esa misma sociedad (Wilkinson 179). Al respecto de lo que Ludmer describe como “escrituras del presente” —aquellas devenidas tras la caída del bloque soviético—, menciona una particular subjetividad, la de la condición diaspórica:

Los personajes de las ficciones (o los que la narración multiplica, fractura, vacía) se definen por su condición diaspórica: por su posición exterior-interior de la ciudad, la nación, el trabajo, la ley o la razón. Están fuera y adentro al mismo tiempo: afuera y atrapados simbólicamente en esas esferas. Y superponen lo privado y lo público en oscilación donde instalan afectos y pasiones (359)

La condición diaspórica es particularmente patente en la generación de Padura y su alter ego, Mario Conde. Testigos y víctimas de la frustración de la teleología socialista, los códigos éticos adquiridos en ese mismo pasado que ahora se derrumba ante sus ojos, se flexibilizan ante los imperativos individualistas de supervivencia, pero no se desechan. El viejo aliento de una sociedad pensada en colectivo hace de estos personajes seres incapaces de anclarse en una sola territorialidad. El sentido de justicia del Conde es como el del Quijote, un asunto originado en un pasado romantizado ahora caduco, sin embargo a diferencia del héroe manchego, tiene plena conciencia del presente que habita, ha perdido la candidez. Esta movilidad entre un ayer y hoy, entre legalidad y justicia, entre comunidad e individuo, entre los afectos y el pragmatismo deriva en una condición

de desengaño permanente en el que las novelas de la tetralogía parecen permanecer. Las posteriores narraciones de Padura indicarán un movimiento hacia la nostalgia y “la necesidad de creer en algo” (Padura, en Uxo 30). La última novela de la serie se cerraba con el advenimiento de un huracán devastador. En aquel instante, como señalaba Fornet, “el protagonista se da cuenta de que sólo puede salvarlo la memoria, y se sienta ante la máquina de escribir” (43). La escritura metaforiza una apertura anamnésica que será explorada en las próximas novelas del autor.

## **9.5 REVISITANDO LOS IMAGINARIOS DE LA GUERRA FRÍA EN *ADIÓS***

### ***HEMINGWAY***

El 15 de mayo de 1960, el fotógrafo cubano Osvaldo Salas legó a la posteridad una famosa imagen de Fidel y Hemingway juntos. El encuentro entre las dos grandes figuras no sólo era el testimonio de la fortaleza de una revolución que apenas comenzaba, sino la manera en que ésta era capaz de apropiarse de uno de los grandes mitos literarios del siglo XX. La figura del revolucionario cubano parecía crecerse en su proximidad con el premio Nobel para demostrar así, que era posible afirmar la propia legitimidad sobre el prestigio metropolitano. Sin embargo, lo que en el retrato parecía asegurar la utopía que se avecinaba, se trocó con el tiempo en la expresión de su fracaso. El imaginario hemingwayano fascina hoy a los cientos de turistas que acuden a monumentos y locales de acceso prohibitivo para el cubano

medio. ¿Cómo conciliar la “glamourosa Marina Hemingway para que los ricos y hermosos burgueses del mundo y ningún zarrapastroso cubano de la isla (...) disfrutara de yates, playas, bebidas, comidas, putas complacientes y mucho sol, pero de ese sol que da un bello color de piel, y no del otro, que te quema hasta los sesos en un campo de caña” (*Adiós* 28); con la imagen del Hemingway solidario con una revolución que prometía acabar con las desigualdades y el racismo de la isla? La novela de Padura *Adiós Hemingway* propone una exploración de esta ambivalencia como una manera de revisar la propia revolución. Al hacerlo, las dicotomías planteadas por Fernández Retamar se difuminan y la realidad —como la de la fotografía— empieza a adquirir varias dimensiones.

Ocho años después de su retiro de la policía, Mario Conde visita Finca Vigía. Una fuerte tormenta tropical había descubierto un cadáver en la antigua casa de Hemingway amenazando con ser la punta del iceberg de una vieja historia no resuelta. El teniente Manuel Palacios —Manolo— conmina a su antiguo colega a hacerse cargo del caso de manera extraoficial. Entre las urgencias cotidianas de una ciudad cada día más convulsa, un asesinato ocurrido entre 1957 y 1960 no reviste el menor interés para la policía. Sin embargo, dado el lugar del hallazgo, Manolo es conciente de las posibles implicaciones que a futuro podría tener un caso en el que se viese envuelto el famoso escritor. De allí su precaución al pedirle al Conde que se hiciese cargo del caso a pesar de su retiro.

En realidad, la investigación compete más a la memoria que a la resolución del enigma. Develar al autor del crimen implica una disputa simbólica. A diferencia de lo que Rojas denomina una “guerra de la memoria” para referirse a la competencia

entre los dos bandos cubanos de la polarización civil por una legitimidad simbólica (“Anatomía” 13), la resolución del crimen implica una disputa *interna* entre la marginación o la recuperación de una figura literaria cuya ambigüedad refiere también la naturaleza de la revolución.

Hemingway había sido un personaje idolatrado durante la juventud del Conde cuando éste iniciaba sus primeros escarceos literarios. Era “el modelo ideal de lo que podía ser la literatura y de lo que debía ser un hombre con una vida hecha por y para esa literatura” (42). La precisión de sus narraciones, su engañosa transparencia lo fascinaban tanto como la vida desenfrenada, riesgosa y apasionada del escritor. Sin embargo, a medida que trascurrió el tiempo esa percepción fue cambiando:

La distancia se había ido forjando mientras el romanticismo dejaba espacios al escepticismo y el entonces ídolo literario se le fue convirtiendo en un ser prepotente, violento e incapaz de dar amor a quienes lo amaban; cuando entendió que más de veinte años conviviendo con los cubanos no bastaron para que el artista comprendiera un carajo de la isla; cuando asimiló la dolorosa verdad de que aquel escritor genial era también un hombre despreciable, capaz de traicionar a cada uno de los que lo ayudaron (50-51).

El Hemingway aguerrido, corresponsal de guerra, republicano de la guerra civil española, perseguidor de submarinos nazis en el Caribe, aficionado al boxeo, cazador implacable de rinocerontes, tiburones, gacelas, búfalos y leones, el seductor de las más bellas mujeres del star system hollywoodiense; en fin, la definición hecha persona y literatura de “la hombría y el coraje” (68) se le había revelado al Conde como un tipo egocéntrico, sádico, fácilmente manipulable y traidor de sus amigos. Los lamentables episodios biográficos con amigos como Sherwood Anderson, John Dos Passos, Scott Fitzgerald y José Robles eran hechos



que le pesaban al Conde enormemente habida cuenta de la inquebrantabilidad de la amistad para él.

Establecer la culpabilidad o la inocencia de Hemingway en el crimen de Finca Vigía implicaba una elección entre ambas visiones sobre el escritor. La segunda entraña el rescate de una memoria de la inocencia, la primera la permanencia del sinsentido. Esta era la disyuntiva para el ex-policía:

En Conde sentía una extraña intranquilidad. Todos su prejuicios y deseos de descubrir la culpabilidad de Hemingway habían caído en el pantano de su memoria y ahora los veía hundirse dramáticamente, ante la certeza de que sus odios no podían ser más fuertes que sus arcaico sentido de la justicia y la comprobación de que los libros y la figura de Hemingway, a pesar de todo, seguían siendo importantes para otras personas (75)

La memoria aparece como un poderosísimo contrapeso de los odios y prejuicios. A diferencia del reclamo del protagonista de *Memorias del subdesarrollo* sobre la falta de memoria del cubano, en *Adiós*, la memoria fluye en abundancia convirtiéndose en un posible recurso contra la atmósfera de desesperanza. Aunque al visitar Finca Vigía, el Conde reconoce el carácter sepulcral del lugar, los objetos petrificados en la vieja casona —libros, armas, animales disecados, entre otros—, cobran vida en *Adiós* porque activan una memoria afectiva. Al acudir a la antigua casa de Hemingway, el detective rememora una excursión con sus amigos del preuniversitario; una mañana sabatina plena de camaradería y juventud en la que el Conde había leído frente a sus amigos, su cuento favorito del escritor norteamericano. Este episodio refiere un pasado en el que la admiración por el escritor tiene su paralelo en una inocencia revolucionaria. Si en la película *Memorias del subdesarrollo*, la nostalgia por un mundo perdido implicaba una regresión

conservadora al contexto capitalista de la pequeña burguesía, en el personaje Mario Conde la nostalgia adquiere un sentido positivo y doloroso en la medida en que recupera un universo revolucionario en el sinsentido del derrumbe socialista. El asunto en *Adiós* sin embargo, es si esta nostalgia es capaz de resignificarse en el presente.

El cadáver resurgido del pantano más que revelar la corrupción y decadencia de la sociedad actual —tal como sucede en la tetralogía anterior de Padura—, sugiere la existencia de una realidad subyacente diferente, productiva. Esta otra realidad queda sugerida en el juego intertextual con el relato de Hemingway “El gran río de los dos corazones” que el Conde lee a sus amigos en la excursión al Museo. La novela de Padura se estructura en dos planos temporales, las dos historias que Todorov establece en este género narrativo: la del crimen y la de la investigación (159). El uno refiere los avances del Conde en el caso, el otro se desplaza a la noche del crimen en la Finca. Al igual que en el famoso cuento, un relato subyace bajo la cristalina superficie del otro. La investigación encubre la verdadera historia, esto es, la de los últimos años de Hemingway en La Habana.

Pero, ¿cómo acceder a la opacidad de aquél escritor? ¿Quién era realmente? Revisitar a Hemingway implica sumergirse en las profundidades de un imaginario alejado de toda premisa. Si el detective ha ganado complejidad en estas narraciones *neopoliciales*, sus contrafiguras también: los sospechosos y/o los criminales. Hemingway, como el cadáver resurgido del pantano, actúa como un significante abierto a múltiples significados.

Al tratar de reconstruir los eventos que rodearon el crimen, el Conde logra establecer que éste tuvo lugar entre el 2 y el 3 de octubre de 1958. La víctima es identificada gracias al hallazgo de una placa del FBI enterrada en el mismo lugar del cadáver. El Conde descubre que las personas vinculadas al escritor durante aquella noche eran Calixto, el custodio del Finca; Raúl, su criado personal; Toribio, su gallero y Ruperto, pescador, capitán de su barco. De los cuatro, apenas sobreviven Ruperto y Toribio. Desentrañar los acontecimientos de aquella noche demandaba por tanto, apelar también a la memoria de estos dos hombres. Sin embargo, la dimensión subjetiva de los recuerdos de ambos ancianos deriva en dos versiones muy diferentes de su jefe. Para Toribio —de 102 años—, el “Papa” era un “tremendo hijo de puta” (79) que “tenía el demonio dentro” (81). El anciano relata cómo sádicamente y contraviniendo la ética de los galleros, el escritor le arrancó la cabeza a una de sus aves. Para el gallero, el escritor era un tipo de puras apariencias: “lo suyo era mucha gritería, mucha guapería con los animales, y mucha pantalla para que la gente se creyera que él era un timbalú” (88). Para Ruperto —de 89 años— por el contrario, Papa “fue como Dios” (125), el hombre que incluso le obsequió antes de marcharse la caleta *Pilar*: “Papa fue para mí lo más grande del mundo —dijo Ruperto, y su voz había envejecido—. Desde que lo conocí, hasta hoy, me ha dado de comer, y eso se agradece” (163).

A la novela no se le escapa la subordinación que estos hombres mantenían con un hombre que “exigía que le dijeran Papa”, que “decía que él era el papá de todo el mundo” (85). La visión de ambos ancianos conjuga la dinámica de amor/odio, de agradecimiento o de recelo, típico de las jerarquizadas relaciones

paternalistas. El narrador está consciente de la tensión de este tipo de relación entre el patrón y sus sirvientes. El tema del nativo sumiso, del Ariel tan despreciado por Fernández Retamar, reaparece nuevamente en la figura del criado mulato. Tenorio, el actual guía de Finca Vigía le refiere al detective sobre el mayordomo Raúl: “Cuando Hemingway llegó a la Vigía, Raúl era un huérfano mataperros que se estaba muriendo de hambre. Hemingway casi lo adoptó, le cambió la vida, **lo hizo persona**, lo ayudó a construir su casa, fue el padrino de su hija..., y claro que Raúl veía por los ojos del patrón” (negritas mías, 56). La subordinación de Raúl contrasta con la actitud del gallero, quien se había ido a las manos con su jefe cuando éste descubrió que le robaba sus huevos. La tensión entre sumisión y rebeldía es constante en la relación que se establece con Hemingway. La novela sugiere la imagen de un grupo “de tigres adiestrados, pero tigres al fin y al cabo” (126). Ni la novela, ni el detective idealizan esta relación de patronazgo. En la historia paralela que nos relata la noche del homicidio, acudimos a varios diálogos entre Hemingway y sus empleados, muy breves por demás. Ellos se caracterizan por una parca cordialidad que delata la inteligibilidad entre unos y el otro. Sus empleados son ajenos a las tribulaciones del atormentado escritor. Por su parte, éste permanece también ajeno al universo de aquéllos. Al acercarse Hemingway a la garita donde Calixto vigila la Finca mientras escucha la radio, se nos dice: “No entendía aquella capacidad de los cubanos de pasarse horas y horas escuchando música, en especial aquellos boleros lacrimógenos y las rancheras mexicanas que tanto le gustaban a Calixto. En realidad eran muchas las cosas que no entendía de los cubanos” (98). La novela entonces, remarca la impenetrabilidad de dos mundos muy diferentes para,

sobre esa opacidad mutua, levantar las semillas del enigma. La supuesta sumisión de Raúl le hace sospechar al Conde: “aquella relación de dependencia podía ser inicio de una trama peligrosa” (57). Como la imagen de los tigres amaestrados, Padura retoma las problemáticas del amo y del esclavo, de la relación centro-periferia. No hay aquí un interés por “clarificar” esas relaciones que se proyectan también hacia la figura del intelectual. El mismo Conde había emulado ciegamente al ídolo literario en sus primeros años. La jerarquía entre el escritor estadounidense y sus pares cubanos se enfatiza en las temporadas en que aquél vivía en la isla. En todos esos años, Hemingway expresó un marcado desdén por los escritores y artistas cubanos, con los que nunca quiso involucrarse, según nos refiere la novela. Es sugestivo el dato de que, más allá de las coincidencias biográficas, Hemingway permanezca muy poco tiempo después de la caída de Batista. A pesar de la interpretación dominante sobre la simpatía entre Fidel y el escritor que se hace de la famosa fotografía, la presencia del norteamericano en la isla parece remitir a una Cuba prerrevolucionaria, de fuerte dependencia neocolonial. Un tiempo en el que la isla era el lugar de recreación para turistas y aventureros estadounidenses como el mismo escritor.

No obstante, Padura está interesado en huir de las cómodas dicotomías políticas del imaginario calibánico de los años setenta. Hemingway es un personaje difícil de encasillar en relación a su propio país de origen. Dramatizaba simultáneamente el mito americano y su revés. Era el frívolo escritor codeado con las luminarias de Hollywood y al mismo tiempo el tosco borracho que departía con los pescadores de Cojímar. Era el *gunman* salido del *midwest* y el cosmopolita

fascinado por las corridas de toros españolas. Era el popular escritor perseguido por los periodistas, pero también por los servicios de inteligencia americana. Era el gran patriota combatiente del nazismo o el gran traidor comunista. Era tremendamente norteamericano y tremendamente antinorteamericano. Era, como la metáfora del iceberg que él propuso para sus narraciones, un hombre visible e invisible al mismo tiempo. Hemingway comparte con el Conde su condición de haberse colocado dentro y fuera del sistema, habría también en él cierta condición diaspórica. Dado que todo acto criminal implica una trasgresión, la novela está mucho más interesada en esas zonas oscuras del personaje que pudiesen vincularlo al homicidio.

Padura escoge un momento vital del escritor que se asemeja a la situación existencial de la generación del Conde. De allí cierta familiaridad a pesar de la impenetrabilidad del personaje. El lector asiste al Hemingway envejecido de los últimos años con dificultad para escribir, psicológicamente deprimido y físicamente deteriorado. Un Hemingway que debe resignarse a una vida llena de privaciones totalmente diferente a sus experiencias en el pasado: “Empieza a sufrir toda una serie de dificultades físicas que lo van agobiando y en lo que él siempre había sido absolutamente sincero, que fue en el proceso de escritura, comienza a encontrarse que está cercado, que está en un camino sin salida” (Entrevista 3). Ese cerco está fuertemente asociado a la pérdida de memoria del escritor. Para el Conde, la impotencia creativa de Hemingway se debe mayormente a los electroshocks a los que fue sometido por sus supuestos delirios persecutorios (161), un tratamiento que, sospechosamente, terminó por castrarlo. La frustración del personaje ya nos anuncia

su suicidio próximo. La imagen del cerco, el sentimiento de impotencia por otro lado, expresa una percepción de la isla como territorio cerrado, aislado, en el cual muchos de los personajes desencantados de las novelas de Padura no tienen hacia dónde ir:

Nada más debíamos mirar hacia delante y caminar hacia el futuro luminoso que nos esperaba al final de la historia y, claro, no nos podíamos cansar en el camino. El único problema es que el futuro estaba muy lejos y el camino era en pendiente y estaba lleno de sacrificios, prohibiciones, negaciones, privaciones. Mientras más avanzábamos, más se empinaba la pendiente y más lejos se ponía el futuro luminoso, que además se fue apagando. Al muy cabrón se le acabó la gasolina. A veces creo que nos encandilaron con tanta luz y pasamos por el futuro sin verlo... Ahora (...) ya no tenemos mucho que ver ni mucho que buscar (*Neblina* 201)

La desesperanza del Hemingway de los últimos años expresa también la de una generación para la cual no parece haber futuro. Se trata de una percepción compartida por narrativas cubanas recientes: “las historias nacionales características de los clásicos se borran para dar paso a una suerte de crónica de un presente puro (...) sin futuro, que envuelve al pasado en forma de memoria y duelo” (Ludmer 360). Sin embargo, la frustración de personajes como el Conde, su falta de futuridad, adquiere una connotación positiva en tanto suscita una memoria productiva. Una memoria que en cambio, a Hemingway, le ha sido arrebatada definitivamente. El duelo permite entonces la apropiación de una realidad ya perdida que en esta novela se transforma por obra y gracia de la memoria en el “lado real” del escritor norteamericano (Entrevista 2). Se trataría de rescatar “un Hemingway que se parece mucho más a la persona que realmente debió haber sido porque definitivamente tuvo que apartarse de los grandes escenarios que él mismo había propiciado para su biografía” (Entrevista 2).

Este Hemingway “verdadero” es el personaje que se nos muestra la noche del homicidio. Uno que, a pesar de las prohibiciones médicas, divagaba aquella noche sobre su pasado mientras bebía con más generosidad de la debida, acompañado de su fiel Black Dog. Antes de acostarse había decidido dar unas vueltas por la Finca para asegurarse que todo estaba en orden. Uno de sus empleados le había hecho saber sobre el hallazgo de la placa de un agente del FBI en las inmediaciones de la casa. Hemingway veía así confirmadas sus supuestas paranoias. El descubrimiento de la insignia contribuye a la tensión en la atmósfera de la noche. Los demás perros no dejaban de ladrar. Tras breves diálogos con Calixto y René, Hemingway se retira a su casa amparado por su Thompson. Ya en su habitación el escritor se asegura de guardar su revólver 22 envuelto en el blúmer de Ava Gardner —recuerdo de mejores tiempos—, en una mesa de noche antes de quedarse dormido. Al abrir nuevamente los ojos, se encuentra frente al agente John Kirk, quien lo amenaza con su 22. Si los antagonistas estadounidenses se caracterizaban por el mismo tono grandilocuente de los héroes cubanos en las novelas de espionaje: malvados, peligrosos, poderosos, fríos y calculadores, aquí el agente del FBI asemeja la imagen del otro lado del espejo del mismo Hemingway: un hombre de edad avanzada, alcoholizado, cojo, con una gran barriga y dientes deteriorados por el tabaco:

Este agente del FBI que yo colocho en la novela, es un hombre que ya está prácticamente a punto de jubilarse, que es un alcohólico, con ello traté de buscar una antiimagen del Agente del FBI. (...) Nada de fortaleza, de agilidad de tecnología, de inteligencia, sino un simple burócrata de la investigación (Entrevista 3)



Kirk es la antítesis del Stuart Duke de Noguerras. Una sátira lastimosa dirigida contra los imaginarios de la guerra fría. Kirk supone la disolución de los grandes mitos sobre el enemigo. Con sesenta años, artrosis, una rótula mal soldada, y abandonado a su suerte en una isla tropical agobiante, el agente para colmo ha perdido su arma y su insignia. Su confrontación con Hemingway por el reclamo de éstas, muestra el fin del reinado de los prósperos y los calibanes. Para el mismo Hemingway, la muerte “se había convertido (...) en una de sus obsesiones, sobre todo porque ya había pasado el tiempo de morir joven y también de hacerlo heroicamente” (92). Así, sin nada de heroísmo muere Kirk, abaleado por la espalada a manos de Calixto y Raúl en un intento por defender a su patrón del visiblemente nervioso y agresivo agente del FBI.

En el impasse entre Hemingway y su agresor, el primero insiste en saber cuál es la información sobre su vida recopilada en los archivos de Hoover. Las supuestas simpatías comunistas y la posibilidad de que hubiese donado dinero a los revolucionarios confirman lo que el escritor sospechaba pero que nadie nunca creyó: que estuvo siendo vigilado por años. Sin embargo, ni Hemingway, ni el Conde llegan a descubrir lo que subyace exactamente en aquellos archivos. Esa otra historia plasmada en los *records* permanece inaccesible. Kirk muere para ser enterrado anónimamente en Finca Vigía con la ayuda adicional de Toribio y Ruperto. La narración de la historia del crimen nos hace saber que Hemingway tomó la importante decisión de proteger a sus empleados a costa de no poder demostrar aquello que denunció durante toda su vida y que le valió destructivos tratamientos psiquiátricos: estar vigilado constantemente por el gobierno estadounidense. A

Calixto lo envió a su soñada Veracruz con una buena cantidad de dinero. El resto, fue el profundo silencio sobre lo ocurrido que mantuvo hasta el final de sus días. El crimen sella un pacto secreto entre todos estos hombres y salva la imagen de Hemingway para el Conde, quien aunque nunca sabrá con certeza quién fue el homicida, ni el por qué había una gente del FBI en la Finca, logra recuperar al ídolo de su juventud por ese gesto de lealtad con sus amigos, sus empleados. El expolicía termina por preferir entonces otra imagen del escritor en la que sí “recibía una inquietante sensación de veracidad”. Se trataba de *otra* fotografía, una de sus últimas en la que se le ve disminuido, envejecido, Hemingway “miraba en pensativo silencio algo que no se podía apreciar en la fotografía” (181). Es en la opacidad de los personajes —que refiere también los lados ocultos de la historia para el Conde: el verdadero criminal, las páginas del dossier del FBI, los motivos de la presencia de Kirk en el lugar— que emerge una ética liberadora. El cadáver en Finca Vigía termina por develar/encubrir una memoria positiva: la valoración de la amistad.

La recuperación de esta memoria por la vía de la reafirmación de códigos éticos adquiridos durante la revolución supone una alternativa frente al desencanto de la generación del Conde. Se trata sin embargo, no de recobrar al Hemingway rutilante, creado por sí mismo y recreado por los imaginarios oficiales de la revolución, sino de aquel que desde sus propias miserias fue capaz de comportarse dignamente. No es su mito lo que interesa, sino la memoria de un Hemingway sencillo y oculto que alguna vez se sentó humildemente a beber con los pescadores de Cojímar para escuchar sus historias. Ese Hemingway salvado por y para la

memoria supone una relación distinta con esos “otros” estadounidenses que hasta ayer permanecían confinados a dinámicas binarias.

Al principio de la narración el guía de Finca Vigía, Tenorio —quien resultara ser el nieto del criado Raúl— le comenta al Conde sobre los “hemingwayanos cubanos”. Cuando el detective, intrigado, le pregunta de qué se trata, éste le responde que ni de una logia ni de un partido

somos gente a la que nos gusta Hemingway. Y hay de todo: escritores, periodistas, maestros, y amas de casa y jubilados.

—¿Y qué hacen los hemingwayanos cubanos?

—Pues nada, leer a Hemingway, estudiarlo, hacer coloquios sobre su vida.

—¿Y quién dirige eso?

—Nadie..., bueno, yo un poco organizo a la gente, pero no los dirige nadie.

—Es la fe por la fe, pero sin curas ni secretarios generales. No está mal eso

—admitió el Conde, admirado por la existencia de aquella cofradía de crédulos independientes en un tiempo de incrédulos sindicalizados (54)

Cuando Tenorio le pregunta al Conde si él también es hemingwayano, el expolicía le responde que había devuelto el carnet. La decepción inicial del detective en las primeras páginas de la novela —su falta de fe en el escritor norteamericano—, cambia con su decisión posterior de pedir su entrada en los hemingwayanos cubanos al finalizar el relato. Lo que se recupera es una fe ahora liberada de imposiciones, de constreñimientos, de limitaciones. El Hemingway de Tenorio ya no es el de su abuelo, de la misma manera que el del Conde tampoco es el del héroe admirado ciegamente en su juventud. El escritor norteamericano se ha transfigurado en un imaginario democratizador que permite la supervivencia de la fe.

En la última escena de la novela, el Conde, junto con el Conejo y el flaco Carlos —reconvertidos todos a hemingwayanos cubanos— beben frente al mar en

el pueblo de Cojímar. El Conde les revela una última sorpresa sobre el caso: se ha robado el famoso blúmer de Ava Gardner de Finca Vigía. Objeto de deseo a lo largo de toda la narración, el fetiche recupera el carácter aurático de un pasado que parecía tan perfecto como la mujer que llevaba aquella prenda interior. Reconquistar ese espacio de la fe como una presencia que delata la ausencia de lo ya ido, es el obsequio que los tres amigos hemingwayanos hacen a Andrés, otro compañero del grupo que se ha marchado a los Estados Unidos hace 7 años. Los tres amigos hemingwayanos arrojan al mar una botella mensajera con el blúmer de la Gardner junto con otros pequeños escritos de amistad y de nostalgia para que llegue hasta Andrés en el exilio. En ella reafirman sus lazos afectivos por encima de territorialidades escindidas e ideologías separadoras. La botella, como la novela misma, porta el fin de los maniqueísmos de los imaginarios de la guerra fría, relativiza el espacio de los unos y de los otros. Si Hemingway se cierne como posible alegoría cultural de Estados Unidos, es claro que ha habido una transformación en la imagen de ese país. Como la metáfora del mar en el que se va alejando la botella, Hemingway parece ser, así como la revolución, “esa zona oscura donde sólo es posible ver algo con los ojos de la memoria y el deseo” (190).

## 10.0 TRAS LAS HUELLAS DEL NAUFRAGIO: MEMORIA Y REVOLUCIÓN EN LA OBRA DE EDMUNDO DESNOES

“no hay documento de cultura que no sea a la vez un  
documento de barbarie”  
Walter Benjamin

“Cuba es una herida abierta”  
Edmundo Desnoes

Si algún escritor cubano dramatiza la compleja relación identitaria y política con Estados Unidos, sin duda ese sería Edmundo Desnoes (1930). De padre cubano y madre jamaicana su vida ha estado prácticamente dividida entre La Habana y Nueva York. Desde 1979 ha permanecido en el exilio. Sin embargo, su discreta posición ajena a los vaivenes de la polarización política, le permitió volver a La Habana en el 2003 como jurado del premio Casa de las Américas en el género de novela. En el 2007 publica *Memorias del desarrollo* cerrando así la secuencia autobiográfica de un mismo personaje con diferentes nombres: Sebastián en *No hay problema* (1961), Simón en *Cataclismo* (1965), Malabre en *Memorias del subdesarrollo* (1965), y Edmundo en *Memorias del desarrollo*. En todas ellas, la figura del intelectual adolece de una escisión interna que se expresa como ambigüedad y que afecta su relación con el entorno a manera de permanente desencuentro: con Cuba —la republicana y luego la socialista— y con Estados Unidos. En la trayectoria vital de los diversos alter egos de Desnoes, es posible leer ecos de una narrativa nacional

problematizada en la que la vida del intelectual está íntimamente vinculada al devenir de la isla en el lapso histórico que va desde los preámbulos de la revolución hasta principios del siglo XXI.

### **10.1 LAS ARMAS Y LAS LETRAS**

La primera novela de Desnoes *No hay problema*, explora las problemáticas del intelectual por insertarse en un espacio nacional con el que no se siente plenamente identificado. Publicada en pleno fervor revolucionario, esta será la primera y única novela en el que dicha inserción se logra con éxito mediante la total conversión revolucionaria del personaje. Tal desenlace aunado al estilo despojado del texto, estuvo en consonancia con los requerimientos del realismo socialista. La novela inclusive fue reeditada en la Unión Soviética con un prólogo de Biris Polevoi.

Sin embargo, más allá de su intención aleccionadora, la obra destaca por la complejidad del personaje Sebastián, quien no termina de ajustarse a una caracterización épica maniquea en el contexto intradieгético de la década del 50. Prefigura así el Malabre de *Memorias del desarrollo*. En un debate sostenido por varios escritores cubanos en 1962 sobre la novela, Virgilio Piñera advertía sobre el “aspecto político” del texto, el cual, según él, “deja bastante que desear” (5). Heberto Padilla por su parte, manifestaba rechazo hacia el protagonista, personaje que hubiese sido perfectamente prescindible (5). Lo que parecía perturbar a Padilla

era la falta de representatividad de Sebastián: “es un tipo frívolo que no puede simbolizar lo cubano. De modo que me molesta el personaje” (5).

En efecto, la ambigüedad de la obra poco contribuye a una normatización de lo cubano. Por el contrario, a manera de *buildungsroman*, *No hay problema* indaga sobre las dificultades por encontrar una identidad propiamente cubana que ponga fin a una ambivalencia identitaria desmovilizadora. Esta ambivalencia se desprende de la dicotomía: Cuba/Estados Unidos, que se replica en las antinomias clases populares/burguesía, negro/blanco, campo/ciudad y de manera todavía indirecta desarrollo/subdesarrollo.

Desnoes hace eco tanto del discurso antiyanqui de la generación del 30 como del dominante en la década del 60, sin embargo el elemento estadounidense es reconocido como parte constitutiva de la propia identidad. Es decir, Estados Unidos no resulta una alteridad ajena. La imagen emblemática que nos ofrece la novela es la de la bebida Cubalibre. Típico trago nacional, precisa de un refresco norteamericano para su preparación: La coca cola (164). Este último elemento es relacionado negativamente en la novela con la Enmienda Platt (164). La tarea épica que expone la novela supone precisamente eliminar ese ingrediente para constituir una nación plena e independiente: “Brindemos por una Cuba Libre sin Coca Cola” (164) es lo expresado por Francisco, el personaje revolucionario de la novela.

La imagen del cubalibre sin embargo, resulta apropiada para identificar al protagonista Sebastián. *No hay problema* expone los orígenes problemáticos del personaje, apuntando a lo que será el rasgo definitorio y persistente del protagonista; su dificultad por alcanzar la madurez. Ello se traduce en un

inmovilismo que le impide actuar en el medio que lo rodea. La novela plantea la búsqueda de una resolución definitiva que ponga fin a la abulia juvenil de Sebastián.

El problema existencial tiene su origen en el contradictorio linaje del protagonista. Invirtiendo los valores comúnmente atribuidos en las alegorías familiares de las novelas fundacionales latinoamericanas<sup>126</sup>, Sebastián es hijo de padre cubano blanco y madre estadounidense. Insertado en la lógica masculinista de los primeros años de la revolución cubana, es la madre quien constituye el elemento problemático. La maduración del personaje, su entrada en la adultez, el “hacerse hombre” (186) supone la necesidad simbólica del matricidio y la recuperación de la figura paterna a través de la acción política: el abrazo de la resistencia contra el régimen de Batista. La vida de Sebastián viene a constituir una teleología de filiación masculina.

Producto de una pareja culturalmente mixta, el personaje sufre desde su infancia el estigma de su especificidad familiar: “De niño lo llamaban “el hijo de la americana” Se avergonzaba entonces de su madre cuando le hablaba en inglés delante de los demás (19). La vergüenza infantil marca el inicio de una diferencialidad traumática que lo aísla de su entorno y le impide reconocerse y ser reconocido como cubano: “Un limpiabotas lo llamó y un vendedor ambulante lo confundió con un turista y trató de venderle unas maracas. Sebastián le contestó en español. El vendedor se sorprendió: “Coño, si pareces igualito a un americano”

---

<sup>126</sup> En su libro *Fundational Fictions*, Doris Sommer explora el uso de las alegorías familiares en algunas novelas canónicas latinoamericanas para la construcción y consolidación nacional.



(44). Esta diferencialidad viene impresa desde el cuerpo mismo, a manera de estigma: “Nunca se sentía cómodo en ninguna parte. Era cubano pero a menudo lo confundían con un norteamericano. Tal vez si hubiera nacido con el pelo negro y ojos negros no se sentiría tan improbable y fuera de lugar. **Todo en Cuba estaba dominado por la presencia física**”(negritas mías 21).

*No hay problema* expone las dificultades del intelectual 'americanizado' por superar una diferencialidad —metaforizada fuertemente en la esfera de lo corporal— que le impide integrarse a una nacionalidad cubana suficientemente sólida para cerrar las fisuras entre el adentro y el afuera: “el mundo exterior siempre minaba su intimidad” (19). Cubano, pero con aspecto estadounidense, Sebastián dramatiza la ambigüedad nacional a resolver. Lejos de ser el producto sintético de sus padres, o de configurar el paradigma identitario de una cubanidad mestiza, Sebastián es el fruto escindido de una pareja culturalmente irreconciliable.

La madre, cuyo apellido expresa el simbolismo del personaje, Christine Powers, vive en un país que se le hace incomprensible leyendo revistas norteamericanas y jugando bridge con sus amigas. El padre por su parte, es el gris administrador cubano de un banco estadounidense a punto de jubilarse. Aunque la pareja comparte la vida cotidiana, cada uno habita su propio universo por separado, tal como se expresa en el siguiente diálogo entre la madre y el hijo:

Yo no entiendo nada de política. Tú sabes que nunca he comprendido a los cubanos. Pregúntale a tu padre, él siempre está leyendo los periódicos...  
—Sí, y todo lo que tú sabes leer es *The Ladies' Home Journal*. Cuando vas a comprender que estás viviendo en Cuba, que tu marido y tu hijo son cubanos, mamá (18)

El aislamiento de Christine se deriva de su caracterización estereotípica como el ama de casa americana: superficial, apolítica, frívola, indiferente ante la vida nacional. La alienación de la madre, su inadaptación, se sintomatiza en ataques continuos de asma: “El asma era la protesta de su madre contra Cuba; en cuanto cruzaba la Corriente del Golfo hacia el Norte volvía a respirar sin ahogarse” (19). Christine se somete a inhalaciones constantes de sus polvos Asthmador recluida en su habitación.

El padre, Arturo, ya en los 65 y a punto de jubilarse, destaca por su pasividad, un inmovilismo que se prolonga en su propio hijo. Resulta la típica figura de la burguesía criolla intermediaria entre el capital estadounidense y la isla. En busca de un divertimento que le de sentido a sus últimos días, se dedica a coleccionar sellos y a ocuparse de las plantas. Esta última distracción sugiere cierta continuidad semántica entre el mundo vegetal y su propia vida. Así, Arturo funciona simbólicamente como la figura del padre castrado.

La relación de pareja permanece sumida en una cotidianidad abúlica, que embarga de aburrimiento a Sebastián cada vez que tiene la obligación de visitarlos. El paroxismo de esta convivencia indolente lo constituye la aparición y el desarrollo de un tumor en el vientre de Arturo que va creciendo lentamente ante la indiferencia de Christine y la desidia de él mismo. Arturo prefiere someterse a unas dudosas dietas naturistas, antes de tener que pasar por una cirugía que le extirpe el tumor. A medida que pasa el tiempo, el padre se somete a extravagantes ayunos, va adelgazando paulatinamente mientras sostiene la misma despreocupada actitud que había tenido frente al golpe de Batista en 1952. La enfermedad desatendida de

Arturo, dramatiza la extrema actitud de desidia o de miedo, concretizada en la frase que da título a la novela y que el padre repite al referirse a su enfermedad: “No hay problema” (136). Una frase que refiere un paulatino proceso anémico, una simbólica castración del cuerpo masculino como cuerpo nacional.

Los tópicos patológicos de la narración: el asma de la madre y el tumor del padre poseen una semántica contraria a la propuesta de Lezama Lima en su novela *Paradiso* (1966). En Lezama, lo 'anormal', lo patológico ilustrado en las crisis asmáticas de su protagonista Cemí, le permiten recuperar a éste una naturaleza perdida. En cuanto al tumor de su abuela Rialta, éste va generando una vitalidad: “En la satisfacción de aquella excrescencia, el organismo había tenido que destruir el desarrollo normal... Para conseguir una normalidad sustitutiva, había sido necesario crear nuevas anormalidades con las que el monstruo adherente lograra su normalidad anormal y un salud que se mantenía a base de su propia destrucción”. (*Paradiso* 372). Lezama juega con lo *disfuncional* como elemento que reúne la pulsiones de vida y muerte (Marquet 142). Y el horror de ésta última —descenso, monstruosidad patológica, ausencia, falla—; representa una hazaña transformadora que se metaforiza en la belleza verbal que elabora Lezama para referir al tumor (Marquet 142). El desvío entendido como pathos “se convierte así en el punto de partida de la metamorfosis que opera en el arte” (Marquet 142).

Por el contrario, en una semántica mucho más convencional, el tumor de Arturo y el asma de Christine delatan una inercia destructora que llevará finalmente a la muerte literal del padre. Lejos de producir una 'sobrenaturaleza' creativa, lo patológico en Desnoes se relaciona a la idea de esterilidad, de aniquilamiento

paulatino que bien podría extenderse al escenario político nacional en los años 50, años en que la narración tiene lugar.

En una visita a sus padres, Sebastián expresa preocupación ante la inminencia del fin de su mundo infantil:

las cosas estaban cambiando de sitio. En el fondo Sebastián siempre había confiado en que sus padres estarían toda la vida ahí en caso de emergencia. Ahora los dos comenzaban a disolverse. Ya eran viejos. Se veían borrosos. Sebastián sintió que su infancia daba un salto hacia el pasado. Acabaría quedándose solo (130)

El ámbito familiar se presenta agónico, no obstante Sebastián no logra articular una visión de futuro que no sea la situación de orfandad. Esta perspectiva resulta en una proyección metafórica de la nación cubana advenida en 1898, cuyo vínculo con los Estados Unidos —traducido analógicamente en el relato a través de la dictadura de Batista y de la figura materna— se hace ya insostenible. Sebastián es el vástago de un orden en extinción. En buena medida su abulia existencial supone una proyección de ese mundo familiar, cuyo modelo se agota gradualmente. De este modo, el personaje prefigura la famosa afirmación del Che Guevara sobre el pecado original de los intelectuales cubanos, de pertenecer a una época decadente, condenada al pasado.

Sebastián nace en el año de 1926 y su mayoría de edad se corresponde con la decepción democrática del segundo gobierno de Grau San Martín. En consonancia con este período, la novela relata los intentos fallidos de rebelión juvenil: negarse a asistir a la misa, declararse ateo y dejar la casa de sus padres para irse a vivir con una mulata divorciada. Estos acontecimientos provocaron pequeñísimas crisis en las

que tarde o temprano Christine terminaba amoldándose a la nueva situación del hijo, mientras Arturo permanecía indiferente.

Paralelamente a estas incursiones fútiles por romper con el ámbito familiar, la narración expresa el fracaso de la política nacional: la segunda presidencia de Grau San Martín, la de Prío Socarrás en 1948 y el último golpe de Batista. La conjunción de la experiencia personal y la nacional termina por hacer concluir a Sebastián que: “la rebeldía que animó su adolescencia quedo asfixiada. Todo era indiferencia o corrupción”. (11)

En el presente de la narración, el personaje es un periodista de 26 años que vive cómodamente en La Habana gracias a los reportajes que escribe para un periódico newyorquino durante la dictadura de Batista. Su situación profesional repite nuevamente la familiar en la misma ambivalencia: Estados Unidos y la isla. Tal disyuntiva se traduce en la ambigüedad ideológica del personaje, quien apoya discretamente a la resistencia, personificada en la figura de su amigo Francisco —futuro integrante del Movimiento 26 de Julio (M-26-7)— y no obstante, se ajusta sin demasiados escrúpulos a la cotidianidad de una dictadura respaldada por Estados Unidos. La vaguedad ideológica de Sebastián, su indiferencia, se expresa en la inercia reprochada por Francisco en el siguiente diálogo:

—[Sebastián] De acuerdo, pero yo no me engaño. Todo el mundo tiene que tragar cierta cantidad de mierda, haga lo que haga. Batista es un dictador pero yo no voy a salirme de mi camino para atacarlo. Los fanáticos son gente fracasada en su vida personal

—[Francisco] Lo que pasa es que tú no quieres hacer nada, piensas así porque no quieres moverte (38)

La inmovilidad de Sebastián se escuda en un escepticismo que remite a los orígenes de la cuestión nacional: “Yo quisiera que las cosas cambiaran en Cuba: es una herida abierta. Estoy avergonzado de mi país, no porque espere que todo sea perfecto, sino porque hay demasiadas cosas podridas” (38).

La caracterización del intelectual abúlico que veremos mucho más definido en *Memorias del subdesarrollo*, no debe su carácter simplemente a la filiación de Desnoes a la corriente existencialista propia de personajes como el Mersault de Marcel Camus en *El extranjero*. Tiene que ver sobre todo con una actitud intelectual que estuvo intrínsecamente ligada al fracaso de la experiencia republicana. La confiscación del éxito en las luchas independentistas del siglo XIX, la muerte temprana de Martí, la intervención estadounidense en 1898 en la guerra contra España, la 'república mediada' bajo la Enmienda Platt en 1902, los continuos levantamientos armados que vimos novelizados por Ramos, el golpe militar que acabó con el fervor renovador de revolución del 33, y la pérdida de legitimidad de los gobiernos de los auténticos sumidos en la total corrupción administrativa; terminaron por desembocar en lo que Rafael Rojas denomina una actitud nihilista (*Tumbas* 145). Con claros antecedentes en la tradición letrada cubana desde principios del siglo XX, la frustración republicana de los años cuarenta y cincuenta, llevó a la percepción general de la ausencia de una finalidad histórica en la isla. (*Tumbas* 74). Sebastián se adhiere a esta versión pesimista de la historia, con énfasis en la perniciosa ingerencia estadounidense:

La historia apretó demasiado a Cuba. El Maine voló cuando España estaba ya casi derrotada. Estados Unidos entró en la guerra para ayudar y terminó negándose a retirar su ejército de ocupación si los cubanos no aceptaban la

Enmienda Platt: el derecho de Washington a meterse en Cuba cada vez que le diera la gana. La madre España era cruel y el amigo traidor. La psique del cubano estalló.

Muchos cubanos se rindieron, decidieron que era mejor tener algo que nada. Decidieron dejar que los consorcios internacionales, los políticos profesionales y el ejército se hicieran cargo del país. Los cubanos reían y bailaban la conga y la rumba mientras quedaba en el fondo un sedimento de frustración, la frustración de un país sin destino (87)

En la última frase sobre la superflua alegría cubana, Sebastián reactualiza el ensayo de otro gran decepcionado de la realidad nacional: Jorge Mañach en su *Indagación al Choteo* (1928). Sin embargo, en la denuncia sobre la superficialidad indolente de la isla, Sebastián parece incluirse. Toda su narración está empapada de la conciencia de formar parte de ese conglomerado rendido, que decidió “que era mejor tener algo que nada” (87). El narrador disuelve las distancias jerárquicas de un Mañach y coloca en el centro mismo del problema, la falta de responsabilidad, de compromiso del intelectual.

La creencia en la ausencia de un telos nacional básicamente condujo a los intelectuales durante las décadas del cuarenta y cincuenta a una actitud de repliegue (Fernández Retamar “Hacia” 165). Para Rojas, expresiones como la revista *Ciclón* editada por Piñera y Rodríguez Feo, obedecieron justamente a la retirada de lo político que vivió el campo intelectual (*Tumbas* 151). En el debate sobre *No hay problema* de 1962, César Leante y Antón Arrufat resaltan precisamente la capacidad de la novela para expresar el sentido de vacío, frustración y desorientación respecto a la realidad cubana (5-6). En su ensayo “Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba” (1967), Fernández Retamar expresa que la generación entrerrevoluciones: “es una de las más asfixiadas de nuestra historia. Se abre a la vida entre los

rescaldos de la abortada revolución de 1933, cuyas frustraciones van a ser su aire cotidiano y será ya madura para cambiar cuando un grupo de jóvenes lleve a la revolución al poder en 1959” (sic, 165). Esta sensación de vacuidad —característica de los alteregos novelescos de Desnoes—, es la que va a producir la convención general de que al momento de la revolución, los intelectuales no estuvieron a la altura de los acontecimientos históricos, como sí lo estuvieron en la revolución del 33. Fernández Retamar es lapidario al respecto: “en relación con la vanguardia política, esta vanguardia intelectual quedó retrasada” (170), concluyendo que “no hubo una vanguardia intelectual a la altura de la lucha de los jóvenes revolucionarios en el 59” (171).

Esta percepción se ve confirmada en la caracterización 'culpable' del intelectual que el Che elabora en “El socialismo y el hombre en Cuba”. Siendo el producto de una sociedad prerrevolucionaria de escepticismo, de desapego, de falta de compromiso, era imposible pedirle “peras al olmo”. La utopía quedaría para una generación futura, cuya promesa decretaba la extinción de la generación anterior.

La conciencia culpable de pertenecer a un lugar de transición, intermedio, es persistente en la novela. Sebastián asiste a la decadencia de un orden familiar en el que no comparte los valores racistas y clasistas de su madre, ni tampoco cree en las bondades de trabajar para un banco norteamericano como su padre. Pero, paralelamente, se ve impedido de abrazar la lucha revolucionaria como su amigo Francisco. La primera vez que es abordado por los esbirros de Batista a causa de sus artículos críticos sobre el régimen, uno de ellos tranquilizadamente afirma:



“Quiero ahorrarle problemas. No queremos causarle ningún contratiempo. Usted no está con nosotros, pero veo que tampoco está con ellos” (92).

La indefinición de Sebastián se expresa centralmente a través de dos poderosas imágenes que sirven como correlato para leer a la isla: la Palma Real y la esculturilla del Eleguá jimagua.

La primera destaca la inconsistencia nacional, la indolencia acomodaticia del cubano que ya resaltábamos en una cita anterior:

La Palma Real: fofa por dentro e inútil. Su tronco era demasiado blando para construir nada sólido: sólo los bohíos precarios que habitaron los taínos hacía quinientos años. El palmiche sólo servía para alimentar a los cerdos. La palma era apariencia. La pulpa suave de la palma repugnaba a Sebastián. De niño había descubierto una palma derribada después de un ciclón. Hundió y volvió a hundir su cuchillo en la blanda pulpa del árbol hasta que se cansó de no encontrar resistencia. Su país era algo vacío, una convexidad. Miles de años eran necesarios para que un país se convirtiera en una realidad. Como España e Inglaterra. Hasta Estados Unidos era una pradera desierta. Cuba, un cuerpo suave, informe (71).

La imagen se inserta en una tradición eurocéntrica caribeña de figuras como Antonio Pedreira o René Marqués. Hay una valoración superlativa hispanista en desmedro de lo estadounidense, cuya máxima expresión como país ya realizado son sus “praderas desiertas”. Con ecos positivistas, la frustración nacional tiene su parangón en una naturaleza tropical primitiva que permanece relegada de la Historia Occidental —España, Inglaterra y sobre todo Estados Unidos—. Queda expresada la ausencia de finalidad histórica. “La nave al garete” aquí se traduce en la “convexidad” y la “docilidad”, en la supuesta “falta de resistencia” de la

blandura pulposa de la palma<sup>127</sup>. En *Memorias del subdesarrollo* la imagen de la palma se rearticulará como concepto: barbarie, subdesarrollo. Importa aquí destacar que ese cuerpo “suave” e “informe” —amorfo diría Lacan— está relacionado a la etapa infantil y adolescente del personaje —una suerte de prehistoria—, en la que el desarrollo supondría la ruptura futura con la madre y la asunción de una resistencia política. En otras palabras, Sebastián deberá dejar de ser “Toti” —como lo llama cariñosamente Christine— para asumirse como adulto independiente.

La imagen del Eleguá por el contrario, resulta mucho más compleja y ambigua como la naturaleza misma del personaje. Se trata de una de las deidades principales del panteón yoruba. Dueño de los caminos, este orisha es el encargado de recibir a los iniciados en la santería. En la novela, el Eleguá juega con la perspectiva eurocéntrica de la visión anterior. Sebastián y su novia estadounidense Nancy asisten a una procesión de la virgen de Regla. Allí un vendedor exhibe varios objetos relacionados con la santería. Sebastián se interesa por una estatuilla de un Eleguá jimagua:

tenía dos caras. Una blanca y la otra negra, una contra la otra. Blanco y negro como Cuba, pensó recordando las discusiones que había tenido con Norma. De repente vio su propia contradicción en la escultura. La dualidad de la Isla. Medio española medio africana. Un puente o fortaleza entre Estados Unidos y el resto de Hispanoamérica. El gallego y el negrito del teatro vernáculo. Un país primitivo en pleno siglo XX (147).

Es necesaria una lectura de este pasaje que vaya más allá de la evidente referencia al mestizaje como identidad racial armoniosa. Al reconocerse en la

---

<sup>127</sup> Este razonamiento coincide con el ensayo “El puertorriqueño dócil” (1962) del escritor René Marqués. La ‘blandura’ del ser nacional puertorriqueño estribaría en su incapacidad de rebelión. Ver nota 61.

escultura como contradicción, Sebastián problematiza una visión sincrética, resolutoria de las diferencias (lo blanco y lo negro). Mientras la imagen del puente afirma la visión oficial conectora, conciliadora; la imagen de la fortaleza tiene un tono agresivo, la rigidez y la impenetrabilidad que estaba ausente en la imagen de la palma. Desaparece el elemento indígena y aparece otro mucho más inmediato y real: lo negro<sup>128</sup>. Lo español que se menciona parece desplazarse en la frase siguiente hacia los Estados Unidos como significante de lo blanco. La ambigüedad del párrafo, como las dos caras del Eleguá, parece debatirse entre la conjunción de una cara y la otra o; por el contrario, una cara *contra* la otra. Sebastián aclara a Nancy que la ornamentación en la cabeza del Eleguá no son plumas sino hojas de acero afiladas en la cabeza. Queda enfatizado así el carácter bélico de la dualidad. Un carácter que Nancy intuitivamente rechaza por feo, monstruoso y macabro: “Yo no sé, trato de entenderte, pero estas cosas me hacen sentir incómoda” (147).

La imagen ambivalente del Eleguá refiere por un lado la idea peyorativa de una nación anacrónica: “un país primitivo en pleno siglo XX”, pero por el otro, conlleva un potencial subversivo por la ansiedad que produce su agresivo hermetismo ante una racionalidad occidental. El Eleguá es para Sebastián todo lo contrario de lo que representa Nancy con su “ropa interior de nylon” y su “sonrisa Colgate” (147). Interesa resaltar no sólo el carácter combativo liberador del Eleguá como imagen épica, sino también su fijeza en una conflictividad irresuelta. En esa contradicción entre el Eleguá y el Colgate, entre Cuba y Estados Unidos, entre lo

---

<sup>128</sup> En un episodio anterior sin embargo, los ritos de santería aparecen peyorativamente interpretados. Esta contradicción se debe a las oscilaciones características de la novela.

negro y lo blanco permanece atrapado Sebastián sin poder tomar posición por una de las dos caras. La riqueza semántica de la ambigüedad adquiere más bien una connotación negativa al impedir la movilidad, el desarrollo del personaje.

Sebastián, más que un 'outsider' representa, una figura a medio camino entre polaridades: no está afuera, pero tampoco está del todo adentro. Se debate entre el puente y la fortaleza. Esa perspectiva se repite en términos de clase. A medio camino entre su amigo de clase alta Luis Reyes y su amigo proletario Francisco Rueda, su intento por mediar entre ambos mundos, resulta un fiasco. En un encuentro arreglado por él entre ambos personajes con la finalidad de vincular al primero con la resistencia, no se produce ningún resultado. Luis, es el hijo de hacendados que nunca pudo despegar por sí mismo. Obeso, con un hambre permanente que metaforiza su vacuidad existencial, rechaza el mundo del ingenio familiar. Encerrado en fantasías sobre proyectos que nunca lleva a cabo y con una conciencia bastante crítica sobre la frivolidad de su mundo social, intenta participar indirectamente de la lucha antibatistiana sin éxito. En resumidas cuentas es un inútil. Por el contrario, Francisco es el hijo de una familia de trabajadores tabacaleros. Opera activamente en la clandestinidad para derrocar el régimen de Batista. Mientras Francisco ve cierto potencial en Sebastián, rechaza de plano cualquier alianza con la clase alta que Luis representa.

A pesar de la simpatía de Francisco con Sebastián, Luis constituye el lado oligárquico del protagonista. En una de sus febriles fantasías, Luis adquiere un caballo de carreras a espaldas de su familia: “Me compré un caballo de carreras...Hace un mes que corre todos los domingos en el hipódromo de Marianao.

Siempre llega en segundo lugar. Ha pasado ya tres veces. Si llegara el último no me sentiría tan nervioso...Pero siempre llega segundo” (201)

Esta suerte de 'entrelugar' que no alcanza ninguna definición tiene su correspondencia en las relaciones amorosas de Sebastián. Éstas alternativamente se mueven en la misma disyuntiva cultural de su familia. La primera la establece con la ex empleada doméstica de sus padres. Estereotipo de la mulata sexualizada cubana, la relación con Norma supone una forma de rebeldía del protagonista ante su madre, quien está horrorizada con la posible la unión de su único hijo con una mulata pobre y analfabeta. La relación entre Norma y Francisco sin embargo, permanece en los límites de lo sexual y la conveniencia monetaria, prefigurando así, la relación entre Malabre y Elena en *Memorias del subdesarrollo*. Claramente distanciados por diferencias de clase y raciales, la relación se mueve en un terreno ambiguo que roza con la prostitución. Es claro que no hay mayor compenetración afectiva. Hasta la idea peregrina de casarse con Norma, aparece banalizada y es rápidamente rechazada por ella. La relación acaba abruptamente con la intervención grotesca de otro amante de Norma —del que ella parece sí, enamorada— que ofrece pragmáticamente a Sebastián compartirla, pagando cada uno a partes más o menos iguales los gastos que ella demanda. En uno de los últimos episodios, Norma aparentando arrepentimiento, pide a Sebastián que la ayude a salir del país ante la supuesta inminencia de perder sus pocas posesiones por causa de la revolución. A pesar de la buena voluntad de Sebastián, el viaje a Florida es imposible: Norma no posee documentos y al intentar obtener el pasaporte, el proceso se interrumpe porque no puede estampar su firma. La barrera

escritural no sólo expone la posición marginal de Norma al interior social, sino que supone la impenetrabilidad entre los mundos de Sebastián y ella. A diferencia del género del testimonio, aquí la posición intermediaria del letrado es imposible. Norma permanece en la isla y Sebastián sale del país a reunirse con su segunda novia, Nancy.

Si el rompimiento con Norma expresa la imposibilidad del protagonista de interconexión con el típico “sujeto pueblo”, su también fallida relación posterior con la estadounidense Nancy, expresa la misma incapacidad de establecer alianzas con un presumible sujeto hegemónico:

Nancy respiraba fuerte, pero con un ritmo inalterable. De repente se transformó en un cuerpo extraño, en un objeto que respiraba a su lado. Trató de pensar en ella y encontró que era una extraña. Su tibieza era agradable pero estaba convencido de que nunca se fundirían en un solo cuerpo. Eran dos cuerpos separados, unidos sólo por las circunstancias (145).

Aquí se repite el sentido de la impenetrabilidad —la muralla del Eleguá— ya no a nivel escritural, sino corporal. Nancy simboliza el regreso a la madre después del fracaso amoroso con Norma. Nancy reúne las características de Cristhine: consumista, frívola, narcisista y totalmente desinteresada por la política. Hija del rico accionista de una revista newyorquina, también ella trata de rebelarse inútilmente. Sus actos se pierden en la inmovilidad. En un viaje a Cuba conoce a Sebastián y deciden vivir juntos. Nancy, como Christine, difícilmente se adapta a la isla. En el referido episodio de la procesión de la virgen de Regla el desencuentro con la multitud es brutal:

Nancy se concentró, trató de abandonarse como Sebastián le sugirió para que la música se apoderara de su cuerpo, pero nada ocurrió. No podía dejarse llevar; la gente tropezaba con ella. Mal aliento y sudor se alzaban con el más

ligero cambio del aire. “This is terrible” se dijo con el rostro goteado de sudor (148)

El tópico de lo corporal, “lo físico” según el narrador, que causaba una diferencialidad insalvable entre Sebastián y su entorno, se repite en Nancy, quien apela a un imaginario 'tropicalista' en el que la isla adquiere un tamiz corporalmente grotesco, contrario a la asepsia “civilizada” de lo blanco, el nylon y el Colgate que ella representa al interior del mismo Sebastián:

Nancy quería que Sebastián pensara en ella, estaba cansada y todo el contorno estaba sucio y le parecía peligroso.

—[Sebastián] Bueno, esta es mi gente; mi abuela era negra. Ella creía en Yemanyá.

—[Nancy] Vamos, no seas ridículo. Tu no tienes nada en común con esta gente...Son salvajes. Tú pareces más yanqui que yo (149)

El hallazgo liberador de una identidad nacional cubana a la cual abrazarse no se da entonces a través de sus relaciones de pareja, sino por la acción política. Se trata de una toma de conciencia revolucionaria que está íntimamente relacionada con una reconexión con esa esfera de lo corporal, con lo “físico” cubano. El propio cuerpo, antes obstáculo insalvable, borrarán los estigmas que producían el desencuentro. Ese cuerpo infantil blando y amorfo sufre el disciplinamiento de la tortura del régimen de Batista.

Sebastián, de manera casi inconsciente, termina colaborando con Francisco al guardarle algunas armas en su casa. Arrestado y golpeado por la policía es conducido a una celda mientras requiere inútilmente comunicarse con sus padres: “No, usted no necesita familia para nada. Ya eres mayor de edad, chico. No puedes llamar a nadie...” (184). Es el inicio de la ruptura con los lazos familiares. Su reclusión se interpreta como un proceso de iniciación a la adultez: “Era la primera

vez que veía hombres enjaulados. En el zoológico siempre había tratado de ponerse en lugar de los animales. Ya no hacía falta. **Se estaba haciendo hombre**” (negritas mías, 186). El segundo día, Sebastián es conducido a lo profundo del río Almendares. Allí es sometido a un simulacro de ahogamiento con el fin de que se doblegue. No cede. Cuatro horas más tarde, con el cuerpo golpeado, sucio, con cucarachas, envuelto en sus propios orines y vómitos, Sebastián descubre una fortaleza interior inusitada:

Estaba sucio y humillado pero no recordaba haber cedido. “Nadar sabe mi llama el agua fría”, murmuró Sebastián. Quizá no era tan débil como siempre creyó. **Habían tratarlo de humillarlo físicamente y en lugar de odiar a su cuerpo lo sentía más cerca de sí mismo que nunca.** Contrajo los músculos. Pensó en su madre y en su padre y los sintió más distantes que nunca (negritas mías, 190-191).

El pecado original del intelectual, que se sintomatizaba como escisión interna, desencuentro con el entorno a través del propio cuerpo aburguesado, 'norteamericanizado', logra su purificación con la imagen del cuerpo mortificado por la tortura. Sebastián recuerda unos versos de Quevedo: “serán ceniza, más tendrá sentido...polvo serán, más polvo enamorado” (191). Esta dimensión corporal a la que el narrador se conecta con una tradición barroca resulta llamativa si se piensa en el manifiesto rechazo que Desnoes ha expresado continuamente sobre esa estética, oponiéndole la de un pulcro realismo. Generalmente se ha relacionado la actitud antibarroca temprana de Desnoes con el aspecto estilístico de sus novelas, mucho más cercanas a la precisión y transparencia de un Hemingway. Heberto Padilla llegó a mencionar incluso; en el debate de 1962 sostenido por varios escritores cubanos sobre la novela, que el uso del lenguaje en la primera novela de



Desnoes estaba más asociado a la lengua inglesa que al castellano (5) y aunque consideraba esto un mérito, criticaba una cierta emulación de la mirada estadounidense para reflejar una realidad periférica (5). Bajo esta perspectiva, el desplazamiento estético hacia una tradición barroca podría interpretarse como la recuperación de un imaginario sobre la precariedad corporal que entrañaría una maduración —nacionalista— del escritor.<sup>129</sup>

El episodio de la tortura sin embargo, no culmina el rito de pasaje. Éste se produce con un reencuentro con la figura paterna, que es paralelo al rompimiento de su relación con Nancy. Al ser liberado, la policía le da un plazo de 48 horas para abandonar el país. Exiliado Sebastián, él y Nancy viven en una casa de veraneo en Miami, propiedad de los padres de ella. Allí, los días transcurren en la apacible indolencia del shopping, los baños en la playa, las lecturas desordenadas del *New York Times*, las fútiles conversaciones de pareja, la somnolencia después del almuerzo. “Aquí no pasa nada” refiere Sebastián, recordándole al lector la cotidianidad familiar entre Christine y Arturo. La vida se les pasa vegetando la “superabundancia del capitalismo yanqui” en ese país donde “todo está hecho” (217). No obstante en su interior, Sebastián empieza a impacientarse con esa pasividad, probablemente más tolerable si hubiese ocurrido antes del episodio de su encarcelación: “Aquí no vivo”, murmuró, “aquí me siento impotente. Me sacaron de Cuba para castrarme” (217) y agrega más adelante

---

<sup>129</sup> Contradictoriamente, en una entrevista del 2003, Desnoes aclara que la intención en un ensayo temprano de crítica a Hemingway fue la de un reclamo adolescente por su derecho a expresar su propia visión de la isla y de obtener su lugar como escritor. Criticar al escritor estadounidense suponía un distanciamiento como forma de independencia (en Camacho). En todo caso, es claro que el apego/desapego por Hemingway está intrínsecamente relacionado a los tópicos de juventud/madurez de Desnoes como escritor.

Me he castrado voluntariamente pensando que nada podía cambiar, defendiendo mi libertad individual por encima de todo, libertad que no es otra cosa que aislamiento y soledad. ¿Qué libertad tengo yo aquí? La libertad de vivir encerrado en mis problemas personales, la libertad de poder decir unas cuantas boberías que no afectan a nadie. La libertad de pensar que todo esto es una mierda y no poder cambiar nada (218)

La castración existencial está intrínsecamente ligada a la ausencia del ejercicio político en Estados Unidos. Es ésta, de todas las críticas, la diferenciación medular que la novela establece entre ambos países. Es el apolitismo lo que representan tanto Christine como Nancy, en una concepción claramente sexista de la política. Nancy de hecho, no duda en afirmar frívolamente que: “la política está pasada de moda. Es idiota dejarse engañar por los políticos. Hace veinte años que nadie se preocupa por eso en Estados Unidos” (218).

La ruptura definitiva con Estados Unidos se da con el telegrama de la muerte de Arturo. Como en una suerte de epifanía, Sebastián decide súbitamente regresar a la isla sin importarle las advertencias de los esbirros de Batista. Se trata del momento culminante, la toma de decisión pospuesta a lo largo de la novela: “Tengo que hacer algo ahora. Ahora es cuando lo veo todo claro...después todo me parecerá estúpido e insensato de nuevo. No puedo ser dos cosas. No puedo seguir siendo dos personas al mismo tiempo. Tengo que ser una cosa o la otra” (220). Y para reafirmar su diferencia radical y definitiva frente a Estados Unidos, recupera la figura del padre como una forma de agenciamiento: “Yo hablo español. No comprendes que mi padre está muerto. Hablaba español como un cubano cualquiera. Trabajaba en un banco, pero hablaba como la gente de la calle” (221). La adquisición de una virilidad vía la recuperación simbólica del padre marca la

ruptura definitiva con Nancy —quien rechaza cualquier posibilidad de volver a la isla— y supone el comienzo de una narrativa épica propiamente cubana en la que el intelectual supera finalmente el pecado original y se integra de lleno a la política.

## 10.2 LAS DUDAS Y LAS LETRAS

*No hay problema* resuelve el conflicto existencial entre la indiferencia y el compromiso político con la vuelta del personaje a La Habana. En la última escena Sebastián toma el avión que lo llevaría de regreso. Pero *Memorias del subdesarrollo* (1965)<sup>130</sup> abre con el desplazamiento contrario: los familiares del protagonista —esposa incluida—, se embarcan en el aeropuerto de la capital para huir a Miami en 1961. En el caso anterior, el personaje tomaba una posición política clara que se expresaba con el abandono de su mundo afectivo. En *Memorias* sucede a la inversa, la familia es la que toma una decisión —la del exilio— y abandona al protagonista:

Todos los que me querían y estuvieron jodiendo hasta el último minuto se han ido ya. Primero tuve deseos de salir corriendo en cuanto besé a la vieja —Laura no quiso ni siquiera darme la mano—, pero luego decidí subir a la terraza y quedarme hasta el final. El avión se arrastró torpemente y rugió por la pista; después se perdió en el silencio por el aire (21).

Con el exilio de los padres y esposa, el mundo familiar de Malabre prácticamente desaparece de la novela. Estamos ante un intelectual que es ahora, la versión madura del Sebastián de *No hay problema*. Con 39 años, expropietario de una mueblería y de varios apartamentos en alquiler, le toca adaptarse al período

---

<sup>130</sup> La novela fue exitosamente adaptada al cine en 1968 por Tomás Gutiérrez Alea.

político que media entre la batalla de Playa Girón y el desenlace inmediato de la crisis de octubre (1961-1962). Narrada la novela en primera persona, a medio camino entre el diario y el cuaderno de notas, el texto expresa recurrentemente la incapacidad de Malabre, un escritor fracasado, para integrarse al entorno. El ambiente de la isla ha pasado de la atmósfera opresiva de la dictadura batistiana, al fervor de los primeros años de revolución cubana. *Memorias del subdesarrollo* vuelve entonces sobre el problema de la inmovilidad dubitativa, que parecía resuelta a través del 'crecimiento' del protagonista de *No hay problema*. Malabre se debate en una ambivalencia expresada más conceptualmente que en la anterior novela: desarrollo/subdesarrollo. Estados Unidos aquí resulta más bien una alteridad abstracta: civilización, colonialismo, desarrollo. Salimos del ámbito familiar de la novela anterior para entrar en uno más ideologizado, propio de los espacios de discusión política de la izquierda de los años sesenta.

La narración refiere un foro sobre la novela contemporánea en el que participaron varios intelectuales en La Habana, incluido el escritor Edmundo Desnoes. En un juego intratextual, *Memorias* se propondría como un ponente más de la discusión aportando una reflexión propia sobre el tema. Sin embargo, la obra excede el universo ideológico de los sesenta articulado por pensadores como Sartre, Fanon y Wright Mills, para incluir, como lo ha señalado Rojas, planteamientos anteriores provenientes “de la tradición intelectual ilustrada, liberal, positivista, eugenésica que desde Europa, había identificado el mundo latinoamericano con la barbarie” (“Anatomía” 49). Es claro que por más diversas que estas corrientes

parezcan, comparten una visión teleológica de la historia en las que la utopía necesariamente pasa por la “superación” de un orden presente.

Malabre resulta tanto un sujeto hegemónico —la autoridad intelectual que le confiere la letra— como la víctima de una concepción temporal en la que permanece escindido entre su inmediato devenir y una realización utópica que está reservada para una generación futura. Malabre ilustraría aquella “generación actual, dislocada por sus conflictos” que para el Che jamás podría constituir el hombre nuevo. Es por tanto una espécimen raro, un género en vías de extinción.

Hay una evidente y admitida referencialidad de esta novela con las *Memorias del subsuelo* (1864) de Fedor Dostoievski que nos remite a la problemática de la concepción teleológica de la historia. En ella, el escritor ruso elaboró una crítica a lo que Giorgio Agamben hubiese tildado como el tiempo “homogéneo, rectilíneo y vacío” de la historia. (140). El protagonista ruso es un amargado cuarentón burócrata ya retirado que escribe varios apuntes desde el aislamiento de su habitación —su “ratonera” —. Esta voz en primera persona pone en cuestión dos tópicos contrapuestos: la libertad —que él expresa como voluntad y deseo— y la civilización. Esta última es desmistificada:

¿Han observado ustedes que los sanguinarios más terribles han sido siempre señores supercivilizados, y que junto a ellos todos los Atilas y todos los Stengka Rasin harían un triste papel? Que esos señores tengan menos notoriedad se debe a que los vemos con más frecuencia y nos hemos acostumbrado a ellos. Desde luego, la civilización no ha hecho al hombre más sanguinario, pero sí más vil, más cobardemente sanguinario. Tiempo atrás el hombre se consideraba con derecho a derramar sangre y, con la conciencia perfectamente tranquila, suprimía a quien se le antojaba. Hoy, aún considerando que el derramamiento de sangre es una mala acción, seguimos matando, e incluso matamos con más frecuencia que antes, ¿es esto mejor? (9)

La crítica de la violencia en la sociedad moderna lleva al narrador a desvalorizar aquellas “deducciones abstractas” (7) relacionadas con la ascensión del discurso científico —“las reglas de la razón y la ciencia”— que garantizarían la marcha histórica progresiva hacia la felicidad humana. Tal como refiere Agamben: “El modelo desde la mecánica moderna recupera el concepto rectilíneo del tiempo sin la finalidad de salvación que caracteriza al cristianismo, y desde el modelo de las ciencias naturales se incorpora la idea de progreso y desarrollo, de evolución, que orientan la mirada hacia un proceso cronológico” (140). Para desvirtuar esta direccionalidad del progreso y del desarrollo, el hombre del subsuelo refiere dos hechos históricos catastróficos: las guerras napoleónicas y la de Secesión norteamericana. Ambas contradirían la visión 'civilizada' de la historia de Occidente. De acuerdo con el probable alter ego del mismo Dostoievski, la ciencia eludía el problema sobre la voluntad independiente, entendida en un sentido amplio como capricho, fantasía, deseo. Ésta iría tarde o temprano contra los dictados de la razón. El hombre del subsuelo resume que “la acción libre es la voluntad que puede elegir vivir fuera de la racionalidad. La mayor imprudencia y torpeza consume al hombre con el solo propósito de demostrarse que es el sujeto que se autodetermina y no la proyección de una legalidad superior de la naturaleza” (11). El asunto de la compleja relación entre la libertad y la llamada 'civilización' —que para el personaje de Dostoievski venía normatizada por las ciencias naturales—, supone también una de las problemáticas centrales de *Memorias del subdesarrollo*. Una problemática que se complica al agregar la perspectiva periférica en pleno siglo XX.

Estados Unidos hoy, vendría a resultar el epítome de la “libertad” moderna entendida como un valor individual y burgués, cuyo correlato sin embargo, es la beligerancia —esa civilización sanguinaria— que supone este ideal en el marco del “libre” mercado. Carl Schmitt elabora una comprensión acerca de Estados Unidos como nuevo locus del eurocentrismo. Al desplazar el “nomos” europeo —una concepción espacial de poder originario basada en un principio fundamental de división del espacio terrestre—, “los Estados Unidos de América se ha sentido, desde el principio, precisamente como portadores de la civilización europea” (373). Su reivindicación “histórico-universal” “de ser la Europa nueva y verdadera”<sup>131</sup> (380) nos permite trazar una continuidad histórica entre la historia eurocentrista y la hegemonía de Estados Unidos<sup>132</sup>. De allí la confluencia de un sentimiento tanto antiamericano como antioccidental —aunque no siempre sean coincidentes— en el discurso revolucionario.

Como parte de este discurso antiimperialista, desde la Cuba revolucionaria se van a cuestionar los valores de esa pretendida idea de “libertad” vista más como una suerte de enajenación del colectivo social. Los primeros años de la revolución dieron lugar a intensos debates acerca del papel de la libertad creativa en la nueva sociedad que se escenificaron en una variedad de grupos y publicaciones como por

---

<sup>131</sup> Al respecto Smitt resalta la interesante paradoja, presente ya, en la fundación de la conciencia americana: “Es extraño que la fórmula del hemisferio occidental tuviera presente, como adversario suyo, precisamente a Europa, al viejo Occidente. No estaba dirigida contra la vieja Asia o África, sino contra el viejo Oeste. El nuevo Oeste reclama ser el verdadero Oeste, el verdadero Occidente, la verdadera Europa. El nuevo Oeste, América, quiere desplazar al antiguo Oeste, Europa, de su antiguo asentamiento histórico-universal, del antiguo centro del mundo. **El Occidente, con todo lo que formaba parte de él en el sentido moral, cultural y político de la palabra, no era eliminado o destruido, y ni siquiera destronado, simplemente desplazado** (...) La vieja Europa era colocada, lo mismo que la vieja Asia y África, del lado del pasado” (378).

<sup>132</sup> Smitt diferencia valorativamente, sin embargo, entre un nomos eurocéntrico basado en un equilibrio entre potencias terrestres y, un nomos roto, el de la hegemonía única estadounidense: “La práctica del derecho público europeo trataba de abordar los conflictos en el marco de un sistema de equilibrio; ahora, en cambio, son universalizados en nombre de la unidad del mundo” (405).

ejemplo, las revistas *Lunes*, *Ciclón* y *Verde Olivo*. La paulatina centralización de las políticas culturales llevó a la percepción señalada por Jean Franco en el sentido de que la valoración de la 'libertad' parecía subsumida a la de la 'responsabilidad' (34). Tanto el famoso discurso a los intelectuales de Fidel Castro en 1961 como el artículo de Guevara "El socialismo y el hombre en Cuba", fueron lo suficientemente ambiguos respecto al tema de la libertad creativa como para perpetuar la discusión. Aunque el artículo del Che desechaba la opción soviética de la rigidez del realismo socialista, advertía sin embargo, sobre el concepto de fuga tras la palabra libertad. Ésta venía siendo para él, el "reflejo del idealismo burgués en la conciencia". Hacia 1967, Roberto Fernández Retamar se ocupa de perpetuar la ambigüedad del Che, aunque resulta más crítico de aquellas tendencias 'vanguardistas' que ve estrechamente conectadas a las crisis capitalistas del mundo europeo (177). El antidogmatismo declaraba, era la contrapartida del dogmatismo ya que: "se justifica su vigilante presencia en la medida en que, efectivamente, el dogmatismo amenaza. **Pero bajo su máscara simpática puede encubrirse quien prefiera decir que está combatiendo al dogmatismo para no decir, abiertamente, que es a la revolución a la que combate**" (negritas mías, 178). Pero quien sin duda, tiene la visión más lapidaria es Mario Benedetti que asocia el tema de la rebeldía a una libertad creativa negativa: "Quienes escriben literatura subversiva dentro del mundo capitalista, en su mayoría dan por sentado que, una vez subvertido ese orden y reemplazado por el revolucionario, su misión de subversión estará cumplida. Continuar tratando de subvertir un orden que entonces sería socialista, significaría sencillamente pasar a militar en la contrarrevolución. Es una regla de mínima



coherencia: sólo los engañadores profesionales pueden no entenderlo" (en Peavler 130)

En realidad, la diferencia entre libertad y subversión no era tan clara como la veía el poeta uruguayo. Quizá a ello se deba la ambigüedad con la que el tema aparece en *Memorias*. La libertad era a menudo identificada con el mundo burgués, aquella que el personaje Sebastián en *No hay problema* define como "La libertad de vivir encerrado en mis problemas personales" o "la libertad de pensar que todo esto es una mierda y no poder cambiar nada" (218). La novela expresa la tensión constante entre esa libertad —llena también de una visión trágica existencialista— y la responsabilidad política, identificada con el régimen comunista de la isla: Malabre no puede o no logra renunciar a sus deseos individuales para unirse al colectivismo supuestamente emancipador. Se resiste, para usar una imagen de Dostoievski, a ser una simple tecla del piano:

Ya no puedo ser, no soy el mismo. Mis posibilidades se han reducido al mínimo. Ya no puedo viajar ni escoger el auto que quiero comprar o la revista que me gustaría leer. No hay variedad burguesa para unos cuantos; hay sólo chata igualdad socialista para todos. No tengo futuro; el futuro lo planifica el Estado (91)

Atrapado en el tiempo escindido de la historia, Malabre ni siquiera cree que una conversión revolucionaria sea posible: "he visto demasiado para ser inocente" (125). De allí la crítica intertextual que el personaje elabora sobre la primera novela de Desnoes: "El argumento es infantil: un cubanito desarraigado —con pretensiones existencialistas—, después de fracasar en sus relaciones con una criadita y con una norteamericana rica, decide integrarse a la vida cubana. Nadie se integra; el hombre es, será siempre un desarraigado" (83).

Malabre conjetura que la integración de Sebastián responde al mismo oportunismo de su autor —Edmundo Desnoes— quien se adhiere a una posición oficialista. Al acudir a la mesa redonda de escritores antes mencionada, Malabre procede a criticar la actitud de Desnoes en una lógica totalmente contraria a la de Benedetti:

estábamos juntos bajo el mismo techo, él arriba en la tarima y yo abajo entre el auditorio, pero había un abismo entre nosotros. La gente que tiene cargos y puestos importantes y sale en los periódicos todos los días, no tiene nada que ver conmigo (...) Debió mantenerse fiel a sus ideas. Seguir siendo lo que era cuando lo conocí. La gente envejece y se malea. Nunca creí que fuera un oportunista (88)

Más adelante continúa: “El artista, el verdadero artista —tú lo sabes, Eddy—, siempre será un enemigo del Estado. En eso también aspira al comunismo” (84). La no muy velada envidia del personaje Malabre hacia el escritor —su autor— relativiza su criterio sobre la necesidad de distanciamiento entre el intelectual y el Estado y, obviamente, le asegura al autor Desnoes la suficiente distancia para salvar su posición. Más que un asunto de rebeldía, la historia personal de Malabre parece decirnos que se trata de una burguesía nacional cobarde que nunca optó por comprometerse con una posición política. Sin embargo, la ambigüedad permanece y, a la luz de la referencia a la obra de Dostoievski uno podría entrever cierto escepticismo ante las premisas teleológicas del socialismo, sobre todo, en relación a aquellos aspectos originados de una pretensión científicista. Aspectos que, desde una vertiente del marxismo leninismo tendieron a despremiar ciertas libertades civiles y formales conquistadas por la democracia en el proceso de formación del mercado capitalista. Para Claude Lefort ciertamente, “La expansión del marxismo

(...) caminó durante mucho tiempo hombro a hombro con una depreciación del derecho en general y la vehemente condenación, irónica o 'científica' de la noción burguesa de los derechos del hombre". (38).

\*\*\*

Ahora bien, si la lógica teleológica emancipadora entre *No hay problema* y *Memorias* parece confirmarse con la madurez del personaje y el paso de las imágenes familiares a la más abstractas de las ideologías, ésta lógica se ve interrumpida por el 'regreso' del protagonista a un estado de aislamiento e indefinición que parecía superado por el activismo político. Este aparente retroceso se avendría a la idea del hombre del subsuelo de concebir a la conciencia como una antinomia del instinto vital, pensado como instinto político en *No hay problema*. ¿Qué pudo haber provocado este desvío después de la resolución épica de la primera novela?

Entre *No hay problema* y *Memorias*, media otra obra menor intitulada *El cataclismo* (1965). En ella el autor intentó retratar la sociedad cubana en su totalidad en el período que va desde julio de 1960 hasta los combates en Playa Girón en abril de 1961. A través de una óptica totalizadora, el narrador se pasea entre diversos estratos sociales y sus diferentes reacciones ante acontecimientos históricos como la reforma agraria y la urbana. Entre la miríada de personajes, se halla el burócrata Simón, en quien reconocemos un esbozo del anterior Sebastián. Aunque posteriormente Desnoes admitiría el carácter epidérmico y retórico de ésta y su primera novela (en Jaimes 113), sin duda alguna es *El cataclismo*, la obra que más

vívidamente expresa el fracaso literario de Desnoes con el realismo socialista<sup>133</sup>. Consciente de ello, Desnoes llegará a asegurar que su intención inicial era mostrar una visión colectiva, pero que luego descubrió que “la subjetividad es la única objetividad” (en Jaimes 113). En realidad, como ya hemos visto, el asunto de una perspectiva subjetiva ya había aparecido en *No hay problema*, aunque tamizado por una narrativa colectivista esgrimida por un narrador en tercera persona. Ahora bien, el fracaso por articular una narrativa totalizadora pareció redundar nuevamente en el quiebre entre una subjetividad intelectual y una esfera colectiva, como si el punto de compenetración logrado en aquella primera novela se deshiciese. Con *Memorias* se produce un repliegue hacia una libertad estética individual que de alguna manera replica la situación del personaje.

El simbolismo del título de *El cataclismo* para referirse a la revolución como un gran evento que trastornó la vida nacional queda desplazado semánticamente en *Memorias* del subdesarrollo hacia la 'catástrofe'. Mientras ambas palabras se refieren un cambio violento, la segunda pone su énfasis en el aspecto destructivo y de desgracia (DRAE). Tal movimiento semántico anuncia un cambio de tono en lo que habían sido hasta entonces narrativas épicas. La versión inglesa de la novela de 1967, *Inconsolable Memories* apunta todavía más directamente a esta visión catastrófica en su propio título. Este nombre se deriva de una frase de *Hiroshima, mon amour* que queda “clavada en el cerebro” (44) del protagonista al ver el filme de Alain Resnais. La frase refiere una memoria que se expresa en las imágenes de

---

<sup>133</sup> Curiosamente, el autor asegura que ésta fue su novela más trabajada y la menos lograda (en Santí 361 ).

“las víctimas achicharradas y paralizadas por la bomba atómica” (44) de Hiroshima y Nagasaki, que Malabre difícilmente tolera mirar en la pantalla.

Las terribles imágenes remiten aquí, como la del Eleguá bifronte de *No hay problema*, a la ambigüedad que atraviesa toda esta novela y que define nuevamente al personaje. Como ya ha sido señalado hasta el cansancio, la obra expresa las dificultades del intelectual burgués por adaptarse a las nuevas condiciones históricas derivadas de la revolución. Atrapado en una situación intermedia, transitoria, Malabre se debate entre los dos mundos. Desnoes mejor que nadie expresó esta sensación de ambivalencia sobre sí mismo:

Estoy rajado por muchas partes: por el choque del inolvidable pasado y el presente intenso; por la firme conciencia revolucionaria, de un socialismo "con todos y para el bien de todos", y mi vida insignificante, presente, llena de zozobra ante lo nuevo que hacemos para el futuro. Somos siempre dos. El que lo entiende todo, lo justifica todo con en el análisis frío de la implacable historia, desde arriba, —en teoría— y el pobre yo que sólo tiene su vida individual en medio del caos sorprendente y contradictorio de la revolución (en Santí "Edmundo" 363)

Me interesa la visión de esta ambivalencia —pasado/futuro, individuo/sociedad, historia/Historia y finalmente subdesarrollo/desarrollo— como “rajadura” porque implica, como la catástrofe, una noción dolorosa. La ambivalencia resulta vivida como una herida, una hendidura casi carnal a manera de los cuerpos mutilados por la bomba atómica. En términos históricos, el pináculo de este enfrentamiento entre las polaridades mencionadas la constituiría justamente la inscripción de Estados Unidos en Hiroshima y Nagasaki como la nueva 'civilización'

hegemónica a nivel mundial<sup>134</sup>. Estados Unidos se inserta así en esa 'civilización' sanguinaria que denunciaba Dostoievski en el siglo XIX.

Resulta sugestivo pensar la ambigüedad de la novela en relación a la semántica doble que entrañan las imágenes de los cuerpos mutilados. Éstas conforman las dos lecturas contrapuestas que sostienen la tensión de la novela. Por un lado, asistimos a la visión de Malabre como sujeto individual, como sujeto burgués. Aquí, a diferencia del proceso descrito por Lacan en su estadio del espejo, el cuerpo no encuentra su propia unidad a través de la imagen del otro. Por otro lado, habría una perspectiva más integradora de estas heridas o rajaduras, que se conecta con el potencial emancipador que Benjamin veía en las ruinas la historia. En lo que sigue intentaré ahondar en ambas visiones.

\*\*\*

En *No hay problema* el aislamiento de Sebastián se reflejaba en el rechazo a la esfera corporal, a lo 'físico' de Cuba. Actitud que venía asociada a ciertas patologías y excesos identificados negativamente con el estado de la isla: el tumor del padre, el asma de la madre, los malos olores, el sudor de las masas en la procesión de Regla y la obesidad de Luis. *Memorias* repite esta valoración de lo corporal para expresar el desencuentro de Malabre con sus semejantes. En un episodio que rememora otro similar en la primera novela, el protagonista se ve obligado a pasar la noche en la cárcel por causa de una acusación de abuso sexual a una menor. A diferencia de la epifanía de Sebastián, la experiencia traumática de la reclusión

---

<sup>134</sup> La intencionalidad simbólica de estos acontecimientos por parte de Estados Unidos se refuerza ante el hecho de que militarmente la guerra ya estaba decidida a su favor, al momento de los bombardeos.

exacerba el rechazo hacia el propio cuerpo y el de los demás: “Deseaba salir corriendo de la celda y de la estación. Estaba fatigado de tener tanta gente alrededor de mí. No podía relajarme. Sudor y orines y humedad y mierda y halitosis. Todo era pegajoso e incómodo. Estaba desesperado por encontrarme solo, solo” (121). Malabre ahonda en esa experiencia carcelaria “me sentía desnudo, expuesto a una manera de pensar y actuar que para mí era totalmente ajena” (120) o bien “seguro que si me veían muy limpio les entraban ideas en la cabeza y entonces el violado sería yo” (120). La mirada ajena parece a menudo agredir al protagonista. En otro momento comenta: “La mirada del otro puede cambiarle la vida por completo a uno. Y convertir todos los días en mera pose; en el acto que uno escenifica para los demás. Eso es lo que ha sido mi vida hasta que se fueron y me dejaron solo” (40). Pero si en la Cuba capitalista la mirada externa conllevaba la pose, o cierto encubrimiento esnobista, en la Cuba revolucionaria ésta revela una naturaleza oculta. En el juego de perspectivas que propone la obra<sup>135</sup>, la mirada de la Cuba socialista de los primeros años amenaza precisamente con develar esa afectación burguesa para dejarlo 'desnudo'. Ese estado de indefensión repite el cuerpo patologizado y vegetal de Arturo en *No hay problema*. Malabre expresa: “Mi vida es como un vegetal monstruoso y fofo. De hojas enormes y sin frutas” (108). Malabre percibe la mirada del otro como un hecho desestructurador<sup>136</sup> que delata su naturaleza monstruosa. De este modo, el contacto con el otro, lejos de restituir una unidad propia, acentúa su fragmentariedad, insiste en la 'rajadura' de la que

---

<sup>135</sup> Una de las referencias a este juego de perspectivas es la mención dentro de la obra a la película *Rashomon* de Akira Kurosawa

<sup>136</sup> La versión de Gutiérrez Alea exacerba esta sensación de hostilidad externa a través de escenas como la de la visita de los funcionarios públicos del censo o las del juicio por abuso sexual de Elena

hablaba Desnoes. La mirada de Malabre por su parte, tiene el mismo efecto, la realidad es inaprensible y fragmentaria como las letras de los subtítulos en la pantalla de *Hiroshima mon amour* que difícilmente reconoce. O como las fotografías, caricaturas, frases y títulos de artículos que vanamente trata de armar a manera de rompecabezas.

La autopercepción como estéril vegetal monstruoso y fofo supone una repetición del tópico de la Palma Real como alegoría nacional en *No hay problema*. Pero donde mejor se expresa ese cuerpo blando a disciplinar es en los personajes femeninos. Las relaciones amorosas de Malabre recrean especularmente las dinámicas del colonialismo entre centro y periferia, desarrollo y subdesarrollo. Estas relaciones están marcadas por una acentuada asimetría de poder. Provenientes de estratos humildes, su esposa Laura, su amante Elena y su empleada doméstica Noemí, provocan en Malabre la inestable ‘ambivalencia’ establecida por Frantz Fanon, Hommi Bhabha y Albert Memmi de atracción y repulsión propia de las dinámicas coloniales. Como esa Cuba que Malabre rechaza abandonar por el exilio pero con la que tampoco se compromete, el cuerpo femenino es deseado y rechazado alternativamente. Un ejemplo ilustrativo sobre esta ambivalencia lo constituye la conversación con su amigo Pablo y las reflexiones que ésta genera en Malabre:

“[Pablo:] ¿Tú te imaginas? Anita, con lo buena que está, tiene la barriga llena de frijoles negros” (...) Cada vez que veo una mujer bonita no puedo dejar de mirarle furtivamente la barriga y preguntarme: ¿Qué habrá comido hoy?

[Malabre] Fue, aunque parezca un chiste, un golpe mortal para mi visión romántica del amor, hasta del amor carnal. Si en lugar de frijoles negros —uno siempre los imagina espesos y diabólicos— hubiera sido pato estofado, gelatina de faisán, salmón, suflé de queso, yo no sé, hasta pastel de manzana o



gelatina de frambuesa, cualquier cosa menos frijoles negros, no me hubiera roto la *Welstanschaung* (36)

El protagonista se adhiere, se coloniza, a una visión occidental donde la dualidad centro/periferia, Europa/ América se expresa como oposición a mente/cuerpo. Una Cuba corporizada, sexualizada presenta el atractivo reto intelectual de una tarea civilizatoria en la que, permutar los frijoles negros por el faisán implica des-corporizar al otro para satisfacer las demandas de una *Welstanschaung*, de una racionalidad supuestamente ausente de la isla. Una actividad si se quiere, de reducción digestiva, fagocitante del cuerpo sexualizado femenino. Malabre reafirma el binomio tradicional entre la letra y el discurso civilizador. Educar a Laura supone una reformulación de la relación entre Santos Luzardo y Marisela:

Y el talento que tengo lo he desperdiciado todos estos años entreteniéndola, llevándola a países civilizados, tratando de refinarla, haciendo un tremendo esfuerzo para que nuestras relaciones no cayeran en el “mi Chino lindo” y las recriminaciones. Logré que aprendiera a vestirse y a leer novelas norteamericanas y francesas..., pero eso no era lo que yo quería. Ella es un animalito, y yo soy medio comemierda. Un animalito de lujo. (22)

En Rómulo Gallegos, la alegoría natural de la nación se expresaba como relación identitaria entre el paisaje —los llanos— y la 'silvestre' hija de Doña Bárbara. En *Memorias* esta identificación se produce con un paisaje tropicalizado —como el de la palma real— que roza frecuentemente con lo escatológico:

Me puse a observar las diferentes edades de la mujer. Hay un punto exquisito, entre los treinta y los treinta y cinco años en que la mujer cubana pasa bruscamente de la madurez a la podredumbre. Son como frutas que se descomponen con una velocidad asombrosa. Con la misma velocidad vertiginosa del sol de la tarde cayendo en el mar (132)

Esa podredumbre implacable producida por el trópico, es la que Malabre pretende evitar a través de una domesticación que promete sustraer del subdesarrollo ese cuerpo femenino nacional. Una tarea por demás descomunal, dado el determinismo exotista de la isla:

Es difícil que se produzca aquí una mujer trabajada por los sentimientos y por la cultura. El ambiente es muy blando, exige poco del individuo. Todo el talento del cubano se gasta en adaptarse al momento. En apariencias. La gente no es consciente, se conforma con poco. Abandona los proyectos a medias, interrumpe los sentimientos, no sigue las cosas hasta sus últimas consecuencias. El cubano no puede sufrir mucho rato sin echarse a reír. El sol, el trópico, la irresponsabilidad... (60)

Malabre parece incapaz, a diferencia de Santo Luzardo y del mismo Mañach en *Indagación al choteo*, de incorporar el cuerpo natural al proyecto nacional. En otras palabras, el intelectual está despojado del optimismo galleguiano sobre la capacidad de 'educar' ese cuerpo primitivo, subdesarrollado. La tarea aquí, equivale más bien a la eliminación absoluta de esa naturaleza 'anterior' para crear —como la réplica cubana de la pintura de Juan Gris en el museo de Hemingway—, una copia despojada de cualquier originalidad. De allí, el manifiesto rechazo del personaje ante propuestas como el barroco de Alejo Carpentier para inscribir una identidad latinoamericana:

Como cronista de la Barbarie [Carpentier] no está mal; ha logrado sacar del subdesarrollo el paisaje y la absurda historia del Nuevo Mundo. Pero eso no me interesa. ¡Estoy cansado de ser antillano! Yo no tengo nada que ver con lo real maravilloso; no me interesan la selva, ni los efectos de la Revolución Francesa en las Antillas (84)

Ya en el debate intelectual de 1962 alrededor de *No hay problema*, Virgilio Piñera destacaba la virtud de Desnoes al no incurrir en la práctica común de los escritores cubanos de caer en barroquismos. De hecho, Piñera consideraba que las

novelas barrocas cubanas eran malas (5). En el 2007, Desnoes vuelve sobre el tema en una entrevista para confirmar su distancia ante el barroco latinoamericano, visto como una forma de “escamoteo de la realidad latinoamericana en nombre de lo real maravilloso” (en Berenschot).

En necesario tomar en cuenta que el neobarroco literario latinoamericano funcionó en términos estéticos y ontológicos como paradigma diferenciador de la literatura contemporánea estadounidense. Tradicionalmente, por el contrario, la escritura de Desnoes ha sido considerada deudora del realismo norteamericano de figuras como Hemingway. Pero, si bien, Desnoes y su alter ego Malabre se distancian estilística e ideológicamente de una estética barroca, hay cierta obsesión por el aspecto tanático de la naturaleza tropical que tiene su contraparte en una conciencia precaria de la vida. Precariedad que determinaría la inferioridad cubana respecto a Occidente y a Estados Unidos como su gran epítome. Sin olvidar obviamente la perspectiva tremendamente machista, propia de la personalidad de Malabre; en términos metafóricos, esta idea del subdesarrollo corresponde a la concepción de un cuerpo femenino debatiéndose entre la madurez y la podredumbre. Para el intelectual subdesarrollado, el drama se escenifica entre el amor romantizado de la *Welstanschaung* y la descomposición gástrica de los frijoles negros.

Malabre representaría una suerte de intelectual del decadentismo caribeño. Una ridícula copia *subdesarrollada* de Jean des Esseintes al celebrar al máximo la exacerbación del artificio como arma contra la vorágine tropical. Esta

caracterización se expresa en la discusión grabada entre el protagonista y su mujer, al momento en que ella lee un libro en inglés:

—[Laura:] Hace rato que te estoy mirando y te encuentro cada día más feo, ¿qué te pasa? Luces, yo no sé, estás de lo más malo últimamente...

—Es que ya no tengo brillantina Yardley para el pelo, ni pasta de dientes Colgate, ni loción imperialista para después de afeitarme, como tú sabes esas cosas ayudan...

—Eso mismo. Necesitamos un viaje.

—Tú, sin embargo, cada día estás más atractiva.

—Pero me estoy poniendo vieja, tengo ya...

—No importa, la belleza es algo artificial y cada día tú estás más artificial. A mí no me gustan las bellezas naturales jóvenes, me gustan las mujeres como tú, hechas artificialmente por la educación, la buena comida, los ejercicios, la buena ropa, el maquillaje... Gracias a eso has dejado de ser una cubanita chusma para convertirte en una mujer elegante, rutilante...(112-113)

La idea del artificio como instrumento de aniquilación de una identidad original, de una cubanidad —todo lo contrario de la valorización positiva del artificio en el neobarroco cubano—, se realza al llevar al límite el proceso de 'desnaturalización' de Laura quien sufre una transformación total a través de los objetos que la convierten en una mujer elegante, rutilante. La artificiosidad se confirma además por las condiciones del diálogo: voces reproducidas en una grabadora. Al momento de leer esta conversación, Laura ya ha abandonado la isla. Lo que nos queda de ella es un objeto capaz de evocar artificial y repetitivamente su voz desprovista de cuerpo. El mundo que Laura representa, el mundo burgués de la Cuba prerrevolucionaria está definido por las cosas —brillantina Yardley, pasta de dientes Colgate, loción imperialista, la buena ropa el maquillaje, etc.— que construyen una suerte de *paraíso artificial*. En este sentido, si el decadentismo de Jean des Esseintes se derivaba como reacción ante la vulgaridad de la masificación del capitalismo, el de Malabre se desprende de su rechazo hacia la vulgaridad del

socialismo que ha llevado a la ciudad de La Habana a estar más cerca de Tegucigalpa que de París (28). Contradictoriamente, lo que Malabre abraza es precisamente, lo que el personaje francés repudia: la vida burguesa, la norteamericanizada para colmo. Los objetos de la pareja cubana devenidos en las fantasmagóricas mercancías del mundo capitalista en extinción, están, como lo apuntaría Benjamin, desprovistas de su carácter aurático. Este mundo fantasmal de Malabre —el del capitalismo estadounidense— confirma así su vehemente necesidad de aniquilar cualquier concepto de autenticidad de la periferia.

Laura forma parte de ese universo y encarna la suma fetichista de todos esos objetos reproducibles y desechables: “en realidad estaba hecha de todas las cosas que se ponía y guardaba. Los objetos que la rodeaban y utilizaba eran tanto parte de ella como su propio cuerpo. Los objetos son menos ingratos que las personas. También dejó un vulgar Chanel N. 5. Laura era la suma de todas esas cosas” (33)

En cierta misoginia, de desprecio por el valor creativo de la vanidad femenina, Laura, como los objetos importados que la constituyen, deviene en mercancía para luego reproducirse, como en una cadena de producción ilimitada, en el personaje de Elena. Esta última ha venido a sustituir a la anterior en la secuencia cronológica. Se trata una muchacha de clase baja mucho más joven que recibe la ropa dejada por Laura antes de intimar con Malabre. Lo nuevo, la relación con Elena, en realidad es una repetición de lo mismo. En la lógica metonímica, la semántica de los objetos queda sujeta a una totalidad ausente o en vías de hacerlo: la sociedad capitalista claramente identificada al modelo de consumo estadounidense. Dado el contexto de cambio estructural de la sociedad, el

fetichismo de Malabre más que colmar vacíos refuerza las escisiones entre él y su entorno. Los cuerpos, como la ciudad, se han vuelto poco atractivos:

La Habana parece ahora una ciudad del interior: Pinar del Río, Artemisa o Matanzas. Ya no parece el París del Caribe, como decían los turistas y las putas. Ahora parece más bien una capital de Centroamérica, una de las ciudades muertas y subdesarrolladas, como Tegucigalpa o San Salvador o Managua (...) ahora toda la gente que se ve por las calles es humilde, viste mal (...) Todas las mujeres parecen criadas y todos los hombres obreros (28)

El último intento por sortear esa 'fealdad' popular, lo constituye la relación sexual con Noemí, la muchacha de servicio. Resulta en una nueva frustración de las tentativas de vincularse al sujeto pueblo. La única escena idílica en el presente intradieгético se ve abruptamente interrumpida por la voz en inglés del presidente Kennedy en una radio con la amenaza del bombardeo a La Habana. Reveladoramente, para Noemí la amenaza estadounidense no surte efecto inmediatamente dada la barrera lingüística. Precisa del Malabre-traductor para atemorizarse. La compenetración de los cuerpos se disuelve y de la placidez amorosa, Malabre se ve reducido nuevamente a ese estado de indefensión orgánica, corporal:

Todo se acabó. Las cosas buenas siempre llegan tarde, cuando ya no se pueden disfrutar. Noemí a mi lado y yo no podía sentir nada tierno, solo terror. En lugar de sentirme la piel me sentía las costillas y los pulmones inflándose y desinflándose con dificultad. Estábamos desnudos en la cama, indefensos, dos animales sin pelos, sin músculos fuertes, sin protección, desvalidos. La sensualidad se convirtió en tristeza. Me sentí ridículo todo desnudo en la cama, despatarrado y con los pulmones inflándose y desinflándose con angustia. Los pequeños senos, el pezón negro de Noemí junto a mí me desbarataron (141)

A partir de ese momento, las últimas páginas de la novela se dedican a expresar los ataques de ansiedad de Malabre que lo van reduciendo paulatinamente al aislamiento en su apartamento, a la 'ratonera' dostoievskiana. Al escuchar por

accidente una conversación telefónica en la que se menciona la preparación de las mesas con etiquetas y cordeles para recibir los posibles heridos y cadáveres, Malabre cae presa del pánico ante su posible disolución por la bomba. Por fin, parece entrever ese lado oscuro de la 'civilización', que instintivamente rechazaba en las imágenes de los cuerpos despedazados en *Hiroshima mon amour*. Los cuerpos al fin han dejado de ser esas “máquinas electrónicas” (44) que veía, para cobrar un sentido histórico como huellas de sufrimiento. El Estados Unidos del Colgate es ahora el de la bomba atómica, y la perspectiva de acceder al primer mundo vía el escenario bélico de la guerra fría, produce el irónico deseo de permanecer en el mundo subdesarrollado: “Luchar contra Estados Unidos tiene grandeza, pero no quiero ese destino. Prefiero seguir siendo subdesarrollado” (151). Al cobrar conciencia de la dimensión épico-trágica de la historia cubana, Malabre no puede sin embargo salir de la inmovilidad. La conciencia no equivale a epifanía sino a pánico. Su última frase después del fin de la crisis de los misiles parece apuntar tanto a un posible suicidio —prefigurado en su identificación con Hemingway en otro episodio— como a una voluntad por pasar a la acción: “ir más allá de las palabras.” (153)

\*\*\*

A propósito del diálogo en la película de Resnais, Malabre refería una frase en la que la actriz formulaba la necesidad de una memoria inconsolable. Esa idea le generaba una reflexión en la que equiparaba civilización y memoria: "Creo que la civilización consiste sólo en eso: en saber relacionar las cosas, en no olvidarse de

nada. Por eso aquí no hay civilización posible: el cubano se olvida fácilmente del pasado: vive demasiado en el presente” (44)

Al esgrimir este señalamiento Malabre parece evadir el contexto en el que surge la frase en el filme. Se trataba de una memoria dolorosa, relacionada a las catástrofes de las bombas atómicas, eran pues, catástrofes de la 'civilización'. Por el contrario, cada vez que el personaje acude a la memoria, ésta es individual. El pasado viene tamizado por una pátina de nostalgia. Sus rememoraciones del colegio La Salle; sus amigos de adolescencia Francisco, Armando, Alejandro; sus iniciaciones sexuales en los prostíbulos y finalmente Hanna —su gran amor—, son evocados con un dejo de tristeza. Los recuerdos aparecen petrificados, incapaces de reformularse al momento presente, produciendo una sensación de pérdida impotente. Es el lamento por un mundo burgués perdido, en el que formar parte del mundo desarrollado era una posibilidad. A diferencia de las mujeres cubanas, Hanna —hija de inmigrantes alemanes— se ajusta al amor romantizado de la *Welstanschaung*. Su ascendencia europea, sus rasgos blancos, su capacidad intelectual suponen la feliz evasión de la cubanidad. Consolidar la relación con Hanna durante su juventud implicaba el abandono de la isla y de su vida mediocre para trasladarse a la Meca del desarrollo: Nueva York y dedicarse a la literatura. Este viaje feliz al centro de la civilización, no se completa —aunque el narrador nos aclara que Eddy (Desnoes) sí se marcha— por cobardía. Al cabo de dos años enterrado en una mueblería, Malabre emprende un viaje a Nueva York e intenta recuperar a Hanna de nuevo. Pero la relación ya ha terminado y con ella, la posibilidad de 'felicidad'. En una trayectoria reveladora, el personaje abandona



Nueva York y se dirige a Europa. Allí, quizá sintiendo una necesidad inconsciente de reconexión con Hanna a través de sus orígenes —los padres de ella había sido inmigrantes judíos que llegaron a Cuba escapando del nazismo—, Malabre visita los hornos crematorios de Buchewald. De vuelta en La Habana expresa: “Regresé de ver por última vez a Hanna y de las barbaridades de Alemania completamente jodido” (100). Aunque dolorosas, las terribles imágenes de los hornos crematorios no parecen lograr una conexión creativa, sugerente, con una memoria de la guerra. Por el contrario, parecen supeditadas a un sentimentalismo adolescente. En otras palabras, ese Occidente que Malabre idealiza a través de Hanna y del que Estados Unidos sería su actual epítome, está totalmente cercenado de una memoria histórica de la catástrofe.

Sostengo que dicha mutilación es en esencia desmovilizadora. Se sintomatiza en la parálisis del personaje, en su incapacidad de obrar: de exiliarse o de incorporarse a la revolución. Se traduce también en la impotencia creativa, en los libros de cuentos nunca terminados que sueña publicar algún día. Esta esterilidad-inmovilidad tiene un sentido necrológico. Castrada la memoria de cualquier aspecto movilizador en el presente, los cuerpos de Hiroshima o de la Alemania nazi son simples objetos sin vida: naturalezas muertas.

El episodio de la visita de Malabre y Elena a la casa-museo de Hemingway, apunta hacia este rasgo necrofílico de la memoria. Todo allí ha perdido vida para petrificarse en el pasado:

La habitación de Hemingway me impresionó de verdad. Algo y todo demostraban un gran desprecio por la vida. La gente desperdicia y malgasta, y es generosa cuando lo tiene todo en abundancia. Todo estaba tirado, regado:

Eso que había puesto en desorden consciente, habían inmovilizado la casa como la vida de Hemingway. Todo estaba tieso, se veía rígido (69).

Abarrotado de objetos, fotografías y de animales disecados, el museo constituye un gran cementerio. “Yo era un intruso allí, un violador de tumbas” (69). Como una suerte de heterotopía despojada de agencia, la casa del escritor estadounidense es una acumulación o archivo general donde Cuba no existe, está fuera de la historia: “En toda la casa no había nada cubano, ni un objeto de santería o un cuadro. Nada. Cuba, para Hemingway, era un lugar para refugiarse, vivir tranquilamente con su mujer, recibir a sus amigos, escribir en inglés, pescar en la corriente del Golfo” (78)

Esta omisión, que recuerda la actitud del personaje Míster Danger de Rómulo Gallegos frente a los llanos venezolanos, es inherente a una narrativa histórica hegemónica. Su *modus operandi* se expresa en el tipo de relación que el escritor norteamericano estableció con la isla. Una relación colonial metaforizada en la relación de Hemingway con su criado negro cubano René Alcázar: “se ve que Hemingway lo amoldó a sus necesidades, el criado fiel perro del gran señor. El colonizador y Gungha Din. Hemingway de todas maneras debió haber sido un tipo insoportable” (71). Aunque Malabre expresa sentimientos encontrados de amor y odio hacia el escritor (77), su posición luce fascinada por la posición privilegiada de aquél. “Todos aspiramos a ser ese gran señor”, parece decirnos. La aseveración sobre los turistas rusos que acuden al museo parece referirse a sí mismo: “Cómo se parecen a los americanos. Están desesperados por ser los americanos del futuro. Admiran más a Hemingway que a Fidel, me la corto si no admiran más a Hemingway

que a Fidel” (66). Pero es el mismo Malabre quien proyecta su envidia hacia la posición privilegiada del norteamericano. Como sucedía con Alcázar, Malabre va moldeando las mujeres cubanas a sus propias necesidades. Como escritor además establece una identificación. Una que Elena confirma cuando compara las dos máquinas de escribir, la del museo y la que Malabre tiene en casa. Ciertamente escribir en el cuerpo del otro —Alcázar/Elena— resulta una forma de disciplinamiento. Esa escritura del colonizador resulta aniquiladora. Como réplica *subdesarrollada*, Malabre hace las veces de lo que Benjamin llamó el “historiador historicista”, que empatiza con el vencedor (“Sobre”10). Pero esa empatía tiene sus costos en la novela precisamente en un contexto en que la revolución cubana prometía la disolución de las relaciones coloniales al interior y al exterior. Identificarse con Hemingway, aunque fuese de manera tortuosa, básicamente significaba sumarse a ese estado de petrificación del museo en el que la memoria sobrevive cercenada y sin vida. Sólo así se sostiene inmutable el orden colonial. Como sus propios trofeos de caza, Hemingway se suicida con su escopeta. En cuanto a Malabre, la novela nos ofrece la libertad para interpretar las consecuencias de su desencuentro con una Cuba revolucionaria que en esa época se niega al estatismo.

Sobre las tumbas de la historia eurocentrista, o para ser más exactos, 'estadounicentrista', Elena supone la posibilidad de esgrimir una memoria otra: una no nostálgica, sino traumática. La suya comprende una segunda visión más integradora con un potencial emancipador. Accedemos a la imagen de una Elena que irreverentemente teclea —como en una suerte de 'mímesis'— la máquina de escribir de Hemingway. Contrario a lo que esperaba Malabre, ella no es reprendida

por el 'dócil' y 'domesticado' Alcázar. Por algo, recordamos entonces, hay un diálogo en el que el criado menciona que su antiguo jefe caracterizaba su andar como el de una pantera (71), una descripción que coincide con la caracterización amenazante, felina —de “tigre amaestrado”— del fiel sirviente de Hemingway en la novela de Padura.

La desdeñosa, 'salvaje' actitud de Laura ante el sacralizado espacio del intelectual norteamericano no deja de entrañar cierta violencia epistemológica subalterna contra la narrativa hegemónica: “—¿Aquí vivía el míster Way ese? Yo no le veo nada del otro mundo a esta casa, la verdad, libros y animales muertos. Buena mierda. Se parece a la casa de los americanos del central Preston”. (67)

La irreverencia liberadora del comentario de Elena reside en la asociación que hace con una memoria traumática. Malabre descubre entonces que Elena había trabajado en una central azucarera estadounidense en Oriente cuando tenía entre diez y doce años:

—Ni me acuerdo ya. El escándalo que nos dieron a mi prima y a mí. De madre. —Tuve que insistirle. No quería hablar—. Yo ni sé, la puerta estaba abierta. Una puerta igualita que aquella de allí, con tela metálica, le traíamos la ropa limpia a la americana, la puerta estaba abierta y no sé cómo fue, pero entramos en un cuarto donde la americana estaba tirada en la cama medio desnuda, cortándose las uñas, con la cara blanca, llena de crema, de cold cream...Nos insultó. —Volví a insistir—. Yo no sé, no entendía nada, empezó a gritarnos en inglés...Yo no le miraba la cara, me quedé paralizada; yo sólo le miraba unos pantaloncitos negros con encajes. Como unos que me diste de tu mujer... (68-69)

La casa de Hemingway se transfigura en la experiencia histórica 'vívida' del neocolonialismo estadounidense: las centrales azucareras en Cuba. Los objetos de consumo capitalistas celebrados por Malabre se vuelven aquí máscaras macabras.

El idioma inglés, una lengua inaprensible de humillación colonial. Mi punto es, que esta memoria dolorosa, es la que actúa sobre el cuerpo amputado de la Historia para devolverle a un colectivo petrificado, una irreverencia emancipadora. Ese quizá fue el temible y temido desafío implícito en la revolución cubana de los primeros años que Malabre observaba con una mezcla de fascinación y terror.

### 10.3 EL CUERPO Y LAS LETRAS

el melancólico sólo está a gusto  
entre esos ambiguos ropajes emblemáticos.  
Como reliquias de un pasado  
sobre el que está escrita  
la cifra edénica de la infancia,  
han capturado para siempre  
un destello de lo que puede poseerse  
sólo a condición de perderse para siempre  
Giorgio Agamben

Los cuerpos petrificados de Hemingway y/o disciplinados por Malabre cobran una extraordinaria materialidad en *Memorias del desarrollo* (2007). Diríase que esa dimensión física contra la que luchaba el intelectual no sólo no cesa sino que se busca y se exacerba. Edmundo, el protagonista, ronda ahora los sesenta y siete años y vive en el exilio. Escribe sus notas desde su solitaria vejez adentrándose a plenitud en una etapa vital en la “el cuerpo se convierte en una vivencia incomparable y adquiere una realidad casi aplastante; la presencia del cuerpo es percibida constantemente y, a veces, como si fuera una trampa. Es el momento en que el cuerpo ejerce su autoridad e impone una conciencia diferente” (López Pedraza 90). Este volcamiento hacia una dimensión corporal entraña al final, el reencuentro ya en la vejez, con una cubanidad. Pero lo hace desde su dimensión

precaria y vulnerable. Estamos ante la recuperación de un objeto ausente, perdido. Como ya es habitual en la historia cubana, el exilio en Estados Unidos, posibilita el hallazgo, por efecto de fondo y de relieve, de una identidad por contraposición a la anglosajona<sup>137</sup>. No se trata sin embargo, de un arribo feliz: en un país ajeno, el anciano Edmundo echa mano de una memoria dolorosa.

Es necesario apartarse de la narrativa dominante que sobre la vejez ha esgrimido la sociedad occidental moderna. Como lo denunciara Simone de Beauvoir, para “la sociedad, la vejez ha sido una especie de secreto vergonzoso del cual es indecente hablar” (8). Esa concepción negativa está basada centralmente en la hipervaloración de la juventud del modelo productivista/consumista donde el sujeto vale por lo que produce (12) y últimamente por lo que consume. Lo que el personaje de Sebastián calificaba como la “superabundancia del capitalismo yanqui” (215) supone hoy en día, un paraíso reactualizado que nos seduce a través de las radiantes y felices imágenes de cuerpos inmunes al devenir del tiempo. La contingencia resulta invisible en este discurso triunfalista, la muerte, una contranarrativa indeseada: “el moderno mundo civilizado procura afanosamente, llevar a la perfección institucional la tendencia a la represión de la muerte, que tiene sus raíces en la propia vida. Por eso desplaza por completo la experiencia de la muerte hasta marginarla de la vida pública” (Gadamer 81).

Visto así, la escritura desde y sobre la vejez supone un proyecto periférico. Desde el propio cuerpo, la vejez contradice esa promesa de plenitud del consumo.

---

<sup>137</sup>Para un análisis histórico sobre este fenómeno consultar el libro de Louis Pérez *On Becoming Cuban*.

Su proximidad con la muerte, vuelve insustancial toda expectativa futurista de naturaleza acumulativa o proyectiva que nos arranque del aquí y del ahora.

En su hermosa imagen del ángel de la historia, Benjamin expresaba la imposibilidad de la historia de detenerse sobre las ruinas del pasado por el empuje indetenible de los vientos huracanados del progreso. En la unidireccionalidad de toda teleología, la sobrevaloración del futuro condena al pasado a la 'superación'. Esta lógica no sólo se cumplió y se cumple para las sociedades capitalistas entre las cuales Estados Unidos figura a la vanguardia, también operó en la Cuba revolucionaria. A las imágenes de jóvenes rebosantes por el placer del consumo se paralelizan las imágenes de los jóvenes inmortalizados por el sacrificio revolucionario. Un sacrificio que daría sus frutos en las próximas generaciones. Como la iconografía del Che, los héroes quedaban suspendidos en la juventud eterna que otorgaba la inmortalidad. En el mundo capitalista moderno, la muerte desaparece. En la Cuba revolucionaria, ésta es redimida por el idealismo del sacrificio. Ambas narrativas evaden el tema de la vejez como una parte substancial de la vida porque ello supondría una vinculación peligrosa al pasado que podría cuestionar el orden presente<sup>138</sup>.

En su exploración sobre la melancolía, Giorgio Agamben traza su filiación medieval con la vejez o la madurez. *Memorias del desarrollo* es una novela en la que, paradójicamente, el arribo al desarrollo biológico o histórico, contradice toda idea

---

<sup>138</sup> Ha habido en Cuba una narrativa preocupada por darle voz a algunos ancianos. El caso más conocido es el de Miguel Barnet con su libro testimonial del ex-esclavo Esteban Montejo. No obstante, la recuperación selectiva de estas voces viene sujeta a una narrativa teleológica de exaltación del presente revolucionario.

de futurismo. Más que habitar en las 'entrañas del monstruo', Edmundo se retrae a ese espacio de introyección melancólica señalada ya por Freud en 1917: “La melancolía es una relación con la pérdida de un objeto de amor, pero a la que no sigue, como podría esperarse, una transferencia de la libido sobre un nuevo objeto, sino retraerse en el yo, narcisísticamente identificado en el objeto perdido” (Agamben 52)

Edmundo habita su propio cuerpo. Un cuerpo en decadencia al que asisten simultáneamente las huellas de la memoria y la cotidianidad de una nación en declive marcada por la catástrofe del 11 de septiembre. La vejez funciona entonces como contranarrativa tanto de los grandes mitos revolucionarios como los del consumo capitalista. Supone una perspectiva en la que, para usar una de las metáforas del narrador: la barba blanca confiere un “tranquila y grave autoridad” (196) que entraña más sabiduría que poder (196). Esta autoridad viene conferida por el ámbito inherente a la vejez: La memoria (Bobbio 41). En su autorreferencial texto *De senectude*, Norberto Bobbio ahonda:

la dimensión en la que vive el viejo es el pasado. El tiempo del futuro es demasiado breve para que se preocupe por lo que sucederá. (...) precisamente porque dura poco [la vejez], emplea tu tiempo no tanto en hacer proyectos para un futuro lejano, que no te pertenece, cuanto en intentar comprender, si puedes, el sentido o el sinsentido de tu vida. Concéntrate. No disipes el poco tiempo que te queda. Vuelve a recorrer tu camino. Te servirán de ayuda los recuerdos. Pero los recuerdos no afloran si no vas a desanidarlos en los rincones más remotos de la memoria (41-42).

Ciertamente, la última novela de Desnoes presenta el desafío por hallar un sentido o sinsentido en una memoria, entendiendo que ésta al fin y al cabo es también una articulación imaginaria sobre la realidad y que tiene su correlato en



una corporalidad. Si *Memorias del subdesarrollo* dramatizaba la confrontación de polaridades conceptuales: desarrollo/subdesarrollo, esta nueva conciencia memoriosa desciende a la precariedad de lo escatológico en un ámbito en que todas las certezas, excepto la de la muerte misma, se añejan y se descomponen. El mundo de las ideologías parece relegado al pasado de la juventud y madurez, a aquellos años que Edmundo Desnoes refiere en una reciente entrevista como los de “certeza ridícula” (en Camacho). Certezas que devenidas en ruinas con el pasar del tiempo, dejan impresas su huellas en la decadencia del propio cuerpo.

El sentido de caducidad se expresa en una sensibilidad particular que Bobbio califica de melancólica (43). Una actitud de repliegue interior, de cierta alienación, que como la que Siegfried Kracauer relaciona a la fotografía, permite el hallazgo de “la melancólica belleza de un pasado desvanecido” (38). Esta belleza sin embargo, no se desprende de una operación nostálgica. No se trata aquí, de rememorar un pasado idealizado. Por el contrario, la maniobra consiste en ir elaborando una “crónica desconsolada de la historia” (Sontag). La memoria funciona así como una afirmación dolorosa que se distancia de las grandes narrativas —la del exilio y la revolucionaria— para sumergirse en la custodia de las ruinas. Ruinas, que como los fantasmas suscitados por el deseo, permiten una reapropiación de la historia. La melancolía permite un hallazgo sobre la base de su propia tensión: dolor y placer, oscuridad e iluminación, locura y genialidad (García 7). Mediada la melancolía del narrador por el espacio de lo simbólico —las palabras, la escritura que conforma su último diario— esta novela abriría, como lo quería Agamben, una dimensión estética capaz de superar el ámbito meramente individual.

\*\*\*

Los distintos alter egos novelescos de Desnoes siempre fueron dubitativos. Esta caracterización tenía una connotación negativa que producía una conciencia culpable en el intelectual. El logro del joven Sebastián era adquirir una voluntad épica con su decisión de regresar a Cuba. Malabre por el contrario, permanecía petrificado sin poder decidirse por el exilio o el compromiso político. El Edmundo de la última novela sin embargo, abandona toda la angustia por clarificar sus ambivalencias y se sumerge plenamente en ellas. El narrador ha desistido de ambicionar la comodidad de las certezas ideológicas. Ya no le interesa ni el ideal de una masculinidad épica que tome partido por un absoluto, ni el del burgués seductor. Ahora, nos dice: “soy el pene deshuesado que ve el polvo en el camino” (85). Más que al ámbito de las certidumbres, esta masculinidad ruinosa revaloriza la necesidad de indagar en aquella 'rajadura' que inicialmente se buscaba resolver. Esta operación encuentra su expresión en una erótica del vacío. Tras la pérdida del objeto —Cuba, la revolución, los afectos, etc. —, éste se ve trasfigurado por una nueva existencia en la irrealidad —memoria, literatura— que se reafirma precisamente en su ausencia:

la intención erótica que desencadena el orden melancólico se presenta aquí como la que quiere poseer y tocar aquello que debería ser sólo objeto de contemplación, y **el trágico desarreglo del temperamento saturnino encuentra así su raíz en la íntima contradicción de un gesto que quiere abrazar lo inasible** (negritas mías, Agamben 48)

Entendido el vacío como el espacio del desgarramiento, la novela nos ofrece una imagen tremendamente simbólica. En un episodio amoroso, Edmundo acaricia

con su lengua el espacio herido de la encía de su amante a la que acaban de hacer una extracción:

Encuentro el vacío y descanso la lengua sobre la encía suave, sensible, desgarrada, sobre el palpitante rincón de su boca. Mi saliva se derrama, asienta sobre la encía febril. Pruebo una gota de salada saliva, saboreo la cavidad dulce, un residuo de sangre. Dorothy se estremece, retrocede ligeramente y se rinde. Y me quedo así, en su boca, lamiendo el hundido receso entre sus dos molares (165)

Esta “patología erótica” propia de la melancolía (Agamben 47) remite al carácter ambiguo de la pérdida, aquí metaforizada en una desgarradura interna productiva gracias al deseo. Una desgarradura que es dolor y que también es placer religante. Ella gana ahora toda su significación en una hiperbólica materialidad que no precisa resolución. La 'rajadura' resulta paradójicamente un vacío corporalizado, así, “la melancolía logra apropiarse del propio objeto sólo en la medida en que afirma su pérdida”(Agamben 54).

Este carácter ambivalente de la herida se expresa desde los espacios por los que transita la narración: Estados Unidos y Cuba. El primero se caracteriza por un acelerado proceso de alienación social. Este espacio corresponde al presente del narrador situado consecutivamente en Nueva York y en las montañas de Catskill. Edmundo refiere su cotidianidad en la gran metrópoli una vez que ha decidido romper con todos los lazos afectivos y académicos. Posteriormente se muda a una cabaña rústica rural en la que permanece hasta que muere. A Cuba pertenece la dimensión de la memoria. Aquello que Edmundo va trayendo del pasado: la relación entre sus padres culturalmente diferentes; su proximidad incestuosa con la tía Julia; la trágica historia de su hermano homosexual, marginado por la revolución

y luego muerto de Sida en Estados Unidos; su exilio primero en Europa y luego en Nueva York; su relación con una mulata de origen campesino de nombre Caridad Virginia. Las últimas páginas suponen un epílogo, en el que las notas de Natalia, la hija del Desnoes novelesco, finalizan el diario del padre después de la muerte de aquél.

El contrapunteo entre los dos planos, el de la memoria y el del presente en el exilio conforman la naturaleza del personaje que se debate como la figura del Eleguá bifronte en *No hay problema*, entre la imagen del puente y una conflictividad irresuelta. Esta tensión se reproduce en el bilingüismo fallido de la novela. Desnoes ha declarado su intención inicial de escribir estas memorias en inglés (en Berneschot) no obstante, el resultado final ha sido el de una novela en castellano donde aquél idioma interviene de manera circunstancial y en la mayoría de las ocasiones es traducido directa o indirectamente por el mismo narrador. Para Edmundo, el inglés resulta insuficiente para nominar su propia realidad: **“Nothigness no es lo mismo que la nada. El vacío siempre me asalta en español**, la lengua de mi padre, de las calles caóticas y sudorosas de La Habana. El inglés es la lengua del cuarto, de la cama, del hogar desarraigado y asmático de mi madre” (negritas mías, 47). Repitiendo la valoración afectiva de su primera novela entre ambos universos lingüísticos, Edmundo parece inclinarse mucho más por el vacío y su contracara, la corporalidad cubana, para evitar el desarraigo del inglés.

En un episodio sobre su infancia, el narrador comenta una estancia junto a su hermano en Mount Vernon durante un período de ruptura familiar. Allí habrían adquirido nuevas identidades: “Nos convertimos en otra realidad. Nos miraron con

otros ojos, nos lanzaron otros monosílabos. Pablo y Edmundo se convirtieron en Paul y Eddie. Los nombres eran más pequeños y nosotros nos encogimos. Más animales domésticos que niños” (106). La traducción al inglés de los nombres propios se expresa como reducción, como una suerte de de aniquilación de lo humano. Esta operación animalizadora es reapropiada por Edmundo en Nueva York para atacar el poder de Fidel Castro. Inspirado en las mascotas que son sacadas a “caminar y hacer sus necesidades” (13) todas las mañanas en esa ciudad, Edmundo compra un bastón con cabeza de perro al que llama en un guiño revanchista Fiddle. El magnatario queda así reducido y domesticado del mismo modo que Eddie y Paul. Con el bastón se pasea por avenidas y restaurantes de Nueva York abstraído en diálogos imaginarios. Fiddle era el apodo con el que el mafioso Santos Traficante se refería a Fidel en la época prerrevolucionaria. La 'angloamericanización' del líder tiene el efecto reductor de la mirada hegemónica sobre el otro. Para Santos Traficante, Fiddle era simplemente el futuro sustituto de Batista, al que sería relativamente fácil comprar. En un juego de inversión de poder, Edmundo intenta silenciar y marginar a Fidel al hablarle en inglés: “Ahora me ha dado por hablarle a Fidle en inglés, especialmente cuando no quiero oír sus peroratas. Al principio pensé que me entendía pero prefería ignorar las lengua del imperio revuelto y brutal que lo despreciaba<sup>139</sup> (...) I castrated you by bringing you up north” (22).

La fetichización del líder resulta una forma de castración del poder que repite la dinámica hegemónica estadounidense. La relación del idioma inglés y la castración son relacionados por Edmundo con su propio drama del exilio: “Fidle

---

<sup>139</sup> Se trata de una paráfrasis de Martí.

ahora me acompaña en el exilio. El Máximo líder escucha en silencio todos mis pronunciamientos —y algunas veces invento su respuesta, le pongo las palabras en la boca—. Todo lo contrario de lo que solía ocurrir en la isla (15-16). El exilio funciona como una forma de silenciamiento doble: refiere tanto al intelectual cubano en el contexto de la isla, como al del magnatario latinoamericano en Estados Unidos: “Te das cuenta le dije ayer. Las masas no te prestan aquí la más mínima atención. Mira bien a tu alrededor. La gente es indiferente, rechaza la mierda que produces” (179). Como sucedía en *Memorias del subdesarrollo* con la figura de Hemingway, hay una especularidad entre la intelectualidad y el poder. Aquí, Fidel o 'Fidle' posee cierta familiaridad con Edmundo: “si algo tenemos en común, yo y Fiddle, mi violín y yo, mutatis mutandi, es el terror y el amor a las palabras. Los dos vivimos marcados por el pecado original: nacer en español. Ahora podemos hablar, pero aquí las palabras ni pinchan ni cortan” (24). Si en la novela anterior, el anhelo final era trascender las palabras, aquí, justamente el rasgo identitario diferencial es el poder de las palabras. Más precisamente, el poder de las palabras en español.

En un episodio posterior, Edmundo mantiene relaciones sexuales con una estadounidense evangélica. El desencuentro entre los amantes se produce precisamente por el silencio de Dorothy, quien rehúye a las palabras. Ante la insistencia de Edmundo, ella asegura que las palabras sólo son posibles en la Biblia, frente a lo cual él reflexiona: “La pasmosa claridad de verlo todo en blanco y negro me sorprendió; las palabras son de Dios y la carne es cosa de mortales” (158). Para Edmundo, las palabras permiten una forma de conocimiento que rescata y salva los sentimientos, ellas aseguran la apropiación de la experiencia (158). La cancelación

de su poder que, en el caso de Dorothy sólo es posible en una esfera ultramundana, actúa como una forma de castración espiritual. Substrae al hombre la capacidad de trascender la experiencia, de transformar la realidad y sobre todo de comulgar con los otros. La capacidad creativa de las palabras en español está íntimamente ligada a la literatura y a la política:

Con la lengua española salen otros sentimientos. Tenemos un ego lingüístico en el que la literatura se impone a la realidad. Y preferimos el triunfo lingüístico a uno real. En el caso de Fidel cuando se cayó durante el discurso, lo primero que hizo fue decirle a la prensa internacional: «Todavía estoy entero». Decirlo es hacerlo. Y yo no sé si se dice en España, pero en Cuba un caballo entero es el animal no capado. Un hombre entero. (en Berenschot)

Estados Unidos tiene un carácter castrador en la medida en que desvaloriza la autoridad de las palabras y por extensión la escritura y la política. Evade la mediación simbólica que hace posible la trascendencia. De allí la implacabilidad del exilio. De este modo Desnoes retoma el tópico rodosiano de la falta de espiritualidad anglosajona. Su concepción de la lengua española constituiría una formulación neoarielista en la medida en que establece una continuidad en la reafirmación antitética entre utilitarismo y espiritualidad (Reati 589). Como el personaje de Dorothy, el narrador parece implicar que la única forma de espiritualidad estadounidense es el fanatismo religioso. El cual, paradójicamente, resulta de la negación de la propia humanidad: las palabras y la desacralización del cuerpo. Por el contrario, la literatura resulta una forma de completitud del hombre: “Yo abandoné la Revolución cubana, a pesar de seguir creyendo en la justicia social, porque me negué a ceder al partido comunista mi función como conciencia

de la sociedad” (en Jaimes 111). Al recuperar una tradición diferencial desde la ciudad letrada latinoamericana, Desnoes se autolegitima.

Ahora bien, lo que parecería a simple vista una negación de la revolución en la cita anterior, en realidad no lo es. La política supone una forma de trascendencia, la revolución cubana continúa siendo un referente positivo desde el exilio: “Mis años en la revolución son los más intensos y profundos de mi vida” (en García) o bien, declara en el 2007:

Jamás negaré la enorme influencia de la revolución de la revolución cubana que corre por mis venas, entibiando mi esqueleto español. Nadie que recuerde y reconozca todos los días de su vida, puede ser una mala persona; sólo los que olvidan o niegan una parte de su vida, un amor o pasión social son criaturas amputadas, andando en sillas de ruedas (“voz” 18)

La legitimación dolorosa de la revolución pasa por la reconfiguración de una pérdida irrecuperable en la irrealidad profunda de la “facultad imaginativa” de la literatura (Agamben 60). Esta nueva existencia ficcional debe su trascendencia a las palabras: “La revolución le ha dado a la literatura una importancia exagerada. Me alegro. Prefiero que me repriman y que se sientan amenazados por mi escritura, que ser un bufón de la corte, un puro entretenimiento, o un desahogo que contribuya a la estabilidad del consumismo.” (en García).

Desnoes lamenta la caída de la ciudad letrada en la que la literatura ha dejado de ser una forma de conocimiento para convertirse en una forma de entretenimiento, una mercancía (en Jaimes). Las palabras, como la revolución, resultarían una forma de resistencia frente a la penetración cultural estadounidense del consumo. Un consumo que promete una felicidad al evadir una memoria dolorosa: “No creo en el happy ending introducido por la sociedad de consumo, no



creo en los poderes de Superman o en la sonrisa de Barbie. Creo en la tragedia, en la mortalidad como destino, Don Quijote y Hamlet, y Don Juan y Fausto fracasaron para salvarse” (en Jaimes 112).

Esta salvación por las palabras es el opuesto del éxito capitalista. Como las ruinas de La Habana revolucionaria, el poder de las palabras cobra encanto en la medida en que conducen a una dimensión corporal de afectos y dolores, borrada por el *happy ending*. Esta dimensión tiene su mayor expresión en el ámbito de la memoria: “Ahora, treinta años más tarde, me falta el aire, a tres mil kilómetros de la isla, me tritura el recuerdo. Como si fuera ayer, lamento saber que soy culpable y saber que es irreparable. Pablo está muerto. Pero quiero recuperar cada matiz de su voz y sus más ridículos sentimientos” (75).

Edmundo rememora la historia de su hermano, una versión ficcional de Néstor Almendrés. Pablo resulta el lado más trágicamente doloroso de la revolución. Aquel que creyó sin la dosis de escepticismo de su hermano. Desde su primer documental exhibiendo gozosos cuerpos en la playa, la homosexualidad de Pablo chocó con los imperativos del imaginario épico de la revolución. Luego, durante una buena parte de su exilio, fue negado por Edmundo, quien temía verse relacionado con él mientras permanecía en la isla. Después de su anónima muerte por Sida en un hospital de Nueva York, el cuerpo de Pablo es reducido a cenizas, metaforizando así, la abrasión de eso que Edmundo llama el 'incendio' de los primeros años de la revolución. Las cenizas son absorbidas por su hermano en un acto de comunión antropofágico: “Destapo la urna; derramo las cenizas; mojo la lengua en un puñado de cenizas. Dulce y herrumbroso y seco —respiro y una nube

de polvo me llega a los pulmones” (96). Las connotaciones religiosas de esta imagen, apuntan a una concepción del dolor como hecho religante. Como bien señala Alicia García, “al igual que la melancolía, el canibalismo incorpora su objeto al momento que lo destruye” (8) aspira a fundirse con el otro (8) pero al hacerlo lo transforma en una entidad diferente de lo que era. Esta maniobra es análogamente lo que le permite a Edmundo una integración con la isla, a través de lo que ve como el fracaso de la revolución: “Fracasó la revolución, pero en buen vino es siempre un buen vino” (16).

La adhesión como cubano a una narrativa contrahegemónica del fracaso, hace que Desnoes se conecte con una tradición literaria de origen europeo pero sobre todo, hispánico —Don Quijote, Don Juan—, en oposición a la norteamericana: “Todos los que pertenecemos al mundo hispano pertenecemos al mundo del fracaso. El intento nuestro es un intento trágico. Desde la Armada Invencible lo nuestro ha sido un fracaso; si acaso tenemos eso: la belleza de perder. Hasta la Revolución cubana ha sido el ejemplo de un sueño descomunal que se viene abajo” (en Berenschot). Esta filiación 'pesimista' hispánica se expresa nítidamente en la identificación de todos los alter egos novelescos de Desnoes con el personaje Andrés Hurtado de *Árbol de la Ciencia*. Allí, como en la novela de Pío Baroja, el idealismo y la espiritualidad del protagonista chocan trágicamente con las perspectivas pragmáticas de la realidad. Estas últimas encuentran una analogía todavía mayor en *Memorias del desarrollo*, ya que en la novela española son representadas a través de un modelo científicista anglosajón.

Sin llegar a conformar un sistema poético como el de Lezama, en el que la 'Imago' apuntaría a la concepción de una 'falla' o ruptura originaria creativa que permitiría “empatar o zurcir el espacio de la caída” (*Reino* 295) produciendo una 'sobrenaturaleza' a partir de las ausencias y derrotas; Desnoes rescata una conciencia trágica de matriz hispanista —el “tibio esqueleto español”—, capaz de generar una melancolía productiva para la memoria y la escritura. Contra el miedo de Malabre ante la bomba atómica, actúa el *tedium vital* del viejo Edmundo que, al vincularse con un *cuppio dissolví* (Bobbio 43) se libera por fin de la ansiedad de la acumulación infinita capitalista<sup>140</sup> y es capaz de adentrarse en las 'fallas' del cuerpo sin temor a la disolución. Así se produce esa memoria inconsolable por la que se clamaba en la novela anterior.

La comunión con el sufrimiento en contraposición al *happy ending* —tópico muy católico por demás, en contraposición al protestantismo—, encuentra su metáfora en las figuras antinómicas femeninas de la tía Julia y la barbie. Mientras la primera pertenece al mundo afectivo cubano de la memoria, la segunda supone esa “resbaladiza superficie de resistente cerámica” del “vasto país que habla inglés a mi alrededor” (en Jaimes 117). Al cuerpo generoso y maduro de la tía, que tanto atrajera al niño Edmundo hacia el vértigo incestuoso; se contrapone el plástico aséptico con el que ya viejo intenta solazarse en un anónimo motel de carretera estadounidense. La tía Julia es la proximidad de la muerte, la “fascinación nigromántica” (Agamben 61), aquella que inútilmente pide un beso al niño antes de

---

<sup>140</sup> Aquello que Hegel denominó el “infinito malo” o “mal infinito” y que Jean Luc Nancy retoma para referir una acumulación nunca colmada. Ver referencia 115.

morir en su cama de hospital. La barbie por el contrario, es la promesa de una eternidad sin experiencia, sin huellas en el propio cuerpo. La muñeca representa precisamente, esa superficie imposible de penetrar en 'español' de la que habla Desnoes para identificar a Estados Unidos. La misma idea se repite en las imágenes de los insectos y pájaros que se lanzan contra los cristales de la cabaña rural de Edmundo una y otra vez sin conseguir entrar. Al igual que estos animales, la imposibilidad de acceder al entorno estadounidense, reitera la percepción de Edmundo de sentirse extranjero. Esa es la razón por la que Dorothy se siente segura al involucrarse con él: "Safe because no one will find out. No one knows you around here. You are a total stranger. You don't belong here" (161). La razón de conveniencia de la evangélica provoca en Edmundo un mayor sentimiento de insignificancia. Su extranjería lo hace sentirse usado. Para ella, da lo mismo si se trata de un mexicano o de un cubano (175). Las huellas de ese otro latinoamericano han sido borradas tal como los orígenes de la producción de la barbie. Al eludir las huellas del tiempo, la muñeca también sufre una violencia discursiva deshistorizante que Edmundo intenta socavar al encontrar las letras diminutas tatuadas en el plástico, señalando el país de origen: "ambos somos blancos, de piel blanca, de aspecto occidental pero en realidad hemos nacido en el subdesarrollo, en el Tercer Mundo, tú en Indonesia, yo en Cuba" (209).

\*\*\*

La noción de constituir una copia subdesarrollada de Occidente tenía un carácter negativo, irónico en La Habana de *Memorias del subdesarrollo*. Sin embargo, en el contexto estadounidense resulta más ambivalente. Si bien la

imitación puede resultar patética, también gana potencialidad por entrañar una agencia desmistificadora. Respecto a lo primero, cuando Edmundo abandona Nueva York y se retira a vivir en una cabaña rural, nos dice: “Una enorme melancolía me sobrecogió; estaba inventándome una vida, un pasado, una identidad rural en medio de unas casa y unos árboles que cuando hablaban, hablaban en inglés” (124). Sin embargo, la otra cara de esa simulación rural le permite sacar provecho de su nuevo vecino Larry: “En medio de mi resonante soledad me ha dado por atisbar al septuagenario inclinado sobre su tractor, doblando el lomo, refunfuñando contra las irregularidades del terreno, ajustando a cada minuto su ridícula gorra con las iniciales de los New York Yanquis y siempre mirando en dirección a mi existencia” (114). El vecino jubilado se sostiene sobre su orgullosa sabiduría en el manejo práctico de la vida rural: cómo ahuyentar a los venados de los manzanos o como maximizar la eficacia de una podadora eléctrica. Asuntos todos, obviamente intrascendentes para Edmundo. Sin embargo, decide fingirse tremendamente desvalido e interesado por esos menesteres para así lograr la ayuda de aquél:

Larry quería demostrar su superioridad, su astuta distinción entre la hierba segada y la hierba desgarrada. Pero lo dejé alardear de sus conocimientos y mostrar su generosidad. Larry se esmera, cada vez que se presenta la oportunidad me señala mis debilidades, y entonces me ofrece su ayuda. Ahora comprendo el poder de las mujeres inútiles, como yo, sin recursos tecnológicos. Creo que vale la pena subordinarse y pretender incapacidad e ignorancia para al cabo alcanzar lo que siempre anheló el corazón (117).

Con astuta ironía, Edmundo es consciente de la desventaja de su posición y le saca partido. Su simulación por otro lado, le produce una sensación de placentera condescendencia frente al otro. Ante las nimias preocupaciones prácticas de Larry,

las reflexiones existenciales de Edmundo parecieran dotarlo de una superioridad intelectual y espiritual.

Del mismo modo en que Edmundo —no sin un dejo de humor cruel— revela las miserias de su vecino, también lo hace con la academia norteamericana. Su relación temporal con una joven estudiante de nombre Deirdre mientras era profesor, desmistifica la concepción de autoridad intelectual de la academia<sup>141</sup>: “Deirdre era la autoridad en la cama abusando del profesor frágil, la diosa desnuda aprovechándose del mortal que por unas horas cada mañana había pontificado desde la tarima profesoral pero que ahora, por la noche, se revolcaba destronado por el suelo” (55). Consciente de la semántica de esta inversión de jerarquías, Edmundo decide renunciar al trabajo académico convencido de la falsedad de su autoridad como profesor. Nos comenta que había logrado un 'tenure' gracias a la simulación: “había decidido esconder mi rostro tras la máscara del profesor cubano cargado de sabiduría existencial, todo porque quería disfrutar después de tanta escasez en la isla, de la proliferación de carne y fantasía en el Norte revuelto y brutal que no me desprecia porque me ignora”<sup>142</sup> (52).

La desmitificación de la vida rural y de la institucionalidad intelectual estadounidense está relacionada a la capacidad de simulación de Edmundo, quien como extranjero permanente es capaz de esconder su rostro bajo varias máscaras para circular por diferentes espacios. La movilidad de un extranjero periférico

---

<sup>141</sup> Para el tema de la crítica a la academia estadounidense en la literatura latinoamericana ver artículo de Reati y Gómez Ocampo.

<sup>142</sup> Repetición de la misma paráfrasis de Martí.  
Reati y Gómez Ocampo resaltan “la percepción de la vida universitaria norteamericana como representación o teatralidad” (600) en algunas novelas latinoamericanas

explica el porqué de la empatía que Desnoes ha declarado con “el escepticismo purificador de la novela picaresca” (en Camacho) que considera como “quizá la más genuina creación literaria de la narrativa en lengua española” (en Camacho). Las aventuras del Lazarillo moviéndose en los intersticios de la metrópolis española, se han trasmutado aquí en los balbuceantes desplazamientos de un anciano que ya sin el imperativo del medro, desmitifica la ciudad de Nueva York y la ruralidad estadounidense. Su posición intermediaria que; como la del mismo autor es consciente de que nunca descansará “en la ribera derecha ni tampoco en la izquierda” (en Camacho), lo lleva a una visión del mundo en decadencia. Desnoes no duda en comparar la situación actual de Estados Unidos con la española de los siglos de la picaresca: “vivo en otra isla, la isla de Manhattan, en el corazón del imperio norteamericano, imperio que parece a punto de entrar en una decadencia semejante a la sufrida por España después del Siglo de Oro” (“Voz” 16). Y agrega: “El nuevo imperialismo que me acogió, del que soy ciudadano, está amenazado por actitudes semejantes a las que provocaron la lenta decadencia del imperio español. Arrogancia, geofagia, fanatismo religioso, vulcanismo. Creo que Estados Unidos, mutatis mutandi, seguirá los pasos del primer gran imperio occidental” (“Voz” 16).

La certeza acerca de la decadencia del imperio, cuya máxima expresión la constituye la mención en la novela a la explosión de las Torres Gemelas, tiene su correlato en Cuba. Una picaresca de la ancianidad permitiría hacer un paralelo entre las ruinas de la ciudad de La Habana y la decadencia corporal. De allí que Desnoes exprese que esa ciudad es la única en el mundo que ha envejecido con él (“Voz” 15): “Recorriendo el Vedado, el barrio de mi infancia y juventud, descubrí

arrugas en los edificios, grietas del tiempo, pérdidas de balaustradas, de cabello, paredes desconchadas, columnas truncadas, ventanas destartadas, cuerpos ruinosos. No me entristeció, me sentí acompañado” (15) La corporalidad de la ciudad da cuenta de un orden socialista que como el de la España imperial está en una etapa de decrepitud. No es de extrañar que Desnoes reconozca en la irreverencia de escrituras como las de la *Trilogía sucia de La Habana* de Pedro Juan Gutiérrez, una voluntad similar a la suya (en Berenschot). Ambas compartirían una estética del realismo sucio que se complace en la indagación de los lados decadentes de la sociedad. En el caso de Desnoes sin embargo, la vejez supone una última forma de indisciplina que se complace también en las ruinas del imperio estadounidense. Éstas, tienen lugar en una geografía interior que delata una conciencia de la precariedad corporal.

Las ruinas del tiempo sobre el cuerpo funcionan para desconstruir cómodas certidumbres<sup>143</sup>. Una de ellas relacionada con los mitos estéticos occidentales sobre el cuerpo femenino. El viejo Edmundo, lejos de la maniobras de Malabre, parece burlarse de las concepciones occidentales de la estética. Se dedica a reproducir pinturas canónicas de desnudos, para lo cual contrata una modelo. Sus réplicas consisten sin embargo, en una alteración artística de los cuerpos mediante su envejecimiento: “Eva había envejecido con los años, pero ningún pintor del renacimiento se había interesado en pintar sus arrugas, su cuerpo encorvado, la boca desdentada... Esa era precisamente mi intención: pintar una serie de desnudos

---

<sup>143</sup> Como afirma Ponte, se trata de “ruinas habitadas” muy diferentes de las grandes ruinas petrificadas de La Historia con mayúsculas, como las del Coliseo romano, que más bien tienden a sustentar narrativas grandielocuentes totalizadoras (*Arte*).



famosos... corrompidos por el tiempo. Era parte de mi desesperada intención de rescatar la belleza, el triunfo de la vejez” (29). El desplazamiento de la “immaculate flesh” a la “weathered flesh” (31) mina los cánones occidentales y por extensión las premisas machistas del intelectual en *Memorias del subdesarrollo*. La destrucción de una estética hegemónica —suerte de antropofagia cultural— permite una apropiación artística productiva propia de la melancolía.

La última novela de Desnoes revela la posibilidad contrahegemónica de un discurso emanado desde una periferia doble: la del exiliado latinoamericano y la del anciano. Esto implica la posibilidad de instrumentalizar un discurso emancipador desde unos márgenes particularmente silenciados. La visión sobre Estados Unidos se dirige en esta misma dirección, ya que de sus bordes depende la emergencia de esta periferia que a su vez, lo configura como alteridad constitutiva de sí misma. El vacío del exilio, el fracaso de la revolución, la precariedad corporal, la pérdida de la isla, permiten una reconfiguración fantasmal, ficcional que da lugar a ese “espacio epifánico de lo inasible” (Agamben 63 y 65) donde la experiencia del dolor alcanza una dimensión colectiva. Así se cumpliría el imperativo de Agamben de que “sólo si somos capaces de entrar en relación con la irrealidad y con lo inapropiable en cuanto tal, es posible apropiarse de la realidad y de lo positivo” (15). Esta apropiación epifánica permitiría entonces una “concepción más auténtica de la historicidad” (Agamben 141) abierta a la “experiencia vivida” (Agamben 13) del cuerpo y la memoria.

\*\*\*

La recuperación de una memoria del sufrimiento actúa entonces como operación contradiscursiva respecto a las narrativas dominantes de la revolución cubana y de su contraparte mercadolibrista, neoliberal. La idea del vacío; aquello que no podía ser traducido en la palabra 'nothingness' y que era abrazado por Edmundo, tiene que ver con la asunción del dolor —la desgarradura o rajadura— como experiencia religante.

Hacia 1981, Desnoes publicó desde el exilio su polémica antología *Los dispositivos en flor*. En ella expresaba una voluntad totalizadora por abrazar la revolución en todas sus dimensiones, tal como él mismo la había vivido/sufrido. El libro supuso el primer intento serio por reunir tanto escritores al interior de la isla como fuera<sup>144</sup>. Entendida la literatura en términos bastante amplios, Desnoes antologaba a escritores tan disímiles como Guillermo Cabrera Infante, el Che, Fidel, Heberto Padilla, Alejo Carpentier, Reinaldo Arenas, Cintio Vitier, entre otros.<sup>145</sup> En *Memorias del desarrollo*, persiste un posicionamiento reunificador a pesar del aparente escepticismo del protagonista. El Desnoes-autor se ve en la necesidad de trascender más allá de la muerte de su protagonista, una cubanidad dolorosa.

La primera novela de Desnoes se expresaba como la problemática por la búsqueda de un padre ausente. Su muerte producía su recuperación simbólica traducida en la toma de conciencia del personaje. *Memorias del desarrollo* cierra

---

<sup>144</sup> “Lezama me dijo una vez, después de su ruptura con Rodríguez Feo, que había llegado el momento de barrer hacia adentro. Creo que los cubanos estamos en el momento de barrer hacia adentro. De dejar de pensar en revolucionarios y gusanos, mariposas y comunistas. Somos parte del mismo árbol. Estamos filmando la misma película. *Memorias del subdesarrollo* y *Memorias del desarrollo* se abrazan y se separan abrazados por el sol y la nieve” (en “Edmundo”)

<sup>145</sup> La candidez del proyecto chocó con el radicalismo de algunos de sus antologados como Reynaldo Arenas y Cabrera Infante. De hecho, en Estados Unidos, Desnoes ha sido un exiliado relegado por su 'sospechosa' posición ambigua.

esta trilogía<sup>146</sup> con otro reencuentro filial. Daniela Desnoes es el fruto ignorado por Edmundo de su relación con la mulata Caridad Virginia hace 25 años. Este desenlace no deja de constituir una vuelta al tradicional discurso cubano del mestizaje como producto sintético de las diferencias internas. La variante sin embargo, es que esta Cuba mestiza trasciende los límites territoriales de la isla. Ciertamente la hija mulata responde a una necesidad conciliatoria. En medio de las ruinas de los ideales revolucionarios, Daniela decide salir de Cuba con la única obsesión de encontrar a su padre. Lo logra justo a tiempo para convivir con él los últimos días de su vida en la cabaña rural. El encuentro familiar resulta una reactualización de la relación entre la tía Julia y el niño Edmundo y le permite a este último reconectarse plácidamente con una afectividad cubana mientras agoniza. Por su parte, Daniela adquiere una capacidad creativa al recontinuar la escritura del diario del padre. La melancolía de éste logra su función trascendente más allá del individuo. El imperativo de las últimas líneas es la apertura del hacer, del obrar: “tengo que irme y hacer algo en alguna parte” (151), nos dice Daniela. El obrar entraña el deseo religante aun sin consumir. La memoria, la historia, la literatura no son sino las huellas productivas de la catástrofe:

—[Daniela] Me hubiera gustado haber estado contigo cuando lo de las torres gemelas. ¿Estabas aquí?

—[Edmundo] Aquí; allá afuera, en el césped, un conejo estaba mordisqueando unas hierbas cuando atacaron las torres (...)

—¿No viste a nadie saltar al vacío desde las ventanas de una de las torres?

—No, sólo vi las llamas y el humo (...) Más horrible que ver caer los cuerpos, debió haber sido oír los cuerpos reventándose.

—Pensé qué podías haber estado en Nueva York. Pensé cuando ocurrió.

---

<sup>146</sup> He decidido dejar por fuera *El cataclismo* por tratarse de una novela menor.

—¿Qué harías tú en situación semejante? Saltar al vacío, vivir un minuto en el aire puro, libre por un instante, o morir devorada por las llamas...

—No me hagas esa clase de preguntas, papito, por favor. No sé. Me hubiera quedado junto a la ventana...

—Yo hubiera saltado cuando las llamas me empezaran a lamer... (...)

—Yo me hubiera quedado, soy una optimista empedernida. Me hubiera quedado esperando hasta que me rescataran, que alguien me salvara la vida. Esperando, desesperada, pero esperando que apagarán el fuego. Que me rescataran, salvaran. Te encontré por eso soy optimista, terca...(246-7)

A Daniela, como heredera de las ruinas, le corresponde la esperanza de abrazar lo inasible, la reconfiguración del vacío, del dolor.

## 11.0 (IN)CONCLUSIONES

La revisión de las obras dominicanas y cubanas aquí seleccionadas mostró modelos imaginarios coincidentes o dispares que gravitaron en torno al problema de la dependencia colonial o neocolonial. Estos textos se distribuyeron dependiendo del modo en que instrumentalizaron la polarización de los Estados Unidos —como entidad cultural y política— a veces maniquea, a veces más plural y sutil para articular los sujetos contendientes o aliados en las formaciones nacionales. Sin embargo, en esta polarización, Estados Unidos no funcionó realmente como objeto de conocimiento que fuera estudiado a fondo por parte de los autores.

Muchas de las obras exploradas conformaron propuestas hegemónicas al interior de sus espacios nacionales, otras por el contrario, supusieron contranarrativas en el momento de su producción. Sin embargo, constituyeron apenas una visión tendencial acerca de una manera común de aprehender la alteridad estadounidense que consideré representativa del momento histórico en que estos modelos imaginarios fueron producidos. Queda abierta la posibilidad de explorar otras propuestas menos conocidas que convivieron junto con éstas, así como también la indagación sobre su relativa “invisibilidad” en las narrativas oficiales. En términos generales, aquellos discursos que se inscribieron tanto en la ciudad letrada trujillista como en la narrativa teleológica revolucionaria a lo largo

del siglo ofrecen un campo interesante para cualquier investigador preocupado por el tema.

El estudio de narrativas proestadounidenses en la Cuba de principios de siglo es todavía un campo por explorar. Articular estos discursos a cuestiones raciales arrojaría probablemente resultados diversos a la ideología dominante del mestizaje en cuanto ésta se autopresenta como identidad antagónica a la estadounidense. La apropiación de un discurso segregacionista racial como el norteamericano funcionó tanto para sectores blancos conservadores como para afrocubanos que se abocaron a crear sus propios espacios exclusivos (sociedades, clubes y un partido político) como respuesta a la exclusión social. De modo similar, interesaría investigar más la trayectoria de un pensamiento proamericanista en la República Dominicana que, opuesto a la ciudad letrada hispanista ha visto con cierta simpatía el modelo puertorriqueño, para horror de intelectuales como Manuel Núñez.

Otras voces tampoco han podido ser abordadas en esta genealogía. Faltaría investigar el modo en que las generaciones cubanas más jóvenes —los “novísimos” por ejemplo— manejan el tema de Estados Unidos, ya desde una posición ajena al “desengaño” revolucionario de Leonardo Padura o Edmundo Desnoes. Esta misma indagación aplicaría a una diáspora cubano-americana que podría abarcar desde la generación de Gustavo Pérez Firmat o Cristina García hasta la más reciente.

Así como desde el campo latinoamericanista se han escrito sugerentes ensayos acerca de la visión de Walt Whitman en América Latina (Fernando Alegría, Doris Sommer, Enrico Mario Santi), cabría elaborar una reflexión análoga acerca de la figura de Ernest Hemingway en Cuba. Un corpus preliminar incluiría no sólo las

obras mencionadas en esta investigación sino también, filmes como la famosa adaptación de Gutiérrez Alea de la novela de Edmundo Desnoes, *Hello Hemingway* de Fernando Pérez o el libro de ensayo *Hemingway en Cuba* de Norberto Fuentes. Del mismo modo que con el tema de Hemingway, una aproximación a la mirada que se hace sobre Estados Unidos muy bien puede rebasar un corpus estrictamente literario. Una ampliación hacia otras producciones culturales como el cine y la música, desbordaría el tradicional espacio de autorización cultural e incluiría imaginarios cuya recepción masiva por ejemplo, aportaría una lectura más abarcadora de los imaginarios aquí explorados. En particular, pienso en los movimientos de *hip-hop* cubano y dominicano en cuanto reactualizaciones calibánicas con nuevos posicionamientos juveniles sobre la relación centro/periferia.

A lo largo de esta investigación se ha hecho patente la vinculación bifronte —ellos/nosotros— en los imaginarios sobre Norteamérica. Las imágenes, por ejemplo, de los cañaverales de las centrales azucareras norteamericanas refirieron tanto a una territorialidad propia —el espacio de los explotados— como a una alteridad hegemónica —el orden de la dominación— en autores como Ramón Marrero Aristy, Nicolás Guillén, Pedro Mir o Junot Díaz. La explotación de la caña fue a la vez que dominación, posibilidad de emancipación. La caña era el otro y también el sí mismo. Esta dualidad marca los procesos de construcción escriturales en ambas islas. Repudiada y/o admirada, Estados Unidos siempre refiere algo más allá de esa nación, su connotación aparece expansiva. De allí que el tema pueda ser aplicado a otros países de América Latina que problematizaron al “vecino del

Norte”; en particular a aquellos en los que la constitución misma del Estado nacional gravitó sobre esta alteridad hegemónica.

Generalmente, la crítica revisionista se ha ocupado de cuestionar y deconstruir las nociones totalizadoras identitarias al interior de América Latina que esgrimieran las propuestas arielistas o de mestizaje. Sin duda alguna ello respondía y responde a una operación cultural y ético-política de desenmascaramiento que buscaba silenciar o asimilar a sus otros ‘subalternos’ en una matriz de legitimación letrada. Le faltó a esta crítica sin embargo, reflexionar sobre el proceso de construcción discursiva de la alteridad estadounidense. Ello parecía lógico dado que la amenaza que Rodó y Martí entreveían probó ser trágicamente real a lo largo del siglo. De allí que las reelaboraciones de la propuesta de ambos escritores hayan redundado más en la concepción de una identidad propia que en la de Estados Unidos. De lo que se trataba para esta crítica revisionista era de impugnar un discurso de dominación que sólo existía al interior, pues hacia fuera el discurso letrado criollo pasaba a ser subalterno con respecto a los centros hegemónicos de poder. Sin embargo, como se ha tratado de reflejar en esta tesis, la construcción de la alteridad estadounidense es también un asunto de poder al interior del espacio nacional al momento de legitimar o marginar a diversos actores.

La ausencia de un replanteamiento crítico sobre los procesos de representación de lo estadounidense me parece problemática por dos razones: la primera es que pierde de vista la complejidad que se desprende de las negociaciones culturales entre la periferia y el centro, simplemente las reduce a conflictos unidireccionales y estáticos. Dicha complejidad, sin embargo, se ha visto



reflejada en los textos aquí estudiados, inclusive en aquellos que parecen limitarse a reproducir estereotipos sobre lo norteamericano como los del utilitarismo, racismo, individualismo, vulgaridad, etc. La lógica relacional de doble representación nosotros/ellos se ve mermada cuando se reduce el proceso deconstructivo a uno solo de sus lados. La segunda razón que hallo en la ausencia de un replanteamiento crítico de las representaciones de Estados Unidos tiene que ver con una necesidad política. En la narrativas anticolonialistas la periferia construye a ese otro metropolitano como parte de la práctica descolonizadora. Al no haber un cuestionamiento sobre la formulación de estas alteridades hegemónicas muchas veces no sólo se reproducen las prácticas totalizadoras que se pretenden combatir, tal es el caso de las novelas de espionaje cubanas de los años setenta; sino que además se incurre en la miopía de desechar una comprensión cabal de las mecánicas que se pretenden desarticular. Muy probablemente este ha sido el mayor cuestionamiento de la propuesta calibánica de Roberto Fernández Retamar.

Si bien, al plantear la confrontación cultural y política en términos de totalidades, el llamado a la movilización puede resultar más efectivo en el plano inmediato; también es cierto que se pierden fracturas, quiebres, recursos que harían posible una adecuación de lucha más estratégica. He ahí las fortalezas y debilidades de ciertos discursos nacionalistas, antiimperialistas, o proamericanistas. En el ensayo “Hacia un nuevo latinoamericanismo (after 9/11)” Beverley crítica al neorielismo por su visión limitada de los propios recursos humanos, la cual impidió una afirmación exitosa en el enfrentamiento con Estados Unidos (23). ¿No podría aducirse esta misma miopía en la mirada que se hace de Estados Unidos para

explicar este fracaso? A pesar de la diferencia abismal de intereses, buena parte de la intelectualidad desde y sobre América Latina reproduce la visión unitaria (monolingüe o monocultural o su contrario en términos negativos, como nación desarticulada) de Estados Unidos que Beverley le crítica a un Samuel Huntington. No cabe duda que las intenciones de dicha intelectualidad son las mejores, su aproximación al problema resulta sin embargo, insuficiente. La relativa inoperancia de discursos neorielistas como el dominicano, estribó en un esencialismo, ya no estratégico sino inmovilizador. Apenas recientemente, narrativas emergentes al exterior de la ciudad letrada han empezado a cuestionar la petrificación tanto de lo dominicano como de lo estadounidense. Otro tanto puede decirse de las narrativas cubanas de fin de siglo tanto dentro como fuera de la isla y su distanciamiento del discurso beligerante antiimperialista. Estos cambios quizá logren ensanchar estratégicamente ese diálogo reducido *al interior* de las ciudades letradas latinoamericanas que ejemplificábamos en nuestra introducción a través de la correspondencia entre Blanco Bombona y Darío.

Dada la actual re-emergencia de la izquierda en América Latina, ciertas preguntas resultan relevantes. ¿Hasta qué punto las representaciones de Estados Unidos han sido y o son estrategias eficaces de descolonización? , ¿qué se mantiene y qué se innova en los discursos de Hugo Chávez, Evo Morales, Cristina Kirchner o Daniel Ortega que acuden a polarizaciones con respecto a Estados Unidos? ¿Hacia quiénes se dirigen sus discursos? Por otro lado, ¿cómo conciliar la tradicional antinomia identitaria con otras propuestas emergentes como las de Junot Díaz o el

último Desnoes? ¿Es posible una alianza nacionalista con la diáspora o el exilio en una dirección descolonizadora?

Hacia los años setenta, Mir había imaginado un final abierto para la lucha guerrillera. El reencuentro inesperado entre padre e hija anunciaba una cadena intergeneracional por una causa común. Varias décadas más tarde, el personaje de Edmundo en *Memorias del desarrollo*, descubría gratamente antes de morir, que tenía una hija que finalmente continuaría su propio diario. En otra novela también reciente, *The Brief Wondrous Life of Oscar Wao*; la última de las Cabral/De León heredará una vez que crezca, los manuscritos de su fallecido tío Oscar: sus cartas personales y su novela inconclusa. El legado en todas estas narrativas se vincula a la experiencia periférica: la escisión interna de Edmundo, el fukú familiar, el deseo de estar siempre en otro lugar, el abrazo “abrasivo” de la revolución, “el fire” bajo el que muere no sólo el gavillero durante la ocupación dominicana del 16, sino Oscar Wao en medio de la anónima espesura de los cañaverales en los años noventa. El legado revela a su vez nuevas aristas. La primera y más evidente es la necesidad de acudir a una filiación diferente, femenina. Los personajes masculinos de Ramos, Marrero Aristy o Veloz Maggiolo hacían imperativo un parricidio que no lograba una apertura emancipadora. Por el contrario, personajes como el de Natalia Desnoes parecen finalmente aliviar —que no necesariamente solucionar— el desgarramiento existencial del padre. Sin embargo, tanto ella como Isis; la sobrina de Oscar en la novela de Junot Díaz, no permanecen necesariamente en los límites territoriales del Estado Nacional. Su condición diaspórica en Estados Unidos no sólo viene a reactualizar la propia condición subalterna sino que a la vez complejiza la

mirada sobre Estados Unidos, posibilitando así la ampliación de interlocutores-lectores pertenecientes a otra territorialidad. Al pluralizarse identidades al interior de la cubanidad o de la dominicanidad también se pluraliza la visión sobre Estados Unidos.

El corpus escritural dominicano y cubano revisado en esta investigación sugiere diversos modos de aprehender la alteridad dominante de Estados Unidos. Esos diversos modos se vinculan entre sí dado que lejos de relegar el pasado por su supuesto fracaso, son capaces más bien de dotarlo, de “iluminarlo” (Benjamin) en el presente. Uno podría imaginar el accidentado trayecto de una mirada que va desde la novedad del puente de Brooklyn entrevisto por Martí, a las ruinas de las Torres Gemelas contempladas por el viejo Edmundo<sup>147</sup>. Esplendor y ruina, poder y resistencia, es esta licencia la que se toma Junot Díaz en una apertura postnacionalista al asegurar que “Santo Domingo was Iraq before Iraq was Iraq” (18). Ese otro que no se menciona en la frase, posibilita la conciencia histórica de una analogía identitaria potencialmente liberadora.

---

<sup>147</sup> Estas ruinas parecen metaforizar el pronóstico de Immanuel Wallerstein sobre el fin del ciclo político de la hegemonía estadounidense en la actualidad (“El capitalismo”), una hegemonía que Martí presenció en su alborada.

## BIBLIOGRAFÍA

Agamben, Giorgio. *Infancia e historia*. Trans. Silvio Mattoni. 4ta ed. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2007.

\_\_\_\_\_. *Estancias. La palabra y el fantasma en la cultura occidental*. Valencia: Pre-textos, 2001.

Alvarenga, Luis. "Sólo lo difícil es estimulante". José Lezama Lima y la revista *Verbum* 1". *Biblioteca Babab.com* 15, sept. 2002  
<http://www.babab.com/no15/lezama.htm#p8>

Álvarez, Soledad. "La vida no tiene nombre: Un relato existencial entre dos tiempos". *La vida no tiene nombre*. Santo Domingo: Editora Cole, 2003, 96-102.

\_\_\_\_\_. "Un siglo de literatura dominicana: modernismo y postmodernidad, libertad y vasallaje." *El siglo XX dominicano. Economía, política, pensamiento y literatura*. Santo Domingo: Codetel, 2002. 341-437.

Ameringer, Charles D. *The Cuban Democratic Experience. The Auténtico Years, 1944-1952*. Gainesville: University of Florida, 2000.

Arellano, Jorge Eduardo. "El águila, Darío y Roosevelt". *La Prensa*  
<http://www.laprensa.com.ni/archivo/2007/julio/14/suplementos/prensaliteraria/historia/historia-20070713-1.shtml>

Ashcroft, Bill, Gareth Griffiths, and Helen Tiffin. *Key Concepts in Post-Colonial Studies*. London: Routledge, 1998.

Augier, Angel. "Prólogo". Nicolás Guillén. *Las Grandes Elegías y otros poemas*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1984, ix-xxi.

\_\_\_\_\_. "Nicolás Guillén: esquema de la evolución estético-idolológica de su poesía". *Lo que teníamos que tener: raza y revolución en Nicolás Guillén*. Jerome Branche Editor. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2003: 43-57.

- Balcárcel, Juan Daniel. "Pensadores dominicanos del siglo XX y el surgimiento de la conciencia nacional." *El siglo XX dominicano. Economía, política, pensamiento y literatura*. Santo Domingo: Codetel, 2002. 217-340.
- Bansart, Andrés. "Fanon, Frantz". *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina*. Vol 2. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho, Monte Ávila Editores, 1727-1729.
- Barquet, Jesús J. *Consagración de La Habana. Las peculiaridades del grupo Orígenes en el proceso cultural cubano*. Miami: University of Miami, 1992.
- Barradas, Efraín. *Apalabramiento: Cuentos puertorriqueños de hoy*. New Hampshire: Norte, 1983. xvii-xxxvii.
- Baud, Michiel. "Manuel Arturo Peña Batlle y Joaquín Balaguer y la identidad dominicana." *Política identidad y pensamiento social en la República Dominicana (Siglos XIX y XX)*. Madrid: Doce Calles, 1999. 153-79.
- \_\_\_\_\_. "'Un permanente guerrillero'. El pensamiento social de Ramón Aristy (1913-1959)." *Política identidad y pensamiento social en la República Dominicana (Siglos XIX y XX)*. Ed. Doce Calles. Madrid, 1999. 181-212.
- Beauvoir, Simone de. *La vejez*. Barcelona: Edhasa, 1983.
- Benítez Rojo, Antonio. *La isla que se repite*. Barcelona: Editorial Casiopea, 1998.
- Benjamin, Walter. "El país del segundo imperio en Baudelaire". *Iluminaciones II. Poesía y capitalismo*. Trad. Jesús Aguirre. Madrid: Taurus Humanidades, 1991. 21-120.
- \_\_\_\_\_. "Sobre el concepto de la historia". *Archivo Chile*. Ed. y trad. Bolívar Echeverría, 1959  
[http://www.archivochile.com/Ideas\\_Autores/benjaminw/esc frank benjam0021.pdf](http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/benjaminw/esc frank benjam0021.pdf)
- \_\_\_\_\_. "The Work of Art in the Age of Mechanical Reproduction." <http://design.wishiewashie.com/HT5/WalterBenjaminTheWorkofArt.pdf>
- Berenschot, Denis. "Entrevista con Edmundo Desnoes". *La Habana Elegante, segunda época*,  
<http://www.habanaelegante.com/Summer2005/VerbosaDos.html>
- Beverley, John. "El giro neoconservador en la crítica literaria y cultural latinoamericana." *Nómadas* 27 (2007).
- \_\_\_\_\_. "La cuestión de la tortura, la decadencia española y el futuro de los Estados Unidos". *Casa de las Américas* 248, julio-septiembre (2007): 29-40.

- \_\_\_\_\_. "Hacia un nuevo latinoamericanismo (after 9/11)". *A contracorriente. A Journal on Social History and Literature in Latin America* (2004) <http://www.ncsu.edu/project/acontracorriente/>
- \_\_\_\_\_. "El otro de Rigoberta". *La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa*. Lima: Latinoamericana Editores, 1992. 9-43.
- Bhaba, Homi. "Diseminación. El tiempo, el relato y los márgenes de la nación moderna." Trans. César Aira. *El lugar de la cultura*. Ed. Ediciones Manantial SRL. Buenos Aires, 1994. 175-209.
- Bosch, Juan. "Mis recuerdos de "Che" Guevara." *Antología personal. Juan Bosch*. Ed. Avelino Stanley. San Juan: Universidad de Puerto Rico, 1998. 198-203.
- \_\_\_\_\_. "Poker de espanto en el Caribe." *Antología Personal. Juan Bosch*. Ed. Avelino Stanley. Puerto Rico: Universidad de Puerto Rico, 1998. 349-59.
- \_\_\_\_\_. *Dictadura con respaldo popular*. Santo Domingo: Publicaciones Max, 1971.
- \_\_\_\_\_. *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, Frontera Imperial*. Madrid: Alfaguara, 1970.
- \_\_\_\_\_. *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*. Montevideo: El siglo ilustrado, 1969.
- Branche, Jerome. "Para hablar en caribeño de verdad: sobre martirio y mitopoiesis en la literatura caribeña". *Lo que teníamos que tener: raza y revolución en Nicolás Guillén*. Jerome Branche Editor. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2003: 199-225.
- Bobbio, Norberto. *De senectude y otros escritos biográficos*. Trans. Esther Benítez. Madrid: Taurus, 1997.
- Borchmeyer, Florian y Matthias Hentschler. Directs. *Arte nuevo de hacer ruinas*. Guión de José Antonio Ponte, 2006.
- Buruma, Ian y Avishai Margalit. *Occidentalismo. Breve historia del sentimiento antioccidental*. Barcelona: Península, 2005.
- Camacho, Eugenio. "Escalera para Electra y la novela experimental dominicana". *Coloquios 2005*. Santo Domingo: Ediciones Ferilibro, 2006, 49-52.
- Camacho, Jorge "La duda radical y la certeza ridícula". *La Habana Elegante, segunda época*, <http://www.habanaelegante.com/Summer2003/Verbosa.html>
- Candelier, Bruno Rosario. *La ficción montonera: Las novelas de las revoluciones*. Santo Domingo: Sociedad Dominicana de Bibliófilos, 2003.

- \_\_\_\_\_. "Prólogo". *Cuentos Selectos. Juan Bosch*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1993. ix-xxxix.
- Cantón Navarro, José. "Julio Antonio Mella con la bandera de José Martí". *Voces de la República: Una visión contemporánea*. Sancti Spíritus: Ediciones Luminaria, 11-25.
- Carilla, Emilio. *Pedro Henríquez Ureña, signo de América*. Santo Domingo: Publicaciones de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1988.
- Carpentier, Alejo. "Prólogo". *El reino de este mundo*. Montevideo: Arca, 1996.
- Cartagena Portalatín, Aída. *Escalera para Electra*. Santo Domingo: Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1970.
- Cassá, Roberto. "Los dilemas de Lugo y sus determinantes históricos." *Política identidad y pensamiento social en la República Dominicana (Siglos XIX y XX)*. Madrid: Ediciones Doce Calles, 1999. 105-30.
- Castro, Fidel: "Segunda declaración de La Habana". *El antiimperialismo en la historia de Cuba*. Ed. Olga Cabrera. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1985. 198-213.
- Catanzaro, Gisela. "¿Por qué la historia y no más bien la nada?". *Las aventuras del marxismo*. Buenos Aires: Editorial Gorla, 2003. 17-104.
- Céspedes, Diógenes. "El efecto Rodó. Nacionalismo idealista vs. nacionalismo práctico. Los intelectuales antes y bajo Trujillo." *Los orígenes de la ideología trujillista*. Ed. Diógenes Céspedes. Santo Domingo: Colección de la Biblioteca Nacional Pedro Henríquez Ureña, 2002. 147-222.
- Cocco de Filippis, Daisy. "Introduction". *Del desconsuelo al compromiso: A Bilingual Anthology of the Poetry of Aída Cartagena Portalatín*. Santo Domingo: Taller, 1988, 9-17.
- Césaire, Aimé. *Discurso sobre el colonialismo* (fragmento). México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 1979.
- Coronil, Fernando. *El Estado Mágico. Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*. Caracas: Nueva Sociedad, 2002.
- De Certau, Michel. *La escritura de la historia*. Trad. Jorge López Monteczuma. México D.F.: Universidad Iberoamericana, 2006.
- De la Fuente, Alejandro. *Una nación para todos*. Madrid: Editorial Colibrí, 2001.
- \_\_\_\_\_. "Antídotos de Wall Street. Raza y racismo en las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos". *Culturas encontradas*. Cambridge, Massachussets: Centro de



- Estudios Latinoamericanos David Rockefeller, Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello, 2001: 243-261.
- De Maesener, Rita. "Entrevista con Marcio Veloz Maggiolo. Lunes 7 de abril, 2003". *CieloNaranja*, <http://www.cielonaranja.com/demaeseneermaggiolo.htm>
- Desnoes, Edmundo. *Memorias del desarrollo*. Sevilla: Mono Azul Editora, 2007.
- \_\_\_\_\_. "Edmundo Desnoes sobre la nación y la identidad en el cine cubano de la diáspora". *Cine cubano, la pupila insomne*, <http://cine-cubano-la-pupila-insomne.nireblog.com/post/2007/03/05/edmundodesnoes-sobre-la-nacion-y-la-identidad-en-el-cine-cubano-de-la-diaspora>
- \_\_\_\_\_. *Memorias del subdesarrollo*. Sevilla: Mono Azul Editora, 2006.
- \_\_\_\_\_. *El cataclismo*. La Habana: Ediciones R, 1965.
- \_\_\_\_\_. *No hay problema*. La Habana: Ediciones R, 1964.
- Díaz, Duanel. "Orígenes, Piñera y La isla en peso". *Scribd*. <http://www.scribd.com/doc/241652/Duanel-Diaz-Origenes-Pinera-y-La-isla-en-peso>
- Díaz, Junot. *The Brief Wonderous Life of Oscar Wao*. New York: Riverhead Books, 2007.
- \_\_\_\_\_. "Interview met Junot Díaz". *Junot Díaz*. <http://www.junotdiaz.nl/interview.asp>
- Dostoievsky, Fedor. "Memorias del subsuelo". *Temakel*, <http://www.temakel.com/texolvdostoiesky.htm>
- <http://www.martincid.com/Libros/Dostoyesvski,%20Fedor%20-%20Memorias%20del%20subsuelo.pdf>
- Duchesne Winter, Juan. "Puerto Rico y las lenguas de su soledad". *Ciudadano insano y otros ensayos bestiales sobre cultura y literatura*. San Juan: Ediciones Callejón, 2001. 39-48
- \_\_\_\_\_. "Glosario". *Ciudadano insano y otros ensayos bestiales sobre cultura y literatura*. San Juan: Ediciones Callejón, 2001. 247-256.
- \_\_\_\_\_. "Capa de Próspero, piel de Calibán". *Política de la caricia*. San Juan: Libros Nómadas y Decanato de Estudios graduados e Investigación de la Universidad de Puerto Rico, 1996. 179-201.
- Duno Gottberg, Luis. *Solventando las diferencias. La ideología del mestizaje en Cuba*. Madrid: Iberoamericana Vervuert, 2003.

- Emeterio Rondón, Pura. "Aída Cartagena Portalatín: Cómo y para qué la experimentación narrativa". *Coloquios 2005*. Santo Domingo: Ediciones Ferilibro, 2006, 41-47.
- Epple, Juan Armando. "Entrevista a Leonardo Padura". *Hispanamérica: Revista de Literatura* 24.71 (1991): 49-66.
- Fanon, Frantz. *Los condenados de la tierra*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1963.
- Fennema, Meinderet. "Hispanidad y la identidad nacional en Santo Domingo." *Política identidad y pensamiento social en la República Dominicana (Siglos XIX y XX)*. Madrid: Doce Calles, 1999. 213-37.
- Fernández Pequeño, José Manuel. *El espíritu de las islas. Los tiempos posibles de Max Henríquez Ureña*. Santo Domingo: Grupo Santillana, 2003.
- \_\_\_\_\_. "La novela policial cubana ante sí misma (1979-1986)". *La palabra y el hombre: Revista de la Universidad Veracruzana*. 70 (1989): 205-16.
- Fernández Retamar, Roberto. *Todo Calibán*. San Juan: Ediciones Callejón, 2003.
- \_\_\_\_\_. "Nuestra América". *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina*. Vol 2. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho, Monte Ávila Editores, 3407-3411.
- \_\_\_\_\_. "Hacia una intelectualidad revolucionaria en Cuba". *Ensayo de otro mundo*. La Habana: Instituto del Libro, 1967, 158-188.
- Fernández Robaina, "La prosa de Guillén en defensa del negro cubano". *Lo que teníamos que tener: raza y revolución en Nicolás Guillén*. Jerome Branche Editor. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2003: 123-146
- Fernández Valledor, Roberto. "El modernismo y dos publicaciones claves en las letras antillanas: 'Cuba Contemporánea' y 'Revista de las Antillas'". *La Revista del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe* 13 (1991): 104-111.
- Fornet, Jorge. *Los nuevos paradigmas. Prólogo narrativo al siglo XXI*. La Habana: Letras Cubanas, 2006.
- \_\_\_\_\_. "La narrativa cubana entre la utopía y el desencanto". *La Gaceta de Cuba* 5 sept.-oct. (2001): 38-45.
- Fortunato, René. Direct. *Abril. La Trinchera del honor*. Santo Domingo: Distribuido por Videocine Palau, 1988.

- Franco, Jean. *Decadencia y caída de la ciudad letrada. La literatura latinoamericana durante la guerra fría*. Trans. Héctor Silva Miguez. Barcelona: Debate, 2003.
- Gadamer, Hans-Georg. *Verdad y método*. London: Continuum, 2004.
- \_\_\_\_\_. *El estado oculto de la salud*. Barcelona: Gedisa, 1996.
- García, Alicia. "Bajo el signo de Saturno: deseo crepuscular en la poesía de Juan José Saer". *Societas Philosophorum Viuentium*, [http://www.filosofiaviva.net/textos/archivos/pdf\\_7\\_12.pdf](http://www.filosofiaviva.net/textos/archivos/pdf_7_12.pdf)
- García, Luis Manuel. "Entrevista a Edmundo Desnoes". *Mono Azul*, <http://www.monoazuleditora.com/139489/62449.html>
- García Cartagena, Manuel. "Prólogo. Aída Cartagena Portalatín de noche y de día". *Obra poética completa. Aída Cartagena Portalatín*. Santo Domingo: Biblioteca Nacional de la República Dominicana, 2000. 11-24.
- García Cuevas, Eugenio. *Juan Bosch: Novela, historia y sociedad Visiones y cegueras*. Santo Domingo: Ediciones Hojarasca; Editorial Isla Negra, 1995.
- García Godoy, Federico. *El derrumbe*. Prólogo de Juan Bosch ed. Santo Domingo: Editora de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1975.
- Gaztambide-Géigel, Antonio. *Tan lejos de Dios... Ensayos sobre las relaciones del Caribe con Estados Unidos*. San Juan, La Habana: Ediciones Callejón. Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, 2006.
- González, Raymundo, Michiel Baud, Pedro L. San Miguel y Roberto Cassá (Eds.). "Introducción." *Política identidad y pensamiento social en la República Dominicana (Siglos XIX y XX)*. Madrid: Ediciones Doce Calles, 1999. 9-39.
- Graciano, Berta. *La novela de la caña: estética e ideología*. Santo Domingo: Editora Alfa & Omega, 1990.
- Guerra, Lilian. *The Myth of José Martí. Conflicting Nationalisms in Early Twentieth-Century Cuba*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2005.
- Guerra y Sánchez, Ramiro. *Azúcar y población en las Antillas*. La Habana: Cultura, 1935.
- Guevara, Ernesto "Che". "El socialismo y el hombre en Cuba." *Marcha* (1965).
- Guillén, Nicolás. *Las Grandes Elegías y otros poemas*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1984.
- Gutiérrez Alea, Tomás. "Dialéctica del espectador". *Tomás Gutiérrez Alea, poesía y revolución*. Las Palmas de Gran Canaria: Filmoteca Canaria, 1994. 33-134.

- Hardt, Michael y Antonio Negri. *Imperio*. Buenos Aires: Editorial Paidós, 2002.
- Harvey, David. *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal, 2003.
- Helley, Robin D.G. and Betsy Esch. "Black Like Mao. Red China and Black Revolution". *Souls*, Fall (1999): 6-41.
- Hennessey, Alistair. "Epilogue: 1898 and all that". *The Cultures of the Hispanic Caribbean*. Gainesville, 2000, 241-257.
- Henríquez Ureña, Max. *Los yanquis en Santo Domingo*. Santo Domingo: Editora de Santo Domingo, 1977.
- Herlinghaus, Hermann. "Sobre la historicidad paradójica de los conceptos de narración e imaginación. Introducción". *Renarración y descentramiento. Mapas alternativos de la imaginación en América Latina*. Madrid: Iberoamericana, Vervuert, 2004. 11-23.
- Hernández, Rita Indiana. *Papi*. San Juan: Ediciones Vértigo, 2005.
- Ibarra, Jorge. *Nación y cultura nacional*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1981.
- Incháustegui, Arístides. "El ideario de Rodó en el Trujillismo " *Los orígenes de la ideología trujillista*. Ed. Diógenes Céspedes. Santo Domingo: Colección de la Biblioteca Nacional Pedro Henríquez Ureña, 2002. 87-107.
- Irele, Fabiola. *Literature and Ideology in Martinique. René Maran, Aimé Césaire, Frantz Fanon*. Buffalo: Council on International Studies, State University of New York at Buffalo, 1972.
- Jaimes, Héctor. "Memorias del desarrollo: el placer de las ruinas (entrevista a Edmundo Desnoes)". *A contracorriente. A Journal on Social History and Literatura in Latin America*. Vol. 4, 1 (2006): 110-119. [http://www.ncsu.edu/project/acontracorriente/fall\\_06/JAimes.pdf](http://www.ncsu.edu/project/acontracorriente/fall_06/JAimes.pdf)
- Jiménez, Onilda. "Un nuevo fenómeno de la literatura cubana; la novela policial". *Círculo: Publicación del Círculo de Cultura Panamericano* 9 (1980): 93-100.
- Joseph, Gilbert M. "Encuentros cercanos. Hacia una nueva historia cultural de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina". Trad. Horacio Pons. *Culturas imperiales. Experiencia y representación en América, África y Asia*. Ed. Ricardo Salvatore. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2005. 91-120.
- Kanzepolsky, Adriana. "El universo norteamericano". *Un dibujo del mundo: Extranjeros en Orígenes*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2004. 194-223.
- Katz, Claudio. "Ernest Mandel y la teoría de las ondas largas". *Razón y revolución* 7 (2001), <http://www.ernestmandel.org/es/lavida/txt/katz.htm>.

- Kohan, Néstor. *Tony Negri y los desafíos del Imperio*. Madrid: Campo de ideas 2002.
- Koselleck, Reinhart. "XIV. 'Espacio de experiencia' y 'horizonte de expectativa', dos categorías históricas". *Futuro pasado*. Por una semántica de los tiempos históricos. Buenos Aires: Paidós, 1993. 333-357.
- Kracauer, Siegfried. *Teoría del cine. La redención de la realidad física*. Barcelona: Paidós, 1996.
- Laclau, Ernesto. *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina, 2005.
- Langley, Lester D. *The United States and the Caribbean in the Twentieth Century*. Athens: University of Georgia Press, 1989.
- Lefort, Claude. *La invención democrática*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1990.
- Lezama Lima, José. *Paradiso*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1991.
- \_\_\_\_\_. *El reino de la imagen*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1981.
- López, Magdalena. Entrevista a Leonardo Padura. La Habana: 14 de junio del 2006.
- López-Pedraza, Rafael. *Dionisos en exilio*. Trans. Teresa Berbín. Caracas: Festina Lente, 2000.
- Ludmer, Josefina. "Ficciones cubanas en los últimos años: El problema de la literatura política". *Cuba: Un siglo de literatura (1902-2002)*. Ed. Anke Birkenmaier y Roberto González Echevarría. Madrid: Editorial Colibrí, 2004. 357-73.
- Lugo, Américo. *Antología de Américo Lugo*. Julio Jaime Julia Editor ed. Vol. Tomo I. Santo Domingo: Taller, 1977.
- Maingot, Anthony P. "Politics and populist historiography in the Caribbean." *Intellectuals in the Twentieth-Century Caribbean*. Ed. Alistair Hennessy. Vol. II. London: The Macmillan Press LTD, 1992. 145-74.
- Mañach, Jorge. "Indagación al choteo". *La crisis de la alta cultura en Cuba. Indagación al choteo*. Miami: Ediciones Universal, 1991. 51-94.
- Marinello, Juan. *18 ensayos martianos*. La Habana: Ediciones Unión, 1998.
- Marquet, Antonio y Eduardo Ramírez. "El inestable equilibrio del caos". *Una historia de imágenes*. Ed. Alberto Paredes, 1995 137-152.
- Marrero Aristy, Ramón. *Over*. Santo Domingo: Ediciones de Taller, 1980.

- Martí, José. *Nuestra América*. Ensayos y crónica. Madrid: Anaya, 1995. 117-126.
- Martin, Gerald. *Journeys through the labyrinth: Latin American fiction in the twentieth century*. London ; New York : Verso, 1989.
- Martínez Villena, Rubén. "Cuba factoría yanqui". *Órbita de Rubén Martínez Villena*. La Habana: Ediciones Unión, 1965.
- Mataix, Remedios. "Un sueño de muchos. Lezama y el grupo Orígenes". *Literatura cubana del siglo XX: Lo que se ganó*. Córdoba: Diputación de Córdoba, 1988. 47-61.
- Mateo, Andrés. *¿Por qué vino Pedro Henríquez Ureña en 1931?* Santo Domingo: Florilegio Ediciones, 2006.
- \_\_\_\_\_. *Mito y cultura en la Era de Trujillo*. 2da. ed. Santo Domingo: Editora Manatí, 2004.
- \_\_\_\_\_. *Manifiestos literarios de la República Dominicana*. Santo Domingo: Editora de colores, 1997.
- \_\_\_\_\_. "La narrativa de Ramón Marrero Arísty." *Balsié/Over*. Santo Domingo, 1993. 9-23.
- Matos Moquete. *Caamaño. La última esperanza armada*. Santo Domingo: Publicaciones Matos Moquete, 2005.
- Meléndez, Concha. "Jorge Mañach y su última frontera". *La Torre: Revista General de la Universidad de Puerto Rico* 29-30 (2003): 515-528.
- Mella, Julio Antonio. "Intelectuales y tartufos". *Rebelión*. <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=3732>
- Mena, Miguel D. "Dominicanidad extra-insular". *Cielonaranja*. <http://www.cielonaranja.com/extrainsular.htm>
- Mir, Pedro. *Cuando amaban las tierras comuneras*. México, D.F: Siglo Veintiuno editores, 1978.
- \_\_\_\_\_. *Homenaje a Pedro Mir*. Santo Domingo: Editora Alfa & Omega, 1983.
- Montero, Oscar. *José Martí: An Introduction*. Gordonsville: Palgrave Macmillan, 2004.
- Montes-Huidobro. "José Antonio Ramos: Viñeta a dos voces (1985-1946)". *Revista Iberoamericana* 56 (Summer 1990): 845-852.
- Moore, Robin D. *Nationalizing Blackness. Afrocubanismo and Artistic Revolution in Havana, 1920-1940*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1997.

- Moya Pons, Frank. "Los motores del cambio económico y social en el siglo XX." *El siglo XX dominicano. Economía, política, pensamiento y literatura*. Santo Domingo: Codetel 2002. 11-138.
- \_\_\_\_\_. *Manual de Historia Dominicana*. Santo Domingo: Editora Corripio, 2002.
- Nacidit-Perdomo, Ylonka. Aída Cartagena Portalatín "La voz desatada". *Mujeres y cambio desde la letra*. Horno-Delgado, Asunción, Janet N. Gold e Ylonka Nacidit-Perdomo Ed. Santo Domingo: Secretaría de Estado de la Mujer, 2005, 57-64.
- Nancy, Jean-Luc. *La creación del mundo o la mundialización*. Barcelona, Buenos Aires: Paidós, 2003.
- Nogueras, Luis Rogelio. *Y si muero mañana*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1984.
- \_\_\_\_\_ y Guillermo Rodríguez Rivera. "¿La verdadera novela policial?". *Por la novela policial*. Ed. Luis Rogelio Nogueras. La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1982. 137-57.
- Núñez, Manuel. *El ocaso de la nación dominicana*. Santo Domingo: Editorial Letra Gráfica, 2001.
- Olguín, Manuel. "La filosofía de José Antonio Ramos y su afinidad con la del pueblo y los pensadores de los Estados Unidos". *Revista Iberoamericana* 24 (1947): 291-299.
- Ortiz, Fernando. *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1987.
- \_\_\_\_\_. "La decadencia cubana". *Conferencia de propaganda renovadora pronunciada en la Sociedad Económica de Amigos del País*. La Habana: Imprenta y papelería La Universal, 1924.
- Osorio, Nelson. "Para una caracterización histórica del vanguardismo literario hispanoamericano". *Revista Iberoamericana* 114-115 (1981): 227-275.
- Padura Fuentes Leonardo. *Adiós Hemingway*. Barcelona: Tusquets Editores, 2006.
- \_\_\_\_\_. *La neblina del ayer*. Barcelona: Tusquets Editores, 2005.
- \_\_\_\_\_. "Novela policial y novela de la revolución." *Letras Cubanas* oct.-dic. (1988): 55-89.
- Pavón, Luis. "Marinello en la revista Venezuela Libre". *Santiago* 69 (1988): 31-39.

- Peavler, Terry J. "Edmundo Desnoes and Cuba's Lost Generation." *Latin American Research Review* 12.3 (1977): 129-53.
- Pérez, Louis. *On Becoming Cuban. Identity, Nationality, and Culture*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 1999.
- \_\_\_\_\_. *Cuba. Between Reform and Revolution*. New York; Oxford: Oxford University Press, 1988.
- \_\_\_\_\_. *Cuba Between Empires, 1878-1902*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1982.
- Pérez, Odalís G. *La ideología rota. El derrumbe del pensamiento pseudonacionalista dominicano*. Santo Domingo: Editora manatí, 2002.
- Polar, Cornejo. "Inmediatez y perennidad: La doble audiencia de la literatura de la fundación de la república". *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 20 (1984): 45-54.
- Pollit, Brian. "The Cuban Sugar Economy and The Great Depresión". *Bulletin of Latin American Research*. 3.2 (1984): 3-28.
- Ponte, José Antonio. *El libro perdido de los origenistas*. México D.F. Editorial Aldus, 2002.
- Portuondo, José Antonio. "El pragmatismo y las impurezas de la realidad". *Coaybay*. La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1973. 361-385.
- \_\_\_\_\_. "En torno a la novela detectivesca". *Por la novela policial*. Ed. Luis Rogelio Nogueras. La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1982. 33-79.
- \_\_\_\_\_. "El contenido político y social de las obras de José Antonio Ramos". *Revista Iberoamericana* 24 (1947): 215-250.
- Puri, Shalini. *The Caribbean Postcolonial. Social Equality, Post-Nationalism, and Cultural Hybridity*. New York: Palgrave MacMillan, 2004.
- Quintero Herencia, Juan Carlos. "El espacio de la maldición: Escenográficas del Calibán de Roberto Fernández Retamar". *Roberto Fernández Retamar y los estudios latinoamericanos*. Ed. Elzbieta Sklodowska y Ben A. Heller. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2000. 55-87.
- Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Hannover: Ediciones del norte, 1984.
- Rama, Carlos. *La imagen de los Estados Unidos de América. De Simón Bolívar a Allende*. México D.F.: Secretaría de Educación Pública, 1975.



- Ramos, José Antonio. *Manual del perfecto fulanista*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 2004.
- \_\_\_\_\_. *Coaybay*. La Habana: Editorial Arte y Literatura, 1973.
- \_\_\_\_\_. "Tembladera". *Teatro cubano contemporáneo*. Madrid: Aguilar, 1962. 301-383.
- \_\_\_\_\_. *Panorama de la literatura norteamericana (1600-1935)*. México: Ediciones Botas, 1935.
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Ramírez, Sergio. "Prólogo". *Cuentos más que completos*. Juan Bosch. México D.F.: Alfaguara, 2001, 13-21.
- Ranciere, Jacques. *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión, 1996.
- Real de Azúa, Carlos. "Prólogo". *Ariel*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1976: ix-xxxi.
- Reati, Fernando y Gilberto Gómez Ocampo: "Académicos y gringos malos: la universidad norteamericana y la barbarie cultural en la novela latinoamericana reciente". *Revista Iberoamericana* vol. LXIV, 184-185 (julio-diciembre 1998): 587-609.
- Rodó, José Enrique. "Ariel". *Ariel. Motivos de Proteo*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1976, 1-56.
- Rodríguez, Néstor E. *Escrituras de desencuentro en la República Dominicana*. Ciudad de México: Siglo Veintiuno Editores, 2005.
- Roig de Leuchsenring, Emilio. *Cuba no debe su independencia a los Estados Unidos*. Santiago de Cuba: Editorial Oriente, 1975.
- Rojas, Rafael. *Motivos de Anteo. Patria y nación en la historia intelectual de Cuba*. Madrid: Editorial Colibría, 2008.
- \_\_\_\_\_. "Anatomía del entusiasmo: la revolución como espectáculo de ideas". *América Latina Hoy* 47 (2007): 15-38.
- \_\_\_\_\_. *Tumbas sin sosiego*. Barcelona. Editorial Anagrama, 2006.
- Rufinelli, Jorge. *Poesía y descolonización. Viaje por la poesía de Nicolás Guillén*. México D.F.: Editorial Oasis, 1985.

- Santí, Enrico Mario. "Fortunas de Walt Whitman". *Por una politeratura*. México: Ediciones El Equilibrista, 1997. 49-71.
- \_\_\_\_\_. "Edmundo Desnoes: La subnovela." *Historia y ficción de la narrativa hispanoamericana*. Ed. Roberto González Echevarría. Caracas: Monte Ávila Editores, 1984. 359-84.
- San Miguel, Pedro L. "La ciudadanía de Calibán: Poder y discursiva campesinista en la Era de Trujillo". *Política, identidad y pensamiento social en la República Dominicana (Siglos XIX y XX)*. Madrid: Doce Calles, 1999, 269-289.
- \_\_\_\_\_. "Premodernidad, modernidad y narración en Juan Bosch." *Política, identidad y pensamiento social en la República Dominicana (Siglos XIX y XX)* Madrid: Doce Calles, 1999, 239-268.
- \_\_\_\_\_. "Las biografías de Juan Bosch: La construcción de una genealogía". *Revista de Estudios Hispánicos*. Vol XXV, N.1 y 2 (1998):173-184
- \_\_\_\_\_. *La isla imaginada*. Santo Domingo: Ediciones Librería La Trinitaria, Editorial Isla Negra, 1997.
- Sang, Mu-Kien Adriana. "Un siglo de vida política: Del autoritarismo heredado a la democracia anhelada". *El siglo XX dominicano. Economía, política, pensamiento y literatura*. Santo Domingo: Codetel, 2002.
- Schmitt, Carl. *El nomos de la tierra en el derecho de gentes del "Jus publicum europaeum"*. Madrid: centro de Estudios Constitucionales, 1979.
- Severo, Sarduy: "Barroco y neobarroco". *Obra Completa*. Vol. II. Nanterre: ALLCA 20, 1999 1385-1404.
- Simpson, Amelia. *Detective fiction from Latin America*. London and Toronto: Associate University University Press, 1990.
- Sommer, Doris. "La ficción fundacional de Galván y las revisiones populistas de Bosch y Marrero Arísty." *Revista Iberoamericana* 142 (1988): 99-128.
- \_\_\_\_\_. *One Master for Another*. Boston: University Press of America, 1983.
- Sontag, Susan. "Bajo el signo de Saturno". *Con-versiones* <http://con-versiones.com/nota0363.htm>
- Stam, Robert and Ella Shohat. *Multiculturalismo, cine y medios de comunicación*. Barcelona: Paidós, 2002.
- Todorov, Tzvetan. "The typology of detective fiction". *Modern Criticism and Theory*. Ed. David Lodge. London: Longman, 1988. 157-65.

- Torres-Saillant, Silvio. "La traición de Calibán: hacia una nueva indagación de la cultura caribeña". *Roberto Fernández Retamar y los estudios latinoamericanos*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2000, 21-54.
- \_\_\_\_\_. "Pedro Mir and the Historical Imagination." *Caribbean Poetics: Toward an Aesthetic of West Indian Literature*. Cambridge: Cambridge University Press, 1997. 53-92
- Turits, Richard Lee. *Foundations of Despotism*. Stanford, California: Stanford University Press, 2003.
- Uxo, Carlos. "Entrevista Con Leonardo Padura (Noviembre 2005)". *The detective fiction of Leonardo Padura Fuentes* Ed. Carlos Uxo. Manchester: Manchester Metropolitan University Press, 2006. 27-53.
- Varios. "Debate. 'No hay problema' " *La Gaceta de Cuba* 4 (1962): 5-6.
- Veloz Maggiolo, Marcio. *La vida no tiene nombre*. Santo Domingo: Editora Cole, 2003.
- \_\_\_\_\_. *De abril en adelante (Protonovela)*. Santo Domingo: Ediciones de Taller, 1984
- Vicioso, Sherezada (Chiqui). "Prólogo. Ya no estás sola, Aída". *Una mujer está sola*. Santo Domingo: Ediciones Ferilibro, 11-18.
- Vilas, Carlos. "¿Populismos reciclados o neoliberalismo a secas? El mito del 'neopopulismo' latinoamericano". *Revista venezolana de economía y ciencias sociales*. Vol 9 (septiembre-diciembre 2003): 13-36.
- Vitier, Cintio. *Lo cubano en la poesía*. La Habana: Editorial de Letras cubanas, 1998.
- Wallerstein, Immanuel. "El capitalismo se acaba. Entrevista al analista internacional ImmanuelWallerstein". *Rebelión* 18-10-2008, <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=74554>
- West, Dennis. "Esclavitud y cine en Cuba: El caso de la Última Cena". *Alea, una retrospectiva crítica*. La Habana: Editorial Letras Cubanas, 1987. 183-196.
- Whitney, Robert. *State and Revolution in Cuba. Mass Mobilization and Political Change, 1920-1940*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 2001.
- Wilkinson, Stephen. *Detective Fiction in Cuban Society and Culture*. Bern: Peter Lang, 2006.
- Wooding, Bridget y Richard Mooseley-Williams. *Inmigrantes haitianos y dominicanos de ascendencia haitiana en la República Dominicana*. Santo Domingo: CID, SJR, 2004.

- Wright, Ann. "Intellectuals of an Unheric Period of Cuban History, 1913-1923. The 'Cuba Contemporanea' Group". *Bulletin of Latin American Research* 7.1 (1988): 109-122.
- Záiter, Josefina. "Pensamiento Psico-social e identidad nacional en al sociedad dominicana." *Política, identidad y pensamiento social en la República Dominicana (Siglos XIX y XX)*. Madrid: Ediciones Doce Calles, 1999. 253-89.
- Zamora, José A. "El concepto de fantasmagoría. Sobre una controversia entre W. Benjamin y Th. Adorno". *Taula: Quaderns de pensament* 31-32 (1999): 129-52.